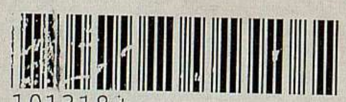



UMASS
BOSTON





ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEN,

Y DE JERUSALEN A PARIS.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscritor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscritor en provincia basta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscritores de Madrid pagan de 17 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

SE SUSCRIBE.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Sr. Mellado, editor de esta publicacion.

ITINERARIO

DE PARIS A JERUSALEN

Y DE JERUSALEN A PARIS.

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

NUEVA EDICION ESPAÑOLA.

TOMO II.

MADRID, 1850.
ESTAB. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.
CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.

CUARTA PARTE.

VIAGE A JERUSALEN.

(Continuacion).

Luego que salimos del convento, fuimos á la ciudadela, en la que en tiempos anteriores no permitian la entrada á ninguno, pero despues que está arruinada, la dejan ver dando algun dinero. Prueba d'Anville que este castillo, llamado por los cristianos *Torre* ó *Castillo de los Pisanos*, está edificado sobre las ruinas del antiguo castillo de David, y ocupa el mismo lugar de la torre Psephina. Como quiera que sea, este castillo no es hoy mas que una fortaleza gótica, que nada ofrece de particular (1). Hiciéronme entrar en una sala abandonada, en la que se veian hacinados muchos viejos cascos, de los cuales algunos tenian la forma de un gorro egipcio. Noté ademas varios tubos de hierro, semejantes á un cañon de fusil, y cuyo uso ignoro. Estuve tentado de llevarme secretamente dos ó tres de estas antiguallas, y no sé por qué casualidad olvidé mi determinacion.

Desde la torre de este castillo se descubre á Jeru-

(1) Véase *la disertacion* de d'Anville al fin del *Itinerario*.

salen de Poniente á Oriente, como desde el monte Olivete se la descubre de Oriente á Poniente. Es árido el campo que circuye la ciudad; pues por todas partes no se ven mas que montañas desnudas de árboles y plantas; y en sus cumbres se distinguen de trecho entrecho algunas ruinas de torreones ó mezquitas abandonadas. Estos montes presentan en algunos puntos unas embocaduras ó gargantas, y la vista procura descansar en algun valle; pero aquellas aberturas solo ofrecen otros peñascos tan áridos como los primeros.

Desde lo alto de esta torre fué donde el rey profeta vió á Bethsabé bañándose en los jardines de Urias. La pasion que le inspiró esta muger le hizo producir poco despues aquellos magníficos *Salmos Penitenciales*.

«No me reprendais, Señor, en vuestro furor, ni en vuestra cólera me castigueis.... Tened piedad de mí segun la grandeza de vuestra misericordia... Disipado se han mis dias como el humo... Semejante he venido á ser al pelícano de los desiertos... He clamado á vos, Señor, desde el profundo del abismo, etc.»

Ignoro por qué se da á este castillo el nombre *de los Pisanos*; pero d'Anville hace varias observaciones con este objeto, y en ellas ha copiado un pasage harto curioso de Belon:

«Es preciso pagar nueve ducados para entrar á ver el Santo Sepulcro, sin que ni pobres ni ricos se eximan de este tributo; de modo que el que tiene arrendada esta gabela está obligado á satisfacer al señor ocho mil ducados. Y esta es la causa de que los peregrinos tengan que pagar una suma exorbitante, si no quieren quedarse sin ver el Sepulcro. Solo los franciscanos, los monges griegos y otras órdenes religiosas se hallan exentas de este pago. Estos lugares son muy respetados por los turcos, que los tienen en gran veneracion. Dícese que los *pisanos* impusieron este tri-

buto, que ha durado desde su dominacion hasta el dia.»

Una especie de agá medio negro se hallaba encargado de la guardia de esta ciudadela cuando yo la visité, el cual tenia á sus mugeres cuidadosamente encerradas, si se habia de juzgar por el afan con que procuraban dejarse ver en medio de aquellas espantosas ruinas. Por lo demas, no descubrí una sola pieza, y creo que el solo estampido de un cañon bastaria para hacer derrumbar aquellos desmoronados torreones.

Despues de una hora de detencion, pasamos del castillo á una calle que va de Poniente á Oriente, y se llama del *Bazar*, y es la calle mayor y mejor de Jerusalen; pero no vimos en ella ni un alma, pues la mayor parte de la gente habia huido á los montes luego que supieron la aproximacion del bajá. En medio de esta desolacion y miseria, encontramos abiertas las puertas de algunas pobres tiendas, y pude observar varios cachivaches de siete á ocho pies en cuadro, donde el dueño, entonces fugitivo, come y duerme sobre una estera; único ajuar de tan mezquinas habitaciones.

A la derecha del bazar, entre el templo y las faldas del monte Sion, entramos en el barrio de los Judíos; los cuales, confiados en su absoluta miseria, no temieron al bajá; y allí estaban cubiertos de miserables harapos, caidos sobre el polvo de Sion, y mirando fijamente al templo. El dragoman me hizo entrar en una especie de escuela; y quise comprar el *Pentateuco* hebreo, en el que un rabino enseñaba á leer á un niño; pero el rabino se negó á vendérmelo. Se observa que los judíos estrangeros que van á avecindarse en Jerusalen, viven poco tiempo; y los de la Palestina son tan pobres, que todos los años envian á pedir limosnas á sus hermanos de Egipto y de Berbería.

Habia dado principio á largas investigaciones sobre el estado de los judíos en Jerusalen, desde el tiem-

po de Tito hasta nuestros dias, y habia ya emprendido una importante discusion sobre la fertilidad de la Judea; pero debí suspender mis trabajos luego que se publicaron las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*. En estas Memorias, donde se han insertado tambien las del abate Guénée, que abrazan ambos objetos, son una obra completa de claridad, de criterio y de erudicion. El autor de las *Cartas de algunos judíos portugueses* es uno de aquellos escritores, cuyo crédito procuran eclipsar los contemporáneos; pero cuya reputacion aumenta la posteridad. Aconsejo á mis lectores vean estas *Memorias*, porque encontrarán cuanto se pueda apetecer en este asunto. Empero como no tengo la vanidad de esceder á estos maestros, inutilicé mis trabajos, arrojándolos al fuego, porque aquellos han hecho mas que yo (1).

Desde el barrio de los Judíos pasámos á la casa de Pilatos, para ver por una ventana la mezquita del templo, pues está prohibido, bajo pena de muerte, el que los cristianos pisen ni aun el átrio que rodea esta mezquita, cuya descripcion haré mas adelante cuando

(1) Hubiera podido apropiarme las Memorias del abate Guénée, ocultando el plagio, siguiendo en esto el ejemplo de muchos autores, que parece han sacado el agua de las fuentes, callando el nombre de los que les precedieron. Estos fraudes son muy fáciles en el dia, porque nunca ha sido mayor la ignorancia que en este siglo de luces, en que muchos empiezan á escribir antes de haber leido nada, y continúan asi toda su vida. Los verdaderos literatos se lamentan de esa multitud de jóvenes autores, que tal vez tendrian mas sólido talento, si poseyeran otra clase de conocimientos y mas profundos estudios. Boileau leia en su original á Longino, y Racine recitaba de memoria á Sófocles y Eurípides griegos. ¡Dios nos ha deparado un siglo de pedantes! Treinta Vadius no hacen tanto mal á la literatura, como un estudiante con las borlas de doctor. Véase la nota A, al fin del volúmen.

hable de los monumentos de Jerusalen. A alguna distancia del pretorio de Pilatos vimos la piscina Probática y el palacio de Herodes, que son actualmente unas ruinas, cuyos cimientos pertenecen á la mas remota antigüedad.

Nos detuvimos á ver un hospital, que antes fué de cristianos y ahora de turcos, y en el que nos enseñaron una gran caldera que llaman la *caldera de Santa Elena*. Antes daban á cada musulman que venia á este hospital dos panecillos y un plato de menestra, y en el dia de viernes le daban ademas un plato de arroz preparado con miel ó con uvate; pero nada de esto existe ya, ni queda vestigio alguno de aquella caridad evangélica, cuyas emanaciones parece estén pegadas á las paredes de este hospital.

Volvimos á atravesar la ciudad, y al llegar á la puerta de Sion, me precisó Alí-Agá á subir á la muralla, á la que no se atrevió á subir el dragoman. Un centinela que guardaba unos antiguos é inútiles cañones de á veinte y cuatro, quiso gritar al vernos; pero Alí le amenazó con que le lanzaria al foso, y el centinela hubo de callar. En cambio le dí una piastra.

Las murallas de Jerusalen, á las que tres veces he dado vuelta á pie, tienen cuatro caras á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo, cuyo lado mayor corre de Oriente á Occidente dos cuartas al Mediodía. D'Anville ha probado por las medidas y situacion de los principales edificios, que la antigua Jerusalen no tenia mucha mayor estension que la moderna: ocupa casi el mismo sitio que esta, con solo la diferencia de que comprendia todo el monte Sion, dejando fuera el Calvario (1). No debemos entender á la letra el texto de Josefo, cuando este historiador asegura que las murallas de la ciudad por la parte del Norte llegaban has-

(1) Véase la disertacion de d'Anville, al fin de este Itinerario.

ta los sepulcros de los reyes, pues se opone á ello el número de los estadios; y se podria decir ademas que aun casi tocan las murallas con estos sepulcros, pues no distan de ellos quinientos pasos.

La muralla actual la hizo levantar en 1534 Soliman, hijo de Selin, como lo indican las inscripciones turcas que hay en ella. Dícese que Soliman queria encerrar el monte Sion dentro de la muralla, y que mandó matar al arquitecto porque no habia cumplido sus órdenes. Estas murallas, que están flanqueadas de torres cuadradas, pueden tener en la plataforma de los bastiones unos treinta pasos de ancho y ciento veinte de alto, sin otro foso que los valles que circuyen la ciudad. Seis piezas de á doce colocadas á barbeta, defendidas solo con gaviones, y sin abrir trinchera, harian en una noche una brecha muy capaz; pero tambien es sabido que los turcos se defienden muy bien detras de cualquiera muralla, valiéndose para ello de espaldones. Jerusalen se halla dominada por todas partes, y para poderse defender contra un ejército regular, se necesitaría hacer grandes obras avanzadas al Oeste y al Norte, y levantar una ciudadela en el monte de las Olivas.

En este monton de escombros, que llaman ciudad, las gentes del pais han querido dar nombre de calles á ciertos parages solitarios. Es cosa curiosa saber sus nombres, mayormente cuando ningun viagero habla de ellos. Sin embargo, los padres Roger y Nau han nombrado algunas puertas en árabe, y asi comenzaré por estas últimas.

Bab-el-Kzalil, la puerta del Bien Amado; mira al Oeste, y se sale por ella para ir á Betlem, Hebron y San Juan del Desierto. Nau escribe *Bab-el-Khail*, y lo traduce, puerta de Abraham; y es la que Deshayes llama puerta de Jaffa, y otros viageros la de los Peregrinos y la de Damasco.

Bab-el-Nabi-Dahoud, la puerta del profeta David: cae al Mediodía sobre la cumbre del monte Sion, casi enfrente del sepulcro de David y del Santo Cenáculo. Nau escribe *Bab-Sidi-Daod*, y es la que Deshayes, Doubdan, Roger, Cotovic, Benard, etc., llaman *Puerta de Sion.*

Bab-el-Maugrarbé, la puerta de los Maugrabinos, ó de los Berberiscos: se halla entre el Levante y el Mediodía sobre el valle de Annon, casi á la esquina del templo, y enfrente de la aldea de Siloan. Nau escribe *Bab-el-Megarebe*. Es la puerta Esterquilinaria ó del Muladar, y fué por la que los judíos llevaron á Jesucristo cuando le conducian del huerto de las Olivas al tribunal de Pilatos.

Bab-el-Darahie, la puerta Dorada: está á Levante, y va á parar al átrio del templo. Los turcos la tienen tapiada; pues es tradicion entre ellos que algun dia los cristianos entrarán en la ciudad por esta puerta. Créese que por esta misma puerta entró Jesucristo en Jerusalen el dia de Ramos.

Bab-el-Sidi-Mariam, la puerta de la Santa Vírgen, enfrente del monte de las Olivas. Nau la llama en árabe *Heutta*. Todas las relaciones de la Tierra Santa la nombran la puerta de San Esteban ó de María, porque aqui delante fué martirizado el Santo, y por ella se va al sepulcro de la Vírgen. En tiempo de los judíos se llamaba la *Puerta de los Ganados*.

Bab-el-Zahara, la puerta de la Aurora ó del Aro (*Cerchiolino*): mira al Septentrion, y por ella se va á la cueva de las Lamentaciones de Geremías. Los mejores mapas de Jerusalen convienen en nombrar á esta puerta de *Ephraim* ó de *Herodes*. Cotovic la suprime, y la confunde con la puerta de Damasco, y escribe: *Porta Damascena, sive Effraim*; pero demasiado pequeño y defectuoso su mapa, no puede compararse con el de Deshayes, ni aun con el de Shaw. El del

viage del español Vera es muy bello, pero recargado y algo inexacto. Nau no pone el nombre árabe de esta puerta, y acaso es el único viagero que la llama *Puerta de los Turcomanos*. La puerta de Efraim y la Esterquilinaria vienen á ser los dos portillos de Jerusalen.

Bab-el-Hamond ó *Bab-el-Cham*, la puerta de la Columna ó de Damasco: está al Nor-oeste, y va á los sepulcros de los reyes, á Naplusa ó Sichem, á San Juan de Acre y á Damasco. Cuando Simon Cirineo encontró á Jesucristo con la cruz acuestas, venia de la puerta de Damasco. Los peregrinos entraban antiguamente por esta puerta; pero ahora lo verifican por la de Jaffa ó de Betlem, lo que ha producido la confusion de los nombres.

Pasemos ahora á dar razon de las calles. Las tres principales se llaman:

Harat-bab-el-Hamond, la calle de la Puerta de la Columna: atraviesa la ciudad de Norte á Mediodía.

Souk-el-Kebiz, la calle del Bazar: va de Poniente á Oriente.

Harat-el-Allam, la calle de la Amargura; comienza en la puerta de la Vírgen, pasa por el pretorio de Pilatos, y concluye en el Calvario.

Aun se hallan otras siete calles menores, y son:

Harat-el-Mulsmin, la calle de los Turcos.

Harat-el-Nassara, la calle de los Cristianos: va del Santo Sepulcro al convento de los latinos.

Harat-el-Asman, la calle de los Armenios: está al Levante del castillo.

Harat-el-Youd, la calle de los Judíos: en ella están las carnicerías.

Harat-bab-Hotta, la calle cerca del Templo.

Harat-el-Zahara. Mi dragoman me traducia éstas palabras por *strada Comparita*; pero yo no sé lo que queria dar á entender, y solo sí que añadia vivian en ella los *rebeldes* y la gente mala.

Harat-el-Maugrarbé, calle de los Maugrabinos: estos maugrabinos, como ya he dicho, son los occidentales ó berberiscos; y entre ellos se hallan aun algunos descendientes de los moros que fueron espulsados de España en el reinado de Fernando é Isabel, los cuales encontraron en la Santa Ciudad muy buena acogida; pues se edificó una mezquita para ellos, y aun actualmente se les socorre con pan, frutas y dinero. Los herederos de los altivos Abencerrages y los hábiles arquitectos de la Alhambra, sirven en Jerusalen de porteros, y de correos ó verederos, pues se les prefiere para esto por ser inteligentes y andarines. ¿Qué dirian Saladino y Ricardo si volviendo de pronto al mundo viesen á los caballeros moros convertidos en conserjes del Santo Sepulcro, y á los caballeros cristianos en religiosos mendicantes?

Cuando el judío Benjamin de Tudela hizo un viage á Jerusalen, que fué reinando en ella los reyes franceses, tenia tres órdenes de murallas, y cuatro puertas que Benjamin llama *porta Somnus Abrahæ*, *porta David*, *porta Sion*, *porta Jehosaphat*; pero las tres murallas no convienen con lo que sabemos del estado en que se hallaba esta ciudad cuando la tomó Saladino. Benjamin halló muchos judíos avecindados en el barrio de la torre de David, y que por cierto tributo ó pecho que pagaban todos los años al rey, gozaban del privilegio esclusivo de teñir los paños y lanas.

Los lectores que quieran comparar la Jerusalen moderna con la antigua, pueden leer la *Disertacion* de d'Anville sobre *la antigua Jerusalen*, á Relando y al padre Lami, *De sancta Civitate et Templo*.

Volvimos al convento á las nueve, y luego que hube almorzado, fuí á visitar al patriarca griego y al patriarca armenio, que me habian enviado á cumplimentar por medio de sus dragomanes.

El convento griego está contiguo á la iglesia del

Santo Sepulcro. Desde la azotea de este convento se descubre un espacioso patio, donde ví dos ó tres olivos, una palmera y algunos cipreses: en aquel mismo sitio estuvo la casa de los caballeros de San Juan de Jerusalen. El patriarca griego me pareció un hombre muy bueno, y en aquel instante se hallaba molestado con las vejaciones del bajá, como el guardian de San Salvador. Hablamos de Grecia, y habiéndole preguntado si tenia algunos manuscritos, me enseñó varios rituales y tratados de los Santos Padres. Tomamos café, me regaló tres ó cuatro rosarios, y con esto me despedí para visitar al patriarca armenio.

Llamábase este *Arsenio*: era natural de la ciudad de Cesarea, en Capadocia, metropolitano de Scythopoli, y procurador patriarcal de Jerusalen: él mismo me escribió su nombre y dictados en caractéres siriacos en un papelito que conservo todavía. Me pareció que no se hallaba en aquel estado de miseria y opresion que advertí en los griegos, los cuales en todas partes son esclavos. El convento armenio es agradable, y la iglesia hermosa y sumamente aseada. El patriarca me pareció como un turco opulento, cubierto de ropas de seda, y sentado en almohadones. Me dió á beber escelente café de Moka, y me sirvieron ademas dulces secos y agua fresca. En tanto quemaron madera de alóes, y me perfumaron tanto con agua de rosa, que llegó á incomodarme. Arsenio me habló de los turcos con alto desprecio, y me aseguró que toda el Asia estaba dispuesta á las mayores sublevaciones con poco que se la animase. Apenas puede creerse la fermentacion de espíritus que hay en el Oriente (1). Yo mismo

(1) Mr. Seetzen, que estuvo algunos meses antes que yo en Jérusalen, y mas tarde en Arabia, dice en una carta á Mr. de Zach, que los habitantes de aquel pais no se cansaban de hablar de los ejércitos franceses.

vi á Alí-Agá aporrear en Jericó á un árabe porque se burlaba de él, y decirle que si el emperador hubiese querido tomar á Jerusalen, hubiera entrado en ella con la misma facilidad que entra un camello en un campo de mijo. Los pueblos del Oriente están mucho mas acostumbrados á las ideas de invasion y de conquista que nosotros. Han visto pasar á todos los hombres que han cambiado la faz del universo, como Sesostris, Ciro, Alejandro, Mahoma, y el último conquistador de Europa. Avezados á seguir la suerte de un amo, no tienen ley que les haga apreciar las ideas de órden y de moderacion política: matar, cuando uno es el mas fuerte, les parece un derecho legítimo, y á él se sujetan ó le ejercen con la misma indiferencia. Pertenecen esencialmente á la espada, y gustan de todos los prodigios que produce, pues para ellos es como el brazo de un genio que levanta ó destruye los imperios. No conocen la libertad arreglada y justa, ni tienen propiedad alguna: la fuerza en su ley. Cuando están mucho tiempo sin ver llegar aquellos conquistadores que ejecutan la suprema justicia del cielo, parecen soldados sin caudillo, ciudadanos sin legislador, familia sin padre.

Mis dos visitas duraron casi una hora, y desde allí entré otra vez en la iglesia del Santo Sepulcro, pues se habia avisado al turco que abre las puertas para que estuviese pronto cuando yo llegase: pagué de nuevo á Mahoma el derecho de adorar á Jesucristo, y observé segunda vez, y con mas detenimiento, los monumentos de esta venerable iglesia. Subí á la galería, donde encontré un religioso cofto y á un obispo abisinio, los cuales eran muy pobres, haciéndome recordar su modesto trage los tiempos de la primitiva iglesia. Estos religiosos medio salvages, con su tez tostada por los fuegos del trópico, sin mas insignia de su dignidad que una túnica azul, ni otro abrigo que

el Santo Sepulcro, me interesaron mas que el papa griego y el patriarca armenio. No puede uno menos de llenarse del mas santo respeto al ver reunidas tantas y tan diversas gentes en el sepulcro de Jesucristo, orando en cien lenguas diferentes en aquel mismo lugar donde los apóstoles recibieron del Espíritu Santo el don de hablar todas las de la tierra.

A la una salí del Santo Sepulcro y volví al convento. Los soldados del bajá lo habian invadido como un pais de conquista. Al dirigirme á mi celda, y al atravesar el corredor con mi dragoman Miguel, me encontré con dos jóvenes spahis, armados de pies á cabeza, y metiendo una estraña algazara; verdad es que eran poco temibles, pues á pesar de Mahoma, se hallaban completamente borrachos. Asi que me vieron, cerraron el paso dando estravagantes carcajadas: me detuve para ver el resultado de sus juegos. Nada habia de mal hasta entonces; pero luego uno de aquellos tártaros pasó detrás de mí, me cogió la cabeza, y á la fuerza me la hizo inclinar, mientras otro compañero, bajando el cuello de mi levita, me dió un golpe con el canto del sable. El dragoman empezó á desesperarse; pero yo me deslicé de las manos de los spahis, y asiendo á uno de la garganta, le apreté contra la pared, y le puse tan negro como mi sombrero, devolviendo de este modo juego por juego, é insulto por insulto. Como ademas le habia cogido por la barba, creí que el otro spahis vengaria esta afrenta hecha á un turco, y dispuesto á todo, me retiré á mi celda á esperar el resultado; el padre guardian no se vió ya molestado mas, despues de la leccion que dí á sus perseguidores; mayormente porque un turco humillado una vez, es poco peligroso; y todo quedó concluido.

Comí á las dos, y á las tres volví á salir con mi acostumbrada comitiva. Recorrí los sepulcros de los

reyes, y desde allí, dando á pie la vuelta á la ciudad, me detuve á ver los sepulcros de Absalon, de Josafat y de Zacarías, en el valle de Josafat. Dije que los sepulcros de los reyes estaban fuera de la puerta de Efraim, hácia el Norte, tres ó cuatro tiros de fusil de la cueva de Geremías. Hablemos ya de los monumentos de Jerusalen, que divido en seis especies.

1.ª Los monumentos puramente hebráicos: 2.ª los monumentos griegos y romanos del tiempo de los paganos: 3.ª los monumentos griegos y romanos del tiempo del cristianismo: 4.ª los árabes ó moriscos: 5.ª los góticos del tiempo de los reyes franceses; y 6.ª los monumentos turcos.

De los primeros no se halla mas rastro en Jerusalen que la piscina Probática; pues coloco los sepulcros de los reyes y los de Absalon, de Josafat y Geremías, en el número de los monumentos griegos y romanos ejecutados por los judíos.

No es fácil formarse una idea exacta del primero ni aun del segundo templo por lo que dice la Escritura y Josefo; pero desde luego se advierten dos cosas, á saber: que los judíos, lo mismo que los egipcios, gustaban de que sus edificios fuesen grandiosos y oscuros, y que les agradaban tambien en ellos los adornos delicados, prolijos y menudos, ya fuese en el grabado de las piedras, ya en los adornos de madera, bronce ú oro (1).

Habiendo los sirios destruido el templo de Salomon, el segundo reedificado por Herodes Ascalonita, pertenece á aquel órden de obras medio hebráicas, medio griegas, de que pronto hablaré.

Asi pues, de la arquitectura primitiva de los judíos en Jerusalen, solo nos queda la piscina Probática,

(1) Véase la nota B al fin del volúmen.

que se la ve aun cerca de la puerta de San Esteban, pues tocaba con el templo por la parte del Septentrion. Es, pues, un estanque que tiene ciento cincuenta pies de largo y cuarenta de ancho, y lo forman unas paredes compuestas de este modo: una capa de grandes piedras con abrazaderas ó grapones de hierro, una mazonería de cal y canto puesta sobre las piedras, una capa de morrillo ó guijarro unida con esta mazonería, y sobre ella un embarnizado. Las cuatro capas están perpendiculares al suelo, y no horizontales; el embarnizado estaba por el lado del agua, y las grandes piedras se apoyaban y apoyan aun contra la tierra.

Esta piscina se halla ahora seca y casi cegada, y en ella crecen algunos granados y una especie de tamarindos silvestres: la esquina ó ángulo del Oeste está lleno de higueras chumbas. En el lado occidental se ven aun dos arcos que sostienen dos bóvedas, y tal vez serán los restos de algun acueducto por donde iba el agua á lo interior del templo.

Josefo llama á esta piscina *Stagnum Salomonis*; el Evangelio le da el nombre de *Probática*, porque en ella se purificaban las ovejas destinadas á los sacrificios. A la orilla de esta piscina fué donde Jesucristo dijo al paralíco:

«Levántate y llévate tu cama.»

Esto es lo único que queda en el dia de la Jerusalen de David y Salomon.

Son mayores en número los monumentos de la Jerusalen griega y romana, y forman una clase enteramente nueva y muy particular en las artes. Principio por los sepulcros que se hallan en los valles de Josafat y de Siloë.

Pasado el puente del torrente de Cedron se halla al pie del *Mons Offensionis* el sepulcro de Absalon. Es un edificio cuadrado, que tiene ocho pies por cada

lado, y es de una sola piedra cortada en el cercano monte, del que solo dista quince pies. Los adornos de este sepulcro consisten en veinte y cuatro columnas de órden dórico, sin estrías, y hay seis á cada frente del edificio. Estas columnas están como de medio relieve en la misma piedra, y labradas en ella. Sobre los capiteles descansa el friso con el triglifo. Encima de este friso se levanta un zócalo que sostiene una pirámide regular, demasiado grande con respecto á la altura total del sepulcro. Esta pirámide no es de la misma pieza que el cuerpo del edificio.

Muy parecido á este sepulcro es el de Zacarías, pues está cortado como él, en la roca, y termina en una punta encorvada como el gorro frigio, ó como un monumento chinesco. El sepulcro de Josafat es una gruta, cuya puerta, de bastante buen gusto, forma su principal adorno. En fin, el sepulcro donde se ocultó el apóstol Santiago, presenta en el valle de Siloë un pórtico agradable: las cuatro columnas que componen este pórtico, no descansan sobre el suelo, sino que están puestas sobre la roca á cierta altura, como la columnata del Louvre sobre el primer piso del palacio.

La tradicion, segun vemos, ha dado ciertos nombres á estos sepulcros. Arcolfo, citado por Adamanno (*De Locis Sanctis*, lib. I, cap. X), Vilalpando (*Antiquæ Jerusalem Descriptio*), Adrichomio (*Sententia de loco sepulcri Absalon*), Cuaresmio (*Tom. II, cap. IV y V*), y otros muchos autores han hablado de estos nombres, y agotado con este objeto toda la crítica de la historia. Pero basta para desvanecer esta tradicion, la misma arquitectura de estos monumentos, cuyo orígen no sube á la primera antigüedad judáica.

Si fuese absolutamente preciso fijar la época en que se construyeron estos monumentos, la colocaria por los tiempos de la alianza de los judíos con los lacedemonios reinando los primeros Macabeos. El ór-

den dórico dominaba entonces en Grecia, pues solo prevaleció el corintio en la arquitectura medio siglo despues, cuando los romanos comenzaron á penetrar en el Peloponeso y en el Asia (1).

Pero connaturalizando los judíos en Jerusalen la arquitectura de Corinto y de Atenas, mezclaron con ellas las formas de su propio estilo. Los sepulcros del valle de Josafat, y principalmente los que van á ocuparme, manifiestan claramente la union del gusto egipcio y del gusto griego. De esta union resultó una especie de monumentos, que forman como el tránsito entre las Pirámides y el Parthenon, monumentos en los que se advierte un carácter sombrío, atrevido, gigantesco, y una imaginacion risueña, juiciosa y moderada (2). Veremos un escelente ejemplo de esta verdad en los sepulcros de los reyes.

Saliendo de Jerusalen por la puerta de Efraim, se anda como media milla por la cumbre de un cerro rojizo, donde crecen algunos olivos. Despues se encuentra una escavacion muy semejante á los trabajos abandonados de una cantera antigua: se baja por un camino ancho y suave á lo interior de esta escavacion, donde se entra por un arco, y se va á parar á una sala sin techo, abierta en la peña viva. Esta sala tiene treinta pies de largo y otros tantos de ancho, y las paredes de la peña unos doce á quince de elevacion. En el centro de la pared del Mediodía se halla

(1) Asi es que hallamos en esta última época un pórtico corintio en el templo reedificado por Herodes, columnas con inscripciones griegas y latinas, puertas de cobre de Corinto, etc. (*).

(2) De este modo la arquitectura griega en tiempo de Francisco I se mezcló con el estilo gótico, y produjo obras graciosas.

(*) *Joseph., de Bell. Judaic., lib. VI, cap. XIV.*

una gran puerta cuadrada del órden dórico, abierta á muchos pies de profundidad en la misma peña. Un friso de caprichosa invencion, pero de una ejecucion muy delicada, se ve esculpido sobre la puerta, y consiste en un triglifo y una metopa, adornada solo con un anillo, y luego con racimos de uvas, colocados entre dos coronas y dos palmas. Estos adornos no hay duda de que estaban repetidos del mismo modo en todo lo largo de la piedra; pero en el dia se hallan destruidos. Á unas diez y ocho pulgadas de este friso se ve un follage mezclado con piñas, y otra fruta que no pude conocer, pero que me pareció un limoncillo de Egipto. Este último adorno seguia paralelamente al friso, y bajaba despues perpendicularmente á lo largo de los dos lados de la puerta.

En la parte interior, y en el ángulo á la izquierda de esta gran puerta, se encuentra una especie de calle ó canal en bóveda, por donde antes se podia andar de pie, pero que ahora es menester encorvarse mucho. Va á parar por una bajada muy áspera, como en la gran pirámide, á un cuarto cuadrado y abierto á pico en la piedra. En las paredes de este cuarto se ven unos hoyos ó nichos de seis pies de largo y tres de ancho, para poner en ellos varios ataudes. De este primer cuarto se pasa por tres bóvedas á otros siete cuartos tambien sepulcrales, de igual estension, y todos abiertos en la misma peña viva, y cuyos adornos no se pueden distinguir fácilmente, sobre todo con luz artificial. Una de estas grutas, mas baja que las demas, y á la que se desciende por seis escalones, parecia haber contenido los principales cadáveres. Estos estaban dispuestos, por lo general, del modo siguiente: el principal se hallaba en lo interior de la gruta, delante de la puerta, en el nicho que le correspondia: á los dos lados de la puerta habia dos pequeños nichos ó bóvedas reservadas para los muertos

menos ilustres, y como para los guardias de aquellos mismos reyes, los cuales ya no necesitaban que nadie les sirviese. Los ataudes, de los cuales ya solo quedan algunos fragmentos, eran de piedra, y estaban adornados con hermosos arabescos.

Lo que mas admira en estos sepulcros son las puertas de los cuartos sepulcrales, las cuales son de la misma piedra que la gruta y los quicios. Casi todos los viageros han creido que ademas estaban talladas en la misma piedra; pero esta suposicion es casi imposible, como lo prueba muy bien el padre Nau. Thevenot asegura que «rascando un poco el polvo, se percibe la juntura de las piedras que fueron colocadas despues de sentadas las puertas, con sus quiciales dentro de los quicios.» Yo, sin embargo, he rascado el polvo, y no he distinguido esas señales en la parte baja de la única puerta que queda en pie: todas las demas están hechas pedazos en las grutas.

Entrando en estos palacios de la muerte, me parecieron baños de arquitectura romana, como los hay en la cueva de la Sibila, cerca del lago Averno. Aqui hablo tan solo del efecto en general para hacerme entender; pues no ignoraba que me hallaba entre sepulcros. Arcolfo (*Apud Adaman*), que los describe con admirable exactitud (*Sepulcra sunt in naturali collis rupe, etc.*), todavía llegó á ver algunos huesos en los ataudes. Muchos siglos despues encontró asimismo Villamont varias cenizas, que en vano se buscarian en el dia. Tres pirámides, de las que una existia en tiempo de Vilalpando, anunciaban este monumento subterráneo. No puedo asegurar hasta qué punto es creible la descripcion que Zuellard y d'Appara hacen de estas obras esteriores y de sus peristilos.

Al hablar de los sepulcros llamados de los *Reyes*, ocurre naturalmente la cuestion de saber á qué reyes pertenecian. Por un pasage de los *Paralipomenos* y

otros textos de la Escritura, se sabe que los sepulcros de los reyes de Judá se hallaban en Jerusalen: *Dormiitque Achaz cum patribus suis, et sepelierunt eum in civitate Jerusalem.* David tenia su sepulcro en el monte Sion, y por otra parte se echa de ver el cincel griego en los adornos de los sepulcros de los reyes.

Josefo, á quien es preciso recurrir en esta cuestion, hace mencion de tres célebres mausoleos.

El primero era el de los Macabeos construido por su hermano Simon: «Era, dice Josefo, de mármol blanco y terso, y tan alto, que se distingue desde lejos. Las bóvedas son en forma de pórticos, y son de una sola pieza las columnas que las sostienen. Y para dar á conocer que alli yacian siete personas, añadió siete pirámides de una prodigiosa elevacion y belleza.» (*Antiq. Judaic.*)

El primer libro de los *Macabeos* hace poco mas ó menos la misma descripcion de este sepulcro; pero añade que estaba en Modin; de manera que se veia desde el mar: *Ab omnibus navigantibus mare.* Modin era una ciudad edificada cerca de la que despues se llamó Diospolis, sobre un monte de la tribu de Judá. El monumento de los Macabeos existia aun en tiempo de Eusebio y del mismo San Gerónimo. Como quiera que sea, los sepulcros de los reyes, que estan á la entrada de Jerusalen, á pesar de sus siete departamentos fúnebres, no pueden haber pertenecido á los príncipes Asmonéos.

Josefo añade á continuacion, que Elena, reina de Adiabena; hizo levantar á dos estadios de Jerusalen tres pirámides fúnebres, donde fueron depositados sus restos y los de su hijo Izate, por disposicion de Manabazes. El mismo historiador, trazando en otra obra (*De Bell. Judaic.*) los límites de la santa ciudad, dice que las murallas pasaban al septentrion por frente del sepulcro de Elena. Todo esto conviene per-

fectamente á los sepulcros de los reyes, los cuales segun Vilalpando, estaban adornados con tres pirámides, y se hallan aun al Norte de Jerusalen, y á la misma distancia que marca Josefo. San Gerónimo hace mencion tambien de este sepulcro; y los sábios que se han ocupado de la descripcion de este mismo monumento, han citado un pasage bastante curioso de Pausanias (1), á quien ciertamente parece estraño citar hablando de Jerusalen. Sin embargo, he aqui el pasage que merece todo crédito, porque el texto de Gedoyn concuerda fielmente con la version latina:

«El segundo sepulcro se hallaba en Jerusalen..... y era el de una muger judía, llamada Elena. La puerta del sepulcro, que era de mármol, asi como lo restante de la obra, se abria por sí misma cierto dia del año, y á una hora dada, por medio de una máquina, y luego volvia á cerrarse. Hubiera sido preciso romperla, si se hubiera tratado de abrirla en cualquier otra época del año.»

Esta puerta, que se abria y cerraba por medio de una máquina, parece convenir á las puertas estraordinarias de los sepulcros de los reyes. Suidas y Esteban de Byzancio hablan de un viage de Pausanias á Fenicia y Siria; y acaso hubiéramos podido resolver muchas dudas, si llegaran hasta nosotros los pormenores de aquel viage.

Haciéndonos cargo de los pasages reunidos del historiador judío y del viagero griego, deberíamos concluir que los sepulcros de los reyes no son mas que el monumento de Elena; pero todavía no se pue-

(1) El abate Guénée lo ha indicado tambien en sus escelentes Memorias, y dice que en otra Memoria tratará estensamente sobre este pasage: lo ha ofrecido; pero como ha pasado mucho tiempo ya, será sensible que no lo pueda cumplir

de disipar esta conjetura en pro, por la presencia de un tercer monumento.

Josefo habla de ciertas grutas que llama las *Cavernas reales*, segun la traduccion literal de Arnaldo d'Andilly; pero desgraciadamente no las describe, sin embargo las coloca al Septentrion de la santa ciudad, y muy cerca del sepulcro de Elena.

Resta, pues, saber quien fué el príncipe que hizo abrir estas grutas ó cavernas de la muerte, cómo estaban decoradas, y de quienes eran las cenizas que encerraban. Josefo, que con tanto cuidado enumera las obras principiadas ó concluidas por Herodes el Grande, no cuenta en este número los sepulcros de los reyes; y solo dice que habiendo muerto Herodes en Jericó, fué enterado en Herodium con gran pompa y magnificencia. Por consiguiente la sepultura de este príncipe no está en las cavernas reales; pero una frase de este historiador podrá ilustrar bastante esta discusion.

Hablando de la muralla que hizo Tito levantar, dice Josefo, que volviendo esta muralla hácia la region boreal, encerraba en su recinto el *sepulcro de Herodes*; y esta es la posicion que ocupan las *Cavernas reales*. Acaso pudieran éstas llevar promiscuamente el nombre de *Cavernas reales* y de *sepulcro de Herodes*; pues no parece creible que este Herodes fuera el Herodes Ascalonita, sino Herodes el Tetrarca; el cual fué un príncipe espléndido, que hizo edificar las dos ciudades de Seforis y Tiberiades; y aunque Calígula lo desterró á Lyon (1), podia muy bien haberse mandado hacer un sepulcro en su misma patria. Filipo, su hermano, le dió acaso el modelo de estos edificios fúnebres.

(1) Joseph., *Ant. Jud.*, lib. XVIII; Strab., lib. XVIII.

De los monumentos con que Agripa adornó á Jerusalen, apenas queda rastro alguno.

Cuanto acabo de manifestar es lo que respecto de esta cuestion he hallado de mas satisfactorio, y he creido conveniente estenderme hasta este punto, porque los críticos, lejos de poner en claro la cuestion, la han complicado mas y mas. Los antiguos peregrinos que visitaron el sepulcro de Elena, lo confunden con las Cavernas reales; y los viageros modernos que no han hallado el sepulcro de la reina Adiabene, dan el nombre de este sepulcro á las sepulturas de los príncipes de la familia de Herodes. De todo esto resulta una estraña confusion, confusion aumentada por la misma erudicion de los escritores piadosos, que han querido colocar las cenizas de los reyes de Judá en las grutas reales, sin que para ello tuvieran en su apoyo ninguna autoridad de peso.

La crítica del arte, pues, y los hechos históricos nos obligan á colocar los sepulcros de los reyes en la clase de los monumentos griegos de Jerusalen. Estos sepulcros eran muy numerosos, y la posteridad de Herodes se estinguió muy pronto; por manera que muchos quedaron vacíos; y asi, para conocer toda la vanidad de nuestra naturaleza, solo me faltaba ver los sepulcros destinados para hombres que no han nacido aun. Ni hay cosa que forme mayor contraste que el hermoso friso trabajado por el cincel griego sobre la puerta de estas formidables bóvedas donde descansaban las cenizas de los Herodes. La memoria de estos príncipes escita las ideas mas trágicas y terribles, pues solo los conocemos bien por haber dado muerte á Mariamme ó Mariene, por la degollacion de los Inocentes, por la de San Juan Bautista, y por haber condenado á muerte á Jesucristo. Y no era de esperar el que sus sepulcros estuviesen adornados con ligeras guirnaldas en medio de los espantosos campos de Je-

rusalen, no lejos del templo donde resonaban los terribles oráculos de Jehová, y cerca de la cueva donde Geremías compuso sus *Lamentaciones*.

Mr. Casas ha representado muy bien estos monumentos en su *Viage pintoresco de Siria*, aunque no tenia noticia de una obra mas posterior de Mr. Mayer. La mayor parte de los viages á la Tierra Santa se publican con láminas y viñetas; pero es preciso distinguir las de la relacion del padre Roger, que tal vez serán de Claudio Mellan.

Los otros edificios de los tiempos romanos en Jerusalen, como el teatro y el anfiteatro, las torres Antonia, Hippicos, Phaselo y Psephima, ya no existen, ó á lo menos no se hallan mas que informes ruinas.

Pasemos ahora á la tercera clase de monumentos de Jerusalen, cuales son los del cristianismo antes de la invasion de los sarracenos. Pero de estos poco tengo ya que decir, porque lo hice cuando describí los Santos Lugares: me bastará, pues, con hacer una observacion, y es, que como estos monumentos deben su orígen á cristianos que no eran judíos, no conservan nada del carácter entre griego y egipcio, que observé en las obras de los príncipes Asmoneos y de los Herodes, pues son unas iglesias griegas del tiempo de la decadencia del arte.

La cuarta especie de monumentos de Jerusalen es la de los que pertenecen al tiempo en que fué tomada esta ciudad por el califa Omar, sucesor de Abubeker, y tronco de la familia de los Omiadas. Los árabes que siguieron los estandartes del califa se apoderaron del Egipto; estendiéndose por las costas del Africa, pasaron á España, y llenaron de mágicos palacios á Granada y á Córdoba. En el reinado de Omar debemos, pues, fijar el orígen de esta arquitectura árabe; cuya obra maestra es la Alhambra, asi como el Parthenon lo es de la arquitectura griega. La mezquita del

templo de Jerusalen, comenzada por Omar, ensanchada por Abd-el-Maleck, y reedificada bajo un nuevo plan por El-Oulid, es un monumento muy curioso para la historia del arte entre los árabes. No se sabe aun sobre qué modelos se levantaron aquellos palacios encantados, cuyas ruinas se conservan en España, y sin duda que se me agradecerá que diga algunas palabras sobre asunto tan nuevo y tan poco estudiado hasta ahora.

Destruido el primer templo de Salomon seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo, fué reedificado despues de los setenta del cautiverio por Josué, hijo de Josedé y de Zorobabel, hijo de Salathiel: Herodes Ascalonita restableció enteramente de nuevo este segundo templo; para lo cual, durante nueve años, hizo trabajar á once mil obreros. Las obras fueron admirables, pero se concluyeron mucho tiempo despues de la muerte de Herodes. Habiendo rellenado los judíos los precipicios que habia allí, y cortado la cumbre de un monte, formaron, en fin, aquella espaciosa llanura donde estaba el templo, al Oriente de Jerusalen, sobre los valles de Siloé y de Josafat.

Cuarenta dias despues de su nacimiento fué Jesucristo presentado en este segundo templo, y en él fué purificada la Virgen. Á los doce años de su edad, el Hijo del Hombre enseñó en él á los doctores, arrojó de allí á los que tenian tiendas, le tentó en él inútilmente el diablo, perdonó los pecados de la muger adúltera, y propuso la parábola del buen pastor, la de los dos hijos, la de los viñadores y la del banquete nupcial. En este mismo templo fué donde entró en medio de gente que llevaba palmas y ramos de oliva en las manos el dia de la fiesta de los Ramos; y en fin, en él dijo aquello de *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo.*

Habiendo Tito tomado á Jerusalen el año segun-

do del reinado de Vespasiano, no quedó piedra sobre piedra del templo en que Jesucristo obró tantas maravillas, y cuya ruina habia pronosticado. Cuando Omar se apoderó de Jerusalen, parece que el espacio del templo, escepto una pequeña parte, habia sido abandonado por los cristianos. Said-ebu-Batrik (1), historiador árabe, cuenta que el califa llamó al patriarca Sofronio, y le preguntó cuál sitio de Jerusalen seria el mas acomodado para edificar una mezquita, y Sofronio lo llevó á las ruinas del templo de Salomon.

Contento Omar con fundar su mezquita en un parage tan famoso, lo hizo limpiar, y quitando la tierra, se descubrió una gran piedra, que sin duda era en la que Dios habló á Jacob. La nueva mezquita tomó el nombre de esta piedra, llamándose por lo tanto, *Gameat-el-Sakhra*, llegando á ser para los musulmanes casi tan sagrada como las mezquitas de Meca y de Medina. El califa Abd-el-Maleck aumentó los edificios de la mezquita; de modo que la piedra vino á hallarse dentro de ella. Su sucesor el califa El-Louid hermoseó aun mas el Sakhra, y lo cubrió con una media naranja de cobre dorado, que quitó de una iglesia de Balbek. Los cruzados convirtieron luego esta mezquita en templo de Jesucristo, y cuando Saladino reconquistó á Jerusalen, volvió á convertir el templo en mezquita.

Pero ¿cuál es la arquitectura de este edificio, tipo ó modelo primitivo de la elegante arquitectura de los moros? Dificil es responder con seguridad á esta pregunta. Los árabes, á causa de sus costumbres despóticas y celosas, han reservado los adornos para la parte interior de sus edificios públicos, y han puesto pena

(1) Es Eutichio, patriarca de Alejandría. Tenemos sus *anales árabes* impresos en Oxford, con una version latina.

de muerte no solo á todo cristiano que entre en el Gameat-el-Sakhra, sino tambien al que ponga los pies en el átrio que la rodea. Lástima es que el embajador Deshayes, por una vana delicadeza diplomática, rehusase entrar en esta mezquita, cuando los turcos voluntariamente se lo permitian. Voy á describir la parte esterior.

Por una ventana de la casa de Pilatos se ve la gran plaza de la mezquita, que antes lo era del templo. Esta plaza forma una especie de lonja ó átrio que puede tener unos quinientos pasos de largo, y cuatrocientos sesenta de ancho. Las murallas de la ciudad cierran esta lonja por la parte de Oriente y Mediodía; por la de Occidente la terminan las casas turcas, y por la del Norte las ruinas del pretorio de Pilatos y del palacio de Herodes.

Doce pórticos puestos á distancias desiguales unos de otros, y tan irregulares como las galerías de la Alhambra, dan entrada á este átrio. Constan estos pórticos de tres ó cuatro arcos, los cuales, por algunas partes sostienen un segundo piso, lo que se parece mucho á un acueducto doble. El principal pórtico de estos corresponde á la antigua *Porta speciosa*, conocida por los cristianos por un milagro de San Pedro. En todos estos pórticos hay lámparas.

En medio de este átrio se halla otro mas pequeño que se eleva sobre él como unos seis á siete pies, á manera de un terrado sin balaustres. Este segundo átrio se asegura tiene doscientos pasos de largo y ciento cincuenta de ancho, y se sube á él de los cuatro lados por graderías de mármol, que cada una tiene ocho escalones ó gradas.

En medio de este átrio superior se eleva la famosa mezquita de la Roca. Cerca de ella hay una cisterna que toma el agua de la antigua fuente Scellada (*Fons signatus*), y en ella hacen los turcos sus abluciones

antes de entrar á la oracion. Sobre los dos átrios se ven algunos olivos viejos y cipreses.

El templo es ochavado: una linterna ochavada tambien, y que tiene una ventana en cada uno de los ocho lados de que consta, corona el edificio. Esta linterna está cubierta con una cúpula, que antes era de cobre dorado y en el dia es de plomo: una veleta de muy buen gusto, que sostiene una media luna, corona todo el edificio, el cual se parece á una tienda de campaña de los árabes en medio del desierto. El padre Roger dice que cada lado del templo tiene treinta y dos pasos, y que todo el circuito de la mezquita por la parte de fuera es de doscientos cincuenta y dos, y la altura de todo el edificio de diez y ocho ó veinte toesas.

Las paredes están cubiertas en lo esterior de baldosas ó ladrillos de diversos colores, y adornados con arabescos y versículos del Coran escritos con letras de oro. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con vidrios redondos y pintados. Aqui hallamos ya alguna semejanza con los edificios moriscos de España; los ligeros pórticos del átrio y las baldosas pintadas de la mezquita, hacen recordar diversas partes del Generalife, de la Alhambra, y de la catedral de Córdoba.

Pasemos á la parte interior de esta mezquita, que ni he visto ni he podido ver, aunque tuve ganas de esponerme á todo por satisfacer mi amor á las artes; pero me contuve temiendo causar la pérdida de los cristianos de Jerusalen. Guillermo de Tiro y Deshayes dicen alguna cosa de lo interior de la mezquita de la Roca, y el padre Roger hace de ella una descripcion muy circunstanciada y probablemente muy fiel (1).

Empero esta descripcion no basta para demostrar

(1) Véase la nota G al fin del volúmen.

que lo interior de la mezquita de Jerusalen se parezca á los monumentos moriscos de España; pues esto depende del modo como estén dispuestas las columnas, acerca de lo cual nada nos dice el padre Roger. ¿Sostienen arcos pequeños? ¿Están apareadas, agrupadas, aisladas como en Córdoba y Granada? Pero si lo esterior de esta mezquita es tan semejante á algunas partes de la Alhambra, ¿no es de presumir que lo interior conserve el mismo gusto de arquitectura? Yo lo creeré con tanta mayor facilidad, cuanto que los mármoles y columnas de este edificio fueron quitados de las iglesias cristianas, y deben presentar aquella mezcla de órdenes y proporciones que se advierte en la catedral de Córdoba.

Añadamos una observacion á estas conjeturas. La mezquita abandonada que se ve cerca del Cairo, parece ser del mismo estilo que la mezquita de Jerusalen; y es evidente que la del Cairo fué el original de la de Córdoba, edificada por los mismos descendientes de la dinastía de los Omiades; siendo tambien cierto que Omar, que dió nombre y orígen á esta familia, fundó la mezquita de Jerusalen.

Asi, pues, los monumentos verdaderamente árabes pertenecen á la primera dinastía de los califas, y en general al genio de la nacion; y no se deben, como se ha creido hasta aqui, al particular ingenio de los moros andaluces, porque he hallado en el Oriente el modelo de estos monumentos.

Probado esto, adelantaré aun mas, pues creo descubrir en la arquitectura egipcia, tan pesada, tan magestuosa, tan espaciosa y duradera, el principio ó tipo de esta arquitectura sarracena tan ligera, tan alegre, tan minuciosa y frágil: el minareto imita al obelisco, y los arabescos son geroglíficos delineados, en lugar de geroglíficos grabados. En cuanto á aquellos, como bosques de columnas que componen lo interior de las

mezquitas árabes, y que sostienen una bóveda aplastada, los templos de Memfis, de Dendéra, de Tebas, de Meroué, presentaban tambien ejemplos de este género de construccion. Establecidos los descendientes de Ismael en las fronteras de Metzraim, no podia menos de exaltarse su imaginacion al considerar las obras prodigiosas de los Faraones. No podian tomar de los griegos, porque no los conocian; pero procuraron copiar las artes de una nacion famosa, que siempre tenian á la vista. Pueblos vagabundos, conquistadores y viageros imitaron al inmutable Egipto: hicieron obeliscos de madera dorada, y geroglíficos de yeso, que podian llevar con sus pabellones sobre sus camellos,

Conozco que este sistema, si lo es, puede ser combatido, y con documentos históricos. Sé muy bien que el palacio de Zehra, que Abdoulraham hizo edificar cerca de Córdoba, lo fué segun el plan de un arquitecto de Constantinopla, y que las columnas de este palacio fueron trabajadas en Grecia; y tambien sé que hay una arquitectura que nació en la corrupcion del arte, y á la cual podemos llamar *arquitectura justiniana*, algo parecida á las obras de los moros; y sé, en fin, que personas de muchos conocimientos y de gusto muy delicado, como el respetable Mr. d'Agincourt y Mr. de La Borde, autor del magnífico *Viage de España*, piensan que toda arquitectura es hija de Grecia; mas por muy respetables que sean estas autoridades, no por eso mudaré de opinion. Un plan enviado por un arquitecto de Constantinopla, columnas trabajadas en las orillas del Bósforo, artífices griegos que se ocuparon en la mezquita, nada prueban; pues de un hecho particular no se puede sacar una consecuencia general. He visto en Constantinopla la arquitectura justiniana, y convengo en que tiene alguna semejanza con la de los sarracenos, como el acortamiento de la bóveda en los arcos; sin embargo, conserva una soli-

dez, una como frialdad, cierto fundamento ó razon en sus formas, que no se advierte en la fantasía árabe. Ademas de esto, la misma arquitectura justiniana me parece ser la arquitectura egipcia confundida con la griega. Esta nueva invasion del arte de Memfis la produjo el establecimiento del cristianismo: los solitarios que poblaron los desiertos de la Tebaida, y cuyas opiniones gobernaban al mundo, introdujeron en las iglesias, en los monasterios, y hasta en los palacios, estos pórticos degenerados, que llamamos *claustros*, donde respira el genio del Oriente. Y observemos en apoyo de todo esto, que la verdadera decadencia del arte entre los griegos, comenzó precisamente cuando la córte de Constantinopla no era mas que la córte romana; lo que prueba que la arquitectura griega no produjo la arquitectura oriental, sino que esta se introdujo en aquella por la cercanía de los paises en que reinaba.

Me inclino, pues, á creer que todo género de arquitectura, sin escluir la gótica, salió de Egipto; pues nada nuevo ha venido del Norte sino las cadenas y la destruccion. Pero esta arquitectura egipcia se acomodó al genio de los pueblos: alteróse muy poco entre los hebreos, pues solo suprimieron estos los monstruos y los dioses de la idolatría; en Grecia, donde la introdujeron Cécrope é Inaco, se perfeccionó, y vino á ser el modelo de los demas pueblos: los toscanos, que eran una colonia egipcia, la introdujeron en Roma, donde conservó su grandeza; pero sin llegar jamás á la perfeccion que tuvo en Atenas. Los apóstoles la llevaron del Oriente á los bárbaros del Norte, y sin perder entre estos pueblos su sombrío y religioso carácter, se engrandeció, por decirlo asi, en los bosques de las Galias y de la Germania, presentando la particular union de la fuerza, de la magestad y de la melancolía en el todo, y en sus partes la mas estraordinaria lige-

reza. En fin, tomó entre los árabes las formas que ya hemos manifestado; arquitectura del desierto, encantada como los oasis, mágica como las historias contadas en las tiendas de campaña; pero que los vientos pueden arrebatar como la arena que al principio les sirvió de cimientos.

Podria apoyar mi opinion en muchísimas autoridades históricas, haciendo ver que los primeros templos de Grecia, como el de Júpiter en Onga, cerca de Amiclea, eran verdaderos templos egipcios; y que la misma escultura era egipcia en Argos, Esparta y Atenas en tiempo de Dédalo, y en los siglos heróicos. Pero me parece que esta digresion ha sido ya demasiado larga, y es tiempo de pasar á los monumentos góticos de Jerusalen.

Redúcense estos á algunos sepulcros. Los monumentos de Godofre y de Balduino son dos atahudes de piedra colocados sobre dos columnitas. Los epitafios que se leen en la descripcion de Deshayes están escritos en letras góticas. Todo esto tiene en sí mismo poca importancia; pero al entrar en el Santo Sepulcro no pudieron menos de llamarme la atencion, pues el hallar aquellos monumentos segun el gusto de mi patria, en un pais tan distante y estraño, me indicaba otros hombres, otras costumbres y otras tierras: parecióme que de repente me habia trasladado á uno de nuestros antiguos monasterios, y quedé como un otaitio que hubiera reconocido de súbito un árbol de su patria en el centro de la Francia. Contemplé con veneracion estos mauseolos góticos, donde descansaban caballeros franceses, peregrinos hechos reyes, y héroes de la *Jerusalen libertada*, y me acordé de las palabras que Tasso pone en boca de Godofre:

Chi sia di noi, ch' esser sepulto schivi
Ove i membri di Dio fur già sepulti?

En cuanto á los monumentos turcos, últimos testigos que demuestran en Jerusalen las revoluciones de los imperios, nó merecen que nos detengamos en ellos, y solo los he mencionado para manifestar que no debíamos confundir las obras de los tártaros con los trabajos de los moros; y aun mas seguro seria decir que los turcos ignoran absolutamente la arquitectura; pues no han hecho mas que afear los edificios griegos y árabes, coronándolos con cúpulas macizas y pabellones chinescos. Algunos bazares y oratorios de santones es lo único que los nuevos tiranos han añadido á la infeliz Jerusalen.

El lector conoce ya los diversos monumentos de la santa ciudad.

Volviendo de visitar los sepulcros de los reyes, que han dado motivo á las descripciones anteriores, pasé por el valle de Josafat. El sol se ponia por detrás de Jerusalen, dorando con sus últimos rayos aquel monton de ruinas y los montes de Judea. Dije á mis compañeros que entrasen por la puerta de San Estéban, y me quedé solo con el genízaro. Entonces me senté al pie del sepulcro de Josafat, dirigiendo la vista al templo, saqué del bolsillo un tomo de Racine y volví á leer la *Atalia*.

Y al leer aquellos primeros versos que comienzan:

Oui, je viens dans son temple adorer l'Eternel, etc.

me es imposible espresar lo que sentí en mí, pues creia oir los cánticos de Salomon y el grito de los profetas. Alzóse ante mí la antigua Jerusalen; salieron de

sus tumbas las sombras de Joad, de Atalía y de Josabeth, y me pareció que no habia conocido hasta entonces el genio de Racine. ¡Qué poesía tan sublime y tan digna de aquellos parages! Nadie puede imaginarse lo que es la Atalía leida sobre el sepulcro del rey Josafat, á la orilla del torrente de Cedron, y delante de las ruinas del templo; pero ¿qué se ha hecho aquel templo, adornado por todas partes de magníficas guirnaldas?

Comment en un plomb vil l'or pur s'est-il changé!
Quel est dans ce lieu saint ce pontife égorgé?
Pleure, Jérusalem, pleure, cité perfide,
Des prophétes divins malhereuse homicide:
De son amour pour toi ton Dieu s'est dépouillé;
Ton encens á ses yeux est un encens souillé.
Oú menez-vous ces enfants et ces femmes?
Le Seigneur á detruit la reine des cités:
Ses pretrés sont captifs, ses rois son rejetés;
Dieu ne veut plus qu'on vienne á ses solennités:
Temple, renverse-toi; cedres, jetez des flammes.
Jérusalem, objet de ma douleur,
Quelle main en un jour t'a ravi tous tes charmes?
Qui changera mes yeux, en deux sources de larmes
Pour pleurer ton malheur?

AZARIAS.

Oh saint temple!

JOSABETH.

Oh David!

LE CHOEUR.

Dieu de Sion, rappelle,
Rappelle en sa faveur tes antiques boutés.

La pluma se cae de la mano, y hasta vergonzoso es ensuciar papel, despues que uno acaba de leer tan magníficos versos.

Pasé en el convento la mayor parte del dia 9 ocupado en apuntar algunas particularidades de la vida privada que se pasa en Jerusalen, y no teniendo ya cosa esencial que ver ni dentro ni fuera de la ciudad, visité por último el pozo de Nehemías, donde se ocultó el fuego sagrado durante el cautiverio, los sepulcros de los jueces, y otras antigüedades que nada tienen de notable sino sus nombres famosos.

Voy, pues, á dar aquellas noticias que escitan la curiosidad relativamente á los lugares de cuya grandeza se habla. Desde luego ninguno podrá figurarse que lo mismo se vive en Atenas y Esparta que en su propio hogar: sobre todo en Jerusalen, cuyo nombre recuerda tantos misterios. El llena el corazon de amargura, y parece que todo deba ser estraordinario en aquella ciudad estraordinaria. Pintémosla, pues, tal cual es, y demos principio por el convento de Padres latinos.

Entrase en él por un callejon embovedado, que se une con otro bastante largo y oscuro, y al fin del cual se encuentra un patio donde están la carnicería, la bodega y el lagar del convento; y encima hay un claustro, al que se sube por una escalera de doce á quince escalones. Al Oriente de este claustro hay un vestíbulo que comunica con la iglesia, que es bastante hermosa, y tiene su coro, su nave con su media naranja, un altar á la romana, y un organito, contenido todo en un espacio de veinte pies de largo y doce de ancho.

Otra puerta practicada al Occidente del claustro conduce á lo interior del convento. «Este convento, dice Doubdan en una lindísima descripcion, es muy irregular, construido segun el gusto antiguo, y compuesto de muchas piezas altas y bajas, con sus pequeñas oficinas, sus celdas pequeñas, pobres y oscuras,

y ademas dos jardinitos que tocan con las murallas de la ciudad. En la parte occidental hay otro patio que contiene la hospedería de los peregrinos. El único recreo que puede disfrutarse en este lugar es subir á la azotea ó terrado de la iglesia, para descubrir desde allí toda la ciudad, que va descendiendo progresivamente hasta el valle de Josafat: se ve ademas la iglesia del Santo Sepulcro, el atrio del templo de Salomon, y algo mas lejos el monte Olivete: al Mediodía el castillo y el camino de Betlem, y al Norte la cueva de Geremías. Este es en pocas palabras el plan y el cuadro de este convento, que respira la simplicidad y la pobreza de aquel de quien se dijo en aquel mismo sitio, *propter nos agenus factus est cum esset dives* (*II. Cor.* 8.)

El cuarto que yo ocupaba se llamaba *el cuarto grande de los Peregrinos*, y cae á un patio solitario, cercado de pared por todas partes. Mis muebles consistian en una cama de hospital, con dos cortinas de sarga verde, una mesa y un cofre. Inmediatos á la mia ocupaban otras dos celditas mis criados, y un cántaro siempre lleno de agua y una lámpara á la italiana, completaban el menage de mi habitacion. Esta, aunque grande, era sombria, pues solo recibia la luz por el patio que acabo de indicar. Trece peregrinos habian escrito sus nombres en la parte interior de la puerta; el primero se llamaba *Cárlos Lombardo*, y estuvo en Jerusalen en 1669, y el último *John Gordon*, y estuvo en 1804, y tal vez será el mismo de quien hablé, diciendo que hizo analizar en Lóndres una botella de agua del mar Muerto. Entre los trece viageros solo reconocí tres nombres franceses.

Los peregrinos no comen con los religiosos como en Jaffa, pues se les sirve aparte, y cada uno gasta lo que quiere. Si son pobres, se les mantiene gratis: si son ricos, satisfacen su gusto particular, y el convento

no pide un cuarto. La habitacion, la cama, la ropa, la lumbre y la luz se dan á título de hospitalidad.

Tenia á mi disposicion un cocinero, y solo comia al anochecer cuando volvia de mis escursiones. Servíanme ante todo un potage de lentejas, un pedazo de ternera con pepinos ó cebollas, otro de cabrito ó carnero con arroz. Allí no se come vaca, y la carne de búfalo tiene mal gusto: por asado solian darme pichones, y otras veces perdices blancas, llamadas *perdices del desierto*. La caza es muy abundante en las llanura de Rama y montañas de Judea, y consiste en perdices, becadas, liebres, jabalíes y gacelas. Las codornices de Arabia, de que se alimentaron los israelitas, son conocidas apenas en Jerusalen; sin embargo, se encuentran algunas en el valle del Jordan. Las únicas legumbres que comí allí fueron lentejas, habas, cohombros y cebollas.

El vino de Jerusalen es escelente, y el color, y aun el gusto es semejante á los vinos del Rosellon. Las viñas que lo producen son todavía las de Engaddi, cerca de Betlem. Comí buenas frutas, lo mismo que en Jaffa, uvas, dátiles, granadas, sandías, manzanas é higos de la segunda estacion, porque los sicomoros ó higueras de Faraon ya habian pasado. El pan que se amasa en el convento es bueno y sabroso.

Vàmos al precio de los comestibles.

El quintal de Jerusalen se compone de cien rolts, y el rolt de novecientos dracmas.

El rol vale dos ocas y un cuarto, que equivale á ocho libras francesas.

El carnero se vende á dos piastras y diez paras el rolt. Cada piastra turca, alterada de continuo por los beyes y bajás de Egipto, no vale en Siria mas que treinta y tres sueldos, cuatro dineros, y el para á diez dineros. Resultando, pues, que el rolt vale poco mas

de ocho libras: cuesta la libra de carnero en Jerusalen nueve sueldos y cuatro dineros y medio.

La ternera se vende á una piastra el rolt, y el cabrito á una piastra y algunos paras.

Una ternera grande cuesta treinta ó treinta y cinco piastras, y seis ú ocho una cabra.

El cahiz de trigo vale ocho ó nueve piastras.

El aceite se vende á tres piastras el rolt.

Las legumbres son muy caras, pues las llevan á Jerusalen desde Jaffa y aldeas vecinas.

En este año de 1806, se vendia el quintal de uva de vendimia á veinte y siete piastras.

Presentemos tambien otros pormenores.

El que no quiere ir á hospedarse en los kans, ni en el convento de los padres latinos de la Tierra Santa, podrá encontrar con facilidad muchas habitaciones ó casas de huéspedes en Jerusalen; pero con poca seguridad de la vida. Segun que es grande ó pequeña, pobre ó rica la casa, asi se paga la habitacion, que cuesta al mes desde dos hasta veinte piastras. Toda una casa, que se reduce á una sala muy espaciosa y unos quince chiribitiles que llaman cuartos, costaria al año cinco mil piastras.

Los obreros, albañiles, cerrageros y carpinteros, reciben un jornal de dos piastras ademas de la comida.

No hay medida fija para comprar tierra, y para esto se calcula á ojo el terreno que se quiere comprar, valuándolo segun los fondos que puede producir en frutos, trigo y viñedo.

Los arados no tienen ruedas, y consisten únicamente en un hierrecillo que apenas sulca la tierra, que la trabajan con bueyes.

Recogen avena, trigo, maiz y algodon. Siembran el sésamo ó alegría en el mismo campo en que cultivan el algodon.

Un mulo cuesta ciento ó doscientas piastras, se-

gun su estampa, y un asno vale desde quince hasta cincuenta piastras. Un caballo en general vale menos que un mulo ó un asno; pero un caballo árabe de raza conocida, no tiene precio. Así es que el bajá de Damasco acababa de comprar uno por tres mil piastras. La historia de una yegua forma á veces la conversacion de todo el pais; y así, estando yo en Jerusalen, contaban las proezas de una de estas yeguas maravillosas. Viéndose el beduino que la montaba perseguido por la tropa del gobernador, se habia arrojado con ella desde la cumbre de los montes que dominan á Jericó; la yegua habia bajado á galope tendido, casi perpendicularmente, y sin tropezar, dejando á los soldados atónitos y admirados de tal fuga. Pero el pobre animal habia caido reventado al entrar en Jericó, y no queriéndole abandonar su amo, le cogieron llorando al lado de su pobre compañera. Esta yegua tiene un hermano en el desierto, y es tan famoso, que los árabes saben siempre donde ha estado y donde está, que hace, y si está bueno ó malo. Alí-Agá me enseñó en los montes cerca de Jericó las huellas de la yegua de que acabo de hablar, y es cierto que un macedonio no hubiera mirado con mas respeto las del Bucéfalo.

Hablemos ahora de los peregrinos. Las relaciones modernas han exagerado algo las riquezas que los peregrinos dejan durante su permanencia en la Tierra Santa. Ante todo importa saber de qué peregrinos se trata. No serán los latinos, porque en general todos los viageros convienen en que ya no se ven. En el último siglo los padres de San Salvador solo han visto doscientos viageros católicos, comprendiendo en este número los religiosos de sus órdenes, y los misioneros de Levante. Mil ejemplos prueban que nunca ha sido grande el número de los peregrinos latinos. Thevenot dice que en 1656 era el veinte y dos de los que

habian ido al Santo Sepulcro. Muchas veces no llegan á doce los peregrinos, pues es preciso buscar algunos religiosos para completar este número que se necesita para la ceremonia del lavatorio de los pies el dia de Miércoles Santo. Con efecto, en 1509, esto es, setenta y nueve años antes que Thevenot, Villemont solo encontró en Jerusalen seis peregrinos francos. Si en 1589, y precisamente en una época en que la religion se hallaba tan floreciente, no habia mas que siete peregrinos latinos en Palestina, júzguese cuantos debia haber en 1806. Asi es, que mi llegada al convento de San Salvador fué un verdadero acontecimiento. Mr. Seetzen, que se encontraba allí por la Pascua, esto es, siete meses antes que yo, dice que á la sazon era él el único católico que habia como viagero.

¿Serán, pues, los peregrinos católicos, ó los peregrinos judíos, griegos ó armenios, los que han enriquecido el Santo Sepulcro? En uno y otro caso creo siempre los cálculos muy exagerados.

El mayor gasto que hacen los peregrinos consiste en los derechos que deben satisfacer á los turcos y á los árabes, sea por entrar en los Santos Lugares, sea por los *caffari* ó licencias de pasage; lo cual sube hasta la cantidad de sesenta y cinco piastras y veinte y nueve paras. Si se cuenta el maximum de la piastra, haciéndola subir á cincuenta sueldos franceses, y el para á cinco liards ó quince dineros, todo aquel gasto formará la suma de ciento sesenta y cuatro libras, seis sueldos y tres dineros; pero si se calcula la piastra en su mínimum, esto es, en treinta y tres sueldos franceses y cuatro dineros, y el para en tres liards y un dinero, será el todo ciento ocho libras, nueve sueldos y seis dineros. Esta es la cuenta general que me presentó el padre procurador del convento de San Salvador; y la inserto en este lugar en italiano, porque esta lengua es ya hoy muy conocida, y con los

nombres propios de los turcos, etc.; caractéres originales que confirman su autoridad:

Spesa solita che fa un pelerino en la sua intrata da Giaffa sin a Gerusalemme, e nel ritorno a Giaffa (1).

		Piast.	Par.
Caffari.	In Giaffa dopo il suo sbarco Caffaro.	5	20
	In Giaffa prima del imbarco al suo ritorno.	5	20
Cavalcatura sin a Rama, e portar al Aravo (2), che accampagna sin a Gerusalemme.. .		1	20
Pago al Aravo che accompagna. . 5 »		10	30
Al vilano che accompagna da Gerasma. 5 50			
Cavalcatura per venire da Rama, ed altra per ritornare.		10	
Caffari nella strada 1 16 cadi medni 20. .		1	16
Intrata nel Santísimo Sepulcro. Al Mehcah governatore. E stader del tempio. . .		26	38
Intrata nella cittá Ciohadari del cadi e governatore Sbirro. E portinaro.			15
Primo e secundo drogomano.		3	30
		65	29

Si el peregrino va al Jordan es preciso añadir á esta cantidad doce piastras mas.

En fin, como pienso que en una discusion de hechos habrá lectores que tendrán un placer en ver los gastos que yo mismo he hecho en Jerusalen, los pongo á continuacion; pero advirtiendo que si se consi-

(1) Las cuentas siguientes varian algo en sus sumas totales, porque la piastra esperimenta cada dia un nuevo cambio, al paso que el para tiene valor fijo, de modo que la piastra no siempre se compone del mismo número de paras.

(2) Aravo por Arabo.

dera que tenia á mis órdenes caballos, genízaros y escoltas; que vivia lo mismo que en París en cuanto á la comida y las horas de costumbre; que entraba de continuo en el Santo Sepulcro á horas estraordinarias; y que veia diez veces los mismos lugares, pagando por consiguiente diez veces los mismos derechos, los caffarri y otras mil exacciones que imponen los turcos, cualquiera estrañará que mi gasto no haya sido escesivo. Inserto las cuentas originales con los mismos defectos de ortografía del dragoman Miguel, y solo son curiosas porque conservan el carácter del pais. Vénse en ellas repetidos todos mis movimientos, los nombres de muchos personages, el precio de diversos objetos, etc. En una palabra, estas cuentas son un testimonio de la sinceridad de mi narracion. Se echará de ver ademas que he pasado en esta relacion muchas cosas por alto, y que he visitado á Jerusalen con mas atencion aun de lo que yo mismo he manifestado.

Gasto en Jaffa.

	Piast.	Par.
Per un messo a Gerusalemme.	7	20
Altro messo a Rama.	3	
Altro per avisare agli Aravi.	1	20
Orso in Rama per gli cavalli.	2	
Per il cavallo del servitore di Giaffa in Rama.	2	20
Gaffaro alli Aravi.	2	36
Al cavaliero che adato il gov^{re} di Rama. .	15	
Per il cavallo che porto sua Ecc^{a} a Gerusalemme.	15	
Regallo alli servitori de gli cavalli. . . .	3	
Regallo al Mucaro Menum.	5	
Tutto p^{s} . . .	57	16

Gasto en Jerusalen:

Spesa fatta per il sig^e dal giorno del suo arrivo a Gierusalemme ali 4 di Ottobre 1806.

	Piast.	Par.
Il giorno del suo arrivo, per cavaleria da Rama a Gierusalemme.	015	
Compania per li Aravi, 6 isolote per testa.	013	20
Cap...... a 10 M^i	000	30
Al Muccaro.	001	20
Cavalcatura per Michelle andare, e ritornar da Rama.	008	20
4 Cavalli per andare a Betlemme e al Giordano.	080	
Al portinaro della cità.	001	25
Apertura del S^mo-Sepolcro.	001	25
Regallo alli portinari del S^mo-Sepolcro 7 persone.	030	
Alli figlio, che chiamano li Turchi per aprire la porta.	01	25
Al Chavas del governatore per avere acompagniato il sig^e dentro della città, e fuori á cavallo.	008	
Item. A un Dalati, cioe, guardia del Zambarakgi Pari.	004	
Per 5 cavalli per andare al Monte Olibette, e altri luoghi, et seconda volte al Potzo di Geremia, e la madona.	016	30
Al genisero per companiare il sig^e a Betlemme.	003	20
Item. Al genisero per avere andato col sig^e per la città.	001	35
12 Ottobre per la apertura del S^mo-Sepolcro.	001	
	189	10

Spese fatte da Michel, per ordine del Sig^e^.

	Piast.	Par.
In vari luoghi.		
In tabaco per li villani, et la compania nel viagio per el Giordano, e per li villani di S^n^ Saba.	006	20
In candelle per S^n^ Saba, e servitori. . .	006	
Per li sacrestani greci, e altri.	006	20
Regallo nella casa della Madona, e serolio, e nella casa di Simione, e nel convento dell Suriani, e nel spitale de S^ta^ Elena, e nella casa di Anas, e nella singoga delli Ebrei.	009	10
Item. Regallo nel convento delli Armeni di S^n^ Giacomo, alli servitori, sacrestino, e genisari.	028	
Regallo nel Sepolcro della Madona alli sacrestani, e nel monte-Olibette. . . .	005	10
Al servitore del gobernatore il negro, e nel castello.	005	20
Per lavare la robba del sig^e^ e suoi servitori..	003	
Alli poveri in tutto il giro.	005	15
Regallo nel convento delli Greci in chiesa al sacrestano, e alli servitori, e alli geniseri.	018	
4 cavalcature per il sig^e^, suo dragomano, suo servitore, é Michelle da Gierusalemme fino Giaffa, e quella di Michelle per andare, e ritornare la seconda volta. .	046	
Compania a 6 isolote, ogni persona delli sig^ri^	013	20
Villano.	003	

	Piast.	Par
Caffarro.	004	24
Regallo alli genisari.	020	
Regallo a Goch di S^n^ Geremia. . . .	060	
Regallo alli dragomani.	030	
Regallo al communiere.	010	
Al Portinaro Malía.	005	
Al Spenditare.	005	
In Bellemme una cavalcatura per la provisione del Giordano, orzo 4 Aravi, due villani: regallo alli capi, e servitori. .	172	
Alli-Agha figlo d'Abugiahfar.	150	
Item. Zbirri, poveri, e guardie nel calare al S^mo^-Sepolcro l'último giorno. . .	010	
	804	29
A Mechele Casar 80: Alcuesnaro 20. . .	100	
	904	29

En primer lugar este gran número de peregrinos, por lo que hace á los católicos, debe reducirse á muy poca cosa, ó á nada; porque siete, doce, veinte, treinta y aun cien peregrinos, no valen la pena de contarse. Y ademas, si esta docena de peregrinos que hace uno ó dos siglos visitaban cada año el Santo Sepulcro, eran unos pobres viageros, los padres de Tierra Santa no podian ciertamente enriquecerse con sus despojos. Oigamos al sincero Doubdan.

«Los religiosos que viven en el convento de San Salvador, siguen la regla de San Francisco, y observan estremada pobreza; pues viven únicamente de las limosnas que les envian de la cristiandad, y que les dan los peregrinos segun las facultades de cada uno;

mas como estos se hallan muy lejos de sus paises, y no saben los considerables gastos que tendrán que hacer para su regreso, nunca son muy grandes sus limosnas; sin que por esto dejen de ser tratados con la mayor caridad.»

Asi pues, los peregrinos de Tierra Santa que pueden dejar tesoros en Jerusalen, no son ciertamente los católicos; ni la parte de estos tesoros que se convierte en herencia de los conventos, cae en manos de los religiosos latinos: las limosnas que estos reciben de Europa no bastan para la conservacion de los Santos Lugares, que diariamente se arruinan, y que muy pronto se verán abandonados por falta de auxilios. La pobreza, pues, de estos religiosos está probada por el testimonio unánime de los viageros. Ya he hablado de sus padecimientos; si fuese necesario todavía puedo presentar otras pruebas.

«Asi como fué un religioso francés, dice el padre Roger, el que tomó posesion de los Santos Lugares en Jerusalen, asi tambien el primer religioso que padeció el martirio fué un francés, llamado el hermano Limin, de la provincia de Turena, el cual fué decapitado en el Gran Cairo. Poco despues el hermano Jacobo y el hermano Geremías, sufrieron la muerte fuera de las puertas de Jerusalen. El hermano Conrado de Alis Barthelemi, del monte Policiano, en la provincia de Toscana, fué partido en dos pedazos desde la cabeza á los pies en el Gran Cairo. El hermano Juan de Ether, español, de la provincia de Castilla, fué descuartizado por órden del bajá de Casa. Siete religiosos fueron decapitados por el sultan de Egipto, y otros dos desollados vimos en Siria.

«El año 1637 martirizaron los árabes á doce religiosos que formaban la comunidad del monte Sion. Poco tiempo despues diez y seis religiosos, entre sacerdotes y legos, fueron llevados presos desde Jeru-

salen á Damasco (cuando el rey de Alejandría tomó á Chipre) en donde permanecieron cinco años, hasta que uno en pos de otro fueron muriendo todos de necesidad. El hermano Cosme, de San Francisco, fué muerto por los turcos á la puerta del Santo Sepulcro, en donde predicaba la fé cristiana. A otros dos hermanos les dieron tantos palos en Damasco, que quedaron muertos en el sitio. Otros seis fueron asesinados por los árabes una noche cuando estaban cantando maitines en el convento edificado en Anathot, en la casa del profeta Geremías, el cual inmediatamente quemaron. Abusaría de la paciencia de mis lectores, si continuara presentando pruebas particulares de los trabajos y persecuciones que nuestros pobres religiosos han sufrido desde que tienen á su cargo la custodia de los Santos Lugares: persecuciones que siguen en aumento desde el año 1627, en que se establecieron allí, como podrá conocerse por los hechos que siguen, etc. (1).»

El embajador Deshayes habla en el mismo sentido acerca de las persecuciones que sufren por parte de los turcos los padres de la Tierra Santa.

«Aquellos pobres religiosos, dice, suelen verse algunas veces reducidos á tal estremo, por faltarles los recursos de la cristiandad, que su condicion es ciertamente deplorable. Todos sus medios se reducen á las limosnas que se les envian, mas estas no alcanzan á cubrir la mitad de los gastos que tienen que hacer; porque ademas de su manutencion y del gran número de luces que tienen siempre encendidas, es indispensable que continuamente estén dando dinero á los turcos, si no quieren ser molestados; y cuando no tienen medios de satisfacer su avaricia, se ven reducidos á prision.

«Jerusalen dista tanto de Constantinopla, que el embajador del rey, que reside en esta, solo despues

(1) Disertacion de la Tierra Santa, pág. 436.

de largo tiempo puede tener noticia de las vejaciones que sufren los religiosos: estos entretanto padecen y sufren si no tienen dinero para rescatarse; y los turcos, muchas veces, no contentos con afligirles en sus personas, convierten sus iglesias en mezquitas (1).»

Volúmenes enteros podrian llenarse con testimonios semejantes, que se hallan consignados en los viages de Palestina; pero me limitaré á producir uno, que será incontestable.

Este lo encuentro en un monumento de iniquidad y de opresion, que es tal vez el único que existe sobre la tierra: monumento cuya autoridad es tanto mas irrecusable, cuanto que estaba destinado á permanecer en un eterno olvido.

Habíanme permitido los padres que examinase la biblioteca y los archivos de su convento. Desgraciadamente estos archivos y esta biblioteca fueron saqueados hace cerca de un siglo, en ocasion que un bajá cargó de cadenas á los religiosos, y se los llevó cautivos á Damasco. Salváronse de aquella devastacion algunos papeles, y particularmente los firmanes que los padres han obtenido tanto de la Puerta como de los soberanos del Egipto, para defenderse de la opresion de los pueblos y de los gobernadores.

Este curioso legajo se intitula:

Registro delli Capitolazioni, Cattiscerifi, Baratti, Comandamenti, Ogetti, Attestazioni, Sentenze, Ordini dei Buscia', Giudici e Polizze, che si trovano nell' Archivio di questa Procura generale di Terra-Santa.

Bajo la letra H, n.º 1, pág. 369, se lee:

Instrumento del re saraceno Musafar, contiene: che non sia dimandato del vino da i religiosi franchi. Dato alli 13 della luna di Regeb del anno 414.

(1) Viage á Levante, pág. 409.

Bajo el n.º 2:

Instrumento del re saraceno Matamad, contiene: che li religiosi franchi non siano molestati. Dato alli 2 di sciaval del anno 501.

Bajo el n.º 5, pág. 370:

Instrumento con la sua copia del re saraceno Amed Ciakmak contiene: che li religiosi franchi non paghino a quei ministri, che non vengono per gli affari dei frati...., possino sepelire i loro morti, possino fare vino provizione.... non siano obligati a montare cavalli per forza in Rama; non diano visitare loco possessioni: che nessuno pretenda d' esser droglo-romanno, se non alcuno appoggio. Dato alli 10 di sefer 609.

Muchos firmanes comienzan asi:

Copia autenticata d' un commendamento ad instanza dell' Ambasciadore di Francia, etc.

De modo que los desgraciados padres que guardan el sepulcro de Jesucristo, se ocupan únicamente hace algunos siglos en defenderse diariamente de todo género de insultos y tiranía; pues se ven precisados á sacar permisos para alimentarse, para enterrar sus muertos, etc.; ora se les obliga á montar á caballo sin necesidad para hacerles pagar los derechos; ora un turco se declara por fuerza su dragoman, y exige un salario de la comunidad; en una palabra, se han apurado contra aquellos desventurados religiosos las invenciones mas estravagantes del despotismo oriental (1). En vano obtienen á peso de oro órdenes que

(1) En una ocasion querian asesinar á dos religiosos de Jerusalen porque habia caido un gato en la cisterna del convento. (Roger, pág. 330).

parece les ponen á cubierto de tantas vejaciones: estas órdenes no se ejecutan: cada año se ve una opresion nueva que hace necesario un nuevo firman. El comandante prevaricador y el príncipe protector aparente, son dos tiranos que están de inteligencia, el uno para cometer una injusticia antes de hacerse la ley, y el otro para vender á precio de oro una ley que no se concede hasta despues de cometido el crímen. El registro de los firmanes de los padres es un libro muy precioso, digno sin duda alguna de la biblioteca de aquellos varones apostólicos, que en medio de las tribulaciones guardan con invencible constancia el sepulcro de Jesucristo. Los padres no conocian el valor de aquel catálogo evangélico, ni creian que tuviese el menor interes para mí, porque les parece tan natural el padecer, que estrañaban mucho la admiracion que yo mostraba. Grande y sincera era en verdad la que me inspiraban tantos trabajos tan esforzadamente sufridos; pero ¡cuánto me interesaba tambien el encontrar á cada paso ese epígrafe: *Copia de un firman obtenido por la mediacion del señor embajador de Francia, etc*! ¡Honor á un pais que desde el centro de la Europa atiende á la defensa del infeliz que se halla en el centro del Asia, y protege al débil contra el fuerte! Jamás me ha parecido mi patria tan bella y tan gloriosa, como cuando he encontrado los actos de su beneficencia ocultos en Jerusalen en el registro en donde se hallan escritos los ignorados padecimientos y las desconocidas iniquidades del oprimido y del opresor.

Creo que mis sentimientos particulares no me han cegado jamás hasta el punto de desconocer la verdad: alguna cosa existe que prevalece contra todas las opiniones; y esta cosa es la justicia. Si un incrédulo escribiese hoy un libro de mérito; si hiciese una buena accion, y mostrase sentimientos nobles y elevados, yo como cristiano le aplaudiria con todo mi co-

razon. ¿Y por qué razon un incrédulo no habia de obrar de este modo con un cristiano? ¿Acaso porque un hombre vista un sayal, tenga una larga barba y lleve ceñida una cuerda, no habremos de apreciar sus sacrificios? Por lo que hace á mí, iria á buscar una virtud en las entrañas de la tierra, aunque fuese en la morada de un adorador de Wishnou ó del gran Lama, para tener la dicha de admirarla: las acciones generosas son sobrado escasas en estos tiempos, para que no debamos honrarlas, cualquiera que sea el hábito conque se cubran, ora sea la túnica del sacerdote, ora el manto del filósofo.

QUINTA PARTE.

CONTINUACION DEL VIAGE Á JERUSALEN.

El dia 10 al amanecer, acompañado del fiel Alí, salí de Jerusalen por la puerta de Efraim, con el objeto de reconocer los campos de batalla inmortalizados por el Tasso. Llegados al Norte de la ciudad, entre la gruta de Geremías y los sepulcros de los reyes, abrí la *Jerusalen libertada*, y al momento me sorprendió la verdad de la esposicion del Tasso:

Gerusalem sovra due colli é posta,
D'impari altezza, e vôlti fronte á fronte:
Va per lo mezzo suo valle interposta,
Che tei distingue, e l'un dall'altro monte.
Fuor da tre lati ha malagevol costa:
Per l'altro vassi é non par che si monte;
Ma d'altissime mura, è piú difusa
La parte piana e'ncontra Borea stesa.
La città dentro ha lochi, in cui si serba
L'acqua che piove, e laghi e fonti vivi;
Ma fuor la terra intorno è nuda d'erba,
E di fontane sterile e di vivi;
Nè si vede fiorir lieta e superba
D'alberi, e fare schermo ai raggi estivi,
Se non se in quanto oltra sei miglia un bosco
Sorge d'hombre nocenti orrido e fosco.
Ha da quel lato donde il giorno appare,

Del felice Giordan le nobil onde;
E dalla parte occidental, del mare
Mediterraneo l'arenose sponde.
Verso Borea è Betél, che alzò l altare
Al bue dell'oro, e la Samaria; e donde
Austro portar le suol piovoso nembo,
Betelem, chél gran parto accolse in gembro.

Nada mas claro y preciso que esta descripcion; aunque se hubiese hecho en el mismo sitio no podria ser mas exacta. La selva colocada seis millas del campo, no es una invencion del poeta; Guillermo de Tiro habla del bosque en donde el Tasso hizo nacer tantas maravillas. Godofre encontró en él la madera que necesitaba para sus máquinas de guerra. Cuando yo traduzca los historiadores de las cruzadas, se verá el estudio que habia hecho el Tasso de los originales.

E 'l capitano
Poi ch'intorno ha mirato, a i suoi discendeó;
E perchè crede che la terra in vano
S'oppugneira dove il più erto ascende,
Contra la porta aquilonar, nel piano
Che con lei si congiunge, alza le tende;
E quinci procedendo, infin la torre,
Che chiamano angolar, gli altri fa porre.
Da quel giro del campo e contenuto
Della cittade il terzo, o poco meno,
Ché d'ogni intorno non avria potulo
(Cotanto ella volgea) cingerla appieno
Ma le vie tutte, ond aver puote ajuto,
Tenta Goffredo d'impedirle almeno,
Ed occupar fagli opportuni passi
Onde da lei si viene, ed a lei vassi.

Se está mirando el sitio; el campo se estiende desde la puerta de Damasco hasta la torre angular situada al nacimiento del torrente de Cedron y á la entra-

da del valle de Josafat. El terreno que media entre la ciudad y el campo de batalla, al pie de los muros de Solima, es el mismo que describe el Tasso. Aladino está sentado con Herminia en una torre levantada entre dos puertas, desde donde descubren los combates de la llanura y el campo de los cristianos; pues esta torre y otras varias existen todavía entre la puerta de Damasco y la de Efraim.

En el episodio de Olindo y Sofronia, contenido en el canto segundo, se hallan tambien dos descripciones de lugar muy exactas.

> Nel tempio de' cristiani occulto giace
> Un sotterraneo altare; e quivi é il volto
> Di colei che sua diva, e madre face
> Quel vulgo del suo Dio nato e sepolto.

Esta es la iglesia llamada hoy el *Sepulcro de la Vírgen*, la cual está en el valle de Josafat, y de ella hablo mas arriba: el Tasso, por un privilegio concedido á los poetas, coloca esta iglesia en lo interior de Jerusalen.

La mezquita en que por consejo del mágico se colocó la imágen de Nuestra Señora, es sin duda alguna la del templo:

> Io lá donde riceve
> L'alta vostra meschita e l'aura e l'die
> Di notte ascesi, e trapassai per breve
> Foro, tentando inaccessibil vie.

La primera escaramuza de los aventureros, el combate singular de Argante, Oton, Tancredo, y Raimundo de Tolosa, se verificó delante de la puerta de Efraim. Cuando Armida llegó de Damasco, entró, dice el poeta, por el estremo del campo. En efecto, cerca de la puerta de Damasco, á la parte del Oeste,

debian encontrarse las últimas tiendas de los cristianos.

La admirable escena de la huida de Herminia la colocó hácia la estremidad septentrional del valle de Josafat. Cuando la amante de Tancredo salió con su escudero por la puerta de Jerusalen, *toman del valle larga oblícua senda*, no salió, pues, por la puerta de Efraim; porque el camino que conduce de esta puerta al campo de los cruzados, pasa por un terreno muy igual, prefirió escaparse por la puerta del Oriente, que como menos sospechosa, era la mas descuidada.

Herminia llega á un sitio profundo y solitario: *In solitaria ed ima parte.* Se detiene y manda á su escudero que vaya á hablar á Tancredo: aquel sitio profundo y solitario está muy bien marcado en lo alto del valle de Josafat, antes de doblar el ángulo septentrional de la ciudad. Allí podia Herminia esperar con seguridad la vuelta de su mensagero; pero no sufriéndolo su impaciencia, trepa á lo mas alto de la colina, y descubre á lo lejos las tiendas. Con efecto, saliendo del cauce del torrente de Cedron, y caminando hácia el Norte, debia descubrirse á mano izquierda el campo de los cristianos: entonces encontramos estas estancias admirables:

Era la notte, e'l suo stellato velo
Chiaro spiegava e senza nube alcuna;
E gia spargea rai luminosi e gelo
Di vivé perle la sorgente luna.
L'innamorata donna iva col cielo
Le sue fiamme sfogando ad una ad una;
E secretari del suo amore antico
Fea i multi campi, e quel silenzio amico.
Poi rimirando il campo, ella dicea
Oh belle agli occhi miei tende latine,
Aura spira da wi che mi ricrea,

E mi conforta pur che m'awiccine.
Così a mia vita combattuta e rea
Qualque onesto riposo il ciel destine,
Come in voi solo il cerco; e solo parmi
Che trovar pace io possa in mezzo all'armi.
Raccogliete me dunque, e in wi si trove
Quella pietà che mi promise Amore,
E ch'io già vidi prigioniera altrove
Nel mansüeto mio dolce signore:
Ne già desio di racquistar mi move
Col favor vostro il mio regale onore:
Quando ciò non awenga, assai felice
Io mi terrò, se'n voi servir mi lice.
Cosi parla costei; ché non prevede
Qual dolente fortuna a lei s'appreste.
Ella era in parte, ove per dritto fiede
L'armi sue terse il bel raggio celeste;
Si che da lunge il lampo lor si vede
Col bel candor che le circonda e veste;
E la gran tigre nell'argento impressa
Fiammeggia si, ch'ognun direbbe: E dessa.
Come volle sua sorte, assai vicini
Molti guerrier disposti avean gli aqquati;
E n'eran duci duo fratei latini,
Alcandro e Poliferno, e fur mandati
Per impedir che dentro ai saracini
Greggie non sian, e non sian becoi menati:
E se'l servo passò, fu perche torse
Più lunge il passo, e rapido trascorse.

Alcandro y Poliferno debian hallarse en corta diferencia cerca de los sepulcros de los reyes. Es sensible que el Tasso no haya descrito estas moradas subterráneas; el carácter de su genio le llamaba á pintar un monumento de esta especie.

No es tan fácil determinar el sitio donde la fugitiva Herminia encontró al pastor á la orilla del rio; pero, sin embargo, como solo hay un rio en el pais, y Herminia salió de Jerusalen por la puerta de Oriente,

es probable que el Tasso quiso colocar esta interesante escena á la orilla del Jordan. Convengo en que no puede concebirse que no nombrase este rio; pero debe tenerse presente que este gran poeta no hizo gran uso de los recuerdos de la Escritura, de que tantas bellezas sacó Milton.

En cuanto al lago y al castillo, en donde la encantadora Armida encierra á los caballeros que ha seducido, el mismo Tasso declara que dicho lago es el mar Muerto:

Alfin giungemmo al locco, ove giá scese
Fiamma dal cielo, etc.

Uno de los mas bellos pasages del poema es el ataque del campo de los cristianos por Soliman. El sultan marcha de noche al través de las mas densas tinieblas; porque segun la sublime espresion del poeta,

Votò Pluton gli abissi, e la sua notte
Tutta versó dalle Tartaree grotte.

El campo es asaltado por la parte de Poniente. Godofre, que ocupa hácia el Norte el centro del ejército, advierte sobrado tarde el combate que se ha trabado en el ala derecha. Soliman no ha podido lanzarse sobre la izquierda, aunque es la que se halla mas cerca del desierto, porque hay por aquel lado barrancos muy profundos. Los árabes, emboscados durante el dia en el valle del Teberinto, salen á favor de las sombras de la noche, y tratan de libertar á Jerusalen.

Vencido Soliman, toma solo el camino de Gaza; pero Ismeno le sale al encuentro, y le hace subir en un carro que rodea una nube. Atraviesan juntos el campo cristiano, y llegan al monte de Solima. Este

episodio, admirable por otra parte, está conforme con las localidades hasta el esterior del castillo de David, junto á la puerta de Jaffa ó de Betlem; pero en lo demas hay error; porque el poeta confunde, ó quiere confundir, la torre de David con la torre Antonia, la cual estaba edificada á bastante distancia de aquel punto, en la parte baja de la ciudad, y al ángulo septentrional del templo.

Cuando está uno en el sitio, cree ver á los soldados de Godofre partir de la puerta de Efraim, volver hácia el Oriente, bajar al valle de Josafat, y dirigirse como piadosos y pacíficos peregrinos á hacer sus oraciones sobre el monte de las Olivas. Notemos que esta procesion cristiana es un recuerdo muy vivo de la pompa de las Panatencas dirigida á Eleusis en medio de los soldados de Alcibiades. El Tasso, que todo lo habia leido, y que imita continuamente á Homero, á Virgilio y á los demas poetas de la antigüedad, pone aqui en hermosos versos una de las mas bellas escenas de la historia. Debemos añadir que esta procesion es por otra parte un hecho histórico referido por el Anónimo, el monge Roberto y Guillermo de Tiro.

Vengamos al primer asalto. Las máquinas están ya colocadas delante de los muros del septentrion. El Tasso es aqui exacto hasta el estremo:

> Non era il fosso di palustre limo
> (Che nol consente il loco) o d'acqua molle.

Esta es la exacta verdad: el foso de la parte del septentrion está seco, y propiamente es una rambla natural, como los otros que circundan la ciudad.

En las circunstancias de este primer asalto ha seguido el poeta las inspiraciones de su genio, sin apoyarse en la historia; y como le convenia no caminar tan de prisa como el coronista, supone que la máquina

principal la quemaron los infieles, y que por tanto fué preciso comenzar de nuevo los trabajos. Lo cierto es, que los sitiados pusieron fuego á una de las torres de los sitiadores; pero el Tasso ha amplificado este accidente, segun convenia al plan de su fábula.

No tarda en empeñarse el combate de Tancredo y Clorinda, ficcion la mas patética que salió jamás de la mente de un poeta. El sitio de la escena es muy fácil de hallar: Clorinda no puede entrar con Argante por la puerta Dorada, y de consiguiente debe encontrarse mas abajo del templo, en el valle de Siloé. Tancredo la persigue, y trábase el combate: Clorinda moribunda pide el bautismo, y Tancredo, mas desgraciado que su víctima, va en busca del agua á una fuente vecina: por esta fuente queda determinado el sitio:

Poco quindi lontan nel sen del monte
Scaturia mormorando un picciol rio.

Esta es la fuente de Siloé, ó mas bien la fuente de María, que brota tambien al pie de la montaña de Sion.

La pintura de la sequía del canto trece es quizá el trozo del poema mas bien escrito: el Tasso aqui camina á la par con Homero y Virgilio. Este trozo, trabajado con esmero, tiene una valentía y una pureza de estilo, que algunas veces se echan menos en las otras partes de la obra:

Spenta é del cielo ogni benigna lampa
Signoreggiano in lui crudeli stelle;
Onde piove virtú, ch'informa e stampa
L'aria d'impression maligne e felle.
Cresce l'ardor nocivo, e sempre awampa
Più mortalmente in queste parti e in quelle;
A giorno reo notte più rea succede,

E di peggior di lei dopo lei vede.
  Non esce il sol giammai, che, asperso e cinto
Di sanguini vapori entro e d'intorno,
Non mostri nella fronte assai distinto
Mesto presagio d'infelice giorno;
Non parte mai, che, in rosce macchie tinto,
Non minacci egual noja al suo ritorno,
E non inaspri i già sofferti danni,
Con certa tema di futuri affanni.
  Mentre egli i raggi poi d'alto diffonde,
Quanto d'intorno occhio mortal si gira,
Seccarsi i fiori e impallidir le fronde,
Assetate languir l'erbe rimira,
E fendersi la terra e scemar l'onde;
Ogni cosa del ciel soggetta all'ira:
E le sterili nubi in aria sparse
In sembianza di fiamme altrui mostrarse.

  Sembra il ciel nell'aspetto atra fornace,
Ne cosa appar che gli occhi almen ristaure.
Nelle spelonche sue Zefiro tace;
E in tutto è fermo il vaneggiar dell'aure.
Solo vi soffia (e par vampa di face)
Vento che move dell'arene maure,
Che, gravoso o spiacente, e seno e gòte
Co'densi fiati ad or ad or percote.

  Non ha poscia la notte ombre piú liete;
Ma del caldo del sol pajono impresse;
E di travi di foco e di comete,
E d'altri fregi ardenti il velo intesse.
Nè pur, misera terra, alla tua sete
Son dall'avara Luna almen concesse
Sue rugiadose stille, e l'erbe e i fiori
Bramano indarno i lor vitali umori.

  Dalle notti inquiete il dolce sonno
Bandito fugge; e i languidi mortali,
Lusingando, ritrarlo a se non ponno
Ma pur la sete è il pessimo de'mali:
Pero che di Giudea l'iniquo donno
Con veneni e con succhis aspri e mortali,
Più dell'inferna Stige e d'Acheronte

Torbido fece e livido ogni fonte.
E'l picciol Siloè, che puro e mondo
Offria cortese ai Franchi il suo tesoro,
Or di tepidi linfe appena il fondo
Arido copre, e dà scarso ristoro:
Ne il Po, qualor di maggio é piú profondo,
Parría soverchio ai desiderj loro;
Ne 'l Gange, o 'l Nilo, allor che non s'appaga
De' sette alberghi, e 'l verde Egitto allaga.
S'alcun giammai tra frondeggianti rive
Puro vide stagnar liquido argento,
O giù precipitose ir acque vive
Per alpe, o 'n piaggia erbosa a passo lento;
Quelle al vago desio forma e descrive,
E ministra materia al suo tormento;
Che l'immagine lor gelida e molle
L'asciuga e scalda e nel pensier ribolle.
Vedi le membra de'guerrier robuste,
Cui nè cammin per aspra terra preso,
Nè ferrea salma, onde gîr sempre onuste,
Nè domò ferro alla lor morte intenso;
Ch'or risolute, e dal calore aduste,
Giacciono a se medesme inutil peso:
E vive nelle vene occulto foco,
Che pascendo le strugge a poco a poco.
Langue il corsier, già sì feroce, e l'erba,
Che fu suo caro cibo, a schifo prende;
Vacilla il piede inferno, e la superba
Cervice dianzi, or gui dimenssa pende:
Memoria di sue palme or piú non serba,
Ne piú nobil di gloria amor l'accende:
Le vincitrici spoglie e i ricchi fregi
Par chè, quasi vil soma odii e dispregi.
Languisce il fido cane, ed ogni cura
Del caro albergo e del signor obblia:
Giace disteso, ed all'interna arsura,
Sempre anelando, aure novelle invia:
Ma, s'altrui diede il respirar natura,
Perchè il caldo del cor temprato sia,
Or nulla o poco refrigerio n'have.
Si quello, onde si spira, è denso egrave.

Tal es la grande y elevada poesía. Esta pintura, que con tanto acierto ha imitado el autor de Pablo y Virginia, tiene el doble mérito de estar acomodada al cielo de la Judea, y fundarse en la historia: los cristianos esperimentaron una sequía igual en el sitio de Jerusalen. Roberto nos ha dejado de ella una descripcion, que haré conocer á los lectores.

En el canto décimocuarto buscaremos un rio que corre cerca de Ascalon, en medio del cual vive el ermitaño que reveló á Ubaldo y al Danés los destinos de Reinaldo. Este rio es el torrente de Ascalon ú otro mas al Norte, que segun el testimonio de d'Anville, solo fué conocido en tiempo de las cruzadas.

En cuanto á la navegacion de los dos caballeros, el órden de la geografía está admirablemente seguido; porque partiendo aquellos de un puerto situado entre Jaffa y Ascalon, y bajando hácia el Egipto, debieron ver sucesivamente á Ascalon, Gaza, Rafia y Damieta. El poeta nota el camino hácia Poniente, aunque al principio debió ser hácia el Mediodía; mas él no podia entrar en estos pormenores. En último resultado yo veo que todos los poetas épicos han sido hombres muy instruidos, y sobre todo muy empapados en las obras de los que les habian precedido en la carrera de la epopeya: Virgilio tradujo á Homero; el Tasso imita en cada estancia algun pasage de Homero, de Virgilio, de Lucano ó de Estacio; Milton toma de todos, y une á su propio caudal la riqueza de los que le precedieron.

El canto décimosesto, que comprende la pintura de los jardines de Armida, no tiene ninguna relacion con nuestro objeto. En el décimosétimo encontramos la descripcion de Gaza, y el alarde del ejército egipcio: asunto épico tratado con maestría, y donde el Tasso muestra un conocimiento perfecto de la geografía y de la historia. Cuando yo pasé de Jaffa á Alejandría,

nuestra saica bajó hasta enfrente de Gaza, cuya vista me recordó estos versos de *la Jerusalen*:

Gaza é cittá della Giudea nel fine
Su quella via ch' in vêr Pelusio mena;
Posta in riva del mare ed ha vicine
Immense solitudini d'arena,
Le quai, come Austro suo l' onde marine,
Mesce il turbo spirante; onde a gran pena
Ritrova il peregrin riparo o scampo
Nelle tempeste dell' instabil campo.

El último asalto, en el canto diez y nueve, está exactamente arreglado á la historia. Godofre hizo atacar la ciudad por tres puntos distintos: el viejo conde de Tolosa batió el muro entre Poniente y Mediodía, enfrente del castillo de la ciudad, y no lejos de la puerta de Jaffa; Godofre forzó por la parte del Norte la puerta de Efraim, y Tancredo se encargó de la torre angular, que se llamó desde entonces la *torre de Tancredo*.

Tambien sigue las crónicas en los pormenores y en el resultado del asalto. Ismeno, acompañado de dos hechiceras, muere al golpe de una piedra disparada por una máquina: dos magas fueron efectivamente muertas sobre el muro en la toma de Jerusalen. Godofre levanta los ojos, y ve los guerreros celestes que combaten por él en todos lados. Esta, no solo es una bella imitacion de Homero y de Virgilio, sino una tradicion del tiempo de las cruzadas: «En compañía de los vivos, dice el padre Nau, entraron tambien los muertos; porque muchos de aquellos ilustres cruzados que habian sucumbido en diversas ocasiones antes de llegar, y entre otros Ademar, aquel santo y celoso obispo de Puy, en Auvernia, aparecieron sobre las

murallas, como si á la gloria que gozaban ya en Jerusalen celestial, faltase la de visitar la terrena, y adorar al hijo de Dios en el trono de sus ignominias y de sus padecimientos, como le adoraban en el de su magestad y poder.»

La ciudad fué tomada, segun lo refiere el poeta, por medio de puentes que se tendian desde las máquinas hasta los baluartes. Godofre y Gaston de Fox habian dado el plan de estas máquinas, las cuales fueron construidas por marineros pisanos y genoveses. De modo que en este asalto, donde el Tasso ha desplegado el ardor de su genio caballeresco, todo es verdadero, escepto lo que mira á Reinaldo: como este héroe es pura invencion, sus acciones deben ser tambien imaginarias. Con efecto, en el sitio de Jerusalen no habia ningun guerrero llamado *Reinaldo de Este*; y el primer cristiano que saltó á los muros no fué ningun caballero llamado Reinaldo, sino Letolde, hidalgo flamenco de la comitiva de Godofre. Siguiéronle Guicher y el mismo Godofre. La estancia en que el Tasso pinta el estandarte de la cruz cubriendo los muros de Jerusalen ya libertada, es sublime:

La vincitrice insegna in mille giri
Alteramente si rivolge intorno;
E par che 'n lei piú reverente spiri
L'aura, e che splenda in lei piú chiaro il giorno,
Ch' ogni dardo, ogni stral che 'n lei si tiri,
O la declini, o faccia indi ritorno:
Par che Sión par¦che l' opposto monte
Lieto l' adori, e inchini a lei la fronte.

Todos los historiadores de las cruzadas hablan de la piedad de Godofre, de la generosidad de Tancredo, y de la prudencia del conde de SanGil: la: misma Ana

Comneno hace el elogio de este último; y de consiguiente el poeta nos ha pintado los héroes que ya nosotros conocemos. En los caractéres que inventa, es al menos fiel á las costumbres. Argante, por ejemplo, es el verdadero mameluco:

L' altro é il circasso Argante, nom che straniero
Sen venne alla regal corte d' Egitto;
Ma dè satrapi falto é dell' impero,
E in sòmmi gradi alla milizia ascritto,
Impaziente, inesorabil, fero,
Nell' arme infaticabile ed invitto;
D' ogni Dio sprezzator, e che ripone
Nella spada sua legge, e sua ragione.

Soliman es un verdadero sultan de los primeros tiempos del imperio turco. El poeta, que no desaprovecha ningun recuerdo, hace del sultan de Nicea uno de los ascendientes del gran Saladino; y se conoce que ha querido pintar al mismo Saladino con los rasgos que caracterizaban á su abuelo. Si la obra de don Berthereau llegara un dia á publicarse, se conocerian mejor los héroes musulmanes de la Jerusalen; porque aquel escritor habia traducido los autores árabes que tratan de la historia de las cruzadas: traduccion preciosa, que debe formar parte de la coleccion de los historiadores franceses.

Yo no me atreveria á señalar el sitio donde el feroz Argante muere á manos del generoso Tancredo; pero en mi concepto debió ser en los valles entre Poniente y Septentrion. No puede colocarse al Oriente de la torre angular que Tancredo tenia sitiada; porque en este caso, no hubiera Herminia encontrado al héroe herido cuando volvia de Gaza con Vafrin.

En cuanto á la última accion del poema, que en realidad pasó cerca de Ascalon, el Tasso con singular acierto la traslada junto á los muros de Jerusalen; y

aunque en la historia esta accion es muy poco importante, en el poema es una batalla superior á las de Virgilio, é igual á los mas grandes combates de Homero.

Ahora describiré el asedio de Jerusalen como le traen nuestras antiguas crónicas, á fin de que los lectores puedan comparar el poema con la historia.

Entre todos los historiadores de las cruzadas, el que mas comunmente se cita es el monge Roberto. El Anónimo de la coleccion *Gesta Dei per Francos*, es mas antiguo, pero su narracion es sobrado árida. Guillermo de Tiro peca por el estremo opuesto; y de consiguiente es preciso fijarse en el monge Roberto; pues aunque su latinidad es afectada, porque copia los giros de los poetas; por esta razon misma, en medio de sus juegos de palabras y de sus agudezas (1), es menos bárbaro que sus contemporáneos; mayormente cuando no se halla desprovisto de cierta crítica, y tiene una imaginacion brillante.

«El ejército, dice, se acampó en este órden alrededor de Jerusalen: el conde de Flandes y el de Normandía armaron sus tiendas á la parte del Septentrion, no lejos de la iglesia levantada en el sitio en donde fué apedreado el primer mártir San Esteban (2). Godofre y Tancredo se colocaron al Occidente, y el conde de San Gil acampó al Mediodía sobre el monte

(1) *Papá Urbanus urbano sermone peroravit, etc.*; *Valli speciosa et spatiosa*, *etc.*; este era el gusto de la época. Nuestros antiguos tiempos están llenos de estos juegos de palabras: *Quo carne carnis conditor*, *etc.*

(2) El texto dice: *Juxta ecclesiam sancti Stephani protomartyris, etc.* He traducido *no lejos*, porque esta iglesia no está al Septentrion, sino al Oriente de Jerusalen; y todos los demas historiadores de las cruzadas dicen que los condes de Normandía y de Flandes se colocaron entre el Oriente y el Septentrion.

Sion (1), alrededor de la iglesia de María, madre del Salvador, que en otro tiempo fué la casa donde el Señor tuvo la cena con sus discípulos. Dispuesto asi el campamento, y mientras que las tropas, fatigadas del camino, descansaban y construian las máquinas propias para el combate, Raimundo Pilet (2), y Raimundo de Turena salieron del campo seguidos de otros muchos, con el objeto de visitar los lugares circunvecinos, temiendo que los enemigos pudieran sorprenderlos antes que los cruzados se hubiesen preparado. En el camino encontraron trescientos árabes, de los cuales mataron muchos, y les tomaron treinta caballos. El segundo dia de la tercera semana, que era el 13 de junio de 1099, atacaron los franceses á Jerusalen, y aunque aquel dia no pudieron tomarla, su trabajo, sin embargo, no fué infructuoso; porque destruyeron el antemuro, y aplicaron las escalas al muro principal. Si hubieran tenido mayor número de estas, este primer esfuerzo hubiera sido el último. Los que subieron por las escalas, combatieron largo tiempo con las espadas y azagayas. Muchos de los nuestros sucumbieron en este asalto; pero la pérdida de los sarracenos fué mucho mayor. La noche puso fin á la pelea y dió descanso á ambos partidos. Sin embargo, el ningun fruto que se sacó de este primer esfuerzo ocasionó á nuestro ejército largo trabajo y muchas penalidades; porque nuestras tropas estuvieron diez dias sin pan, hasta que llegaron á Jaffa nuestros buques; y ademas padecieron mucha sed, porque la fuente de Siloé, que está al pie del monte Sion, no suministraba el agua

(1) El texto dice: *Scilicet in monte Sion*: lo cual prueba que la Jerusalen, reedificada por Adriano, no encerraba enteramente á la montaña de Sion, y que el local de la ciudad era absolutamente el mismo que se ve en el dia.

(2) *Piletus*; se lee en otras partes *Pilitus* y *Pelez*.

suficiente para los hombres, y á los caballos y demas bestias tenian que llevarlos á beber á seis millas de distancia acompañados de una escolta numerosa. .

«La flota que llegó á Jaffa proporcionó vituallas á los sitiadores; mas estos siguieron padeciendo la misma sed: la cual, durante el sitio, fué tan estremada, que los soldados hacian hoyos en el suelo, y chupaban los húmedos terrones que sacaban; tambien lamian las piedras bañadas del rocío; se bebian el agua fétida que se habia conservado en las pieles frescas de los búfalos y otros animales: otros se abstenian de comer, creidos de que con el hambre mitigarian la sed. . . . .

«Entretanto los generales hacian conducir de muy lejos gruesos maderos para la construccion de máquinas y torres; y luego que quedaron estas concluidas, Godofre colocó la suya al Oriente de la ciudad, y el conde de San Gil estableció otra igual al Mediodía. Tomadas estas disposiciones, el dia quinto de la semana ayunaron los cruzados, y distribuyeron limosnas á los pobres; el dia sesto, que era el 12 de julio, amaneció la aurora muy brillante; la flor de los guerreros coronó las torres, y aplicáronse las escalas á los muros de Jerusalen. Los hijos bastardos de la ciudad santa se estremecieron y pasmaron (1) al verse sitiados por tan grande multitud. Mas como estaban amenazados por todos lados, y por do quiera veian la muerte pendiente sobre sus cabezas, ciertos de sucumbir, solo pensaron en vender caras sus vidas. En-

(1) *Stupent et contremiscunt adulterini civis urbis eximiæ*. La espresion es bella y exacta; porque los sarracenos no solo eran, como estrangeros, *ciudadanos adúlteros*, hijos impuros de Jerusalen, sino que podian tambien llamarse *adulterini*, por causa de su madre Agar, y con relacion á la posteridad legítima de Israel por Sara.

tretanto se veia á Godofre en lo alto de su torre, no como un peon, sino como un archero. El Señor dirigia su mano en el combate, y cada flecha que disparaba atravesaba de parte á parte á un enemigo. Cerca de este guerrero peleaban Balduino y Eustaquio, sus hermanos, cual dos cachorros al lado de un leon: recibian los terribles golpes de las piedras y los dardos, y los devolvian con usura al enemigo.

«Mientras que asi se peleaba en los muros de la ciudad, hacíase una procesion en torno de estos mismos muros con las cruces, las reliquias y los sagrados altares (1). La victoria estuvo indecisa durante una parte del dia; pero llegada la hora en que el Salvador del mundo rindió el espíritu, un guerrero llamado Letolde, que peleaba en la torre de Godofre, saltó el primero sobre los baluartes de la ciudad: síguele Guicher, aquel Guicher que habia vencido á un leon; salta el tercero Godofre, y todos los demas caballeros se precipitan en pos de su caudillo. Dejan entonces los arcos y las flechas, y echan mano á las espadas. A su vista abandonan los enemigos la muralla, y se derraman por la ciudad; los soldados de Cristo los persiguen con grande algazara.

«Oyó estos clamores el conde de San Gil, que por su lado hacia los mayores esfuerzos por aproximar sus máquinas al muro. ¿Y por qué, dice á sus soldados, permanecemos nosotros aqui? Los franceses son dueños de Jerusalen, y sus voces y sus cuchilladas resuenan ya en sus calles. Dicho esto, corre hácia la puerta que está junta al castillo de David; llama á los que guarnecen aquel fuerte, y les intima la rendicion. Al momento que el emir reconoce al conde de San Gil,

(1) *Sacra altaria*. Esto parece que solo puede decirse de una ceremonia pagana; mas seguramente habia en el campo de los cristianos algunos altares portátiles.

le abre la puerta, y se entrega á la buena fé de aquel venerable guerrero.

«Godofre, empero, y los franceses querian vengar la sangre que se habia vertido en Jerusalen, y castigar á los infieles por las burlas y ultrages que habian hecho á los peregrinos. En ninguna ocasion, en ningun combate habia parecido tan terrible, ni aun cuando peleó con el gigante (1) en el puente de Antioquía; Guicher y muchos miles de guerreros escogidos hendian á los sarracenos desde la cabeza hasta la cintura, ó los cortaban por el medio del cuerpo. Ninguno de nuestros soldados se mostraba tímido, porque nadie ya se resistia (2). Los enemigos solo pensaban en huir; pero no podian hacerlo, porque precipitándose de tropel, se estorbaban unos á otros. Los pocos que pudieron escapar se encerraron en el templo de Salomon, en donde se defendieron bastante tiempo; pero cuando empezaba á declinar el dia, invadieron nuestros soldados el templo, y llenos de furor pasaron á cuchillo á todos los que encontraron. La carnicería fué tal, que los arroyos de la sangre arrastraban hasta el pórtico los mutilados cadáveres: brazos y manos cortadas flotaban sobre aquella sangre, y corrian á unirse á unos cuerpos á que no habian pertenecido.»

Al acabar de describir los sitios que celebró el Tasso, me considero feliz por haber sido el primero que ha tributado á un poeta inmortal el mismo honor que antes de mí hicieron otros á Homero y á Virgilio. Toda persona que sea sensible á la belleza, al arte, al interes de una composicion poética, á la riqueza de los pormenores, á la verdad de los caractéres, y á

(1) Era este un sarraceno de estatura agigantada, á quien Godofre partió de arriba abajo de un solo tajo en el puente de Antioquía.

(2) La reflexion es singular.

la generosidad de los sentimientos, debe hacer de la *Jerusalen libertada* su lectura favorita. Este es principalmente el poema de los soldados; porque respira valor y gloria, y como lo he dicho en los *Mártires*, parece escrito sobre un escudo en medio de los campos de batalla.

Cerca de cinco horas me detuve examinando el teatro de los combates del Tasso. Este teatro ocupa á lo mas una estension de media legua, y el poeta ha fijado con tal exactitud los diversos puntos de la accion, que basta una mirada para reconocerlos.

Cuando volvíamos á Jerusalen por el valle de Josafat, encontramos la caballería del bajá que volvia de su espedicion. No es posible figurarse el aire de triunfo y de júbilo de aquellas tropas vencedoras de los carneros, de las cabras, de los asnos y de los caballos de algunos pobres árabes del Jordan.

Este es el lugar oportuno para hablar del gobierno de Jerusalen.

En dicha ciudad existen en primer lugar:

1.° Un *Mosallam* ó *Sangiachey*, comandante militar.

2.° Un *Mula-Cudy*, ó ministro de la policía.

3.° Un *Mufti*, gefe de los santones y de los jueces. (Cuando este mufti es un fanático ó un malvado, como el que se hallaba en mi tiempo en Jerusalen, es la autoridad mas tiránica para los cristianos).

4.° Un *Muteleny*, ó aduanero de la mezquita de Salomon.

5.° Un *Susbachi*, ó preboste de la ciudad.

Estos tiranos subalternos, todos, á escepcion del mufti, dependen de un primer tirano, que es el bajá de Damasco.

Yo no sé por qué razon se halla Jerusalen agregada al bajalato de Damasco; como no sea por el sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y

como por instinto; porque separada de Damasco por los montes, y mas aun por los árabes que infestan los desiertos, no siempre puede hacer llegar al bajá sus quejas contra los gobernadores que la oprimen. Seria mucho mas sencillo que dependiese del bajalato de San Juan de Acre, que se halla en sus inmediaciones; porque entonces los francos y los padres latinos se pondrian bajo la proteccion de los cónsules que residen en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian hacerse oir. Mas esto es precisamente lo que se trata de evitar, porque se quieren esclavos mudos, y no insolentes oprimidos que se atrevan á quejarse de un trato bárbaro y cruel.

Jerusalen, pues, está á merced de un gobernador casi independiente, que puede hacer sin responsabilidad todo el mal que quiera, siempre que cuente con el bajá. Es sabido que en Turquía todo superior puede delegar sus poderes en un inferior, y dichos poderes se estienden sobre la propiedad y la vida. Por algunas bolsas se convierte un genízaro en un pequeño agá, y este agá puede, segun le place, quitaros la vida ó permitiros que rescateis vuestra cabeza por dinero; es decir, que todos los pueblos de la Judea están llenos de verdugos. La única cosa de que se oye hablar en aquel pais, la sola justicia de que se trata es esta: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le darán quinientos palos; se le cortará la cabeza.* Un acto de injusticia obliga á una injusticia mayor. El que roba á un paisano, se ve precisado á robar á su vecino; porque para libertarse de la hipócrita integridad del bajá, es menester procurarse con un segundo crímen lo que se necesita para pagar la impunidad del primero.

Se creerá tal vez que el bajá cuando recorre su gobierno ocurre al remedio de estos males, y venga á los pueblos: sépase, pues, que el mismo bajá es el mayor azote de los habitantes de Jerusalen. El pueblo

teme su llegada como la de un ejército enemigo: al aproximarse se cierran las tiendas: unos se esconden en los subterráneos, otros se echan sobre una estera y se fingen moribundos, y otros huyen á los montes.

Puedo atestiguar la verdad de estos hechos, porque me encontraba en Jerusalen cuando llegó el bajá. Abdallah se halla dominado, como casi todos los musulmanes, de una avaricia sórdida: en su cualidad de gefe de la caravana de la Meca, y con achaque de tener dinero para proteger mejor á los peregrinos, se cree autorizado para multiplicar las exacciones, y no hay medio alguno que con este objeto no haya puesto en práctica. Uno de los que emplea con mas frecuencia es el de fijar un máximum muy bajo para el precio de los comestibles. El pueblo le aplaude; pero los tratantes cierran sus tiendas, y empieza la carestía. Entonces el bajá trata secretamente con los comerciantes, y por cierto número de bolsas les da el permiso para vender al precio que quieran. Los tenderos procuran reembolsarse el dinero que les ha sacado el bajá, y para ello suben estraordinariamente el precio de los géneros: el pueblo se ve segunda vez acechado por el hambre; y para poder vivir, tiene que vender hasta los últimos andrajos con que se cubre.

Yo he visto á este mismo Abdallah cometer una vejacion mas ingeniosa todavía. Ya he dicho que habia enviado su caballería á robar á los árabes labradores de la otra parte del Jordan. Aquellos pobres que habian pagado el miri, y que no se creian en guerra con nadie, fueron sorprendidos en medio de sus tiendas y de sus ganados: les robaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro terneras, mil asnos y seis yeguas de primera raza: solo se salvaron los camellos, aunque tambien se llevaron veinte y seis; pues un scheik los llamó de lejos y le siguieron: aquellos leales hijos del desierto fueron á llevar su

leche á sus amos refugiados en el monte, como si hubieran adivinado que aquellos no tenian ya mas alimento.

Un europeo no podria jamás imaginar lo que hizo el bajá de este botin. Puso á cada animal un precio mas de doble de su valor: estimó cada cabra y cada carnero en veinte piastras, cada ternera en ochenta, y envió todos estos animales, asi tasados, á los carniceros, á los diferentes particulares de Jerusalen, y á los gefes de los pueblos inmediatos, para que los tomasen y los pagasen bajo pena de la vida. Confieso que sino hubiese visto esta doble iniquidad con mis propios ojos, me hubiera parecido absolutamente increible. En cuanto á los asnos y á los caballos, quedaron en poder de la tropa, porque por un convenio singular entre aquellos ladrones, los animales de pezuña hendida que se recogen en estas correrías, pertenecen al bajá, y las otras bestias son propiedad de los soldados.

Despues de haber esquilmado á Jerusalen, se retira el bajá. Mas para no pagar las guardias de la ciudad y aumentar la escolta de la caravana de la Meca, se lleva consigo los soldados, quedando solo el gobernador con una docena de esbirros, que no bastan para la policía interior, y mucho menos para la del pais. El año anterior al de mi viage se vió obligado á esconderse en su casa para librarse de las partidas de ladrones que pasaban por encima de los muros de Jerusalen, y que por poco no saquearon la ciudad.

Apenas desaparece el bajá, empieza otro mal, que es efecto de su opresion. Los lugares devastados se sublevan y se atacan unos á otros para satisfacer odios inveterados. Todas las comunicaciones se interrumpen; la agricultura perece; los paisanos van durante la noche á talar la viña y cortar el olivo de sus enemigos. Vuelve el bajá al año siguiente, exige el mismo

tributo en un pais cuya poblacion se ha disminuido, y para recogerle es menester que redoble la opresion y estermine poblaciones enteras. El desierto se estiende poco á poco; ya solo se ven de trecho en trecho unas casucas ruinosas, y á la puerta de ellas unos cementerios siempre crecientes: cada año ve perecer una cabaña y una familia, y en poco tiempo ya solo queda el cementerio para indicar el sitio donde existia el pueblo.

Vuelto al convento á las diez de la mañana, acabé de visitar la biblioteca, en donde ademas del registro de los firmanes de que dejo hecha mencion, encontré un manuscrito autógrafo del sábio Cuaresmio. Este manuscrito latino, lo mismo que las obras impresas del propio autor, tiene por objeto algunas investigaciones sobre la Tierra Santa. Algunos otros legajos contenian papeles turcos y árabes relativos á los negocios del convento, cartas de la congregacion, misceláneas, etc.: tambien encontré algunos tratados de los padres de la iglesia, muchas peregrinaciones á Jerusalen, la obra del abate Mariti y el escelente viage de Mr. Volney. El P. Clemente Perez creyó encontrar algunas ligeras inexactitudes en este último viage; habialas notado en pliegos sueltos, y me hizo el obsequio de regalarme estas apuntaciones.

Vistos ya todos los objetos de Jerusalen, conocia yo el interior y esterior de aquella ciudad mejor aun de lo que conozco la poblacion y las afueras de París. Empecé, pues, á tratar de mi partida; y los padres de Tierra Santa quisieron hacerme un honor, que no habia pedido ni merecido; pues en consideracion á los cortos servicios que segun ellos habia hecho á la religion, me rogaron que admitiese la órden del Santo Sepulcro. Esta órden, muy antigua en la cristiandad, aun sin suponerla creada por Santa Elena, estaba en otro tiempo muy esparcida por Europa; pero en eldia

ya solo se encuentra en Polonia y en España, y únicamente tiene el derecho de conferirla el padre guardian del Santo Sepulcro.

Salimos á la una del convento, y dirigiéndonos á la iglesia del Santo Sepulcro, entramos en la capilla que pertenece á los padres latinos, cuyas puertas se cerraron con el mayor cuidado, para evitar que los turcos descubriesen las armas, lo cual hubiera costado la vida á los religiosos. El guardian se revistió con los ornamentos pontificales; encendiéronse las lámparas y los cirios, y todos los hermanos que se hallaban presentes, se formaron en círculo alrededor de mí con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, subió el guardian al altar, y yo me arrodillé á sus pies. Sacaron del relicario del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofre de Bullon, cuyas venerables reliquias tenian dos religiosos colocados en pie á mis dos lados El celebrante recitó las oraciones establecidas y me dirigió las preguntas de costumbre. En seguida me calzó las espuelas, me abrazó, y con la espada me dió tres golpes en la espalda. Hecho esto, entonaron los religiosos el *Te Deum*, mientras que el guardian pronunciaba esta oracion sobre mi cabeza:

«Señor, Dios Todopoderoso, derrama tu gracia y tus bendiciones sobre este tu servidor, etc.»

Todo esto no es mas que el recuerdo de unas costumbres que ya no existen. Pero debe tenerse en consideracion que yo me hallaba en Jerusalen en la iglesia del Calvario, á doce pasos del sepulcro de Jesucristo, á treinta del de Godofre de Bullon; que acababa de calzarme la espuela del libertador del Santo Sepulcro, de tocar aquella larga y ancha espada que habia esgrimido una mano tan noble y tan leal; que se recuerden todas estas circunstancias, mi vida de aventurero, mis viages por mar y tierra, y se creerá sin

dificultad que yo debia hallarme conmovido. Aquella ceremonia, por otra parte, no podia ser para mí del todo vana: yo era francés; Godofre de Bullon lo era tambien, y sus antiguas armas, al tocarme, me habian comunicado un nuevo amor por la gloria y el honor de mi patria. No me hallaba yo por cierto *sin mancilla*, pero todo francés puede llamarse *sin miedo*.

Entregáronme el atestado autorizado con la firma del guardian y el sello del convento, y con este brillante diploma de caballero, me dieron la humilde patente de peregrino. Ambas las conservo como un monumento de mi tránsito por la tierra del antiguo viagero Jacob.

Ahora que voy á dejar la Palestina, es necesario que el lector se trasporte conmigo fuera de los muros de Jerusalen, para dirigir una última mirada sobre aquella ciudad estraordinaria.

Detengámonos ante todo en la gruta de Geremías, junto al sepulcro de los reyes. Esta gruta es bastante espaciosa, y su bóveda está sostenida por un pilar de piedra. Allí dicen que escribió el profeta sus Lamentaciones, las cuales pintan con tanta naturalidad el estado presente de esta ciudad desolada, que parece se hayan escrito á vista de la moderna Jerusalen.

«¿Cómo se halla ahora tan solitaria y desolada aquella ciudad tan populosa? La señora de las naciones ha quedado como viuda. La reina de las provincias ha sido hecha tributaria.

«Las calles de Sion están de luto, porque nadie viene ya á sus solemnidades: todas sus puertas se hallan destruidas, sus sacerdotes gimen, y sus vírgenes se hallan desfiguradas por el dolor y sumergidas en la amargura.

«¡Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!

«El Señor resolvió derribar la muralla de la hija

de Sion; tendió su cordel, y no apartó su mano hasta que todo fué derribado: el baluarte cayó de un modo deplorable, y de la misma manera fué destruido el muro.

«Sus puertas fueron hincadas en la tierra: rompió sus cerrojos, desterró á su rey y á sus príncipes entre las naciones; ya no hay ley, y sus profetas no han recibido visiones del Señor.

«Mis ojos se han debilitado á fuerza de llorar; hánse conturbado mis entrañas; mi corazon se ha derramado por tierra al ver la ruina de la hija de mi pueblo, al ver los niños, á los que se hallaban aun al pecho de sus madres, caer muertos en medio de la plaza de la ciudad.

«¿A quién te compararé, ó á quién te asemejaré, oh hija de Jerusalen?

«Todos los que pasaban por el camino batieron las palmas cuando te vieron: silbaron y movieron la cabeza sobre la hija de Jerusalen, diciendo: ¿es esta aquella ciudad de perfecta hermosura, que era la alegría de toda la tierra?»

Vista Jerusalen desde el monte de las Olivas, á la otra parte del valle de Josafat, presenta un plano inclinado sobre un piso que desciende de Poniente á Levante. Una muralla almenada, fortificada con algunas torres, y un castillo gótico, encierra enteramente la ciudad, dejando, sin embargo, fuera una parte del monte Sion, que en otro tiempo comprendia.

En la region de Poniente, y en el centro de la ciudad, cerca del Calvario, las casas están bastante juntas; mas al Levante y á lo largo de valle de Cedron, se descubren algunos espacios vacíos, y entre otros el recinto que corre alrededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del templo, y el terreno casi aban-

donado, donde se elevaba la torre Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalen son unas masas pesadas, cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas, y terminan en terrados ó en cúpulas, siendo muy parecidas á unas prisiones ó sepulcros. A la vista todo pareceria hallarse á un nivel si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las cimas de algunos cipreses, y los matorrales de nopales, no rompiesen la uniformidad del plano. A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisage tambien de piedra, cualquiera creeria que aquello no era otra cosa que los monumentos confusos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entramos en la ciudad, nada nos consuela de su tristeza esterior: alli se pierde uno entre callejones sin pavimento, que suben y bajan sobre un terreno desigual, y marcha entre remolinos de polvo, ó pisando guijarros. Las telas tendidas de una casa á otra, aumentan la oscuridad de aquel laberinto: algunos bazares abovedados é infectos, acaban de quitar la luz á la desolada ciudad; mezquinas tiendas ofrecen á la vista objetos miserables; y aun estas tiendas se hallan muchas veces cerradas por si pasa por alli un cadí. No se ve á nadie en las calles ni en las puertas de la ciudad; algunas veces solo un paisano se desliza entre las sombras, escondiendo bajo su trage el fruto de su trabajo, temeroso de que se lo robe algun soldado; en un rincon separado, el carnicero árabe está degollando alguna res suspendida de las patas á un muro ruinoso. El semblante huraño y feroz de aquel hombre, y sus manos llenas de sangre, mas parecen que anuncien que acaba de matar á uno de sus semejantes, que de degollar un cordero. El único ruido que se escucha alternativamente en la ciudad deicida, es el galope de la yegua del desierto, el del genízaro que lle-

va la cabeza del beduino, ó va á robar al fellah (1).

En medio de esta desolacion estraordinaria, es menester detenerse un momento para contemplar algunas cosas que todavía lo son mas. Entre las ruinas de Jerusalen, dos especies de pueblos independientes encuentran en su fé la fortaleza necesaria para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí viven unos religiosos cristianos, á quienes nada basta á hacerles abandonar la tumba de Jesucristo: ni las espoliaciones, ni el duro trato, ni las amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan dia y noche alrededor del Santo Sepulcro: robados por la mañana por un gobernador turco, la noche los encuentra al pie del Calvario orando en el sitio en que Jesucristo padeció por la salud de los hombres. Su frente está siempre serena, la sonrisa mora en sus labios; reciben al estrangero con alegría, y sin fuerzas y sin soldados, protegen contra la iniquidad pueblos enteros. Perseguidos por el baston ó por el sable, las mugeres, los niños y los ganados se refugian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Y quién impide al infiel armado que persiga su presa y derribar tan débiles murallas? La caridad de aquellos religiosos, los cuales se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus protegidos. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos imploran la proteccion de unos pobres religiosos que no pueden defenderse á sí mismos; y aquí es donde debemos reconocer con Bossuet: «Que unas manos levantadas al cielo rompen mas batallones que las manos armadas de dardos.»

Entretanto que la nueva Jerusalen sale asi *del desierto brillante de esplendor*, dirijamos una mirada entre el monte de Sion y el templo, y contemplemos en otra pequeña poblacion que vive separada del resto de

(1) Labrador árabe.

los habitantes de la ciudad. Objeto particular de toda suerte de desprecios, sufre sin pedir justicia todas las vejaciones, se deja matar á golpes sin quejarse; y si le piden la cabeza, presenta el cuello á la cimitarra. Cuando muere algun miembro de esta sociedad proscripta, su compañero va durante la noche á enterrarle furtivamente en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Penetremos en la morada de ese pueblo, y le encontraremos sumido en una espantosa miseria, haciendo leer un libro misterioso á unos hijos, que á su vez le harán tambien leer á los suyos. Lo que este pueblo hacia ahora cinco mil años, eso es lo que hace en el dia. Diez y siete veces ha presenciado la ruina de Jerusalen, y nada basta para desalentarle, nada puede apartar sus ojos de Sion. Cuando se ve á los judíos dispersos sobre la tierra, segun la palabra de Dios, nos sorprendemos ciertamente; mas para esperimentar una admiracion sobrenatural, es menester encontrarlos en Jerusalen, es necesario ver á estos señores legítimos de la Judea, esclavos y estrangeros en su propio pais, y aguardando en medio de su opresion un rey que debe libertarlos. Abrumados por la cruz que los condena, y se halla levantada sobre sus cabezas; escondidos cerca del templo, del que *no queda piedra sobre piedra*, permanecen en su deplorable ceguedad. Los persas, los griegos y los romanos han desaparecido de la tierra; y un reducido pueblo, cuyo orígen precedió al de aquellas grandes naciones, existe aun sin mezcla entre los escombros de su patria. Si hay entre las naciones alguna cosa que tenga el carácter de milagro, yo discurro que este carácter se halla aqui: porque ¿qué cosa mas admirable puede haber aun á los ojos del filósofo, que esta reunion de la antigua y de la nueva Jerusalen al pie del Calvario, la primera afligiéndose á la vista del sepulcro de Jesucristo resucitado, y la segunda consolándose junto al

único sepulcro, que nada tendrá que devolver el dia de la consumacion de los siglos?

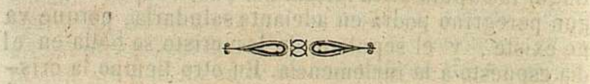
Dí gracias á los padres por la hospitalidad que me habian dispensado, les deseé sinceramente una felicidad que no aguardan en este mundo, y cuando llegó el momento de separarme de ellos, esperimenté una verdadera tristeza. No conozco martirio comparable al de aquellos desventurados religiosos, cuyo estado es muy semejante al que tenian los hombres de bien en Francia en la época del terror. Iba yo á restituirme á mi patria, á abrazar á mis parientes, ver á mis amigos, y recobrar las dulzuras de la vida; y aquellos padres, que tambien tenian parientes, amigos y patria, permanecian desterrados en aquella tierra de esclavitud. No todos estamos dotados de la fuerza de alma que se necesita para ser insensibles al pesar: yo he oido suspiros que me han hecho conocer toda la estension del sacrificio. Jesucristo en aquellos mismos sitios encontró amargo el cáliz, y sin embargo lo bebió hasta las heces.

El 12 de octubre monté á caballo en compañía de Alí-Agá, Juan, Julian y el dragoman Miguel. Salimos de la ciudad al ponerse el sol por la puerta de los Peregrinos, y atravesamos el campo del bajá. Antes de bajar al valle del Terebinto, me detuve para mirar todavía á Jerusalen, y por encima de los muros distinguí la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro. Ningun peregrino podrá en adelante saludarla, porque ya no existe, y el sepulcro de Jesucristo se halla en el dia espuesto á la inclemencia. En otro tiempo la cristiandad entera hubiera concurrido para reparar aquel monumento sagrado; mas en el dia á nadie ocurre semejante pensamiento, y la menor limosna que se emplease en esta obra meritoria, pareceria una ridícula superstición. Despues de haber contemplado por algun tiempo á Jerusalen, me interné en los montes. A

las seis y veinte y nueve minutos perdí de vista la ciudad santa: así marca el navegante el momento en que desaparece de sus ojos una tierra remota que no haya de volver á ver.

En el valle del Terebinto encontramos á los gefes árabes de Geremías Abou-Gosh y Giaber, que nos aguardaban. Llegamos á Geremías cerca de media noche, y fué preciso comer un cordero que Abou-Gosh nos habia hecho disponer. Quise darle algun dinero, pero se negó á recibirlo, y solo me rogó que cuando llegase á Egipto le enviase un poco de arroz de Damieta. Se lo prometí con toda voluntad; pero sin embargo no me acordé de mi promesa hasta el momento en que me estaba embarcando para Tunez. Luego que se hayan restablecido nuestras comunicaciones con el Levante, Abou-Gosh recibirá indudablemente su arroz de Damieta, y verá que un francés puede olvidarse de una promesa, pero jamás faltar á su palabra. Espero que los pequeños beduinos de Geremías montarán la guardia alrededor de mi presente, y que repetirán aun: «¡De frente! ¡marchen!»

Llegué á Jaffa el 13 á medio dia.



SESTA PARTE.

VIAGE DE EGIPTO.

Cuando llegué á Jaffa me encontré muy confusó, porque no habia en el puerto un solo buque. Fluctuaba entre el designio de embarcarme en San Juan de Acre y el de dirigirme á Egipto por tierra, y hubiera preferido este último; pero era impracticable, porque cinco partidas armadas se disputaban entonces las riberas del Nilo: Ibrahim-Bey en el alto Egipto, otros dos pequeños beyes independientes, el bajá de la Puerta en el Cairo, una partida de albaneses sublevados, El-Fy-Bey en el bajo Egipto. Estas diferentes partidas infestaban los caminos, y los árabes, aprovechándose de la confusion, acababan de cortar todas las comunicaciones.

Pero la Providencia vino á mi socorro, porque á los dos dias de mi llegada á Jaffa, cuando ya me disponia á salir para San Juan de Acre, se vió entrar en el puerto una saica. Este buque, de la escala de Trípoli de Siria estaba en lastre y buscaba cargamento. Los padres enviaron á llamar al capitan, el cual convino en llevarme á Alejandría. Todavía conservo este pequeño convenio escrito en árabe. Mr. Langles, tan conocido por su erudicion en las lenguas orientales, le ha juzgado digno de ponerse á la vista de los sá-

bios, en razon de muchas singularidades. Tambien ha tenido la atencion de traducirlo, y yo he hecho grabar el original.

EL (Dios).

«El objeto de este escrito, y el motivo que le ha hecho trazar, es que el dia y la fecha abajo notados (1), nosotros los suscritos hemos alquilado nuestro buque al portador de este tratado el signor Francesko (Francisco) para ir de la escala de Jaffa á Alejandría, con la condicion de que no entrará en ningun otro puerto, sino que irá en derechura á Alejandría, á no ser que el mal tiempo le obligue á surgir en alguna escala. El flete de este bastimento es de cuatrocientas ochenta *ghrouch* (piastras) del leon, las cuales valen cada una cuarenta parah (2). Tambien se ha convenido que el susodicho flete no será pagado hasta que hayan entrado en Alejandría. Acordado y convenido entre ellos, y esto delante de los testigos que abajo firman. Testigos:

«El seid (el señor) Musthafá el Baba; el seid Hho-

(1) El dia y la fecha, es decir, el año *yeocun, oué, tarikch* quedaron olvidados. Ademas de esta omision, hemos notado muchas faltas de ortografía bastante importantes, cuya rectificacion se encontrará al pie del *fac-simile* del original árabe.

(*Nota de Mr. Langles.*)

(2) Aunque se halla empleada aqui la voz árabe *fadhdhah*, que propiamente significa dinero, esta palabra designa aqui la pequeña moneda conocida en Egipto con el nombre de *parah* ó *meydyn*, valuada en 8 dineros 4/7 en el anuario de la república francesa, publicado en el Cairo en el año IX. Segun la misma obra, página 60, la piastra turca, el *ghrouch* de 40 parah, vale 1 libra, 8 sueldos, 6 dineros 6/7.

(*Nota de Mr. Langles.*)

cein Chetma.—El reis (patron) Hhanna Dimitry (Juan Demetrio), de Trípoli de Siria, afirma la verdad del contenido de este escrito.»

«El reis (patron) Hhanna ha cobrado sobre el importe del flete que queda enunciado, la suma de ciento ochenta *ghrouch* del leon; el resto, esto es, los otros trescientos *ghrouch*, le serán pagados en Alejandría; y como sirven de seguridad por el sobredicho bastimento desde Jaffa hasta Alejandría, quedan por esta sola razon en el bolsillo del signor Francesko. Se ha convenido ademas en que el patron le suministrará por su justo precio el agua y fuego para guisar, la sal y todas las provisiones que puedan faltarle, como asimismo los víveres.»

El 16 de octubre me despedí de mis venerables huéspedes, no sin sentir en mi corazon un verdadero pesar. Uno de los padres me dió cartas de recomendacion para España; porque mi plan era despues de haber visitado á Cartago, terminar mis correrías en las ruinas de la Alhambra. De modo que aquellos religiosos que quedaban espuestos á toda clase de ultrages, todavía trataban de serme útiles en su propia patria mas allá de los mares.

Antes de dejar á Jaffa, escribí la carta siguiente á Mr. Pillavoine, cónsul de Francia en San Juan de Acre:

Jaffa 16 de octubre de 1806.

«Muy señor mio: Tengo el honor de remitir á usted la carta de recomendacion que el señor embajador de Francia en Constantinopla me habia remitido para vd. Estando ya la estacion muy avanzada, y llamándome mis negocios á nuestra comun patria, me veo

precisado á partir para Alejandría. Siento mucho haber perdido esta ocasion de conocer á vd. He visitado á Jerusalen, y he sido testigo de las vejaciones que el bajá de Damasco hace sufrir á los religiosos de Tierra Santa, y les he aconsejado como vd. que se resistan; pero desgraciadamente han conocido sobrado tarde el interes que toma por su suerte el emperador. En consecuencia todavía han cedido en parte á las peticiones de Abdallah: esperemos que tendrán mas firmeza en el año próximo; bien que aun en este me parece que no les ha faltado prudencia ni valor.

«Van tambien otras dos cartas adjuntas á la del señor embajador: la una me la remitió Mr. Dubois, comerciante; la otra es del dragoman de Mr. Vial, cónsul de Francia en Modon.

«Todavía me tomaré la libertad de recomendar á vd. á Mr. D....., á quien he visto aqui. Me han dicho que era hombre de bien, pobre y desgraciado; y estos son tres grandes títulos para la proteccion de la Francia.

«Ruego á vd. admita, etc.

«F. A. de Ch.»

Juan y Julian llevaron nuestros equipages abordo, y me embarqué el dia 16 á las ocho de la noche. Habia mucho mar, y el viento era poco favorable. Permanecí sobre cubierta mientras distinguí las luces de Jaffa, y confieso que esperimentaba cierto sentimiento de placer cuando pensaba que acababa de cumplir una peregrinacion por tanto tiempo meditada. Esperaba acabar pronto aquella santa empresa, cuya parte mas peligrosa me parecia ya terminada; y cuando consideraba que habia atravesado casi solo el continente y los mares de la Grecia; que me hallaba tambien solo en un barquichuelo en medio del Mediterráneo, despues de haber visto el Jordan, el mar Muer-

to y Jerusalen, miraba mi regreso por el Egipto, Bertería y España, como la cosa mas fácil del mundo. Pero me equivocaba.

Luego que perdimos de vista los fuegos de Jaffa, saludé por última vez las costas de Tierra Santa, y me retiré á la cámara del capitan; mas al amanecer del dia siguiente todavía descubrimos la costa enfrente de Gaza, porque el capitan habia hecho rumbo hácia el Mediodía. La aurora nos trajo una brisa fresca de Oriente, con mar bonancible, y pusimos la proa al Oeste, siguiendo absolutamente el mismo camino que Ubaldo y el Danés recorrieron cuando fueron á socorrer á Reinaldo. Mi buque no era mayor que el de aquellos dos caballeros, y tambien á mí me conducia como á ellos la fortuna. Mi navegacion de Jaffa á Alejandría duró tan solamente cuatro dias, y jamás he hecho por agua un camino mas agradable y acelerado. El cielo estaba constantemente despejado, el viento apacible, y el mar brillante y sosegado. Ni una sola vez tuvo que variarse la disposicion de la vela. Cinco hombres solos, contando el capitan, componian la tripulacion; gente menos jovial que mis griegos de la isla de Tino, pero á mi parecer mas hábiles. Víveres frescos, escelentes granadas, vino de Chipre y café de la mejor calidad, nos tenian en la abundancia y la alegría. El esceso de mi prosperidad hubiera debido darme cuidado; pero si yo hubiera poseido el anillo de Policrates, me hubiera guardado muy bien de arrojarle al mar, temeroso de que se lo tragase el maldito esturion.

Hay en la vida del marinero un no sé qué de novelesco, que nos agrada y nos atrae. Este tránsito continuo de la calma á la tempestad, ese cambio rápido de tierras y de cielos, tienen siempre dispierta la imaginacion del navegante. Este es por sus destinos una imágen del hombre que mora en este mundo;

porque proponiéndose siempre quedarse en el puerto, siempre larga las velas, y se lanza á merced de las olas, buscando islas encantadas adonde no llega jamás y en las que se fastidia si por ventura llega á tocar en ellas; hablando siempre de descanso, y amando solo las borrascas; pereciendo en un naufragio, ó muriendo viejo piloto en una costa, desconocido de los jóvenes navegantes, á quienes siente no poder seguir.

El 17 y 18 cruzamos el golfo de Damieta; ciudad que en corta diferencia ha reemplazado á la antigua Pelusio. Cuando un pais ofrece grandes y numerosos recuerdos, la memoria, como para desembarazarse de las muchas escenas que la abruman, se fija en un solo acontecimiento; y asi me sucedió al pasar por el golfo de Pelusio: empecé por remontarme con el pensamiento hasta los primeros Faraones, y concluí por no poder pensar mas que en la muerte de Pompeyo: este es á mi parecer el mas bello trozo de Plutarco (1).

El 19 á medio dia, despues de haber estado dos dias sin ver la tierra, descubrimos un promontorio bastante elevado, llamado el cabo Brulós, que forma la punta mas septentrional del Delta. Al hablar del Granico, he observado ya la prodigiosa ilusion que causan los nombres. El cabo Brulós solo ofrecia á mi vista un monton de arena; mas era un estremo de ese cuarto continente, único que aun no conocia; era una punta de aquel Egipto, cuna de las ciencias, de las religiones y de las leyes; y de ahi es que yo no podia apartarle de mi vista.

Aquella misma noche distinguimos algunas palmeras que se mostraban en el Sud-Oeste, y parecia saliesen del mar, porque no se veia la tierra de don-

(1) Vease la nota D al fin del tomo.

de nacian. Al Sud se notaba una masa parda y confusa, acompañada de algunos árboles aislados: eran las ruinas de un lugar, triste signo de los destinos del Egipto.

El 20 á las cinco de la mañana distinguí sobre la verdosa y rizada superficie del mar una barra de espuma, y á la otra parte de esta una agua pálida y tranquila. A este tiempo se llegó el capitan, y dándome un golpecito en el hombro, me dijo en lengua franca: ¡*Nilo*! poco despues entramos y corrimos por aquellas famosas aguas, de las que yo quise beber, y las encontré saladas. Algunas palmeras y un minareto nos anunciaron el sitio donde estaba Roseta; mas el plano de la tierra permanecia invisible. Aquellas playas se parecian á las lagunas de las Floridas: el aspecto era de todo punto diferente del de las costas de la Grecia y de la Siria, y recordaba los horizontes que se ven bajo los trópicos.

A las diez, en fin, descubrimos por bajo las cimas de las palmeras una línea de arena que se prolongaba al Oeste hasta el promontorio de Abukir, por delante del cual era indispensable pasar para llegar á Alejandría. Entonces nos encontramos enfrente de la embocadura del Nilo, en Roseta, é íbamos á atravesar el Bogaz. El agua del rio tenia en este parage un color rojo violado, semejante al del brezo en otoño: el Nilo, cuya creciente habia ya terminado, estaba de bajada hacia algunos dias. En el Bogaz se veian fondeados hasta unos veinte buques menores de Alejandría, que aguardaban un viento favorable para pasar la barra y subir á Roseta.

Navegando hácia el Oeste, llegamos hasta el estremo del derrame de aquella inmensa esclusa. La línea de las aguas del rio y la que formaban las del mar no se confundian, sino que permanecian distintas y separadas: en su encuentro levantaban espuma, y pa-

recia que se servian mutuamente de riberas (1).

A las cinco de la tarde, la costa, que llevábamos siempre á nuestra izquierda, cambió de aspecto. Las palmeras parecia que estuviesen alineadas sobre la ribera, como esas alamedas que decoran los castillos de Francia: la naturaleza se complace en recordar de este modo la civilizacion en el país en donde esta tuvo orígen, y en el que reinan hoy la ignorancia y la barbarie. Despues de haber doblado el cabo de Abukir, calmó poco á poco el viento, y ya no pudimos entrar hasta la noche en el puerto de Alejandría. Serian las once cuando anclamos en el puerto mercante, en medio de los buques que estaban fondeados enfrente de la ciudad. Yo no quise saltar en tierra, y pasé la noche sobre cubierta.

Entregado enteramente á mis reflexiones, descubria á mi derecha algunos buques y el castillo que ha reemplazado á la torre del Faro; á la izquierda me parecia que el horizonte estaba limitado por unas colinas, algunas ruinas y obeliscos que distinguí apenas al traves de las sombras; á mi frente se estendia una línea negra de murallas y una confusa reunion de casas; solo se veia en tierra una luz, y no se oia el menor rumor. Y sin embargo, allí estaba aquella célebre Alejandría, rival de Memfis y de Tebas, que contaba tres millones de habitantes, que era el santuario de las musas, y entre cuyas tinieblas resonaban en otro tiempo las bulliciosas orgías de Antonio y de Cleopatra. Mas en vano aplicaba yo el oido: un talisman fatal tenia sepultado en el silencio al pueblo de la nueva Alejandría; y este talisman era el despotismo, que apaga toda suerte de alegrías, y ni siquiera permite un gemido al dolor. ¿Ni qué ruido tampoco podria levan-

(1) Véase, para la descripcion del Egipto, todo el libro undécimo de los *Mártires*.

tarse en una ciudad, cuyo tercio por lo menos está abandonado, al otro se halla consagrado á los sepulcros, y el que únicamente conserva vida en medio de aquellos estremos muertos, es una especie de tronco palpitante, que ni siquiera tiene fuerza para agitar sus cadenas entre ruinas y sepulcros?

El 20 á las ocho de la mañana bajé á tierra, y me hice conducir á casa de Mr. Drovetti, cónsul de Francia en Alejandría. Hasta ahora he hablado de nuestros cónsules en Levante con el reconocimiento que debo; aqui debo hacer mas, porque debo decir que contraje con Mr. Drovetti unas relaciones, que han venido á ser una verdadera amistad. Dicho caballero, militar distinguido, natural de la hermosa Italia, me recibió con aquella franqueza propia de un soldado, y aquel afecto vivo que proviene del influjo de un sol activo. No sé si en el desierto en que habita llegará á sus manos este escrito: mucho lo deseo, para que sepa que el tiempo no ha amortiguado mis sentimientos, y que no he olvidado la ternura que me manifestó al decirme adios en la ribera: ternura muy noble cuando se enjuga el llanto que produce con una mano mutilada en servicio de la patria. No tengo crédito, ni protectores, ni fortuna; pero si los tuviese, por nadie los emplearia con tanto gusto como por Mr. Drovetti.

No creo que se aguardará aqui una descripcion del Egipto: he hablado con alguna estension de las ruinas de Atenas, porque verdaderamente solo las conocen bien los aficionádos á las artes: me he estendido á grandes pormenores sobre Jerusalen, porque este era el objeto principal de mi viage. Mas ¿qué podria yo decir del Egipto? ¿Quién en el dia no ha visto aquel pais? El viage de Mr. Volney á Egipto es una verdadera obra maestra en todo lo que no es erudicion: esta la agotaron Sicard, Norden, Pococke, Shaw, Niebuhr y algunos otros; los dibujos de Mr. Denon y los

grandes cuadros del Instituto de Egipto, han puesto á nuestra vista los monumentos de Tebas y de Memfis; y en fin, yo mismo he dicho en esta obra todo lo que tenia que decir sobre el Egipto. El libro de los *Mártires*, en donde he hablado de aquel antiguo pais, es mas completo por lo relativo á la antigüedad, que los otros de la misma obra. Me limitaré, pues, á seguir sin detenerme las simples notas de mi diario.

Mr. Drovetti me alojó en la casa del consulado, que está situada casi á la orilla del mar, sobre el puerto mercante. Hallándome en Egipto, no podia dejarle sin haber visto al menos el Nilo y las Pirámides. Rogué, pues, á Mr. Drovetti que me fletase un buque austriaco para Tunez, mientras yo me iba á contemplar el prodigio de un sepulcro. Encontré en Alejandría dos franceses muy distinguidos, agregados a la legacion de Mr. de Lesseps, que entonces creo debia encargarse del consulado general de Egipto, y que si no me engaño ha permanecido despues en Liorna. Dichos franceses se proponian tambien dirigirse al Cairo, y al efecto tomamos un buque, y nos embarcamos el 23 para Roseta. Mr. Drovetti se quedó con Julian, que tenia calentura, y me dió un genízaro: yo envié á Juan á Constantinopla en un buque griego que se preparaba á dar la vela.

Partimos, pues, por la tarde de Alejandría, y aquella noche llegamos al Bogaz de Roseta. Pasamos la barra sin accidente, y al amanecer nos encontramos á la entrada del rio, y atracamos al cabo por nuestra derecha. El Nilo se mostraba entonces con toda su belleza: corria llenando de parte á parte el cauce sin cubrir las márgenes, y de trecho en trecho dejaba ver á lo largo de su curso unas llanuras en que verdeaba el arroz, plantadas de palmeras aisladas, que representaban pórticos y columnatas. Nos reembarcamos, y llegamos muy pronto á Roseta, en donde

vi por primera vez aquel magnífico Delta, donde solo falta un gobierno libre y un pueblo feliz; pero no hay ningun pais hermoso si no es independiente, porque el cielo mas puro y sereno, es odioso para el que se halla encadenado sobre la tierra. Los recuerdos de la gloria de mi patria era lo único que yo encontraba digno de aquellas magníficas llanuras: veia los restos de los monumentos (1) de una civilizacion nueva que el genio de la Francia habia llevado á las orillas del Nilo; y pensaba al mismo tiempo que las lanzas de nuestros caballeros y las bayonetas de nuestros soldados, habian reflejado dos veces la luz de aquel sol tan brillante, con la diferencia de que los caballeros desgraciados en la jornada de Masura, fueron vengados por los soldados en la batalla de las Pirámides. Por lo demas, aunque me alegré de encontrar un rio caudaloso y un prado verde y fresco, no me admiré, pues, que aquellos eran absolutamente mis rios de la Luisiana y mis sábanas americanas: solo hubiera deseado encontrar tambien las selvas en donde coloqué las las primeras ilusiones de mi vida.

Mr. de Saint-Marcel, cónsul de Francia en Roseta, nos recibió con la mayor atencion, y Mr. Caffe, comerciante francés, y el hombre mas amable del mundo, se empeñó en acompañarnos hasta el Cairo. Nos ajustamos, pues, con el patron de una gran barca, el cual nos cedió la cámara de popa, y para mayor seguridad nos asociamos un gefe albanés. Mr. de Choiseul representa perfectamente á estos soldados de Alejandro.

«Estos fieros albaneses serian todavía unos héroes, si tuviesen un Escanderberg á su cabeza; pero ya no son otra cosa que unos bandidos, cuyo esterior anuncia ferocidad. Todos son altos, ágiles y nervudos; su

(1) Todavía se veian en Egipto muchas fábricas establecidas por los franceses.

trage consiste en unos calzones muy anchos, una pequeña chupa, un chaleco guarnecido de chapas, cadenas y muchas sartas de botones de plata de forma de aceituna; llevan unos borceguíesatados con correas, que algunas veces suben hasta las rodillas, para sostener sobre la pantorrilla unas chapas que toman la misma figura y las preservan del roce del caballo. Sus mantos, guarnecidos de galon, y listados de muchos colores, acaban de dar á este trage un aspecto muy pintoresco; en la cabeza no llevan mas que un gorro de paño rojo, el cual suelen quitarse cuando corren al combate (1).»

Los dos dias que pasamos en Roseta los empleamos en visitar aquella hermosa ciudad árabe, sus jardines y su bosque de palmeras. Savary ha exagerado un poco las comodidades de este pueblo; pero sin embargo, no ha mentido tanto como ha querido decirse. El tono declamatorio de sus descripciones ha perjudicado á su autoridad como viagero; pero en justicia debe decirse que la verdad falta mas en su estilo que en su narracion.

El dia 26 al medio dia entramos en nuestra barca, en donde habia un gran número de pasageros turcos y árabes. Nos engolfamos, y empezamos á subir por el Nilo. A nuestra izquierda se estendia hasta perderse de vista una verde marjal, y á la derecha cubrian las orillas del rio campos cultivados, detras de los cuales se descubria la arena del desierto. Palmeras plantadas á diversas distancias indicaban el sitio de algunos lugares, como los árboles que rodean las cabañas en las llanuras de Flandes. Las casas de aquellos lugares, que son de tierra, están elevadas sobre unos montecillos artificiales, precaucion ciertamente inútil;

(1) *Viage á Grecia*. El fondo del vestido de los albaneses s blanco, y los galones rojos.

pues comunmente en dichas casas no hay nadie á quien salvar de las inundaciones del Nilo. Una parte del Delta está inculta; porque despues de que los albaneses asesinaron á millares de fellahs, los que quedaron se pasaron al alto Egipto.

Contrariados por el viento y por la fuerza de la corriente, empleamos siete dias mortales en subir de Roseta al Cairo. Tan pronto nos remolcaban desde la orilla los marineros, tan pronto caminábamos á favor de una brisa del Norte, que solo soplaba un momento. Deteníamonos con frecuencia para recibir abordo algunos albaneses; y desde el segundo dia de nuestra navegacion vinieron cuatro, que lo primero que hicieron fué apoderarse de nuestra cámara, sin quedarnos mas recurso que sufrir su insolencia y brutalidad. Al menor ruido saltaban sobre cubierta, tomaban sus fusiles, y como unos locos parecia que querian hacer la guerra á unos enemigos ausentes. Yo les ví apuntar á algunos niños que corrian pidiendo limosna por la orilla: aquellos pobres desgraciados, como acostumbrados á tan terribles juegos, se ocultaban detras de las ruinas de sus cabañas. Durante aquel tiempo nuestros mercaderes turcos bajaban á tierra, se sentaban tranquilamente sobre los talones, volvian la cara hácia la Meca, y hacian en medio de los campos una especie de volteretas religiosas. Nuestros albaneses, medio musulmanes, medio cristianos, gritaban: «¡Mahoma! y ¡Vírgen María!» sacaban de la faltriquera un rosario, pronunciaban en francés algunas palabras obscenas, se echaban á pechos grandes jarros de vino, disparaban al aire algunos tiros, é iban cayendo y levantando sobre cristianos y musulmanes.

¡Y será posible que las leyes establezcan tanta diferencia entre unos y otros hombres! ¡Y aquellas hordas de bandidos albaneses, aquellos estúpidos musulmanes, aquellos fellahs tan cruelmente oprimidos,

habitan los mismos sitios en donde vivió un pueblo tan industrioso, tan pacífico, tan sábio; un pueblo cuyos usos y costumbres se han complacido en pintarnos Herodoto, y sobre todo Diodoro! ¿Se encuentra en ningun poema un cuadro mas hermoso que este?

«En los primeros tiempos los reyes no se conducian en Egipto de la misma manera que en los otros pueblos, en donde hacen todo lo que quieren, sin estar obligados á seguir ninguna regla, ni tomar ningun consejo: todo allí les estaba prescrito por las leyes, no solo en lo relativo á la administracion del reino, sino tambien en lo perteneciente á su particular conducta. No podian hacerse servir por esclavos comprados, ni aun nacidos en su casa, sino que se les daban los hijos de los principales sacerdotes, que siempre debian pasar de veinte años, y ser los mas bien educados del pais, á fin de que el rey, teniendo dia y noche alrededor de su persona á la juventud mas distinguida del Egipto, no hiciese ninguna bajeza, ni cosa poco digna de su elevada clase. Con efecto, los príncipes no se abandonan con tanta facilidad á toda suerte de vicios, sino porque encuentran ministros dispuestos á toda hora á servir á sus pasiones. Habia sobre todo ciertas horas del dia y de la noche en que el rey no podia disponer de su persona, y estaba obligado á llenar los deberes prescritos por las leyes. Luego que amanecia, debia leer las cartas que de todos puntos le dirigian, para que instruido por sí mismo de las necesidades de su reino, pudiese proveer lo conveniente, y poner remedio en todo. Despues de tomar el baño, se vestia una ropa preciosa, y adornado con otras insignias de la dignidad real, se dirigia á sacrificar á los dioses. Conducidas las víctimas al altar, se ponia en pie el gran sacerdote, y en presencia de todo el pueblo pedia á los dioses guardasen al rey y derramasen sobre él toda suerte de prosperidades, porque gober-

naba á sus vasallos con justicia. En seguida enumeraba en la misma oracion todas las virtudes propias de un rey, y continuaba asi: «Porque es señor de sí mismo, magnánimo, benéfico, benigno para con los demas, enemigo del dolo; sus castigos no igualan á las faltas, y sus premios sobrepujan siempre á los servicios.» Despues de haber dicho muchas cosas semejantes, condenaba las faltas en que el rey habia caido por ignorancia; y aunque es cierto que disculpaba de ellas al rey, cargaba de execraciones á los aduladores y á todos los que le daban malos consejos. El gran sacerdote lo hacia asi, porque los avisos mezclados con alabanzas, son mas eficaces que las reconvenciones severas para inspirar á los reyes el temor de los dioses y el amor á la virtud. Despues de esto, habiendo hecho el rey su sacrificio, y consultado las entrañas de la víctima, el lector de los libros santos le leia algunas acciones ó palabras notables de los hombres grandes, á fin de que el soberano de la república, teniendo el espíritu lleno de escelentes principios, pudiera hacer uso de ellos en las ocasiones que se le presentasen.»

Es lástima que el ilustre arzobispo de Cambray, en vez de pintar un Egipto imaginario, no tomase este cuadro, y le diese los colores con que su bello ingenio hubiera sabido hermosearle. Faydit tiene razon en este solo punto, si es que puede tener razon el que carece absolutamente de decencia, de buena fé y de gusto; pero siempre hubiera sido necesario que Fenelon conservase á toda costa el fondo de la aventuras que inventó y refiere en un estilo tan antiguo: el solo episodio de Termosiris, *vale tanto como un largo poema*:

«Interméme en un bosque sombrío, y al momento descubrí en él á un anciano que tenia un libro en la mano. Su frente era espaciosa, calva y con algunas

arrugas; bajábale hasta la cintura una barba blanca: su estatura era elevada y magestuosa; el semblante fresco y colorado; los ojos vivos y penetrantes; la voz apacible, y sus palabras sencillas y cariñosas. Jamás he visto un anciano tan venerable; llamábase *Termosiris.....»*

Pasamos por el canal de Menuf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras que se encuentra á la orilla del brazo del Oeste; mas los árabes infestaban entonces la costa occidental de aquel brazo que toca en el desierto líbico. Al salir del canal de Menuf, y continuando rio arriba, descubrimos á nuestra izquierda la cresta del monte Moqattam, y á nuestra derecha las altas dunas de arena de la Libia. A poco rato, por el espacio que dejaba la separacion de estas dos cadenas de montañas, descubrimos las cúspides de las pirámides, de las cuales distábamos mas de diez leguas. Hasta que concluimos nuestra navegacion, que duró aun mas de ocho horas, permanecí sobre cubierta contemplando aquellos sepulcros, que parecia se engrandecian y subian hasta el cielo á medida que nos aproximábamos. El Nilo, que era entonces como un pequeño mar; la mezcla de las arenas del desierto y de la mas fresca verdura, las palmas y los sicomoros; las cúpulas, las mezquitas y los minaretos del Cairo; las remotas pirámides del Sacarah, en donde el rio parece que sale de sus inmensos depósitos; todo esto formaba un cuadro que no tiene igual sobre la tierra. «Mas por mucho que se esfuercen los hombres, dice Bossuet, en todas partes se descubre su nada: ¡aquellas pirámides eran unos sepulcros! y los reyes que las levantaron, no tuvieron siquiera poder para ser enterrados en ellas; ni aun pudieron gozar de su sepulcro.»

Confieso, sin embargo, que al primer aspecto de las pirámides, quedé sobrecogido de admiracion. Bien

sé que la filosofía puede gemir ó sonreirse al considerar que el monumento mas grande que ha salido de la mano de los hombres, es un sepulcro; mas, ¿por qué no hemos de ver en la pirámide de Cheops mas que un monton de piedras y un esqueleto? No es por cierto el sentimiento de su nada el que ha inspirado al hombre que levantase tal sepulcro, sino el instinto de su inmortalidad: aquel sepulcro no es el límite que anuncia el fin de una carrera de un dia, sino el umbral que señala la entrada de una vida sin término; es una especie de puerta eterna edificada en los confines de la eternidad. «Todos los pueblos de Egipto, dice Diodoro de Sicilia, miran la duracion de la vida como un tiempo muy corto y de poca importancia, al paso que fijan mucho la atencion en la larga memoria que deja la virtud en pos de sí; y por esta razon llaman á las casas de los vivos posadas, por las cuales no se hace mas que pasar; y dan el nombre de moradas eternas á los sepulcros de los muertos, de los cuales nunca se sale. De ahí es que los reyes que miraron con indiferencia la construccion de sus palacios, echaron el resto en las fábricas de sus sepulcros.»

Quisiérase en el dia que todos los monumentos tuviesen una utilidad física, y no se considera que existe para los pueblos una utilidad moral de órden muy superior, la cual era el objeto de las legislaciones de la antigüedad. ¿Enseña algo la vista de un sepulcro? Si enseña alguna cosa, ¿por qué quejarnos de que un rey haya querido hacer perpétua la leccion? Los grandes monumentos forman una parte esencial de la gloria de toda sociedad humana. Como no quiera sostenerse que es igual para una nacion el dejar ó no dejar un nombre en la historia, no pueden condenarse esos edificios que llevan la memoria de un pueblo hasta mas allá de su propia existencia, y le hacen vivir como contemporáneo entre las naciones que van á

establecerse á aquellos campos abandonados. ¿Qué importa en este caso que los edificios hayan sido anfiteatros ó sepulcros? Todo es sepulcro en un pueblo que no existe. Cuando muere el hombre, los monumentos de su vida son mas vanos aun que los de su muerte, porque su mausoleo al menos es útil á sus cenizas; pero sus palacios nada conservan ya de sus placeres.

Considerando la cosa con rigor, una pequeña huesa basta á todos, y seis pies de tierra, como decia Mateo Molé, bastarán siempre para el hombre mas grande del mundo. Dios puede ser adorado bajo un árbol como bajo la cúpula de San Pedro, y lo mismo puede vivirse en una cabaña que en el Louvre; el vicio de este discurso es el de trasladar un órden de cosas á otro. Por otra parte, un pueblo no es mas dichoso cuando vive ignorante de las artes, que cuando deja brillantes monumentos de su genio. Nadie cree ya en aquellas sociedades de pastores, que pasan su vida en la inocencia, paseando su dulce ociosidad por las florestas: se sabe que aquellos honrados pastores se hacen mútuamente la guerra para robar cada uno las reses del vecino. Sus grutas no están entapizadas de pámpanos ni embalsamadas con el aroma de las flores; antes bien en ellas se halla uno ahogado por el humo y sofocado por el mal olor de la leche fermentada. En poesía y en filosofía, un pequeño pueblo semi-bárbaro puede gozar de todos los bienes de la vida; pero la inexorable historia le somete á todas las calamidades que afligen al resto de los hombres. Los que declaman tanto contra la gloria, ¿no tendrian una poca aficion á la celebridad? En cuanto á mí, lejos de mirar como un insensato al rey que hizo edificar la gran pirámide, le considero, por el contrario, como un monarca magnánimo; porque la idea de vencer al tiempo por un sepulcro, y forzar á las generaciones, las costumbres,

las leyes y las edades á estrellarse al pie de un atahud, no pudo nacer de una alma vulgar. Si en ellos se ve el orgullo, es siquiera un orgullo grande, porque una vanidad como la de la gran pirámide, que dura hace tres ó cuatro mil años, bien puede á la larga contarse por algo.

Por lo demas, estas pirámides me recordaron unos monumentos menos pomposos, pero que tambien eran sepulcros; hablo de aquellos edificios de césped que cubren las cenizas de los indios á las márgenes del Ohio. Cuando yo lo visité, el estado de mi alma era muy diferente del que tenia cuando contemplaba los mausoleos de los Faraones: entonces comenzaba yo el viage, y ahora le concluyo; y el mundo en estas dos épocas de mi vida, se me ha presentado precisamente bajo la forma de dos desiertos, en donde he visto esas dos especies de sepulcros. Soledades risueñas y áridos arenales.

Llegamos á Boulacq, y alquilamos caballos y borricos para pasar al Cairo. Esta ciudad, dominada por el antiguo castillo de Babilonia y el monte Mogattam, ofrece un aspecto muy pintoresco, á causa de la multitud de palmeras, sicomoros y minaretos que se elevan en su recinto. Entramos por unos muladares y por un arrabal destruido, en medio de los buitres que estaban devorando su presa, y nos apeamos en el barrio de los francos, especie de calle sin salida, cuya entrada se cierra por las noches, como los claustros esteriores de un convento. Nos alojamos en casa de M.... (1), á quien Mr. Drovetti habia encargado los

(1) Por una fatalidad el nombre de mi huésped del Cairo se ha borrado de mi diario, y como no estoy seguro de haberle retenido con exactitud, no me atrevo a escribirlo. Jamás me perdonaria semejante desgracia si mi memoria pudiese ser tan infiel á los servicios, á la atencion y á la política de mi huésped, como lo ha sido á su nombre.

negocios de los franceses en el Cairo. Nos tomó bajo su proteccion, y avisó al baja nuestra llegada, disponiendo al mismo tiempo que la hicieran saber á los cinco mamelucos franceses, á fin de que nos acompañasen á todas partes.

Estos mamelucos estaban agregados al servicio del bajá. Los grandes ejércitos siempre dejan en pos de sí algunos rezagados: el nuestro perdió de este modo dos ó trescientos soldados, que se quedaron desparramados por el Egipto, y que habiendo tomado partido con diferentes beyes, no tardaron en hacerse famosos por su bravura. Todos convienen en que si aquellos desertores, en lugar de dividirse se hubiesen reunido, y hubieran nombrado un bey francés, se hubieran hecho dueños del pais. Desgraciadamente les faltaba un gefe, y casi todos murieron sirviendo á los señores que habian escogido. Cuando yo me hallaba en el Cairo, todavía lloraba Mahamed-Alí-Bajá la muerte de uno de aquellos valientes. Este soldado, que habia empezado la carrera de tambor en uno de nuestros regimientos, cayó en una accion prisionero de los turcos, y ya crecido, se encontró alistado en las tropas del bajá. Mahamet, que aun no le conocia, viéndole cargar sobre un cuerpo enemigo, esclamó: «¿Quién es aquel hombre? Precisamente será un francés.» Con efecto, era un francés. Desde aquel momento fué el favorito de su amo, y solo se hablaba de su valor; pero lo mataron poco antes de mi llegada á Egipto en una refriega en que los otros cinco mamelucos perdieron sus caballos.

Estos eran gascones, del Langüedoc y de Picardía, y el cabo manifestaba ser hijo de un zapatero de Tolosa. El segundo en autoridad servia de intérprete á sus camaradas. Hablaba bastante bien el turco y el árabe, y cuando hablaba en francés, siempre decia: *yo éramos, yo íbamos, yo hacíamos*. El tercero era un jóven

alto, seco y amarillo; y habia vivido mucho tiempo en el desierto con los beduinos, y sentia mucho haber dejado aquella vida. Solia contarme que cuando se encontraba solo en los arenales montado sobre un camello, le acometian unos trasportes de alegría, que no podia reprimir. El bajá hacia tanto aprecio de aquellos cinco mamelucos, que los preferia al resto de sus spahis: ellos solos recordaban y sobrepujaban la intrepidez de aquellos terribles soldados de á caballo destruidos por el ejército francés en la jornada de las Pirámides. Estamos en el siglo de las maravillas, y cada francés parece hoy estar llamado á desempeñar un papel estraordinario; cinco soldados, sacados de las últimas filas de nuestro ejército, eran casi en 1805 los señores del Cairo. Nada mas divertido y singular que el ver á Abdallah de Tolosa coger los cordones de su caftan, sacudir con ellos á los árabes y á los albaneses que le importunaban, y abrirnos de este modo un ancho camino en las calles mas populosas. Por lo demas, estos reyes por el destierro habian adoptado, á ejemplo de Alejandro, las costumbres de los pueblos conquistados; vestian largas ropas de seda, hermosos turbantes blancos, y soberbias armas; tenian un harem, esclavos, y caballos de la primera raza; cosas todas que no tienen sus padres en la Gascuña y Picardía. Mas en medio de las esteras, los tapices y los divanes que encontré en su casa, noté un despojo de la patria, un uniforme rajado de sablazos que cubria el pie de una cama á la francesa. Abdallah reservaba sin duda aquellos hermosos girones para el fin de su sueño, como aquel pastor hecho ministro:

Le coffre étant ouvert, on y vit des lambeaux
L'habit d'un gardeur de troupeaux
Petit chapeau, jupon, pannetiere, houlette,
Et je pensé oussi sa musette.

Al otro dia de nuestra llegada al Cairo, que era 1.º de noviembre, subimos al castillo para examinar los pozos de José, la mezquita, etc. El hijo del bajá habitaba entonces aquel castillo. Presentamos nuestros respetos á S. E., que podria tener de catorce á quince años. Le encontramos en un destartalado gabinete sentado sobre una alfombra, y rodeado de una docena de aduladores que se apresuraban á obedecer sus caprichos. Jamás he visto un espectáculo mas repugnante. El padre de aquel niño apenas era señor del Cairo, y no poseia el alto ni el bajo Egipto, y en este estado de cosas, doce miserables salvages alimentaban con las bajas adulaciones á un jóven bárbaro, á quien por su seguridad tenian encerrado en un torreon. ¡Este era el señor que aguardaban los egipcios despues de tantas desgracias!

En un rincon de aquel castillo degradaban á un niño que habia de gobernar hombres, y en otro estaban acuñando moneda de baja ley. Y á fin de que los habitantes del Cairo recibiesen sin murmurar el oro alterado y el gefe corrompido que se les preparaba, estaban apuntados sobre la ciudad los cañones del castillo.

Yo preferia dirigir mi vista á la parte esterior, y admirar desde lo alto del castillo el vasto cuadro que presentaba á lo lejos el Nilo, las campiñas, el desierto y las pirámides. Parecia que tocábamos á estas últimas, sin embargo de que todavía nos hallábamos á cuatro leguas de distancia. Con la simple vista distinguia yo perfectamente los asientos de las piedras y la cabeza de la esfinge que salia de entre la arena; y con el anteojo contaba las gradas de los ángulos de la gran pirámide, y distinguia los ojos, la boca y las orejas de la esfinge. ¡Tan enormes son aquellas masas!

Memfis habia existido en las llanuras que se es-

tienden desde la otra parte del Nilo hasta el desierto, en donde se elevan las pirámides.

«Aquellas llanuras felices, dice Diodoro, donde se dice moran las almas de los justos, no son propiamente otra cosa que las hermosas campiñas que se hallan en las inmediaciones del lago Aquerusa, cerca de Memfis, y las cuales ocupan los campos y los estanques cubiertos de trigos y de sotos. No sin fundamento se ha dicho que los muertos habitan aquel sitio; porque allí es en donde se terminan los funerales de la mayor parte de los egipcios, cuando despues de haber hecho que sus cuerpos atraviesen el Nilo y el lago de Aquerusa, los depositan, en fin, en unas tumbas que están colocadas bajo tierra en aquellos campos. Las ceremonias que hoy dia se practican, aun en el Egipto, convienen exactamente con lo que los griegos dicen del infierno, como la barca que trasporta los cuerpos, la moneda que es preciso dar al barquero llamado *Charon* en lengua egipcia; el templo de la tenebrosa Hecate, colocado á la entrada del infierno, las puertas del Cocito y del Leteo, asentadas sobre quicios de bronce, y á otras puertas, que son las de la verdad y de la justicia, que está sin cabeza.»

El dia 2 nos dirigimos á Djizé y á la isla de Roda, y en medio de las ruinas de la casa de Mourad-Bey examinamos el Nilometro. Habíamonos aproximado mucho á las pirámides, las cuales á esta distancia parecian de una elevacion desmesurada, y como las descubríamos al través de la verdura de los arrozales, el curso del rio, las copas de las palmas y de los sicomoros, asemejaban á unos edificios colosales levantados en medio de un magnífico jardin. La luz del sol, admirablemente templada, coloraba la árida cordillera del Mogattam, las arenas líbicas, el horizonte de Socarah y la llanura de los sepulcros. Un viento fresco arrojaba hácia la Nubia unas nubecillas blancas, y

rizaba las aguas del Nilo. El Egipto me ha parecido el pais mas hermoso de la tierra: hasta los desiertos que le rodean me agradan, porque abren á la imaginacion los campos de la inmensidad.

Cuando volvíamos de nuestra correría, vimos la mezquita abandonada de que he hecho mencion al hablar del El Sàchra de Jerusalen, y que me parece es el original de la catedral de Córdoba.

Detúveme en el Cairo cinco dias mas, con la esperanza de visitar los sepulcros de Faraon; pero no me fué posible, porque por una singular fatalidad las aguas del Nilo no habian bajado aun lo suficiente para poder ir á caballo á las pirámides, ni se hallaban bastante altas para poder acercarse á ellas en un bote. Enviamos algunos árabes para que sondeasen los lados y examinasen la campiña, y todos convinieron en que no podia emprenderse aquella espedicion hasta que pasasen tres ó cuatro semanas. Semejante detencion me hubiera espuesto á tener que pasar el invierno en Egipto (porque ya iban á empezar los vientos del Oeste), y esto era muy perjudicial á mis negocios y á mis intereses. Harto me habia detenido ya en el camino, y el haber querido visitar el Cairo, me habia espuesto á no volver á Francia. Hube, pues, de resignarme con mi suerte, volverme á Alejandría, y contentarme con haber visto las pirámides con mis ojos, ya que no habia podido tocarlas con mis manos. Encargué á monsieur Caffe que en la primera ocasion escribiese mi nombre sobre aquellos grandes sepulcros, segun se acostumbra; porque no debe olvidarse ninguno de los deberes á que está obligado todo piadoso viagero. ¿No nos complacemos en leer sobre las ruinas de la estátua de Memnon el nombre de los romanos que la oyeron suspirar al salir el sol? Pues aquellos romanos fueron, como nosotros, *estrangeros en tierra de Egipto*, y nosotros pasaremos como ellos.

Por lo demas, yo hubiera podido pasarlo bien en el Cairo: esta es la única ciudad que me ha dado la idea de un pueblo oriental, segun ordinariamente nos le figuramos, y en este concepto ocupa un lugar en las *Mil y una Noches*. Todavía conserva algunas reliquias del paso de los franceses: las mugeres se dejan ver allí con menos reserva que en otro tiempo; puede uno ir y entrar en todas partes; y el trage europeo, lejos de ser un objeto de insulto, es un título de proteccion. Hay un jardin muy hermoso plantado de palmeras, que forman alamedas circulares: este paseo público es obra de nuestros soldados.

Antes de dejar el Cairo regalé á Abdallah una escopeta de dos cañones de la fábrica de Lepage, de cuya arma me ofreció hacer uso en la primera ocasion. Separéme de mi huésped y de mis amables compañeros de viage, y me trasladé á Boulacq, en donde me embarqué para Roseta en compañía de Mr. Caffe. Nosotros éramos los únicos pasageros que íbamos en el buque, y dimos la vela el 8 de noviembre á las siete de la noche.

Bajamos con la corriente del rio, y entramos en el canal de Menouf. El 10 por la mañana, al salir del canal para entrar en el gran brazo de Roseta, advertimos que la costa occidental del rio se hallaba ocupada por un campamento de árabes. La corriente nos llevaba contra nuestra voluntad hácia aquel lado, y nos obligaba á cargar sobre la orilla. Un centinela que estaba oculto tras un antiguo muro, gritó á nuestro patron diciéndole que atracase. Este contestó, que tenia prisa de llegar á su destino; y que ademas no era enemigo. Durante este coloquio habiamos llegado á tiro de pistola de la orilla, y el rio corria en esta direccion por espacio de una milla. Al ver el centinela que seguíamos nuestro rumbo, nos hizo fuego; esta primera bala casi mató al piloto, y como este contestó

con un tiro, se puso en movimiento todo el campo. Los árabes cubrieron la costa, y nosotros tuvimos que sufrir el fuego de toda la línea. Caminábamos poco, porque teniamos el viento contrario, y para colmo de nuestra mala suerte, nos encontramos encallados por un momento, y nos hallábamos sin armas; porque yo, como ya he dicho, habia regalado mi escopeta á Abdallah. Me empeñé en hacer bajar á la cámara á monsieur Caffe, á quien el deseo de complacerme habia espuesto á aquella desagradable aventura; mas aunque padre de familia, y entrado ya en edad, se obstinó en permanecer sobre cubierta. En esta ocasion noté la singular celeridad de un árabe, el cual disparaba su fusil, volvia á cargarlo corriendo, tiraba de nuevo, y todo esto sin quedarse un paso atras del barco. La corriente nos llevó, en fin, á la otra orilla; pero nos echó en un campo de albaneses sublevados, mas peligrosos aun para nosotros que los árabes, porque tenian un cañon, y una bala podia echarnos á pique. Advertimos algun movimiento en tierra; pero felizmente sobrevino la noche, durante la cual tuvimos la precaucion de no encender lumbre, y guardamos silencio. La Providencia nos condujo sin otro accidente por en medio de las partidas enemigas hasta Roseta, adonde llegamos el dia 11 á las diez de la mañana.

Allí pasé dos dias en compañía de Mr. Caffe y Mr. de Saint-Marcel, y el 13 partí para Alejandría. Al dejar El Egipto, lo saludé con estos hermosos versos:

Mere antique des arts et des fables divines,
Toi, dont la gloire assise au milieu des ruines,
Etonne le génie et confond notre orgueil,
Egypte vénérable, ou, du fond du cercueil,
Ta grandeur colossale insulte à nos chimères;
C'est ton peuple qui sut, à ces barques légères,
Dont rien ne dirigeoit le cours audacieux,

Chercher des guides sûrs dans la voûte des cieux.
Quand le fleuve sacré qui féconde tes ribes,
T'apporteoit en tribut ses ondes fugitives,
Et, sur l'émail des prés égarent les poissons,
Du limon de sets flots nourrissoit tes moissons,
Lesc hameaux, dispersés sur les hauteurs fertiles,
D'un nouvel Océan sembloient former les îles;
Les palmiers, ranimés par la fraîcheur des eaux,
Sur l'onde salutaire abaissoient leurs rameaux;
Par les feux du cancer syéne poursuivie
Dans ses sables brûlants sentoit filtrer la vie;
Et des murs de Péluse aux lieux nû fut Menphis,
Mille canots flottoient sur la terre d'Isis.
Le foible papyrus, par des tissus fragiles,
Formoit les flancs étroits de ces barques agiles,
Qui, des lieux séparés conservant les rapports,
Reuniscoient l'Egypte en parcourant ses bords,
Mais, lorsque dans les airs la Vierge triomphante
Ramenoit vers le Nil son onde decroissante,
Quand les tropeaux bêlants et les épis dorés,
S'emparvient á leur tour des champs désaltérés,
Alors d'autres vaisseaux à l'active industrie,
Ouvroient des aquilons l'oragense patrie.

. . . .

. . . .

Alors mille cités que décoroient les arts,
L'immense pyramide, et cent palais épars
Du Nil enorguéilli coronnoient le rivage.
Dans les sables d'Ammon le porphyre suavage,
En colognne hardie élancé dans les airs,
De sa pompe étrangêre étonnoit les deserts.

. . . .

O grandeur des mortels! O temps impitoyable!
Les destins son comblés; dans leur course immuable,
Les siécles ont détruit cet éclat passager
Que la superba Egypte offrit à l'étranger (1).

(1) *La Navegacion*, por Mr. Esmenard.
Cuando yo imprimia estos versos, todavia no hace un año,

Llegué á Alejandría el mismo dia 13 á las siete de la noche.

Mr. Drovetti me habia fletado un buque austriaco para Tunez. Este bastimento, del porte de ciento veinte toneladas, estaba mandado por un raguseo, y el segundo capitan, llamado *Francisco Dinelli*, era un jóven veneciano muy esperimentado en su arte. Los preparativos del viage y el mal tiempo nos detuvieron en el puerto diez dias, que empleé en correr y recorrer Alejandría.

En una nota de los *Mártires* he citado un largo pasage de Strabon, que da los pormenores mas satisfactorios sobre la antigua Alejandría, y no es menos conocida la moderna, merced á Mr. de Volney, que ha trazado de ella el cuadro mas completo y exacto. Invito á los lectores á que lo consulten, porque no existe en nuestra lengua un trozo mejor de descripcion. En cuanto á los monumentos de Alejandría, Pococke, Norden, Shaw, Thevenot, Pablo Lucas, Tott, Niebuhr, Sonnini y otros ciento, los han examinado, contado y medido. Me limitaré, pues, á dar aqui la inscripcion de la columna Pompeya: creo ser el primer viagero que la ha traido á Francia (1).

no imaginaba que tan pronto hubieran de aplicarse al autor sus propias palabras:

O temps impitoyable
Les destins sont comblés!

(1) Me engañaba: Mr. Jaubert habia traido esta inscripcion á Francia antes que yo. El sábio Ansse de Villoison la esplicó en un artículo del Almacen enciclopédico, año VIII, tomo V, página 55. Este artículo merece ser citado: el docto helenista propone una leccion un poco diferente de la mia (*).

(*) Véase la nota E al fin del tomo.

El mundo sábio la debe á algunos oficiales franceses que lograron sacarla en yeso.

Pococke habia copiado de ella algunas letras, otros muchos viageros la habian tambien descubierto; y yo mismo he descifrado distintamente con la simple vista algunos rasgos, y entre otros el principio de esta palabra *Diok* (1)...., que es decisivo. Los grabados del yeso han suministrado estas cuatro líneas:

TO OTATON AYTOKRATORA
TON POLIOYXON ALEQSANDREIAS
DIOK. H. IANON TON TON
PO. EPARXOS AIGYPTOY

Ante todo debe suplirse á la cabeza de la inscripcion la palabra *PROS*. Despues del primer punto, *NSOPH*; despues del segundo, *L*; despues del tercero *T*; al cuarto, *AYGOYS*; al quinto, en fin, es menester añadir *LLION*. Se ve, pues, que solo hay aqui de arbitrario la palabra *AYGOYSTON*, que por otra parte es de poca importancia, y de consiguiente puede leerse:

PROS
TON SOPHZTATON AYTOKRATORA
TON POLIOYXON ALEQSANDREIAS
DIOKCLITIANON TON AYGOYSTON
POLLION EPARXSOS AIGYPTOY

Esto es:

«Al muy sábio emperador, protector de Alejandría, Diocleciano Augusto, Polion, prefecto de Egipto.»

(1) Usamos de los caractéres comunes para mejor inteligencia de aquellas personas á quienes no sean familiares los caractéres griegos.

De este modo quedan disipadas todas las dudas suscitadas sobre la columna de Pompeyo (1). ¿Pero nada dice la historia sobre este objeto? Á mí me parece que en la vida de un padre del desierto, escrita en griego por un contemporáneo, se lee que en un temblor de tierra que hubo en Alejandría, cayeron todas las columnas, menos la de Diocleciano.

Mr. Boissonade, á quien estoy tan obligado, y de cuya atencion tengo recibidas tantas pruebas, propone se suprima el *PROS* de mi leccion, que no está allí sino para regir los acusativos, y cuyo lugar no está marcado en la base de la columna. En este caso sobreentiende, como en una multitud de inscripciones copiadas por Chandler, Wheler, Spon, y otros *etimise, honoravit*. Mr. Boissonade, que parece estar destinado á consolarnos por la pérdida ó la vejez de tantos sábios ilustres, tiene razon sin duda.

En Alejandría esperimenté aun uno de aquellos pequeños goces del amor propio de que tan celosos suelen ser los autores, y que tan orgulloso me habia hecho ya en Esparta. Un rico turco, viagero y astrónomo, llamado Alí-Bey el Abassy, habiendo oido pronunciar mi nombre, deseó conocer mis obras. Fuí á hacerle una visita acompañado del cónsul, y luego que me vió, empezó á esclamar: ¡*Ah, mi querido Atala y mi querida René*! Alí-Bey me pareció en aquel momento digno de descender del gran Saladino. Aun estoy un poco persuadido de que es el turco mas sábio y civilizado del mundo, aunque no conozca muy bien el género de los nombres en francés; pero *non ego paucis offendar maculis* (1).

Si el Egipto me habia embelesado, Alejandría me

(1) Esto debe entenderse en cuanto á la inscripcion, porque lo que es la columna, es mucho mas antigua que la dedicacion

(1) ¡He aquí lo que es la gloria! Se me ha asegurado que

pareció el pueblo mas triste de la tierra. Desde el terrado de la casa del cónsul no se descubria mas que un mar desierto, cuyas olas se estrellaban contra unas costas bajas y desnudas, puertos vacíos y el desierto Líbico que se perdia en el horizonte por la parte del Mediodía: este desierto parecia, por decirlo asi, que acrecia y prolongaba la superficie plana y amarillenta de las aguas: hubiera podido creerse que se veia un solo mar, cuya mitad estaba agitada y bulliciosa y la otra inmóvil y callada. Veiase por do quiera á la nueva Alejandría confundiendo sus ruinas con las de la antigua ciudad; un árabe galopando sobre un asno en medio de las ruinas; algunos perros flacos devorando esqueletos de camellos en la playa; los pabellones de los cónsules europeos tremolando sobre sus habitaciones, y ostentando colores enemigos en medio de los sepulcros: tal era el espectáculo. Algunas veces salia á caballo con Mr. Drovetti, y nos íbamos á pasear á la ciudad antigua, á Necrópolis ó al desierto. La barrilla cubria apenas un arenal árido; á nuestra vista huian los chacales; y una especie de grillo nos aturdia con su voz aguda é importuna, y producia un penoso recuerdo del hogar del labrador en aquella soledad, en donde jamás el humo campestre llama el viagero á la tienda del árabe. Aquellos sitios son tanto mas tristes, cuanto que los ingleses han inundado la vasta llanura que servia como de jardin á Alejandría: la vista no encuentra mas que arena, agua, y la eterna columna de Pompeyo.

Mr. Drovetti habia hecho construir sobre la plataforma de su casa una pajarera en forma de tienda, en dónde mantenia codornices y perdices de varias

este Alí-Bey era español de nacimiento, y que ocupa hoy un empleo en España. ¡Buena leccion para mi vanidad!

(*Nota de la tercera edicion.*)

especies. Pasábamos horas enteras paseando por aquella pajarera y hablando de Francia; y siempre paraban nuestros discursos en que era menester procurarse lo antes posible un pequeño retiro en nuestra patria para colocar en él todas nuestras esperanzas. Un dia, despues de una larga plática sobre el reposo, me volví hácia el mar, y mostré á mi huésped el buque en que muy pronto debia embarcarme, que se hallaba en aquel instante muy agitado por el viento. El deseo de la tranquilidad es ciertamente natural al hombre; mas el objeto que nos parece menos elevado, no es siempre el mas fácil de alcanzar, y la cabaña suele huir tambien de nuestros votos lo mismo que el palacio.

Durante mi permanencia en Alejandría siempre estuvo el cielo encapotado y el mar sombrío y tempestuoso. Dormíame y me despertaba al continuo murmullo de las olas que rompian casi al pie de la casa del cónsul; y si puede permitirse que uno se cite á sí mismo, hubiera podido aplicarme las reflexiones de Eudoro:

«El triste murmullo del mar fué el primer sonido que percibí cuándo nací á la vida ¡En cuántas costas no he visto despues estrellarse estas mismas olas que aqui contemplo! ¿Quién me hubiera dicho hace algunos años que oiria gemir en las costas de Italia y en las playas de los batavos, de los bretones y de los galos, esas olas que veia estrellarse sobre las hermosas arenas de la Mesenia?

«Cuál será el término de mis peregrinaciones? ¡Dichoso yo, si la muerte me hubiera sorprendido antes de haber empezado mis correrías sobre la tierra, y cuando no tenia ninguna aventura que contar!»

Durante el tiempo que tuve precision de permanecer en Alejandría, recibí muchas cartas de Mr. Caffe, mi buen compañero de viage por el Nilo; pero solo

citaré una, que contiene algunos pormenores relativos á los negocios de Egipto en aquella época:

Roseta 14 de febrero de 1806.

«Muy señor mio: aunque estamos á 14 del corriente, tengo el honor de escribiros, bien persuadido de que al recibo de esta os hallareis todavía en Alejandría. Habiendo trabajado en mis espediciones para París, que son en número de cuatro, me tomo la libertad de recomendárselas á usted, y suplicarle que á su feliz arribo me haga el gusto de hacerlas remitir á sus respectivos destinos.

«Mehemet-Agá, hoy tesorero de Mehemet-Alí, bajá del Cairo, ha llegado cerca del medio dia, y se dice que ha pedido quinientas bolsas de contribucion sobre la nueva cosecha del arroz. Ya ve usted, amigo, que las cosas van de mal en peor.

«El pueblecillo en donde los mamelucos batieron á los albaneses, y que fué saqueado por unos y otros, se llama *Neklé*; el otro en que fuimos atacados por los árabes, es *Saffi*.

«Siempre sentiré el no haber tenido la satisfaccion de ver á usted antes de su partida, con lo cual me privó usted de un gran gusto, etc.

«Vuestro humilde, etc.

«L. E. CAFFE.»

El 23 de noviembre á medio dia, habiendo refrescado el viento, me fuí á bordo con mi criado francés, pues ya he dicho que habia enviado al griego á Constantinopla. Abracé en la costa á Mr. Drovetti, y nos prometimos amistad y recuerdo: hoy tengo el gusto de satisfacer esta deuda.

Nuestro buque estaba fondeado en el gran puerto

de Alejandría, en donde los barcos franceses son recibidos en el dia lo mismo que los turcos: revolucion debida á nuestras armas. Encontré á bordo un rabino de Jerusalen, un berberisco y dos pobres moros de Marruecos, que descendian quizá de los Abencerrages, y volvian de la peregrinacion de la Meca, los cuales me pedian su pasage por caridad. Recibí, pues, á los hijos de Jacob y de Mahoma en nombre de Jesucristo; pero en el fondo no tenia en ello gran mérito, porque se me puso en la cabeza que aquellos infelices me serian útiles, y que mi equipage pasaria de contrabando cubierto con sus andrajos.

Dimos la vela á las dos, y un práctico nos sacó del puerto; mas como el viento era flojo y del Mediodía, permanecimos tres dias á vista de la columna de Pompeyo que descubríamos en el horizonte; el tercero por la noche oimos el cañonazo de retreta de Alejandría, que fué como la señal de nuestra partida definitiva, porque se levantó el viento del Norte, y nos hicimos á la vela hácia el Occidente.

Al principio tratamos de atravesar el gran canal de la Libia; pero el viento del Norte, que ya no era muy favorable, saltó al Nor-Oeste el dia 29 de noviembre, y nos vimos obligados á correr bordadas entre Creta y la costa de Africa.

El 1.º de diciembre, habiéndose fijado el viento en el Oeste, nos cortó absolutamente el rumbo. Poco á poco fué declinando al Sud-Oeste hasta convertirse en una borrasca, que no cesó hasta que llegamos á Tunez. Nuestra navegacion ya desde entonces no fué mas que una especie de continua borrasca de cuarenta y dos dias, que no deja de ser bastante. El 3 amainamos todas las velas, y nos abandonamos á merced del viento, y asi fuimos llevados con estrema violencia hasta las costas de la Caramania, en donde durante cuatro dias enteros pude ver despa-

cio las tristes y altas cumbres del Cragus cubiertas siempre de nubes. Reconocimos el mar en todas direcciones, procurando alejarnos de la tierra á la menor variacion del viento. En una ocasion nos decidimos á entrar en el puerto de Cheteau-Rouge; pero el capitan, que era estremadamente tímido, no se atrevió á fondear. La noche del 8 fué terrible: una ráfaga súbita del Mediodía nos echó sobre la isla de Rhodas; los golpes de mar eran tan fuertes y repetidos, que molestaban estraordinariamente al buque. Descubrimos una pequeña falúa griega medio sumergida; mas no pudimos darla ningun auxilio: pasó á unos dos cables de nuestra popa, y los cuatro hombres que la gobernaban estaban arrodillados sobre cubierta; habian colgado un farol en el mastelero, y daban unos gritos agudos, que el viento traia hasta nosotros. Cuando amaneció el dia siguiente, ya no volvimos á ver la falúa.

Habiendo saltado el viento al Norte, soltamos la mesana, y procuramos sostenernos sobre la costa meridional de la isla de Rhodas. Avanzamos hasta la isla de Escarpanto; mas el 10 volvió á declinar el viento hácia el Oeste, y perdimos toda esperanza de poder continuar nuestro rumbo. Yo hubiese querido que el capitan, renunciando á la idea de pasar el canal de Libia, se hubiera metido en el Archipiélago, donde podíamos encontrar otros vientos; mas él temia engolfarse en medio de las islas: ya estábamos en el mar diez y siete dias. Para ocupar mi tiempo, copiaba y ponia en órden las notas de este viage y las descripciones de los *Mártires*. Por la noche me paseaba sobre cubierta en compañía del segundo capitan Dinelli. Las noches pasadas en medio de las olas, á bordo de un buque combatido por la tempestad, no son estériles para el alma, porque los nobles pensamientos nacen de los grandes espectáculos. Las estrellas que parece

huyen por entre las interrumpidas nubes, las brillantes olas que os rodean, los golpes de mar que producen un ruido sordo en los costados del buque, el viento que zumba entre los cordajes, todo anuncia que os hallais fuera del poder del hombre, y que solo dependeis de la voluntad de Dios. La incertidumbre de nuestro porvenir dá á los objetos su verdadero precio, y la tierra, contemplada en medio de un mar tempestuoso, se parece á la vida considerada por un hombre que va á morir.

Despues de haber sondeado mil veces las mismas olas, nos hallamos el 12 enfrente de la isla de Escarpanto. Esta isla, llamada en otro tiempo Carpethos y Crapathos por Homero, dió su nombre al mar Carpathio. Algunos versos de Virgilio forman hoy toda su celebridad:

«Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
»Cœruleus Proteus, etc.»

Digan lo que quieran los hermosos versos de las geórgicas francesas y latinas, yo mientras pueda no me iré á vivir á la isla de Proteo. Todavía me parece que estoy viendo los tristes lugares de Anchinates, Oro y San Elías, que descubrimos con los anteojos marinos en los montes de la isla. No he perdido mi reino ni mis colmenas como Menelao y Aristeo; nada espero del porvenir, y abandono al hijo de Neptuno algunos secretos que no pueden interesarme.

El 12 á las seis de la tarde, habiéndose vuelto el viento de Mediodía, insté al capitan para que se aproximasé á la isla de Creta. Convino en ello, no sin dificultad; mas á las nueve dijo, segun costumbre: ¡*Ho paura!* y se fué á acostar. Mr. Dinelli tomó á su cargo pasar el canal que se forma entre la isla de Escarpanto y la de Cox, en el cual entramos con un viento

fuerte de Sud-Oeste. Al amanecer nos encontramos en medio de un archipiélago de islotes y de escollos que blanqueaban por todos lados: en su vista tomamos el partido de refugiarnos en el puerto de la isla de Estampalia que teníamos enfrente.

Aquel miserable puerto no tenia ni buques en el mar ni casas en la costa. Solo se distinguia un pueblecillo encaramado como todos en la cumbre de una roca. Fondeamos cerca de la costa, y yo salté en tierra con el capitan. Mientras este subia al pueblo, me quedé examinando el interior de la isla. En toda ella no ví mas que matorrales, aguas perdidas que corrian sobre el musgo, y el mar que se estrellaba sobre una zona de rocas. Los antiguos, sin embargo, llamaban á esta isla la *Mesa de los Dioses*, á causa de las flores de que estaba sembrada. Es mas conocida con el nombre de Astipalea, y en ella se encontraba un templo de Aquiles. Acaso en la miserable aldea de Estampalia existirán algunas personas muy felices, que tal vez no habrian salido jamás de su isla, ni habrán oido hablar de nuestras revoluciones. Preguntábame yo si hubiera querido gozar de aquella dicha; pero yo no era ya mas que un piloto viejo incapaz de responder afirmativamente á esta pregunta, y cuyos sueños son hijos de los vientos y de las tempestades.

Hicieron aguada nuestros marineros, y el capitan volvió con unos pollos y un cerdo vivo. En esto entró en el puerto una falúa candiota, y apenas hubo fondeado junto á nosotros, cuando la tripulacion se puso á bailar alrededor del timon: *¡O Grœcia vana!*

Continuó soplando el viento de Mediodía, y zarpamos el 16 á las nueve de la mañana. Pasamos al Sud de la isla de Nanfia, y por la tarde, al ponerse el sol, dimos vista á la de Creta. Al dia siguiente 17, haciendo rumbo al Nor-oeste, descubrimos el monte Ida, cuya cumbre, cubierta de nieve, semejaba á una inmensa cú-

pula. Nos dirigimos hácia la isla de Cerigo, y tuvimos la suerte de doblarla el 18. El 19 volví á ver las costas de la Grecia y saludé á Tenaro. Con gran satisfaccion nuestra vimos levantarse por el Mediodía una borrasca, que nos llevó en cinco dias á las aguas de Malta. Descubrimos la isla la víspera de Navidad; pero el dia de Navidad, habiendo declinado el viento al Oeste-noroeste, nos echó en medio de Lampedusa. Diez y ocho dias permanecimos sobre la costa oriental del reino de Tunez, vacilando entre la vida y la muerte, y jamás olvidaré la jornada del 28. Hallábamonos á la vista de la Pantaleria; era medio dia cuando de repente quedó el mar en una calma profunda; el cielo iluminado por una luz amarillenta, tenia un aspecto amenazador, y al ponerse el sol sobrevino una noche tan cerrada, que justificó á mis ojos la bella espresion de Virgilio: *Ponto nox incubat atra*. En seguida llegó á nuestros oidos un ruido espantoso, se echó sobre el buque un huracan, y le hizo dar vueltas cual si fuera una pluma. En un momento se alborotó el mar en tales términos, que su superficie no presentaba mas que una vasta llanura de espuma. El buque no obedecia ya al timon, y semejaba á un punto tenebroso en medio de aquella terrible blancura. Parecia que el torbellino iba á arrebatarnos y separarnos del mar; el buque se revolvia en todos sentidos, sumergiendo alternativamente la proa y la popa entre las olas.

La vuelta de la luz nos hizo ver mas claro nuestro peligro: tocábamos casi en la isla de Lampedusa, y el mismo ventarron hizo perecer sobre la isla de Malta á dos buques de guerra ingleses, de que las gacetas de la época hablaron. Como Mr. Dinelli consideraba inevitable el naufragio, escribí un billete concebido en estos términos: «F. A. de Chateaubriand, naufragó sobre la isla de Lampedusa el 28 de diciembre de 1806 volviendo de Tierra Santa.» Cuyo papel encerré en

una botella vacía, con la idea de echarla al mar en el último momento.

Pero la Providencia quiso salvarnos. Un ligero cambio de viento nos hizo caer al Mediodía de Lampedusa, en donde ya nos hallamos en mar abierto. Como el viento se dirigia siempre al Norte, nos aventuramos á largar una vela, y corrimos sobre la pequeña sirte, cuyo fondo va elevándose hasta la costa; de modo, que navegando con la sonda en la mano, se puede fondear en las brazas que se quiere. La poca profundidad del agua hace aquel mar tranquilo en medio de los vientos mas fuertes; y esta playa, tan peligrosa para los barcos de los antiguos, es una especie de puerto en alta mar para los buques modernos.

Anclamos enfrente de las islas de Kerkeni, cerca de la línea de las pesqueras. Yo estaba tan cansado de aquella larga travesía, que hubiera querido desembarcar en Esfax, y trasladarme á Tunez por tierra; mas el capitan no se atrevió á buscar el puerto de Esfax, cuya entrada es en efecto peligrosa. Permanecimos ocho dias anclados en la pequeña sirte, donde vi empezar el año 1807. ¡Bajo cuantos astros, y en cuantas diversas fortunas habia visto ya renovarse para mí los años que pasan tan de prisa, ó son tan largos! ¡Cuán lejos estaban ya de mí aquellos años de mi infancia, en que palpitándome el corazon de alegría, recibia la bendicion y los regalos de mis padres! ¡Cuán esperado era entonces el dia de año nuevo! ¡Y ahora sobre un buque estrangero, en medio del mar, á la vista de una tierra bárbara, este dia se pasaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de la familia, y sin los tiernos votos de ventura que una madre eleva al cielo por su hijo con tanta sinceridad! Este dia, nacido del seno de las tempestades, no traia á mi frente mas que cuidados, canas y pesar.

Sin embargo, creimos que debíamos celebrar su fiesta, no como la de un huésped amable, sino como la de un antiguo conocimiento. Se mataron los pollos que quedaban, menos un valiente gallo, que era nuestro mas seguro reloj, y que no habia dejado de velar y cantar en medio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco, y los dos moros salieron de la cala del buque, y subieron á recibir sus aguinaldos en nuestro convite. ¡Aquello era mi banquete de familia! Brindamos por la Francia, porque aunque estábamos cerca de las isla de los Lotófagos, en donde los compañeros de Ulises se olvidaron de su patria, yo no conozco frutos bastante dulces para hacerme olvidar la mia.

Estábamos muy cerca de las islas Keskeni, que son las *Cercinæ* de los antiguos. En tiempo de Strabon habia delante de estas islas las mismas pesquerías que en el dia. Las *Cercinæ* presenciaron dos grandes golpes de fortuna; pues vieron pasar alternativamente fugitivos á Anibal y á Mario. Estábamos muy cerca de Africa. (*Turris Annibàlis*), en donde el primero de estos dos grandes hombres se vió obligado á embarcarse para libertarse de la ingratitud de los cartagineses. Esfax es una ciudad moderna; segun el doctor Shaw trae su nombre de la palabra *Sfakouse*, á causa de la gran cantidad de pepinos que se crian en su territorio,

El 6 de enero de 1807, apaciguada en fin la tempestad, salimos de la pequeña sirte, subimos la costa de Tunez por espacio de tres dias, y el 10 doblamos el cabo Bueno, objeto de todas nuestras esperanzas. El 11 fondeamos bajo el cabo de Cartago, y el 12 anclamos delante de la Goleta, escala ó puerto de Tunez. Enviamos la chalupa á tierra, y yo escribí á Mr Devoise, cónsul francés cerca del bey. Temia que me hiciesen pasar aun la cuarentena; pero Mr. Devoi-

se me sacó el permiso para desembarcar el 18, y en verdad tuve gran alegría cuando dejé el buque. Tomé caballos en la Goleta, y rodeando el lago, llegué á las cinco de la tarde á la casa de mi nuevo huésped.

SESTA Y ULTIMA PARTE.

VIAGE Á TUNEZ Y VUELTA Á FRANCIA.

En Mr. Devoise y en su esposa encontré la hospitalidad mas generosa y la sociedad mas amable: seis semanas estuve en el seno de su familia, y en su casa gocé, en fin, de un reposo de que tenia gran necesidad. Acercábase el carnaval, y no se pensaba mas que en divertirse, á despecho de los moros. Las cenizas de Dido, y las ruinas de Cartago oian el sonido de un violin francés, y nadie se acordaba de Escipion ni de Anibal, de Mario ni de Caton de Utica, á quien se hubiera hecho beber (porque le gustaba el vino), si hubiese tenido la humorada de presentarse á dar una fraterna á la reunion. Solo San Luis hubiera sido respetado por su cualidad de francés; pero el grande y buen rey no hubiera llevado á mal que sus vasallos se divirtiesen en el mismo sitio en donde él padeció tanto.

El carácter nacional no puede desmentirse. Nuestros marineros suelen decir, que en las nuevas colonias los españoles empiezan edificando una iglesia, los ingleses una taberna, y los franceses un fuerte; á lo que yo añado, y un salon de baile. Hallándome en América, en la frontera del pais de los salvages,

me dijeron que en la primera jornada encontraria un compatriota. Llegado al pais de los Cayougas, tribu que formaba parte de la nacion de los iroqueses, me condujo mi guia á una selva, en medio de la cual se veia una especie de granja, donde se encontraban hasta veinte salvages de ambos sexos, pintorreados como unos brujos, medio desnudos, con las orejas recortadas, adornadas las cabezas con plumas de cuervo, y las narices con sortijas. Un francés bajito, rizado y empolvado á la antigua, con casaca de verde-manzana, chupa de droguete, y puños y guirindola de muselina, rascaba un violin de faltriquera, y hacia bailar á aquellos iroqueses el *madelon friquet*. Mr. Violet (que este era su nombre) era maestro de baile de los salvages, los cuales le pagaban sus lecciones en pieles de castor y perniles de oso; habia sido marmiton al servicio del general Rochambeau durante la guerra de América, y habiéndose quedado en Nueva York despues de la partida de nuestro ejército, se resolvió á enseñar las bellas artes á los americanos. Con el buen éxito estendió mas adelante sus miras, y el nuevo Orfeo llevó la civilizacion hasta las hordas errantes del Nuevo Mundo. Cuando me hablaba de los indios, me decia siempre: «Estos señores salvages y estas señoras salvagesas.» Estaba muy satisfecho de la agilidad de sus discípulos; y con efecto, yo no he visto jamás dar tales brincos. Mr. Violet, colocando su pequeño violin entre la barba y el pecho, templaba el instrumento fatal, y decia en iroqués: *¡En baile!* á cuya voz toda la compañía se ponia á saltar como una bandada de demonios. Ese es el genio de los pueblos.

Bailamos, pues, tambien sobre las ruinas de Cartago. El método de vida que observé mientras permanecí en Tunez fué absolutamente igual al que observé en Francia; y por lo mismo no seguiré puntual-

mente las fechas de mi diario, sino que trataré las materias de un modo general, y segun el órden en que se presenten á mi memoria las especies. Mas antes de hablar de Cartago y de sus ruinas, debo nombrar algunas personas á quienes traté en Berbería. Ademas del cónsul de Francia veia con frecuencia á Mr. Lessing, cónsul de Holanda, á su cuñado monsieur Humberg, ingeniero holandés, que mandaba en la Goleta, y con el cual visité las ruinas de Cartago, quedando muy complacido de su fina atencion. Allí encontré tambien á Mr. Lear, cónsul de los Estados Unidos. En otro tiempo fuí yo recomendado en América al general Washington; y Mr. Lear, que habia desempeñado un destino al lado de aquel grande hombre en memoria de su ilustre patrono, tuvo la complacencia de proporcionarme el pasage en una goleta de los Estados Unidos, cuyo buque me dejó en España, como diré al fin de este Itinerario. En fin, mientras permanecí en Tunez, tanto en la ciudad, como en la legacion, ví muchos jóvenes franceses, á quienes mi nombre no era enteramente desconocido. No debo olvidar los restos de la interesante familia de monsieur Adanson.

Si la multitud de las relaciones fatiga al escritor que quiere hablar hoy del Egipto y de la Judea, la falta de documentos le presenta un inconveniente enteramente opuesto cuando se trata de las antigüedades de Africa. Y no es por que no haya algunos viages á Berbería: yo conozco dos docenas de relaciones de los reinos de Marruecos, Argel y Tunez; mas estas relaciones no bastan. Entre los viages antiguos debe distinguirrse la *Africa illustrata* de Grammaye, y la sábia obra de Mr. Shaw. Las misiones de los padres de la Trinidad y de la Merced solo contienen milagros de caridad, y no hablan ni pueden hablar de romanos y cartagineses; y las Memorias impresas á

continuacion de los viages de Pablo Lucas, no son otra cosa que la relacion de una guerra civil de Tunez. Shaw hubiera podido llenar todos estos vacíos si hubiera estendido sus investigaciones á la historia; pero desgraciadamente solo atiende á la geografía, y apenas toca de paso las antigüedades: Cartago, por ejemplo, no ocupa en sus observaciones mas espacio que Tunez. Entre los viageros enteramente modernos, Ladi Montagne, el abate Poiret y Mr. Desfontaines dicen algunas palabras de Cartago, pero sin detenerse. En 1806, el mismo año de mi viage, se publicó en Milan una obra con este título: *Ragguaglio di alcuni Monumenti di Antichitá ed Arti, raccolti negli ultimi Viaggi d'un dilettante* (1).

Yo creo que en este libro se habla de Cartago; pero llegó á mi noticia sobrado tarde para poderle hacer venir de Italia. Puede decirse, pues, que el objeto de que voy á tratar es nuevo: yo abriré la marcha, y otros mas diestros vendrán en pos de mí.

Antes de hablar de Cartago, que es aqui el único objeto interesante, conviene desembarazarnos de lo relativo á Tunez. Esta ciudad conserva en corta diferencia su nombre antiguo: los griegos y latinos la llamaban *Tunes*, y Diodoro la da el epíteto de *Blanca*, porque está edificada sobre una colina gredosa: se halla á doce millas de las ruinas de Cartago, y casi á la orilla de un lago de agua salada, que comunica con el mar por medio de un canal llamado *la Goleta*, que se halla defendido por un fuerte. Los buques mercantes fondean delante de este fuerte, en donde se abrigan detras del muelle de la Goleta, pagando un considerable derecho de ancorage.

El lago de Tunez podia servir de puerto á las flotas de los antiguos; mas en el dia apenas puede atra-

(1) Véase el prólogo de la tercera edicion.

vesarle sin encallar una de nuestras barcas; y es preciso tener gran cuidado en seguir el canal principal, indicado por unas estacas plantadas en el fondo. Abulfeda marca en este lago una isla que sirve ahora de lazareto. Los viageros han hablado de los flamencos ó fenicopteros que animan esta gran laguna, que por otra parte es muy triste. Cuando aquellas hermosas aves vuelan contra el sol, con el cuello tendido y las patas prolongadas hácia atras, parecen unas flechas empenadas con plumas de color de rosa. Para llegar á Tunez desde las orillas del lago, es necesario atravesar un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está circuida de murallas, y podrá tener una legua de circunferencia, comprendiendo el arrabal esterior de Bled-el-Had-rah. Las casas son bajas, las calles angostas, las tiendas pobres, las mezquitas miserables. El pueblo, que sale poco, tiene un no sé qué de huraño y salvage. A las puertas de la ciudad se encuentra lo que llaman *siddi ó santos*: estos son negros y negras, enteramente desnudos, devorados por los insectos, que se revuelcan en su inmundicia, y comen con insolencia el pan de la caridad. Estas inmundas criaturas están bajo la proteccion inmediata de Mahoma. Algunos tratantes europeos, turcos avecindados en Esmirna, moros degenerados, renegados y cautivos, componen el resto de la poblacion.

La campiña de las cercanías de Tunez es deliciosa, y presenta grandes llanuras sembradas de trigo, y rodeadas de colinas plantadas de olivos y algarrobas. Un acueducto moderno cruza con muy buen efecto un valle que se halla á espaldas de la ciudad, en medio del cual tiene el rey su casa de campo. Desde Tunez se descubren al Mediodía las colinas de que acabo de hablar, y se ven al Oriente los montes del Mamelife; montes singularmente recortados, de estraña figura, y al pie de los cuales se encuentran las

aguas termales que conocieron los antiguos. Al Oeste y al Norte se descubre el mar, el puerto de la Goleta, y las ruinas de Cartago.

Los tunecies son, sin embargo, menos crueles y mas civilizados que los pueblos de Argel; y ellos fueron los que dieron hospitalidad á los moros de Andalucía, que habitan el pueblo de Tub-Urbo, á seis leguas de Tunez, sobre el Me-Jerdah (1). El bey actual es un hombre muy despejado, que trata de librarse de la dependencia de Argel, á la cual está Tunez sometida desde la conquista que hicieron los argelinos en 1757. Este príncipe habla italiano, tiene muy buena conversacion, y conoce la política de Europa mejor que la mayor parte de los orientales. Por lo demas, se sabe que Tunez fué atacada por San Luis en 1270, y tomada por Cárlos V en 1535. Como la muerte de San Luis se enlaza con la historia de Cartago, háblase de ella en otra parte. En cuanto á Cárlos V, derrotó al famoso Barbaroja y restableció en su trono al rey de Tunez, obligándole á pagar un tributo á la España. Sobre esta materia puede consultarse la obra de Robertson (2). Cálos V conservó el fuerte de la Goleta; pero los turcos le tomaron de nuevo en 1574.

Omito hablar ahora de la Tunez de los antiguos, porque la veremos figurar muy pronto en las guerras de Roma y Cartago.

En Tunez me regalaron un manuscrito que trata del estado actual de este reino, de su gobierno, de su comercio, rentas, ejército y caravanas. No he querido aprovecharme de este escrito, cuyo autor no conozco; pero cualquiera que sea, es justo que recoja el

(1) El Bagrada de la antigüedad, á cuya orilla mató Régulo la famosa serpiente.
(2) Historia de Cárlos V, libro V.

honor debido á su trabajo, y para ello incluiré su escelente *Memoria* al fin del *Itinerario* (1). Pasemos ahora á las ruinas de Cartago. El año 883, antes de nuestra era, obligada Dido á huir de su tierra natal, vino á desembarcar en Africa. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió su orígen á una de aquellas aventuras trágicas que marcan la cuna de los pueblos, y que son como el gérmen y el presagio de los males, frutos mas ó menos tardíos de toda sociedad humana. Conocido es el feliz anacronismo de la *Eneida*, porque es tal el privilegio del genio, que las desgracias poéticas de Dido han venido á formar parte de las glorias de Cartago. A la vista de las ruinas de aquella ciudad busca uno las llamas de la fúnebre hoguera; cree escuchar todavía las imprecaciones de una muger abandonada, y admira aquellas poderosas ficciones que pueden ocupar la imaginacion en unos lugares llenos de los mas grandes recuerdos de la historia. Y á la verdad, cuando una reina moribunda llama en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma y los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á las plegarias del amor, oye solo los consejos del odio, y rehusa á Dido un descendiente de Eneas, y le concede á Anibal; tales prodigios, espresados en un lenguage maravilloso, no pueden pasarse en silencio. La historia se coloca entonces entre las musas, y la ficcion adquiere el aspecto grave de la verdad.

Despues de la muerte de Dido, adoptó la nueva colonia un gobierno, cuyas leyes encomia Aristóteles. Unos poderes divididos con arte entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, presentaron el fenómeno de subsistir sin destruirse por espacio

(1) Esta Memoria merecia ciertamente llamar la atencion de los críticos; pero nadie lo ha echado de ver.

de siete siglos, en cuyo tiempo apenas fueron conmovidos por sediciones populares y conspiraciones de los grandes. Como las guerras civiles, orígen de los crímenes públicos, son, sin embargo, madres de las virtudes particulares, la república ganó mas que perdió en estas borrascas; y si sus destinos sobre la tierra no fueron de tanta duracion como los de su rival, en Cartago al menos la libertad solo sucumbió con la patria.

Pero como las naciones mas libres son tambien las mas entregadas á las pasiones antes de la primera guerra púnica, encontramos á los cartagineses empeñados en guerras vergonzosas. Ellos esclavizaron á aquellos pueblos de la Bética, cuyo valor no alcanzó á salvar la virtud; se aliaron con Gerges, y perdieron una batalla contra Gelon el mismo dia en que sucumbieron los lacedemonios en las Termópilas. Los hombres, á pesar de sus preocupaciones, aprecian tanto la nobleza de sentimientos, que al paso que nadie se acuerda de los ochenta mil cartagineses degollados en los campos de la Sicilia, todo el mundo se ocupa en los trescientos espartanos muertos por obedecer las santas leyes de su pais. La santidad de la causa y no lo estraordinario de los medios, es lo que conduce á la verdadera celebridad, y el honor ha formado en todos tiempos la parte mas sólida de la gloria.

Despues de haber combatido uno tras otro á Agatocles en Africa y á Pirro en Sicilia, los cartagineses vinieron á las manos con la república romana. La causa de la primera guerra púnica fué muy leve; mas esta guerra llevó á Régulo á las puertas de Cartago.

No queriendo los romanos interrumpir el curso de las victorias de aquel grande hombre, ni enviar á ocupar su puesto á los cónsules Fulvio y Mr. Emilio, le mandaron que permaneciese en Africa en calidad de procónsul. Quejóse él de estos honores; escribió

al senado y le suplicó con instancia que le quitase el mando del ejército: un negocio importante á los ojos de Régulo hacia necesaria su presencia en italia. Tenia en Pupinio un campo de catorce fanegas, y habiendo muerto el arrendador de aquella posesion, su criado se habia fugado, llevándose los bueyes y los aperos de labranza. Régulo representaba á los senadores, que si dicha heredad permanecia inculta, le seria imposible alimentar á su muger y á sus hijos. En vista de esta esposicion dispuso el senado que el campo de Régulo fuese cultivado á espensas de la república; que se tomase del tesoro público los fondos necesarios para reponer los objetos robados, y que los hijos y la muger del procónsul fuesen alimentados durante su ausencia á espensas del pueblo romano. Poseido de una admiracion justa á vista de esta simplicidad, esclama Tito Livio: «¡Cuán preferible es la virtud á las riquezas! ¡Estas pasan con los que las poseen; y la pobreza de Régulo es todavía un objeto de veneracion.

Marchando de victoria en victoria, no tardó Régulo en apoderarse de Tunez. La toma de esta ciudad llenó de consternacio á los cartagineses, los cuales pidieron la paz al procónsul; mas este labrador romano acreditó que es mas fácil manejar el arado despues de haber alcanzado victorias, que dirigir con mano fuerte una brillante prosperidad: el verdadero hombre grande nace principalmente para brillar en la desgracia; y en los sucesos prósperos, parece como estraviado y estraño á la fortuna. Régulo propuso á los enemigos unas condiciones tan duras, que aquellos se vieron forzados á continuar la guerra.

Durante estas negociaciones, el destino conducia al través de los mares á un hombre que habia de cambiar la marcha de los acontecimientos: un lacedemonio, llamado *Xantipo* viene á retardar la caida de Car-

tago; ataca á los romanos al pie de las murallas de Tunez, destruye su ejército, hace prisionero á Régulo, vuelve á embarcarse, y desaparece sin dejar otro rastro en la historia (1).

Conducido Régulo á Cartago, sufrió un trato inhumano, con que le hicieron espiar los duros triunfos de su patria. Los que llenos de orgullo uncian á sus carros reyes destronados, mugeres y niños anegados en llanto, ¿podian esperar que se respetase á un ciudadano de Roma prisionero?

La fortuna volvió á ser favorable á los romanos. Cartago pidió segunda vez la paz y envió embajadores á Italia: acompañábales Régulo, á quien sus señores hicieron dar palabra de que si las negociaciones no llegan á buen término, volveria á sufrir sus cadenas; con esto se esperaba que se interesaria con ahinco en favor de una paz que debia volverle su patria.

Llegado Régulo á las puertas de Roma, no quiso entrar en la ciudad. Porque habia una ley antigua que prohibia á todo estrangero el introducir en el senado los embajadores de un pueblo enemigo; y Régulo, considerándose como enviado de los cartagineses, hizo revivir en esta ocasion aquella antigua costumbre. Los senadores, pues, se vieron precisados á reunirse fuera de la ciudad. Régulo les declaró que venia por órden de sus dueños á pedir al pueblo romano la paz ó el cange de los prisioneros.

Los embajadores de Cartago, despues de haber espuesto el objeto de su mision, se retiraron: queria Régulo seguirlos; pero los senadores le rogaron que se quedase á la deliberacion.

Estrechado á manifestar su dictámen, espuso con

(1) Algunos autores acusan á los cartagineses de haberle hecho perecer por celos de su gloria; mas esto no está probado.

energía las razones que tenia Roma para continuar la guerra contra Cartago. Admirados los senadores de su firmeza, deseaban salvar á tan ilustre ciudadano, y el gran pontífice sostenia que se le podia relevar de los juramentos que habia prestado.

«Seguid mis consejos, dijo el ilustre prisionero con una voz que admiró al senado, y olvidaos de Régulo: yo no permaneceria en Roma despues de haber sido el esclavo de Cartago, ni atraeria sobre vosotros la cólera de los dioses: he prometido á los enemigos que me pondria de nuevo en sus manos si desechabais la paz, y cumpliré mi juramento. No se engaña á Júpiter con vanas espiaciones; la sangre de los toros y de las ovejas no es cápaz de borrar una perfidia, y tarde ó temprano nunca queda sin castigo el sacrilegio.

«No ignoro la suerte que me aguarda; mas un crímen mancillaria mi alma, y el dolor solo podrá lastimar mi cuerpo. Por otra parte, no hay mal alguno para el que sabe sobrellevarlo; porque si pasa de las fuerzas de la naturaleza, la muerte nos liberta de él. No me compadezcais, pues, padres conscriptos: vuelvo á Cartago; hago mi deber, y dejo obrar á los dioses.»

Régulo quiso poner el colmo á su magnanimidad: á fin de disminuir el interes que tomaban por su vida, y para desembarazarse mejor de una compasion inútil, dijo á los senadores que los cartagineses le habian hecho beber un veneno lento antes de salir de la prision; «Y de consiguiente, añadió, solo perdeis de mí algunos instantes, que no valen la pena de ser comprados con un perjurio.» Dicho esto, se levantó y se alejó de Roma sin proferir una palabra mas, con los ojos clavados en el suelo, y apartando de sí á su muger y á sus hijos, ya temiendo que le enterneciesen sus lágrimas, ya porque, como esclavo cartaginés, se consideraba indigno de los abrazos de una matrona ro-

mana. Este digno ciudadano acabó su vida entre espantosos suplicios, si es que el silencio de Polibio y de Diodoro no nos hace dudar de la narracion de los historiadores latinos. Régulo fué un ejemplo insigne de lo que pueden en una alma esforzada la religion del juramento y el amor á la patria, porque si el orgullo tuvo tal vez alguna parte en la resolucion de aquel genio sublime, castigarse de aquel modo por haber sido vencido, era ser digno de la victoria.

Despues de veinte y cuatro años de combates, un tratado de paz puso fin á la primera guerra púnica. Pero los romanos no eran ya aquel pueblo de labradores gobernado por un senado de reyes, y que levantaba altares á la moderacion y á la humilde fortuna; eran unos hombres que se consideraban destinados á mandar á los demas, y á quienes la ambicion lanzaba contínuamente en la injusticia. Bajo un pretesto frívolo invadieron la Cerdeña, y se gloriaron de haber hecho en plena paz una conquista á los cartagineses. No sabian que el vengador de la fé violada estaba ya á las puertas de Sagunto, y aparecerian muy pronto sobre las colinas de Roma. Aqui comienza la segunda guerra púnica.

Aníbal fué en mi concepto el primer capitan de la antigüedad; porque si no es el que mas se ama, es ciertamente el que mas se admira. No tuvo el heroismo de Alejandro ni los talentos universales de César; pero sobrepujó á uno y otro como hombre de guerra. Ordinariamente el amor de la patria ó de la gloria conduce á los héroes á los prodigios; pero á Aníbal solo le guiaba el odio. Entregado á ese genio de nueva especie, parte de las estremidades de España con un ejército compuesto de mil pueblos diversos, salva los Pirineos y las Galias, doma á su tránsito naciones enemigas, atraviesa rios, llega al pie de los Alpes, y aquellas montañas sin caminos, y defendidas

por bárbaros, le oponen en vano su barrera. Desde sus nevadas cumbres cae sobre la Italia, derrota el primer ejército consular á las orillas del Tesino, da un segundo golpe en Trevia, otro tercero en el Trasimeno, y el cuarto parece que inmola á Roma en el llano de Canas. Por espacio de diez y seis años hace la guerra sin recurso alguno en el centro de Italia, y en tan dilatado periodo no incurre en ninguna de aquellas faltas que deciden de la suerte de los imperios, y que parecen tan agenas de la naturaleza de un hombre grande, que pueden con razon atribuirse á un designio de la Providencia.

Infatigable en los peligros, inagotable en los recursos, astuto, ingenioso, elocuente, sabio ademas y autor de muchas obras; Aníbal tuvo todas las dotes que pertenecen á la superioridad del espíritu y á la fuerza del carácter; pero le faltaban las grandes cualidades del corazon: frio, cruel, insensible, nacido para destruir, y no para fundar imperios, fué en magnanimidad muy inferior á su rival.

El nombre de Escipion el Africano es uno de los mas bellos nombres de la historia. El amigo de los dioses, el generoso protector del infortunio y de la belleza, Escipion tiene algunos rasgos de semejanza con nuestros antiguos caballeros. En él empieza aquella urbanidad romana, ornamento del genio de Ciceron, de Pompeyo y de César, que reemplazó entre aquellos ciudadanos ilustres la rusticidad de Caton y de Fabricio.

Aníbal y Escipion se encontraron en los campos de Zama; el uno célebre por sus victorias, el otro famoso por sus virtudes; dignos ambos de representar á sus grandes patrias, y disputarse el imperio del mundo.

Cuando partió para el Africa la flota de Escipion, la costa de Sicilia estaba cubierta de un pueblo in-

menso y de una multitud de soldados. Cuatrocientos buques de trasporte y cincuenta triremes cubrian la rada de Lilibea. Distinguíase por sus tres fanales la famosa galera de Lelio, que era el almirante de la flota: los otros buques, segun su porte, llevaban una ó dos luces. Las miradas del mundo estaban fijas en aquella espedicion que debia lanzar á Aníbal de la Italia, y decidir, en fin, la suerte de Roma y de Cartago. Las legiones quinta y sesta, que se habian hallado en la batalla de Canas, ardian en deseos de talar y destruir los campos y los hogares del vencedor. El general principalmente atraia las miradas de todos: su religion, sus hazañas en España, en donde habia vengado la muerte de su tio y la de su padre, el proyecto de llevar la guerra á África; proyecto que él solo habia concebido contra la opinion del gran Fabio; y en fin, ese favor que los hombres conceden siempre á las empresas atrevidas, á la gloria, á la hermosura y á la juventud, hacian á Escipion el objeto de todos los votos y de todas las esperanzas.

No tardó el dia de la partida. Al despuntar la aurora apareció Escipion sobre la popa de la galera de Lelio, á la vista de la flota y de la multitud que cubria las eminencias de la costa. Un heraldo levantó su cetro, é impuso silencio:

«¡Dioses y diosas de la tierra, esclamó Escipion; y vosotras, divinidades del mar, conceded á mi empresa un éxito feliz. Haced que mis designios contribuyan á mi gloria y á la del pueblo romano! ¡Que un dia volvamos llenos de júbilo á nuestros hogares, cargados con los despojos del enemigo; y que Cartago sufra las desgracias con que habia amenazado á mi patria!»

Dicho esto, se degüella una víctima; Escipion echa al mar las palpitantes entrañas; lárganse las velas al son de las trompetas, y una brisa favorable aleja toda la flota de las costas de Sicilia.

Al dia siguiente se descubrió la tierra de Africa y el promontorio de Mercurio: sobrevino la noche, y la flota se vió obligada á echar las anclas. Cuando amaneció, viendo Escipion la costa, preguntó cual era el promontorio que se veia mas inmediato á los buques. «Ese es el cabo Hermoso,» respondió el piloto; y á este nombre de buen agüero, saludando el general á la fortuna de Roma, mandó poner la proa de su galera hácia el sitio designado por los dioses.

El desembarco se verificó sin obstáculos: derramóse la consternacion por los pueblos y por los campos; los caminos se veian cubiertos de hombres, mugeres y niños que huian con sus ganados: parecia ver una de aquellas grandes emigraciones de los pueblos, cuando naciones enteras, acosadas por la cólera ó por la voluntad del cielo, abandonan los sepulcros de sus padres. Apoderóse de Cartago el espanto, dióse la voz de alarma, se cerraron las puertas, y coronáronse de soldados las murallas, como si los romanos estuviesen ya á punto de asaltar la ciudad.

Entretanto Escipion habia enviado su ejército á Utica, y él se dirigia por tierra á esta ciudad, con el objeto de sitiarla: en esta ocasion se le reunió Masinisa con dos mil caballos.

Este rey numida, aliado antes de los cartagineses, habia hecho la guerra á los romanos en España, y habiendo perdido y recobrado muchas veces su reino por una série de estraordinarias aventuras, se hallaba fugitivo cuando Escipion desembarcó en Africa. Sifax, príncipe de los getulos, que se habia casado con Sofonisba, hija de Asdrubal, acababa de apoderarse de los estados de Masinisa. Este se echó en los brazos de Escipion, y los romanos le debieron en parte el éxito de sus armas.

Despues de algunos combates, en que quedó el campo por suyo, sitió Escipion á Utica. Los cartagine-

ses, mandados por Asdrubal y por Sifax, formaron dos cuerpos separados á la vista del campo romano; pero Escipion consiguió poner fuego á los dos campamentos, cuyas tiendas estaban formadas de esteras y de cañas á la manera de los numidas, y en una sola noche perecieron por este medio cuarenta mil hombres. El vencedor, en cuyo poder quedó en esta ocasion una prodigiosa cantidad de armas, las hizo quemar en honor de Vulcano.

No desmayaron los cartagineses, sino que antes bien hicieron grandes levas. Sifax, movido por las lágrimas de Sofonisba, permaneció fiel á los vencidos, y se espuso de nuevo por la patria de una muger, á quien amaba tiernamente. Favorecido siempre del cielo, batió Escipion los ejércitos enemigos, tomó las ciudades que estaban á su devocion, se apoderó de Tunez, y amenazó á Cartago con una completa destruccion. Arrastrado Sifax por su fatal amor, se atrevió á presentarse de nuevo ante los vencedores, con un valor digno de mejor suerte. Abandonado de los suyos en el campo de batalla, se precipita solo sobre los escuadrones romanos, esperando sin duda que los soldados, corridos de haber abandonado á su rey, se repondrian y correrian á morir con él; mas aquellos cobardes continuaron huyendo; y Sifax, cuyo caballo fué muerto de un bote de lanza, cayó vivo en manos de Masinisa.

Era ciertamente muy satisfactorio para este último el tener prisionero al que le habia usurpado la corona; y poco despues la suerte de las armas puso tambien en su poder á Sofonisba, muger de Sifax, la cual, echándose á los pies del vencedor, le dijo estas palabras:

«Tu prisionera soy: asi lo han querido los dioses, tu valor y la fortuna; mas por estas rodillas que estoy abrazando, por esta mano triunfadora que me permi-

tes tocar, te suplico ¡oh Masinisa! que me conserves en tu poder como una esclava, y me libres del horror de ser presa de un bárbaro. ¡Ay! ¡hace un momento me hallaba yo, como tú, cercada de la magestad de los reyes! Considera que tú no puedes negar tu sangre; que llevas, como Sifax, el nombre de numida: mi esposo salió de este palacio por la cólera de los dioses; ¡plegue al cielo que tú hayas entrado bajo mas felices auspicios! Siendo yo ciudadana de Cartago é hija de Asdrubal, ya puedes discurrir lo que deberé esperar de un romano. Si no puedo permanecer esclava de un príncipe nacido bajo el cielo de mi patria; si la muerte sola puede sustraerme al yugo estrangero, dame tú esa muerte, que yo la contaré en el número de tus beneficios.»

El llanto y la suerte de Sofonisba conmovieron á Masinisa. Era aquella estraordinariamente hermosa, y encontrábase en la flor de la juventud. Sus ruegos, dice Tito Livio, menos eran ruegos que caricias. Masinisa vencido, se lo prometió todo, y no menos apasionado que Sifax, hizo su esposa á su prisionera.

Sifax fué presentado á Escipion cargado de cadenas, y aquel grande hombre que hacia tan poco habia visto en un trono al que ahora miraba á sus pies, se sintió movido de compasion. Sifax habia sido en otro tiempo aliado de los romanos, y acusó de su defeccion á Sofonisba. «Las antorchas de mi fatal himeneo, dijo, han reducido á cenizas mi palacio; pero consuélame una cosa y es, que la furia que ha destruido mi casa, ha pasado al lecho de mi enemigo, y reserva á Masinisa una suerte semejante á la mia.»

Asi ocultaba Sifax, bajo las apariencias del odio, los celos que le arrancaban estas palabras; porque este príncipe amaba todavía á Sofonisba. Escipion por su parte no dejaba de estar inquieto, porque temia que la hija de Asdrubal tomase sobre Masinisa el as-

cendiente que habia tenido sobre Sifax. Con efecto, la pasion de Masinisa se presentaba ya con un aspecto muy violento: habíase apresurado á celebrar sus bodas antes de dejar las armas; y con el ansia de unirse á Sofonisba, habia encendido las antorchas nupciales delante de los dioses domésticos de Sifax, aquellos dioses acostumbrados á escuchar los votos formados contra los romanos. Masinisa habia vuelto á ver á Escipion; y este, al mismo tiempo que tributó algunos elogios al rey de los numidas, le reprendió secamente por su conducta con Sofonisba. Entonces Masinisa conoció su error, y temiendo caer en desgracia de los romanos, sacrificó su amor á su ambicion. Oyósele gemir dentro de su tienda y luchar contra aquellos sentimientos generosos que jamás se arrancan sin violencia del corazon humano. Hizo llamar al oficial encargado de guardar el veneno del rey: aquel veneno servia á los príncipes africanos para librarse de la vida cuando habian caido en una desgracia sin remedio; y de esta manera la corona, que no estaba entre ellos al abrigo de las revoluciones de la fortuña, se encontraba al menos á cubierto del desprecio. Masinisa vertió el veneno en una copa para enviárselo á Sofonisba; y dirigiéndose despues al oficial encargado de aquel triste mensage, le dijo: «Dí á la reina que si yo hubiese sido el árbitro del destino, nunca Masinisa se hubiera separado de Sofonisba; pero los dioses de los romanos lo han ordenado de otra manera. Le cumplí, sin embargo, una de mis promesas: no caerá viva en manos de sus enemigos, si se somete á su destino como ciudadana de Cartago, como hija de Asdrubal y como esposa de Sifax y de Masinisa.»

Entró el oficial en el cuarto de Sofonisba y la trasmitió la órden del rey. «Recibo este regalo nupcial con alegría, respondió ella, toda vez que es cierto que

un marido no ha podido hacer á su muger otro presente. Dí á tu señor que al perder la vida hubiera yo al menos conservado el honor si no me hubiese casado con Masinisa la víspera de mi muerte.» Dicho esto se tragó el veneno.

En este estado de cosas fué cuando los cartagineses llamaron de Italia á Anibal, el cual lloró de rabia, acusó á sus conciudadanos y á los dioses, y se arrepintió de no haberse dirigido á Roma despues de la batalla de Canas. Jamás hombre alguno al salir desterrado de su pais sintió tanto dolor como el que esperimentó Anibal al separarse de una tierra estrangera para regresar á su patria. Desembarcó en la costa de Africa con los bravos veteranos que habian atravesado en su compañía las Españas, las Galias y la Italia, y que ostentaban mas haces tomadas á pretores, generales y cónsules, que llevaban delante de sí todos los magistrados de Roma. Anibal habia estado treinta y seis años ausente de su patria, de donde salió niño, y volvia á ella en edad avanzada, como él mismo lo dijo á Escipion. ¡Cuáles, pues, debieron ser los pensamientos de aquel grande hombre cuando volvió á ver á Cartago, cuyos muros y cuyos habitantes eran casi estrangeros para él! Habian muerto dos hermanos suyos; los compañeros de su infancia no existian, y habíanse sucedido las generaciones: los templos, cargados de despojos romanos, fueron sin duda los únicos objetos que Anibal pudo reconocer en aquella nueva Cartago. Si sus conciudadanos no hubiesen estado obcecados por la envidia, ¡con qué admiracion no hubieran contemplado á aquel héroe, que hacia treinta años estaba vertiendo su sangre por ellos en un pais remoto, y cubriendo á su patria de gloria inmarcesible! Mas cuando los servicios son tan eminentes que esceden los límites del reconocimiento, solo son pagados con la ingratitud. Anibal tuvo la desgracia de ser mas grande

que el pueblo entre el cual habia nacido; y su destino fué vivir y morir en tierra estraña.

Dirigió su ejército á Zama, y Escipion aproximó su campo á dicho punto. El general cartaginés tuvo un presentimiento de la inconstancia de la fortuna, porque pidió al romano una entrevista, á fin de proponerle la paz. Se fijó el lugar de la conferencia, y cuando los dos capitanes se vieron en presencia uno de otro, permanecieron silenciosos y sobrecogidos de recíproca admiracion. Tomó por fin Anibal la palabra, y dijo:

«Los dioses quisieron, ¡oh Escipion! que vuestro padre fuese el primer general enemigo á quien yo me presenté en Italia con las armas en la mano; y estos mismos dioses me mandan que venga hoy desarmado á pedir la paz á su hijo. Vos habeis visto á los cartagineses acampados á las puertas de Roma; y el bullicio de un campo romano se oye ahora en los muros de Cartago. Salido niño de mi patria, vuelvo á entrar en ella cargado de años; y una larga esperiencia de la próspera y adversa fortuna, me ha enseñado á juzgar de las cosas por la razon y no por el suceso. Vuestra juventud, y la fortuna que no os ha abandonado todavía, os harán tal vez enemigo del reposo, porque en la prosperidad no se piensa en los reveses. Vos os hallais ahora en la edad que tenia yo en Canas y en Trasimeno. Mirad, pues, lo que he sido, y conoced por mi ejemplo la inconstancia de la suerte. El que os habla ahora como suplicante, es aquel mismo Anibal, que acampado entre el Tiber y el Teveron, dispuesto á dar el asalto á Roma, deliberaba sobre el destino que daria á vuestra patria. Yo he llevado el espanto á los campos de vuestros padres, y me veo reducido á rogaros que eviteis tamañas desgracias á mi pais. No hay cosa mas incierta que la suerte de las armas: un momento puede arrebataros vuestra gloria y

vuestras esperanzas. Convenir en la paz, es quedar siendo vosmismo el árbitro de vuestro destino; pelear, es poner vuestra suerte en manos de los dioses.»

A este estudiado discurso, contestó Escipion con mas franqueza, aunque con menos elocuencia; desechó como insuficientes las proposiciones de paz que le hacia Anibal, y ya solo se trató de pelear. Es probable que no fué el interés de la patria el único motivo que impulsó al general romano á romper con el general cartaginés, y que Escipion no pudo vencer el deseo de medirse con Anibal.

Al otro dia de esta conferencia, dos ejércitos compuestos de veteranos, mandados por los dos primeros capitanes de los dos mayores pueblos de la tierra, se dirigieron uno á otro para disputarse, no los muros de Roma y de Cartago, sino el imperio del mundo, que era el precio de este último combate.

Escipion colocó en primera fila los lanceros, en la segunda los príncipes y en la tercera á los triarios; rompiendo estas líneas por algunos intervalos, para dejar un paso abierto á los elefantes de los cartagineses. Algunos velites esparcidos por estos intervalos debian, segun conviniese, replegarse detrás de las tropas de linea, ó arrojar sobre los elefantes una nube de dardos y de saetas. Lelio cubria el ala izquierda del ejército con la caballeria latina, y Masinisa mandaba en la derecha los caballos numidas.

Anibal formó ochenta elefantes al frente de su ejército, cuya primera línea se componia de ligures, galos, baleares y moros; ocupaban la segunda los cartagineses, y algunos brutinios formaban detrás una especie de reserva, con la cual contaba poco el general. Anibal opuso su caballería á la caballería de los romanos, los cartagineses á Lelio, y los numidas á Masinisa.

Dan los romanos la primera señal de acometer, y

rompen al mismo tiempo en tan estraordinarios alaridos, que una parte de los elefantes, espantados se repliegan sobre el ala izquierda del ejército de Anibal, y ponen en desórden á la caballería numida. Nótalo Masinisa, lánzase sobre ellos, y acaba de ponerlos en huida. Los otros elefantes que se habian precipitado sobre los romanos, son rechazados por los velites, é introducen en el ala derecha de los cartagineses la misma confusion que en la izquierda. De modo que desde el primer choque quedó Anibal sin caballería, y descubierto en sus dos flancos: razones poderosas que la historia no ha conservado, le impidieron sin duda pensar en la retirada.

Viniendo á las manos la infantería, los soldados de Escipion rompieron fácilmente la primera línea del enemigo, que solo se componia de tropas mercenarias: entonces se encontraron de frente romanos y cartagineses; y como los primeros no podian llegar á los segundos sino pasando sobre montones de cadáveres, hubo un momento en que estuvieron á pique de perder la jornada; pero ve Escipion el peligro, y cambia el órden de la batalla: hace pasar á la primera línea á los príncipes y á los triarios, los coloca á derecha é izquiezda de los lanceros, y envuelve por este medio el frente del ejército de Anibal, que habia ya perdido su caballería y la primera línea de peones. Los veteranos cartagineses sostuvieron la gloria que habian adquirido en tantas batallas: entre ellos se reconocian por sus coronas muchos soldados rasos que habian muerto con sus propias manos á algunos generales y cónsules. Pero la caballería romana, al volver de la persecucion de los fugitivos, cayó por retaguardia sobre los antiguos compañeros de Anibal, que rodeados por todas partes, combaten hasta exhalar el último suspiro, y no abandonan sus banderas, sino cuando pierden la vida. El mismo Anibal, despues de

haber hecho todo lo que puede exigirse de un gran general y de un soldado intrépido, se salvó con algunos caballos.

Habiendo quedado Escipion dueño del campo, hizo grandes elogios de la habilidad que habia desplegado su rival en todos los lances del combate. Mas esto, ¿era generosidad ú orgullo? Uno y otro tal vez, porque el vencedor era Escipion, y Anibal el vencido.

La batalla de Zama puso fin á la segunda guerra púnica. Cartago pidió la paz, la cual le fué concedida con unas condiciones que presagiaban su próxima ruina. Anibal, no atreviéndose á fiarse en la fé de un pueblo ingrato, abandonó su patria. Anduvo errante por varias costas estrangeras, suscitando por todas partes enemigos á los romanos, y en todas partes perseguido por ellos; dando consejos á reyes débiles que no eran capaces de seguirlos, y aprendiendo por esperiencia propia que no conviene llevar gloria ni desgracias á casa de huéspedes coronados. Se asegura que se encontró con Escipion en Efeso, y que estando en conversacion con su vencedor, le dijo este: «En vuestro concepto, Anibal, ¿cuál ha sido el primer capitan del mundo?—Alejandro,» respondió el cartaginés. «¿Y el segundo?—replicó Escipion.—Pirro.—¿Y el tercero.—Yo.—¿Qué seria, pues, repuso Escipion sonriéndose, si me hubieseis vencido?—Entonces, contestó Anibal, me hubiera colocado antes de Alejandro.» Respuesta que prueba que el ilustre desterrado habia aprendido en las córtes el arte de la lisonja, y que tenia á la vez sobrada modestia y sobrado orgullo.

En fin, los romanos no pudieron resolverse á dejar vivir á Anibal; porque á pesar de hallarse solo, proscripto y desgraciado, todavía les parecia que hacia vacilar la fortuna del Capitolio. Creíanse humillados al pensar que existia en el mundo un hombre que los

habia vencido, y á quien no imponia su grandeza. Y para libertarse de este peso, enviaron una embajada al centro del Asia, para pedir al rey Prusias la muerte de su refugiado. Prusias tuvo la bajeza de abandonar á Anibal, y entonces este grande hombre se tomó un veneno, diciendo: «Libremos á los romanos del temor que les causa un anciano desterrado, desarmado y vendido.»

Escipion esperimentó, como Anibal, las penas que acompañan á la gloria, y acabó sus dias en Literna, en un destierro voluntario. Se ha notado que Anibal, Filopemen y Escipion murieron en corta diferencia á un mismo tiempo, víctimas todos de la ingratitud de su pais. El Africano hizo grabar en su sepulcro esta conocida inscripcion.

PATRIA INGRATA,
NO POSEERAS MIS HUESOS.

Mas á pesar de todo, la proscripcion y el destierro que hacen olvidar los nombres vulgares, fijan la atencion de todos sobre los nombres ilustres: la virtud dichosa nos deslumbra; y cuando se ve perseguida, embelesa nuestras miradas.

La misma Cartago sobrevivió muy poco á Anibal. Escipion Nasica y los senadores mas sábios querian conservar á Roma una rival; pero no es dado cambiar el destino de los imperios. Venció el odio ciego de Caton el Viejo, y los romanos bajo el mas frívolo pretesto, empezaron la tercera guerra púnica.

Para ello emplearon, ante todo, una insigne perfidia, á fin de despojar de sus armas á los enemigos, y los cartagineses, habiendo pedido en vano la paz, resolvieron sepultarse bajo las ruinas de su ciudad. Los cónsules Marcio y Manlio aparecieron muy pron-

to al pie de las murallas de Cartago; mas antes de formalizar el sitio, recurrieron á dos ceremonias formidables: la evocacion de las divinidades tutelares de esta ciudad, y el abandono de la patria de Anibal ó los dioses infernales.

«Dios ó diosa que protegeis el pueblo y la república de Cartago; genio á quien está encomendada la defensa de esta ciudad, abandonad vuestra antigua morada y venid á habitar nuestros templos. Puedan Roma y nuestros sacrificios seros mas agradables que la ciudad y los sacrificios de los cartagineses.»

Pasando en seguida á la fórmula del abandono:

«Dios Pluton, Júpiter maléfico, dioses manes, sumid en el terror á la ciudad de Cartago, arrastrad á sus habitantes á los infiernos; yo os abandono las cabezas de los enemigos, sus bienes, sus ciudades, sus campos; oid mis votos, y yo os inmolaré tres ovejas negras. Tierra, madre de los hombres, y vos, Júpiter, yo os pongo por testigos.»

Sin embargo, los cónsules fueron vigorosamente rechazados. El genio de Anibal habia revivido en la ciudad sitiada. Las mugeres se cortaron los cabellos y formaron con ellos cuerdas para los arcos y para las máquinas de guerra. Escipion, el segundo Africano, servia entonces como tribuno en el ejército romano, y todavía vivian algunos ancianos que vieron al primer Escipion en África, y entre otros el célebre Masinisa. Este rey numida, que tenia ya mas de ochenta años, convido al jóven Escipion á su córte; y sobre la suspension de esta entrevista (1) compuso Ciceron el bello trozo de su *República*, conocido con el nombre de *Sueño de Escipion*, en el cual hace que el Emiliano

(1) Escipion habia visto antes á Masinisa; su ultima entrevista no pudo verificarse, porque cuando Escipion llegó á su córte ya habia muerto Masinisa.

hable en estos términos, á Lelio, á Filo, á Manilo y á Escevola:

«Acércome á Masinisa, y este anciano me recibe en sus brazos, baña mi frente con sus lágrimas, y levantando los ojos al cielo, esclama: «¡Sol y dioses celestes, yo os doy gracias! Recibo antes de morir en mi reino y en mi casa al digno heredero del hombre virtuoso y del gran capitan que está siempre presente en mi memoria!»

«Aquella noche, ocupada mi imaginacion con los discursos de Masinisa, soñé que el Africano se presentaba á mi vista, y me puse á temblar de temor y de respeto. El Africano me tranquilizó, y llevándome á lo mas alto del cielo en un lugar que brillaba con el resplandor de mil estrellas, me dijo:

«Baja la vista y mira Cartago: yo la obligué á someterse al pueblo romano; tú la destruirás enteramente en dos años, y merecerás por tí mismo el nombre de Africano que ahora solo llevas como heredero mio. Sabe, para alentarte en el ejercicio de la virtud, que en el cielo hay un lugar destinado al hombre justo. Lo que en la tierra se llama vida, es la muerte, porque solo hay verdadera existencia en la morada eterna de las almas; mas á esta solo se llega por la santidad, la religion, la justicia, el respeto á los padres y el amor á la patria. Sabe, sobre todo, despreciar las recompensas de los mortales. Ya ves desde aqui cuan pequeña es esa tierra, y cuan poco lugar ocupan los mas estendidos reinos sobre ese globo que apenas puedes distinguir; ¡cuántas soledades, cuántos mares dividen á los pueblos entre sí! ¿Cual seria, pues, el objeto de vuestra ambicion? ¿Por ventura ha salvado jamás el nombre de un romano la cumbre del Cáucaso ó las riberas del Ganges? ¡Cuántos pueblos del Oriente y del Occidente, del Mediodía y del Septentrion, no oirán hablar jamás del Africano! Y los que hoy hablan,

¿cuanto tiempo podrán hablar? Pronto perecerán. En el trastorno de los imperios, en esas grandes revoluciones que produce el tiempo se borrará enteramente mi memoria. No pienses, pues, oh hijo mio, mas que en los santuarios divinos en donde oyes esta armonía de las esferas que encanta ahora tus oidos; aspira solo á esos templos eternos preparados para las almas grandes y para esos genios sublimes, que se elevaron mientras vivian á la contemplacion de las cosas del cielo. Calló el Africano y yo desperté.»

Esta noble ficcion de un cónsul romano, llamado el *Padre de la Patria*, no perjudica á la gravedad de la historia; porque si el objeto de esta es conservar los grandes nombres y los pensamientos del genio, estos nombres y estos pensamientos se hallan en este sueño (1).

Escipion el Emiliano, nombrado cónsul por el favor del pueblo, recibió órden de continuar el sitio de Cartago. Sorprendió ante todo la ciudad baja llamada *Megara* ó *Magara* (2), y trató en seguida de cerrar el puerto esterior por medio de una calzada; pero los cartagineses abrieron otra entrada al puerto, y aparecieron en el mar con grande admiracion de los romanos. Hubieran podido quemar la flota de Escipion; pero la hora de Cartago era llegada, y habíase apoderado el espanto de los consejos de aquella ciudad desventurada.

Defendíala un cierto Asdrubal, hombres cruel, que mandaba treinta mil mercenarios, y trataba á los ciudadanos con tanto rigor como los enemigos. Pasado el invierno en las operaciones que he descrito, y lle-

(1) Este sueño es una imitacion de un pasage de la *República de Platon.*

(2) No haré la descripcion de Cartago sino cuando hable de sus ruinas.

gada la primavera, atacó Escipion el puerto interior, llamado *Cothon.*

Dueño muy luego de las murallas de este puerto, avanzó hasta la plaza mayor de la ciudad, desde la cual partian tres calles que subian hasta la ciudadela, conocida con el nombre de *Byrsa.* Los habitantes se defendieron en las casas de estas calles; de manera que Escipion se vió obligado á sitiar y tomar de una en una dichas casas: combate que duró seis dias y seis noches. Una partida de soldados romanos forzaba las guaridas de los cartagineses, mientras otros sacaban con garfios los cadáveres que se hallaban amontonados en las casas y en las calles. Muchos vivos, fueron arrojados en los fosos en compañía de los muertos.

El dia sétimo se presentaron algunos diputados en trage de suplicantes, y se limitaron á pedir la vida de los ciudadanos que se habian refugiado en la ciudadela. Escipion accedió á su peticion esceptuando, sin embargo, de esta gracia á los desertores romanos que se habian pasado á los cartagineses. Cincuenta mil personas, entre hombres, mugeres, ancianos y niños, salieron de Byrsa en virtud de esta amnistía.

Elevábase en lo mas alto de la ciudadela un templo consagrado á Esculapio, en el cual se hicieron fuertes los transfugas en número de novecientos. Mandábalos Asdrubal, el cual tenia consigo á su muger y á sus dos hijos. Aquella multitud desesperada resistió por algun tiempo los esfuerzos de los romanos; pero desalojada sucesivamente de los pórticos del templo, se encerró al fin en el mismo templo; y entonces Asdrubal, arrastrado por el amor á la vida, abandonó secretamente á sus compañeros de infortunio, á su muger y á sus hijos, y presentándose con un ramo de oliva en la mano, se echó á los pies

de Escipion, el cual le hizo al momento mostrar á los desertores; y estos, llenos de rabia, pusieron fuego al templo, lanzando contra Asdrubal las mas horribles imprecaciones.

Cuando las llamas empezaban á salir del edificio, se vió aparecer una muger vestida con sus mas ricos trages y llevando de la mano dos niños: era la esposa de Asdrubal. Dirige una mirada sobre los enemigos que rodeaban la ciudadela, y cuando reconoce á Escipion, esclama: «No pido al cielo, oh romano, que descargue sobre tí su venganza, porque tú no haces mas que observar las leyes de la guerra; pero ¡plegue á los dioses que tú y las divinidades de mi pais castigueis al pérfido que ha vendido á su esposa, á sus hijos, á su patria y á sus dioses! ¡Y tú, Asdrubal, Roma prepara ya el castigo de tus maldades! ¡Gefe indigno de Cartago, corre á hacerte uncir al carro de tu vencedor, en tanto que este fuego va á librarnos de la esclavitud á mí y á tus hijos.»

Dichas estas palabras, degüella á sus hijos, los arroja á las llamas, se precipita tras ellos, y todos los transfugas siguen su ejemplo.

Asi pereció la patria de Dido, de Sofonisba y de Anibal. Floro quiere que se juzgue de la magnitud de aquel desastre por el incendio, que duró diez y siete dias enteros. Escipion lloró sobre la suerte de Cartago; y al aspecto del incendio que consumia aquella ciudad, hacia poco tan floreciente, pensó en las revoluciones de los imperios, y pronunció estos versos de Homero, aplicándolos al futuro destino de Roma: «Vendrá un tiempo en que perecerán los sagrados muros de Ilion, y el belicoso Príamo y todo su pueblo.» Corinto fué destruida el mismo año que Cartago, y un hijo de Corinto repitió como Escipion un pasage de Homero á la vista de las cenizas de su patria. ¡Qué hombre, pues, es este á quien toda la

antigüedad llama á la caida de los estados, y al espectáculo de las calamidades de los pueblos, como si nada pudiese ser grande y trágico sin su presencia! ¡Como si todos los dolores humanos estuviesen bajo la proteccion y el imperio del cantor de Ilion y de Héctor!

No bien quedó Cartago destruida, cuando parece que sale de entre sus ruinas un dios vengador: Romas pierde sus costumbres, engéndranse y nacen en su seno guerras civiles; y esta corrupcion y estas discordias empiezan en las riberas púnicas. Desde luego Escipion, destructor de Cartago, muere asesinado por sus parientes; los hijos de aquel rey Masinisa, que hizo triunfar á los romanos, se degüellan sobre el sepulcro de Sofonisba, y los despojos de Sifax sirven á Jugurta para corromper y vencer á los descendientes de Régulo. «¡Oh ciudad venal! esclama el príncipe africano al salir del Capitolio: ¡oh ciudad murada para tu ruina, si hay quien quiera comprarte!» Muy pronto, casi á la vista de Cartago, hace Jugurta pasar por bajo el yugo un ejército romano, y renueva esta vergonzosa ceremonia como para regocijar los manes de Aníbal; cae, en fin, en manos de Mario, y desmaya su valor en medio de la pompa triunfal. Los lictores le despojan, le arrancan los pendientes que llevaba á las orejas, y le arrojan desnudo al foso, en donde este rey justificó hasta su último suspiro lo que había dicho de la codicia de los romanos.

Pero la victoria alcanzada sobre el descendiente de Masinisa, suscita entre Sila y Mario aquella rivalidad que ha de cubrir de luto á Roma. Obligado á huir delante de su rival, corre Mario á buscar un asilo entre los sepulcros de Hanón y Hamilcar; pero un esclavo de Sextilio, prefecto de Africa, lleva á Mario la órden de dejar las ruinas que le sirven de guarida: «Ve y dí á tu amo, responde el terrible cón-

sul, que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago.»

«Mario y Cartago, dicen un historiador y un poeta, se consolaban mútuamente de su suerte, y caidos ambos perdonaban á los dioses.»

En fin, la libertad de Roma espira á los pies de Cartago destruida y encadenada. La venganza es completa: un Escipion es el que cae en Africa bajo los golpes de César; y su cuerpo es el juguete de las mismas olas que llevaron los bageles triunfantes de sus abuelos.

Pero todavía vive Caton en Utica, y con él permanecen aun en pie Roma y la libertad. Se aproxima César: Caton juzga que los dioses de la patria se han retirado, y pide su espada: llévasela un niño; la saca de la vaina, toca la punta, y dice: «Yo soy mi dueño.» Se acuesta en seguida, lee dos veces el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma, y quédase dormido. Despiértale al amanecer el canto de las aves; entonces piensa que ya es tiempo de trocar una vida libre por una vida inmortal; se da una estocada bajo del estómago, y cae de la cama luchando con la muerte. Acuden sus domésticos y vendan la herida; pero volviendo de su desvanecimiento, desgarra las vendas y se arranca las entrañas, queriendo mas bien morir por una causa santa, que vivir bajo el imperio de un grande hombre.

Cumplidos los destinos de Roma republicana, y cambiados los hombres y las leyes, cambió igualmente la suerte de Cartago. Tiberio Graco habia ya establecido una colonia en el desierto recinto de la ciudad de Dido; mas esta colonia no debió prosperar, porque Mario solo encontró en Cartago cabañas y ruinas. Hallándose Julio César en Africa, tuvo un sueño, en el que creyó ver un grande ejército que le llamaba bañado en lágrimas. Desde entonces formó un pro-

yecto de reedificar á Corinto y á Cartago, de donde al parecer debian salir los guerreros que le habia prometido el sueño. Augusto, que tuvo parte en todos los furores de una revolucion sangrienta, y los reparó todos, realizó el designio de César. Salió Cartago de entre sus ruinas, y asegura Strabon que en su época se hallaba ya en un estado floreciente. Con el tiempo llegó á ser la metrópoli del Africa, y se hizo célebre por su urbanidad y por sus escuelas. En ella nacieron sucesivamente grandes y felices ingenios. Tertuliano le dirigió su *apologético* contra los gentiles. Pero cruel siempre en su religion, persiguió á los cristianos inocentes de la misma manera que en otro tiempo quemaba niños en honor de Saturno; y martirizó al ilustre Cipriano, que hacia florecer en ella la elocuencia latina; Arnobio y Lactancio se distinguieron en Cartago, y el último mereció el renombre de *Ciceron cristiano*.

Sesenta años mas adelante, San Agustin adquirió en la capital de Africa aquel gusto de los placeres, por el cual, como el rey profeta, lloró todo el resto de su vida. Su lozana imaginacion, seducida por las ficciones de los poetas, complacíase en buscar los restos del palacio de Dido Pero el desencanto que trae consigo la edad, y el vacio que sigue á los placeres, convirtieron al hijo de Mónica á mas graves pensamientos. San Ambrosio acabó la victoria; y San Agustin, hecho obispo de Hipona, fué un modelo de virtud. Su casa parecia una especie de monasterio, en donde ni en pobreza ni en riqueza se notaba afectacion alguna. Vestido con un trage modesto, pero limpio y agradable, el venerable prelado desechaba los hábitos magníficos, que no convenian, decia, ni á su ministerio, ni á su cuerpo, quebrantado por la vejez, ni á las canas que cubrian su cabeza. Ninguna muger entraba en su casa, ni aun su hermana, viuda

y sierva de Dios. Los forasteros encontraban en su mesa una hospitalidad liberal; mas en cuanto á él, solo se mantenia con frutas y legumbres. Su principal ocupacion la formaban la asistencia á los pobres y la predicacion de la palabra de Dios, y en el ejercicio de estos deberes le sorprendieron los bárbaros, que sitiaron á Hipona en el año 431 de nuestra era, y que cambiaron el aspecto del Africa.

Los bárbaros habian invadido ya las grandes provincias del imperio: la misma Roma habia sido saqueada por Alarico. Los vándalos, ó impelidos por los visogodos, ó llamados por el conde Bonifacio, pasaron, en fin, de España á Africa. Segun Procopio, eran de la raza de los godos, y á su ferocidad natural unian el fanatismo religioso. Convertidos al cristianismo, mas arrianos de secta, persiguieron á los católicos con inaudito encarnizamiento. Su crueldad no tuvo ejemplo: cuando eran rechazados delante de una ciudad, asesinaban alrededor de ella sus prisioneros, y dejaban los cadáveres espuestos al sol, encargándoles, por decirlo asi, que llevasen la peste á aquel pueblo adonde no habia podido alcanzar su rabia. El Africa quedó espantada á la vista de aquella raza de hombres, gigantes medio desnudos, que consideraban á los pueblos vencidos como una especie de bestias de carga, los hacian marchar en manadas delante de ellos, y los degollaban cuando estaban cansados.

Genserico estableció en Cartago la silla de su imperio: era digno de mandar á los bárbaros que Dios le habia sometido; porque era un príncipe sombrío, sujeto á los accesos de la mas negra melancolía, y que en el naufragio general del mundo civilizado, parecia grande porque se habia colocado sobre montones de ruinas.

En medio de sus desgracias, todavía estaba re-

servada la última venganza á la ciudad de Dido. Genserico atraviesa el mar, se apodera de Roma, y la entrega á sus soldados por espacio de catorce dias y catorce noches. Reembárcase en seguida, y la flota del nuevo Anibal lleva á Cartago los despojos de Roma, bien asi como la flota de Escipion, habia llevado á Roma los de Cartago. Todos los bageles de Genserico, dice Procopio, llegaron felizmente á Africa, menos el que llevaba los dioses. Establecido sólidamente Genserico en su nuevo imperio, salia todos los años para talar la Italia, la Sicilia, la Iliria y la Grecia. Los ciegos conquistadores de aquella época sentian interiormente que no eran nada por sí mismos, pues eran solo instrumentos de un consejo eterno. De aqui los nombres que se daban de *Azote de Dios*, *Destructor de la especie humana*, *etc.*; de aqui aquel furor de destruir, que los atormentaba, aquella sed de sangre que no podian apagar; de aqui aquella combinacion de cosas que influia en el éxito de sus empresas: bajeza en los hombres, falta de valor, de virtudes, de talento, de genio; porque nada debia ser un obstáculo al cumplimiento de los decretos del cielo. La flota de Genserico estaba pronta; los soldados se habian embarcado: ¿adonde iba? él mismo no lo sabia. «Príncipe, le dice el piloto, ¿qué pueblos vais á atacar? —Aquellos, contesta el bárbaro, á los que Dios mire ahora en su indignacion.»

Genserico murió treinta y nueve años despues de haber tomado á Cartago; y esta fué la única ciudad de Africa que no desmanteló. Sucedióle su hijo Honorico, que despues de un reinado de ocho años, fué reemplazado en el trono por su primo Gondamundo, el cual reinó trece años, y dejó la corona á su hermano Transamundo.

El reinado de este fué al todo de veinte y siete años. Ilderico, hijo de Honorico, y nieto de Genseri-

co, heredó el reino de Cartago; pero Gelimero, su pariente, conspiró contra él, y le hizo encerrar en un calabozo. El emperador Justiniano tomó la defensa del monarca destronado, en cuyo auxilio pasó á Africa Belisario. Opuso Gelimero una débil resistencia; el general romano entró victorioso en Cartago, dirigióse al palacio, y por un capricho de la fortuna comió los mismos manjares que se habian preparado para Gelimero, y fué servido por los mismos oficiales de este príncipe: nada habia cambiado en la córte fuera del señor, y esto es bien poca cosa cuando ha dejado de ser feliz.

Belisario, por lo demas, era digno de su fortuna, porque era uno de aquellos hombres que aparecen de tarde en tarde en los dias del vicio, para interrumpir el derecho de prescripcion contra la virtud. Desgraciadamente estas almas nobles, que brillan en medio de la general degradacion, no producen revolucion ninguna, ni están enlazadas en los negocios humanos de su tiempo; y estrangeras y aisladas en el presente, no pueden tener ninguna influencia en el porvenir. El mundo gira sobre ellas sin arrastrarlas en su movimiento; mas ellas no pueden tampoco detener al mundo. Para que las almas de temple elevado puedan ser útiles á la sociedad. es menester que nazcan en un pueblo que conserve el gusto del órden, de la religion y de las costumbres, y cuyo genio y carácter estén en relacion con su posicion moral y política. En el siglo de Belisario los acontecimientos eran grandes, y los hombres pequeños; y esta es la razon de que los anales de aquel siglo, aunque llenos de catástrofes trágicas, nos repugnan y nos fatigan: y es que en la historia no buscamos las revoluciones que dominan y oprimen á los hombres, sino á los hombres que vencen á las revoluciones, y son mas poderosos que la fortuna. El universo trastornado por los bárba-

ros, solo nos inspira horror y desprecio; y una leve querella de Esparta y de Atenas en un pequeño rincon de Grecia, nos ocupa con razon continuamente.

Gelimero, prisionero en Constantinopla, sirvió al triunfo de Belisario, y poco despues se hizo labrador. En semejante caso la filosofía puede consolar á un hombre comun, pero solo sirve para aumentar la amargura de un corazon verdaderamente real.

Se sabe que Justiniano no hizo sacar los ojos á Belisario, y esto ademas, no seria mas que un acontecimiento muy poco importante en la grande historia de la ingratitud humana. En cuanto á Cartago, vió salir un príncipe de sus muros para ir á sentarse en el trono de los Césares: este fué Heraclio, que destronó al tirano Focas. En el año 647 hicieron los árabes su primera espedicion á Africa, la cual fué seguida de otras cuatro en el espacio de cincuenta años. Cartago cayó en poder de los musulmanes en 696, y la mayor parte de los habitantes se salvaron en España y en Sicilia. El patricio Juan, general del emperador Leoncio, ocupó la ciudad en 697, pero los sarracenos la recuperaron para siempre en 698; y la hija de Tiro vino á ser presa de los hijos de Ismael. Tomóla Hasan en el califato de Abd-el-Melike; y se dice que los nuevos señores de Cartago arrasaron la ciudad hasta los cimientos. Sin embargo, todavía existian grandes ruinas al principio del sigo IX, si es cierto que los embajadores de Carlo-Magno descubrieron entre ellas el cuerpo de San Cipriano. Hácia el fin del mismo siglo formaron los infieles una liga contra los cristianos, y dice la historia que estaban á su cabeza los *sarracenos de Cartago*. Ya veremos tambien que San Luis encontró una ciudad naciente dentro de las ruinas de la antigua. Sea de todo esto lo que se quiera, lo cierto es que en el dia ya no ofrece mas que las ruinas de que voy á hablar. En el pais solo se la conoce con el nom-

bre de Bersách, que parecen ser una corrupcion del nombre de Byrsa. Para ir de Tunez á Cartago es menester preguntar por la torre de Almenara, *ó la torre* (1) de Mastinacés: *ventoso gloria curru.*

Es muy difícil comprender, segun la narracion de los historiadores, el plano de la antigua Cartago. Polibio y Tito Livio habian sin duda hablado con mucha estension del sitio de esta ciudad; pero no existen ya sus descripciones, y nos vemos reducidos á los observadores latinos, como Floro y Veleyo Paterculo, que no entran en el pormenor de los lugares. Los geógrafos que florecieron posteriormente, solo conocieron la Cartago romana. La autoridad de mayor peso en este punto es la del griego Apiano, que florecia cerca de tres siglos despues del acontecimiento, y que en su estilo declamatorio carece de precision y claridad. Rollin, que le sigue corroborándole, quizá con poco acierto, con la autoridad de Strabon, me ahorrará el trabajo de traducirle.

«Hallábase situada en el fondo de un golfo, cercada de mar, y formando una península, cuyo cuello, esto es, el istmo que la unia al continente, tenia una legua y un cuarto (veinte y cinco estadios). La península tenia de circuito diez y ocho leguas (trescientos sesenta estadios): de la parte de Occidente salia de ella una larga lengua de tierra, de cerca de doce toesas de ancho (medio estadio), que entrándose en el mar, las separaba de las marjales; y cerrábanla por todos lados las rocas y una muralla sencilla. Por la parte del Mediodia y del continente, en donde estaba la ciudadela llamada *Byrsa*, cerraba la ciudad una triple muralla de treinta codos de alto, sin los parapetos y las torres que flanqueaban todo el circuito á

(1) Estas palabras *la torre*, están en el original en castellano. (*Ed. E.*)

distancias iguales de ochenta toesas. Cada torre tenia cuatro pisos, las murallas solo dos; estaban abovedadas, y en la parte inferior tenian establos para colocar trescientos elefantes, con todo lo necesario para su mantenimiento, y en la superior caballerizas capaces de cuatro mil caballos, y los correspondientes graneros. Tambien habia alojamiento para veinte mil infantes y cuatro mil caballos. En fin, todo este aparato de guerra se contenia en las murallas. Solo habia un punto de la ciudad, cuyas murallas eran débiles y bajas: era un ángulo descuidado que empezaba en la lengua de tierra de que ya hemos hablado, y continuaba hasta el puerto, que se hallaba situado á la parte de Poniente. Habia dos puertos que se comunicaban entre sí, pero que solo tenian una entrada de sesenta pies de ancho cerrada con cadenas. El primero era para los buques mercantes, y hallábanse en él muchas y diversas habitaciones para los marineros. El otro era el puerto interior para los buques de guerra, en medio del cual se veia una isleta, llamada *Cothon*, rodeada, lo mismo que el puerto, de grandes muelles, en donde habia piezas separadas para poner á cubierto doscientas veinte naves, y almacenes en donde se conservaba todo lo necesario para su armamento y equipo. La entrada de estas dársenas, destinadas á contener los buques, estaba adornada de dos columnas de mármol de órden jónico, de suerte, que tanto el puerto como la isla, presentaban por ambos lados dos magníficas galerías. En esta isla estaba el palacio del almirante; y como se hallaba en frente de la entrada del puerto, se descubria desde allí todo lo que pasaba en el mar, sin que desde el mar pudiera verse nada de lo que se hacia en el puerto. Tampoco podian ver los mercaderes lo que se hacia en los buques de guerra, porque los dos puertos estaban separados por una doble muralla, teniendo cada uno su puerta particular,

para entrar en la ciudad sin pasar por el otro. Pueden, pues, distinguirse en Cartago tres partes diferentes: el puerto, que era doble, llamado algunas veces *Cothon*, por la isleta de este nombre; la ciudadela, llamada *Byrsa*, y la ciudad propiamente dicha donde residian los vecinos: rodeábala la ciudadela, y se llamaba Megara.»

De esta primera ciudad no quedan probablemente mas que las cisternas públicas y particulares, que son magníficas, y dan una grande idea de los monumentos de los cartagineses; pero yo discurro que el acueducto que conducia el agua á estas cisternas, debe atribuirse á la segunda Cartago. Para creer que la ciudad de Dido fué enteramente destruida, me fundo en este pasage de Floro: «*Quanta urbs deleta sit, ut de cœteris taceam, vel ignium mora probari potest. Quippe per continuos XVII dies vix potuit incendium exstingui quod domibus ac templis suis sponte hostes immiserant; ut quatenus urbs eripi Romanis non poterat, triumphus arderet.*»

Añade Apiano que lo que se libertó de las llamas, fué demolido por órden del senado romano. «Roma, dice Veleyo Paterculo, dueña ya del mundo, no se consideraba segura mientras durase el nombre de Cartago.» *Si nomen usquam maneret Carthaginis.*

Strabon, en su breve y clara descripcion, confunde evidentemente diferentes partes de la antigua y de la nueva ciudad.

«Cartago, rodeada de muros por todas partes, ocupa una península de trescientos estadios de circuito, que ha unido á la tierra firme por medio de un istmo de sesenta estadios de ancho. En medio de la ciudad se elevaba una colina, sobre la cual estaba edificada la ciudadela llamada *Byrsa*. En lo mas alto de esta se veia un templo consagrado á Esculapio, y las

faldas de la colina estaban pobladas de casas. Los puertos están al pie de Byrsa, como tambien la isleta redonda llamada *Cothon*, alrededor de la cual forman las naves un círculo.»

Sobre esta palabra *Karchedon* del original, observo con muchos autores, que segun Samuel Bochard, el nombre fenicio de Cartago era *Cartha-Hadath* ó *Cartha-Hadatha*, esto es, la ciudad nueva. De esta voz hicieron los griegos *Karchedon*, y los romanos *Cartago*. Los nombres de las tres partes de la ciudad provenian igualmente del fenicio. *Magara* de *magar*, almacen; *Byrsa* de *bosra*, fortaleza; y *Cothon* de *ratoun*, cortadura; porque no es seguro que el Coton fuese una isla.»

Strabon nada mas nos dice de Cartago, sino que habia llegado á ser una de las mayores y mas hermosas ciudades del mundo. Plinio, sin embargo, se limita á decir: *Colonia Cartago magnæ in vestigiis carthaginis*. No le hace mas favor Pomponio Mela, que fué anterior á Plinio: *Jam quidem iterum opulenta, etiam nunc tamen priorum excidio rerum, quam ope præsentium clarior*; pero Solino dice: *Alterum post urbem Roman terrarum decus*. Y otros autores la llaman la *Grande* y la *Dichosa*: *Carthago magna, felicitate reverenda*.

La nueva Cartago sufrió un incendio en el reinado de Marco Aurelio; porque vemos á este príncipe ocupado en reparar las desgracias de la colonia.

Cómodo, que estacionó en Cartago una flota destinada á llevar á Roma los trigos de Africa, quiso mudar el nombre de Cartago en el de *Ciudad Comodiani*. Mas esta locura del indigno hijo de un hombre grande fué muy pronto puesta en olvido.

Los dos Gordianos habiendo sido proclamados emperadores en Africa, hicieron á Cartago capital del mundo durante su reinado de un momento; mas á lo

que parece los cartagineses se lo agradecieron poco; porque segun Capitolino, se sublevaron contra los Gordianos en favor de Capelio. Zosimo dice ademas que estos mismos cartagineses reconocieron por señor á Sabiniano, al mismo tiempo que el jóven Gordiano sucedia en Roma á Balbino y á Máximo, y aun cuando creyésemos con Zomaro, que Cartago favoreció á los Gordianos, estos emperadores no pudieron tener el tiempo necesario para embellecer mucho aquella ciudad.

Muchas inscripciones que trae el sábio doctor Shaw prueban que Adriano, Aureliano y Septimio Severo elevaron algunos monumentos en diferentes ciudades del Byzancio, y es natural que no se olvidase de la capital de aquella rica provincia.

El tirano Majencio llevó el Africa á fuego y sangre, y triunfó de Cartago, como de la antigua enemiga de Roma. No puede uno pensar sin estremecerse en aquella larga série de insensatos que casi sin interrupcion gobernaron el mundo desde Tiberio hasta Constantino, y que despues de este último príncipe, fueron á reunirse con los mónstruos de la Byzantina. Y no eran los pueblos mejores que los reyes: parecia que entre las naciones y los soberanos existia una espantosa convencion, por la cual estos se obligaron á atreverse á todo, y aquellos á sufrirlo todo. De consiguiente, lo único que sabemos de los monumentos de Cartago en los siglos que acabamos de recorrer, está reducido á muy poco. Por los escritos de Tertuliano, de Lactancio y de San Agustin; por los cánones de los concilios de Cartago, y por las *Actas de los mártires*, vemos que habia en aquella ciudad anfiteatros, teatros, baños y pórticos. La ciudad nunca estuvo bien fortificada; porque Gordiano el Viejo no pudo defenderla; y mucho tiempo despues Genserico y Belisario entraron en ella sin dificultad.

Poseo muchas monedas de los reyes vándalos, que prueban que en su tiempo estaban las artes de todo punto perdidas; y en este concepto no es probable que Cartago recibiesè ningun embellecimiento de sus nuevos señores; y antes por el contrario, sabemos que Genserico derribó las iglesias y los teatros: todos los monumentos paganos fueron tambien demolidos por órden suya; entre otros se cita el templo de la Memoria y la calle consagrada á la diosa Celeste, que estaba adornada de magníficos edificios.

Cuando Justiniano hubo desalojado de Cartago á los vándalos, hizo construir en ella termas, iglesias y monasterios, como se ve en el libro de los *Edificios* de Procopio. Este historiador habla tambien de una iglesia edificada por los cartagineses á la orilla del mar en honor de San Cipriano.

Lo dicho hasta aqui es todo lo que he podido recoger acerca de los monumentos de una ciudad que ocupa tan distinguido lugar en la historia: pasemos ahora á sus ruinas.

Llegado al puerto de Tunez el buque en que yo partí de Alejandría, fondeamos enfrente de las ruinas de Cartago: yo las miraba sin poder adivinar lo que eran; descubrí algunas cabañas de moros, un ermitaño musulman en la punta de un cabo avanzado, y algunas ovejas paciendo entre unas ruinas, ruinas de tan poca consideracion, que apenas se distinguian del suelo en que se hallaban, y sin embargo.... ¡aquello era Cartago!

Devictæ Carthaginis arcos
Frocubuere; jacent infausto littore turres
Eversæ quantum illa metus, quantum illa laborum
¡Urbs dedit insultans Latio et Laurentibus arvis!
Nunc passim, vix relliquias, vix nomina servans,
Obruitur propriis nos agnoscenda ruinis.

«Los muros de Cartago vencida, y sus torres arruinadas yacen esparcidos sobre la playa fatal. ¡Qué temor no inspiró esta ciudad á los romanos en otro tiempo! ¡Y qué esfuerzos no tuvimos que hacer cuando ella nos insultaba hasta en el Lacio y en los campos de Laurento! Ahora se descubren apenas sus ruinas, apenas conserva su nombre, y en sus mismos escombros no puede ser reconocida.»

Para caminar por estas ruinas debe seguirse una marcha metódica. Supongo, pues, que el lector parte conmigo del fuerte de la Goleta, el cual, como se sabe y he dicho ya, se halla situado sobre el canal por donde desemboca en el mar el lago de Tunez. Caminando á lo largo de la costa en la direccion de Este-nord-este, á la media hora de camino se encuentran unas salinas que suben hácia el Oeste hasta un fragmento de muro bastante cercano á las grandes cisternas. Pasando por entre las salinas y el mar, se empiezan á descubrir algunos muelles que se estienden bastante por bajo del agua. El mar y los muelles están á la derecha, y á la izquierda, en alturas desiguales, se descubren muchas ruinas, al pie de las cuales se halla un estanque redondo bastante profundo, que comunicaba en otro tiempo con el mar por un canal, cuyos vestigios todavía se descubren. Este estanque debe ser en mi concepto el Cothon, ó el puerto interior de Cartago; y en este caso, los restos de obras inmensas que se descubren dentro del mar, indicarian el muelle interior. Aun me parece que pueden distinguirse algunos machones de la calzada que Escipion hizo construir para cerrar el puerto. He notado tambien un segundo canal interior, que será, si se quiere, la cortadura que hicieron los cartagineses cuando abrieron otro paso á su flota.

Esta opinion se opone directamente á la del doctor Saw, que coloca el antiguo puerto de Cartago al Nor-

te y al Noroeste de la península, en la marjal inundada, llamada *El-Mersa* ó la Abra. Supone que este puerto fué cegado por los vientos del Nordeste y por el cieno de la Bragada. D'Anville en su *Geografía antigua*, y Belidor en su *Arquitectura Hidráulica*, son de la misma opinion; y los viageros se han sometido á estas grandes autoridades. Ignoro cual es sobre este punto la opinion del sábio italiano, cuya obra no he podido ver (1).

Confieso que me asusta el tener que impugnar á unos hombres tan eminentes como Shaw y d'Anville. El uno habia visto los lugares que describia, y el otro, si asi puedo decirlo, los habia adivinado. Una cosa, sin embargo, me alienta, y es que Mr. Humberg, comandante de ingenieros en el fuerte de la Goleta, persona muy entendida, y que reside hace mucho tiempo en medio de las ruinas de Cartago, desecha absolutamente la hipótesis del sabio inglés. Es cierto que debe desconfiarse mucho de esas pretendidas mudanzas de lugares, de esos accidentes locales, con cuyo auxilio se allanan las dificultades de un plano que no se entiende. Ignoro, pues, si la Bagrada pudo contener el antiguo puerto de Cartago, como supone el doctor Shaw, ni producir en las costas de Utica todas las revoluciones que indica. La parte elevada del terreno al Norte y Noroeste del istmo de Cartago, ni á lo largo del mar, ni dentro del El-Mersa, presenta la menor sinuosidad que pueda dar abrigo á una lancha. Para encontrar el Cothon, admitido el supuesto de Shaw, es preciso recurrir á una especie de agujero que, segun confiesa él mismo, no ocupa cien pértigas cuadradas. En el mar de Sudoeste,

(1) Mas arriba he indicado esta obra. Su opinion me parece semejante á la mia. Véase el prólogo de la tercera edicion.

por el contrario, se encuentran largos arrecifes y bóvedas que pueden haber sido almacenes ó diques para las galeras; se ven canales abiertos por manos de los hombres, un estanque interior bastante capaz para contener las barcas de los antiguos, y en medio de él una isleta.

La historia viene tambien en mi auxilio. Hallándose Escipion el Africano ocupado en fortificar á Tunez, vió unos bageles que salian de Cartago para atacar en Utica la flota de los romanos (Tito Livio, libro X); y si el puerto de Cartago hubiese estado al Norte y á la otra parte del istmo, Escipion, que estaba en Tunez, no hubiera podido descubrir las galeras de los cartagineses; porque en este punto la tierra oculta el golfo de Utica. Pero si se coloca el puerto al Sudoeste, Escipion vió y debió ver las maniobras de los enemigos.

Cuando Escipion el Emiliano se propuso cerrar el puerto esterior, hizo comenzar la calzada en la punta del cabo de Cartago (Apiano), el cual está al Oriente en la misma bahía de Tunez. Añade Apiano que esta punta de tierra estaba cerca del puerto, lo cual es cierto, hallándose el puerto al Sudoeste, y falso si el puerto se encontraba al Noroeste. Una calzada prolongrada desde la punta mas larga del istmo de Cartago para cerrar al Noroeste lo que se llama el *El-Mersa*, es un absurdo que no puede suponerse.

En fin, despues de haber tomado Escipion el Cothon, atacó á Byrsa ó la ciudadela (Apiano): el Cothon, pues, estaba mas abajo de la ciudadela, y esta se hallaba edificada sobre la colina mas alta de Cartago, colina que se ve entre el Oriente y Mediodía. Colocado el Cothon al Noroeste, hubiera estado demasiado lejos de Byrsa, al paso que el estanque que yo indico se halla precisamente al pie de la colina del Sudoeste.

Si me estiendo sobre este punto mas de lo que muchos lectores necesitan, hay otros muchos que miran con el mayor interes los recuerdos de la historia, y que no buscan en una obra sino hechos y conocimientos positivos. ¿No es cosa bien estraña que en una ciudad tan famosa como Cartago tengamos que buscar hasta el sitio que ocupaban sus puertos, y que lo que hizo su principal gloria, sea precisamente lo que mas olvidado se encuentre?

Mas feliz me parece que ha sido Shaw con respecto al puerto mencionado en el primer libro de la Eneida. Algunos sábios han creido que este puerto era una creacion del poeta, y otros han pensado que la intencion de Virgilio habia sido representar el puerto de Itaca ó el de Cartagena, ó la bahía de Nápoles; mas el cantor de Dido era sobrado escrupuloso en la pintura de los sitios para tomarse semejante libertad, y describió con la mayor exactitud un puerto situado á alguna distancia de Cartago. Oigamos al doctor Shaw.

«El *Arvah-Reah*, que es la Aquilaria de los antiguos, se halla á dos leguas al Este-nord-este de Sec-dy-Doude, un poco al Sur del promontorio de Mercurio; y allí fué donde desembarcó Curion las tropas que poco despues fueron derrotadas por Saburra. Aqui existen algunos restos de antigüedades; pero no hay ninguno que merezca llamar la atencion. El monte situado entre la orilla del mar y el pueblo, de donde solo dista media milla, se halla á veinte ó treinta pies sobre el nivel del mar; está cortado con mucho arte, y taladrado en algunos puntos para facilitar la entrada del aire en las bóvedas que en el mismo se hallan abiertas, en las cuales se ven aun á determinadas distancias robustas columnas y arcos para sostener el monte. Estas son las canteras de que habla Strabon, de donde los habitantes de Cartago, de Utica y de otros muchos pueblos vecinos, podian sacar las piedras que

necesitàsen para la construccion de sus edificios; y como la parte esterior del monte está toda poblada de árboles; como las bóvedas se abren por la parte del mar; como se encuentra una gran roca á cada lado de dicha abertura, enfrente de la cual está la isla de Egimuro, y se ven ademas algunas fuentes que salen de la roca y algunos asientos para descanso de los trabajadores, no puede casi dudarse, al ver que las circunstancias corresponden tan exactamente, que esta es la caverna que Virgilio coloca en el golfo, y cuya descripcion hace en los versos siguientes; si bien algunos comentadores han creido que esto no es mas que una ficcion del poeta:

Est in secessu longo locus: insula portum
Efficit objectu laterum; quibus omnis ab alto
Frangitur, inque sinus scindit sese unda reductos.
Hinc atque hinc vastæ rupes, geminique minantur
In cœlum scopuli, quorum sub vertice late
Æquora tuta silent: tum sylvis scena coruscis
Desuper, horrentique atrum nemus imminet umbra.
Fronte sub adversa, scopulis pendentibus antrum:
Intus aquæ dulces, vivoque sedilia saxo,
Nympharum domus, etc.
VIRG., *Æneid.*, lib. I, v. 163—172.

Conocidos ya los puertos, lo que resta nos ocupará poco. Supongo que hemos continuado nuestro camino siguiendo la costa hasta el ángulo de donde nace el promontorio de Cartago, que segun el doctor Shaw, no estuvo nunca comprendido en el recinto de la ciudad. Dejando ahora el mar, y torciendo á la izquierda, recorremos, volviendo al Mediodía, las ruinas de la ciudad, dispuestas sobre el anfiteatro de las colinas.

Lo primero que encontramos son las ruinas de un grande edificio, que á lo que parece formaba parte de un palacio y un teatro. Por encima de este edificio,

subiendo hácia el Oeste, se llega á las hermosas cisternas, que generalmente se cree son los únicos restos de Cartago: es probable que estas recibiesen el agua por medio de un acueduto, cuyos restos se descubren en la campiña, y el cual recorria un espacio de cincuenta millas desde las fuentes de Zawan y de Zungar. Mas arriba de estas habia unos templos: los mayores arcos del acueducto tienen setenta pies de elevacion, y están sostenidos sobre machones de diez y seis pies cuadrados. Las cisternas son inmensas, y forman una série de bóvedas, que van naciendo unas de otras, y que en toda su longitud están rodeadas por un corredor. Es verdaderamente una obra magnífica.

Para dirigirse desde las cisternas públicas á la colina de Byrsa hay que atravesar un camino muy áspero. Al pie de la colina se encuentra un cementerio y un lugar miserable, que es acaso el *Teuts* de lady Montague (1). La cumbre del Acropole presenta un terreno llano, sembrado de pequeños pedazos de mármol, que visiblemente es el area de un palacio ó de un templo. Si se le toma por palacio, será el de Dido; si se cree mas verosimil que fuese un templo, deberá reconocerse el de Esculapio. Alli se precipitaron en las llamas dos mugeres, para no sobrevivir la una á su deshonor, y la otra á su patria.

Soleil, dont les regards embrassent l'univers,
Reine des dieux, témoins de mes affreux revers,
Triple Hecate, pour qui dans l'horreur des ténébres
Retentissen les airs des hurlements funébres;
Pales filles du Styx, vous toux, lugubres dieux,
Dieux de Didon mourante, ecoutez tous nes vœux!
S'il faut qu'enfin ce monstre, échappant au naufrage,

(1) Las caballerizas de los elefantes, de que habla lady Montague, son unas cuadras subterráneas que no tienen nada de particular.

Soit poussé dans le port, jeté sur le rivage;
Si c'est l'arret du sort, la volonté des cieux,
Que du moins assailli d'un peuple audacieux,
Errant dant les climats ou son destin l'exile,
Implorant des secours, mendiant un asile,
Redemandant son fils arraché de ses bras,
De ses plus chers amis il pleure le trépas!...
Qu'une honteuse paix suive une guerre affreuse!
Qu'au moment de regner, une mort malheureuse
L'enleve avant le temps! Qu'il meure sans secours,
Et que son corps sanglant reste en proie aux vautours!
Voilà mon dernier vœu! Du courroux qui m'enflamme
Ainsi le dernier cri s'exhale avec mon âme.
Et toi, mon peuple, et toi, prends son peuple en horreur!
Didon au lit de mort te lègue sa fureur!
En tribut a ta reine offre un sang qu'elle abhorre!
C'est ainsi que mon ombre exige qu'on l'honore.
Sors de ma cendre, sors, prends la flamme et le fer,
Toi qui dois me venger des enfants de Teucer!
Que le peuple latin, que les fils de Carthage,
Opposés par les lieux, le soient plus par leur rage!
Que de leurs ports jaloux, que de leurs murs rivaux,
Soldats contre soldats, vaisseux contre vaisseux.
Courent ensanglanter et la mer et la terre!
Qu'une haine èternelle èternise la guerre!

. . . .

A peine elle achevoit, que du glaive cruel
Ses suivantes out vu partir le coup mortel,
Out vu sur le bucher la reine defaillainte,
Dans ses sanglantes mains l'èpèe encor fumante.

Desde lo mas alto de Byrsa se distinguen á un golpe de vista todas las ruinas de Cartago, que son mas numerosas de lo que generalmente se cree: se parecen á las de Esparta, pues ocupan un espacio considerable, y no se encuentra en ellas ningun objeto bien conservado. Yo las ví en el mes de febrero; y las higueras, los olivos y los algarrobos, mostraban ya sus primeras hojas; lozanas angélicas y acantos formaban

espesuras de verdura entre las ruinas de mármol de todos colores. A lo lejos esparcia yo mis miradas por el istmo sobre un doble mar, islas lejanas, una campiña risueña, y lagos y montes azulados; descubria selvas, buques, acueductos, lugares moros, ermitorios mahometanos, minaretos, y las casas blancas de Tunez. Millones de estorninos formados en batallones, á manera de nubes, volaban sobre mi cabeza. Rodeado de los mayores y mas tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sofonisba y en la noble esposa de Asdrubal; contemplaba las vastas llanuras en donde están sepultadas las legiones de Anibal, de Escipion y de César; mis ojos querian reconocer el sitio donde estaba Utica; mas ¡ay! ¡los restos de los palacios de Tiberio existen todavía en Caprea, y se busca en vano en Utica el sitio donde estuvo la casa de Caton! En fin, los terribles vándalos, los ágiles moros, pasaban alternativamente por mi memoria, lo cual me ofrecia por último cuadro á San Luis espirando en las ruinas de Cartago. Sea, pues, la relacion de la muerte de este príncipe el término de mi Itinerario: dichoso yo si vuelvo á entrar en mi patria por un antiguo monumento de sus virtudes, y acaba en el sepulcro del rey, de santa memoria, esta larga peregrinacion á los sepulcros de los hombres grandes.

Cuando San Luis emprendió su segundo viage á Ultramar, ya no era jóven. Su quebrantada salud no le permitia permanecer mucho tiempo á caballo, ni sostener el peso de una armadura; pero nada habia perdido la energía de su alma. Reune en París á los grandes del reino, les hace una pintura de las desgracias de la Palestina, y les declara que está resuelto á ir á socorrer á sus hermanos los cristianos. Al mismo tiempo recibe la cruz de manos del legado, y la da á sus tres hijos mayores.

Una multitud de señores se cruzaron con él: los

reyes de Europa se preparan á enarbolar sus banderas: Cárlos de Sicilia, Eduardo de Inglaterra, Gaston de Bearne, los reyes de Navarra y de Aragon. El mismo celo mostraron las mugeres: la señora de Poitiers, la condesa de Bretaña, Yolanda de Borgoña, Juana de Tolosa, Isabel de Francia, Amicia de Courtenay, dejaron la rueca (porque entonces hilaban las reinas), y siguieron á sus maridos á Ultramar.

San Luis hizo su testamento, en el que dejó á Inés, que era la menor de sus hijas, diez mil francos para casarse, y cuatro mil á la reina Margarita; á continuacion nombró regentes del reino á Mateo, abad de San Dionisio, y á Simon, señor de Neslc; y hecho esto, se dirigió á tomar la oriflama.

Esta bandera, que se empezó á ver en nuestros ejércitos en el reinado de Luis el Gordo, era un estandarte de tafetan encarnado, que pendia del estremo de una lanza, *á manera de confalon con tres puntas, y tenia alrededor algunas borlas de seda verde*. En tiempo de paz estaba depositado en el altar de la abadía de San Dionisio, entre los sepulcros de los reyes, como para advertir que de una en otra raza los franceses eran fieles á Dios, al príncipe y al honor. San Luis tomó esta bandera de manos del abad, segun costumbre; y recibió al mismo tiempo la escarcela y el bordon de peregrino, que se llamaba entonces el *consuelo y la señal del viage* (1): costumbre tan antigua en la monarquía, que Carlo-Magno fué enterrado con la escarcela de oro que acostumbraba llevar cuando iba á Italia.

Oró Luis en el sepulcro de los mártires, y puso su reino bajo la proteccion del patron de Francia. Al otro dia de esta ceremonia, desde el palacio de Justicia se dirigió con sus hijos á pie descalzo á la iglesia de

(1) *Solatia et indicia iteneris.*

Nuestra Señora; y por la tarde del mismo dia partió á Vincennes, en donde se despidió de la reina Margarita, *bella y buena reina, llena de grande inocencia*, dice Roberto de Sainceriaux, y luego dejó para siempre aquellas antiguas encinas, testigos venerables de su justicia y de su virtud.

«Muchas veces he visto que el santo hombre rey iba á esparcirse al bosque de Vincennes: sentábase al pie de una encina, y nos hacia sentar á su lado, y todos los que tenian necesidad de hablarle, venian y se le presentaban, sin que ningun ugier se lo impidiese... Tambien he visto muchas veces que en tiempo de verano venia el buen rey al jardin de París, vestido con un sayo de camelote, un sobretodo de tiritaña sin mangas, y un capoton de tafetan negro. Hacia tender unos tapices para que nos sentásemos á su lado, y allí despachaba á su pueblo con la misma prontitud y diligencia que en el bosque de Vincennes (1).»

Se embarcó San Luis en Aigues-Mortes el martes 1.° de julio de 1270. Antes de darse el rey á la vela se vieron en su consejo tres dictámenes: embestir á San Juan de Acre, atacar el Egipto, y hacer un desembarco en Tunez. Desgraciadamente San Luis quiso seguir este último, por una razon que parecia decisiva.

Tunez estaba entonces bajo la dominacion de un príncipe, á quien Godofre de Beaulieu y Guillermo de Nangis llaman *Omar-el-Muley-Moztanca*, el cual fingió querer abrazar la religion cristiana. Los historiadores de la época no dicen las razones que á ello le movieren; pero es muy probable que teniendo noticia del armamento de los cruzados, y no sabiendo en donde descargaria la tempestad, creyó conjurarla enviando embajadores á Francia, y lisonjeando al rey con

(1) Joinville

una conversion en que no pensaba. Esta superchería del infiel fué precisamente lo que atrajo sobre él la tempestad que se proponia disipar; porque Luis pensó que bastaria dar á Omar una ocasion de declarar sus designios, y que de este modo una gran parte del Africa se haria cristiana á ejemplo de su príncipe.

A este motivo religiso se agregó una razon política: los tunecies infestaban los mares, y robaban los socorros que se enviaban á los príncipes cristianos de Palestina; ademas proveian de caballos, armas y soldados á los soldanes de Egipto; y eran el cento de las relaciones que Bondoc-Dari mantenia con los moros de Marruecos y de España. Era, pues, importante destruir aquella guarida de piratas para hacer mas fáciles las espediciones á Tierra Santa.

Entró San Luis en la bahía de Tunez en el mes de julio de 1270. En aquel tiempo un príncipe moro se habia propuesto reedificar á Cartago: ya se levantaban muchas casas nuevas en medio de las ruinas, y se veia un castillo en la colina de Byrsa. Los cruzados quedaron encantados de la belleza del pais cubierto de bosques de olivos; pero Omar no salió á recibir á los franceses, sino que antes bien los amenazó con que si trataban de desembarcar degollaria á todos los cristianos de sus estados. Estas amenazas no impidieron que el ejército saltase en tierra, y acampase en el istmo de Cartago, y el limosnero de un rey de Francia tomó posesion de la patria de Anibal por estas palabras: *Yo os hago saber el edicto de Nuestro Señor Jesucristo y de Luis, rey de Francia, su ministro.* Aquel mismo sitio habia oido hablar al getulo, al tirio, al latino, al vándalo, al griego y al árabe, y siempre las mismas pasiones en lenguas diferentes.

San Luis resolvió tomar á Cartago antes de sitiar á Tunez, que era entonces una ciudad rica, comerciante y fortificada. Desalojó á los sarracenos de una torre

que defendia las cisternas; tomó el castillo por asalto, y la nueva ciudad siguió la suerte de la fortaleza. Las princesas que acompañaban á sus maridos desembarcaron en el puerto; y por una de esas revoluciones que producen los siglos, las grandes señoras de Francia se alojaron en las ruinas de los palacios de Dido.

Mas parecia que la prosperidad habia abandonado á San Luis desde que habia pasado el mar, como si estuviese destinado á dar á los infieles el ejemplo del heroismo en la desgracia. No podia atacar á Tunez antes de recibir los socorros que debia llevarle su hermano el rey de Sicilia, y precisado á atrincherarse en el istmo, el ejército fué atacado de una enfermedad contagiosa, que en pocos dias acabó con la mitad de los soldados. El sol de Africa devoraba á unos hombres acostumbrados á vivir en un clima mas dulce, y con el objeto de aumentar la miseria de los cruzados, los moros levantaban con máquinas una arena abrasadora, que entregada al soplo del viento, imitaba para los cristianos los efectos del Kansim ó terrible viento del desierto: ingeniosa y cruel invencion, digna de las soledades que inspiraron su idea, y que muestra hasta qué punto puede llevar el hombre el genio de la destruccion. Los contínuos combates acababan de agotar las fuerzas del ejército. Los vivos no bastaban para enterrar á los muertos; los cadáveres se echaban en los fosos del campamento, que quedaron muy pronto colmados.

Los condes de Nemurs, de Montmorenci y de Vendome ya no existian; el rey habia visto morir en sus brazos á su querido hijo el conde de Nevers. Sintióse él mismo herido, y desde el primer momento conoció que el ataque era mortal, y que aquel golpe abatiria fácilmente un cuerpo debilitado por las fatigas de la guerra, por los cuidados del trono, y por aquellas vigilias religiosas y reales que Luis consa-

graba á su Dios y á su pueblo. Procuró, sin embargo, disimular su mal y ocultar el dolor que sentia por la pérdida de su hijo: veíasele, cuando llevaba ya la muerte en el semblante, visitar los hospitales como uno de esos padres de la Merced, consagrados en aquellos mismos sitios á la redencion de los cautivos y á la salud de los apestados. De las obras del santo, pasaba á los deberes del rey; velaba por la seguridad del campo, mostraba al enemigo una frente intrépida y serena ó sentado á la puerta de su tienda, administraba justicia á sus vasallos, como bajo la encina de Vincennes.

Felipe, hijo mayor, y sucesor de Luis, no se separaba de su padre, á quien veia próximo á bajar al sepulcro. El rey se vio, en fin, obligado á no salir de su tienda; y entonces no pudiendo ya por sí mismo ser útil á sus pueblos, trató de asegurarles su felicidad en el porvenir, dirigiendo á Felipe esta instruccion, que ningun francés podrá leer jamás con ojos enjutos. Ducange habla de un manuscrito que parece haber sido el original de esta instruccion: las letras eran gruesas, pero alteradas; y manifestaban la debilidad de la mano que habia trazado la espresion de un alma tan fuerte.

«Hijo mio, la primera cosa que te enseño y recomiendo es que ames a Dios con todo tu corazon; porque sin esto, ningun hombre puede salvarse. Guárdate bien de hacer ninguna cosa que no sea de su agrado, pues antes debes desear sufrir toda especie de tormentos, que cometer un pecado mortal.

«Si Dios te enviare adversidades, recíbelas con resignacion, dale gracias, y piensa que lo tienes bien merecido, y que todo se convertirá en beneficio tuyo. Si te da prosperidades, dale gracias con humildad, y está apercibido para que no sea una ocasion de que te hagas peor por orgullo ó de cualquier otro modo.

Porque no debemos hacer la guerra á Dios por los dones que nos envia.

«Procura tener en tu compañía gentes sencillas y leales, á quienes no mueva la codicia, sean eclesiásticos, religiosos ó seculares. Evita la compañía de los malos, y esfuérzate en escuchar y retener en tu corazon las palabras de Dios.

«Administra justicia á todos, tanto á los pobres como á los ricos. Con tus servidores sé agradecido y liberal, y mesurado en las palabras, á fin de que te teman y te amen como á su señor. Y si se suscitase alguna controversia, investiga la verdad, ya sea en pro, ya sea en contra tuya. Si te advierten que posees alguna cosa que pertenece á otro, ya la hayas tomado tú, ya la hayas adquirido de tus predecesores, luego que estés seguro de la verdad, hazla restituir inmediatamente.

«Observa con toda diligencia si tus vasallos viven en paz y rectitud, especialmente las buenas ciudades, villas y demas. Conserva tus franquicias y libertades, segun tus antiguos las han mantenido y guardado, y usa de ellas con amor y benevolencia.

«Guárdate de mover guerra á los cristianos sin madura deliberacion, y mientras haya algun medio de evitarlo. Y si hubiese guerras y debates entre tus vasallos, apacígualas lo mas pronto que te sea posible.

«Observa á tus bailíos, prebostes y demas oficiales, y procura saber como gobiernan, para que si hay en ellos algo que reprender, puedas hacerlo.

«Te suplico, hijo mio, que cuando llegue mi fin, te acuerdes de mí y de mi pobre alma, y que me socorras con misas, oraciones, limosnas y beneficios, que harás practicar en todo tu reino. Y que me concedas participacion en todas tus buenas obras.

«Te doy mi bendicion tan amplia como jamás un padre haya podido dar á su hijo, rogando á toda la

Santísima Trinidad del Paraiso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que te guarden y defiendan de todo mal, á fin de que despues de esta vida mortal podamos reunirnos delante de Dios, y darle gracias y bendiciones sin fin.»

Todo hombre que se encuentre cercano á morir, desengañado de las cosas del mundo, puede dirigir sábias instrucciones á sus hijos; mas cuando estas instrucciones están apoyadas con el ejemplo de toda una vida de inocencia; cuando salen de la boca de un gran príncipe, de un guerrero intrépido, y del corazon mas sencillo que existió jamás; cuando son las últimas espresiones de una alma divina que vuelve á las moradas eternas, entonces dichoso el pueblo que puede gloriarse diciendo: «¡El hombre que escribió estas instrucciones era el rey de mis padres!»

Habiendo agravado la enfermedad, pidió Luis la Estremauncion; y respondió á las oraciones de los agonizantes con una voz tan firme como si hubiese estado dando sus órdenes en un campo de batalla. Arrodillóse al pie de la cama para recibir al sagrado Viático, y fué preciso que sostuviesen por los brazos á este nuevo San Gerónimo en su última comunion. Desde este momento apartó enteramente de su pensamiento las cosas de la tierra, y se creyó libre de toda obligacion hácia sus pueblos. ¡Y qué monarca llenó nunca mejor estos deberes! Su caridad se estendió entonces á todos los hombres: rogó por los infieles que hicieron á la vez la gloria y la desgracia de su vida; invocó á los santos patronos de Francia, de aquella Francia tan cara á su corazon; y en la mañana del 25 de agosto, conociendo que su hora se acercaba, se hizo trasladar á un lecho de ceniza, en donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos levantados al cielo.

Solo se ha visto una vez, y ya no volverá á verse

semejante espectáculo. La flota del rey de Sicilia se mostraba en el horizonte; el ejército de los moros ocupaba los campos y las colinas; y en medio de las ruinas de Cartago, el campo de los cristianos ofrecia la imágen del mas espantoso dolor: reinaba allí el mayor silencio; los soldados moribundos salian de los hospitales, y se arrastraban por entre las ruinas para acercarse al punto en donde espiraba su rey. Luis se hallaba rodeado de su familia anegada en lágrimas, de los consternados príncipes y las desoladas princesas. Tambien presenciaban esta escena los diputados del emperador de Constantinopla, los cuales pudieron referir á la Grecia la maravilla de una muerte, que el mismo Sócrates hubiera admirado. Desde el lecho de ceniza en donde exhalaba San Luis el último suspiro, se descubria la costa de Utica; y era fácil hacer la comparacion de la muerte del filósofo estóico con la del filósofo cristiano. Mas afortunado que Caton, San Luis no necesitó leer un tratado de la inmortalidad del alma para convencerse de la existencia de una vida futura; porque encontraba una prueba invencible en su religion, en sus virtudes y en sus desgracias. En fin, hácia las tres de la tarde, exhalando el rey un gran suspiro, pronunció distintamente estas palabras: «Yo entraré, Señor, en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo (1):» y su alma voló al santo templo, que era digna de habitar.

En aquel momento se oyen sonar las trompetas de los cruzados de Sicilia, cuya flota llega llena de júbilo, y cargada de inútiles socorros. Nadie responde á su señal, y Cárlos de Anjou se admira, y empieza á presentir alguna desgracia. Atraca á la costa, y ve unos centinelas con la pica vuelta hácia bajo, espresando su dolor menos con esta señal de luto militar,

(1) Psalmo.

que con el abatimiento de su semblante. Vuela á la tienda del rey su hermano, y encuentra su cadáver tendido sobre la ceniza. Arrójase sobre aquellos restos sagrados, los riega con sus lágrimas, besa con respeto los pies del santo, y da unas señales de ternura y sentimiento, que no debian haberse esperado de una alma tan altiva. El rostro de Luis conservaba aun los colores de la vida, y hasta los labios estaban colorados.

Cárlos obtuvo las entrañas de su hermano, las cuales hizo depositar en Moutreal, cerca de Salermo, y el corazon y los huesos fueron destinados á la abadía de San Dionisio; pero los soldados no quisieron dejar partir antes de ellos aquellos restos queridos, diciendo que las cenizas de su soberano eran la salud del ejército. Dios quiso conceder al sepulcro de aquel grande hombre una virtud que se manifestó con milagros; y la Francia, que no podia consolarse de haber perdido en la tierra tal monarca, le declaró su protector en el cielo. Colocado Luis en el catálogo de los santos, vino á ser para la patria una especie de rey eterno Dedicáronle á porfía iglesias y capillas, mas magníficas que los sencillos palacios en donde habia pasado su vida; y los antiguos caballeros que le acompañaron á su primera cruzada, fueron los primeros en reconocer la nueva dominacion de su gefe. «Y yo hice construir, dice el señor de Joinville, un altar en honor de Dios y de monseñor San Luis.»

La muerte de Luis, tan tierna, tan virtuosa y tan tranquila, con que se termina la historia de Cartago, parece ser un sacrificio de paz ofrecido en espiacion de los furores, las pasiones y los crímenes de que por tanto tiempo fué teatro aquella ciudad infortunada. Nada tengo ya que decir á mis lectores; tiempo es de que regresen conmigo á nuestra comun patria.

Dejé á Mr. de Voise, que tan generosamente me

habia hospedado, y me embarqué en la escuna americana, en que, como ya he dicho, me habia proporcionado un pasage Mr. Lear. Zarpamos de la Goleta el lunes 9 de marzo de 1807, y dimos la vela para España. En Argel recibimos algunas órdenes de una fragata americana que estaba en aquella rada; pero yo no salté á tierra. Argel está situada en una posicion deliciosa sobre una costa, que recuerda la hermosa colina del Posilipo. Descubrimos la costa de España el dia 19 á las siete de la mañana cerca del cabo de Gata, que está á un estremo del reino de Granada. Seguimos la costa, pasamos por enfrente de Málaga; y en fin, el Viernes Santo, 27 de marzo, fondeamos en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua salté en tierra en Algeciras, y el 4 de abril partí para Cádiz, adonde llegué dos dias despues, y fuí recibido con la mayor atencion por el cónsul y vice-cónsul de Francia Mres. Leroi y Canclaux. De Cádiz pasé á Córdoba, y admiré la mezquita, que es hoy la catedral de aquella ciudad. Recorrí la antigua Bética, donde los poetas colocaron la felicidad. Luego subí hasta Andújar, y volví atrás para ver á Granada, en donde visité la Alhambra, que me pareció digna de ser observada, aun despues de haber visto los templos de la Grecia. La vega de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de Esparta: no es estraño que los moros lloren aun la pérdida de semejante pais.

Desde Granada me dirigí á Aranjuez, en cuyo tránsito atravesé la patria del ilustre caballero de la Mancha, á quien tengo por el mas noble, el mas valiente, el mas amable y el menos loco de los mortales. Ví el Tajo en Aranjuez, y llegué á Madrid el 21 de abril.

Hallábase de embajador de Francia de la córte de España Mr. Beauharnois, el cual me prodigó toda

suerte de atenciones: habia conocido en otro tiempo á mi desgraciado hermano, muerto en el cadalso en compañía de su ilustre abuelo (1). Dejé á Madrid el 24, y pasé al Escorial, monasterio edificado por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. Todos los años viene la córte á pasar una temporada en este monasterio, como para dar á unos solitarios muertos al mundo, el espectáculo de todas las pasiones, y recibir de ellos lecciones de que nunca se aprovechan las pasiones. Allí se encuentra tambien la capilla fúnebre en donde los reyes de España son sepultados en unos sepulcros iguales, colocados á manera de escalones: de modo que todo aquel polvo está rotulado y puesto en órden como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que todavía no han descendido á aquel sitio.

Del Escorial tomé el camino de Segovia, para ver el acueducto de esta ciudad, que es una de las mayores obras de los romanos; pero debemos dejar que Mr. de la Borde nos describa estos monumentos en su bello *Viage*. La soberbia catedral gótica de Burgos, me anunció la proximidad de mi pais, y no me olvidé de las cenizas del Cid:

Rodrigo sobre todo en su semblante
De un valiente la imágen representa,
Su cuna es tan fecunda en paladines,
Que entre lauros se mece que la cercan.
. . . . El á Jimena amó.

En Miranda saludé al Ebro, que vió el primer paso de aquel Anibal, cuyas huellas habia yo seguido tanto tiempo.

(1) Mr. de Malesherbes.

Atravesé Vitoria y las deliciosas montañas de Vizcaya, y el 3 de mayo puse el pie en el territorio francés: llegué á Bayona el 5 despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo, y visitado á Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rhodas, Jerusalen, Alejandría, el Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid.

Cuando los antiguos peregrinos habian cumplido el viage á la Tierra Santa, dejaban su bordon en Jerusalen, y tomaban para volver un baston de palmera; pero yo no he traido á mi pais semejante símbolo de gloria; porque no doy á mis últimos trabajos una importancia que no merecen. Hace veinte años que me he consagrado al estudio, arrostrando toda clase de peligros y disgustos, *diversa exilia et desertas quærere terras*; muchísimas páginas de mis libros han sido escritas bajo las tiendas, en los desiertos, en medio de las aguas: muchas veces he tomado la pluma en ocasion en que no sabia como habia de prolongar algunos instantes mi existencia; mas estos son títulos de indulgencia, y no de gloria. Despedíme de las musas en los Mártires, y despídome de nuevo en estas Memorias, que no son mas que la prosecucion ó el comentario de aquella obra. Si el cielo me concede un reposo, de que no he gozado jamás, procuraré en silencio elevar un monumento á mi patria; mas si la Providencia me niega este reposo, solo debo pensar en poner mis últimos dias á cubierto de los cuidados que emponzoñaron los primeros. Ya no soy jóven ni me deslumbra el aura popular; porque sé que las letras, cuyo comercio es tan apacible cuando secreto, no nos atraen de fuera sino tempestades: de todos modos bastante he escrito ya si mi nombre ha de sobrevivirme, y demasiado si ha de morir conmigo.

FIN DEL ITINERARIO.

NOTAS.

NOTA A. PAG. 8.

Esta cita formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

Sin embargo, no puedo prescindir de insertar aqui un cálculo que formaba parte de mi trabajo, sacado del *Itinerario* de Benjamin de Tudela. Este judío español recorrió la tierra en el siglo décimotercio, para determinar el estado del pueblo hebreo en el mundo conocido (1). He sumado con la pluma en la mano los números dados por este viagero, y he encontrado setecientos sesenta y ocho mil ochocientos sesenta y cinco judíos en Africa, Asia y Europa. Es verdad que Benjamin habla de los judíos de Alemania sin espresar el número, y que guarda silencio sobre los de Lóndres y París. Subamos, pues, la suma total á un millon de hombres; añadamos á este millon otro millon de mugeres y dos millones de niños, y tendremos cuatro millones de individuos de poblacion judía en el siglo décimotercio. Segun el cálculo mas probable, la Judea propiamente dicha, la Galilea, la Palestina ó Idumea, contaban en tiempo de Vespasiano cerca de seis ó siete millones de habitantes; algunos autores aumentan este número: solo en el sitio de Jerusalen por Tito, murieron un millon y cien mil judíos. De consiguiente, la poblacion judía contaba en el siglo decimotercio la sexta parte de los individuos que tenia antes de la dispersion.

(1) No está muy averiguado que Benjamin recorriese todos los pueblos que nombra; y antes bien es evidente por algunos pasages del texto hebreo, que el viagero judio escribia muchas veces sobre memorias.

He aqui el estado que he compuesto con arreglo al tinerario de Benjamin. Es ademas curioso por la geografía de la edad media, pero los nombres de los lugares se encuentran con mucha frecuencia estropeados por el viagero: el original hebreo ha debido tambien resistirse á escribir ciertas voces con su verdadera ortografía: Arias Montano introdujo nuevas alteraciones en la version latina, y nuestra traduccion acaba de desfigurar estos nombres.

Ciudades.	*Judios.*
Barcelona	4 gefes.
Narbona	300
Bidrasch	3 gefes.
Mompeller	6 gefes.
Lunel	300
Belcaire	40
San Gil	100
Arlés	200
Marsella	300
Génova	20
Luca	40
Roma	200
Cápua	300
Nápoles	500
Salerno	600
Malfi	20
Benevento	200
Malchi	200
Ascoli	40
Trani	200
Tarento	300
Bardemi	10
Otranto	500
Corfú	1
Leptan	100
Achilon	10
Patras	50
	4,544

Ciudades.	*Judíos.*
Suma anterior..	4,544
Lepanto.	100
Crisa.	200
Corinto.	300
Tévas.	2,000
Egrifú	100
Jabusterisa.	100
Sinon-Potamon	40
Gardegin (algunos judíos).	
Armilon.	500
Bisina.	100
Seleucia.	5 00
Mitricin.	20
Darman.	140
Canisthol	20
Constantinopla.	1,000
Doroston	100
Galipolina.	200
Galas.	50
Mitilen (una universidad).	
Giham	500
Ismos.	300
Rhodas.	500
Dofros (asamblea de judíos).	
Laodicea.	200
Geval.	120
Birot.	40
Sidon.	20
Tiro.	500
Akadi.	100
Cesarea.	10
Luz	1
Bethgevarin.	3
Torondolos (en otro tiempo Sunam). . .	30
Nob.	2
Ramas	3
Jope.	1
	12,344

Ciudades.	Judíos.
Sumu anterior.	12,344
Ascalon.	240
En la misma ciudad, judíos samaritanos.	300
Segura	1
Tiberiades	50
Timin.	20
Ghalmal.	50
Damasco.	3,000
Thadmur	4,000
Siha.	1,500
Kelagh-Geher.	2,000
Dakia.	700
Hharan.	700
Achavor.	2,000
Nisivis	1,000
Gezir-Ben Ghamar.	4,000
Al-Mulsal (en otro tiempo Asur). . . .	7,000
Rahaban.	2,000
Karkesian	5,000
Al-Jobar.	2,000
Hhardan.	15,000
Ghukbéran.	10,000
Bagdad	1,000
Gehiaga.	5,000
En un lugar á veinte pasos de Gehiaga. .	20,000
Hhilan	10,000
Naphahh.	200
Alkossonath.	300
Rupha	7,000
Sephitbib (una sinagoga).	
Judíos que habitan en las ciudades y otros lugares del pais de Thema.	300,000
Chivar	50,000
Vira, rio del pais de Eliman (á la orilla).	3,000
Neasat	7,000
Bostan	1,000
Samura	1,500
	478,905

Ciudades.	Judíos.
Suma anterior.	478,905
Chuzsetham.	7,000
Rovard-Bar.	2,000
Vaanath. . . . , ...	4,000
Pais de Molhhaath (dos sinagogas).	
Charian.	25,000
Hhamdan.	50,000
Tabarethan.	4,000
Asbaham.	15,000
Scaphas.	10,000
Ginat.	8,000
Samareant.	50,000
En los montes de Nisbon, pertenecientes al rey de Persia, se dice que existen cuatro tribus de Israel, á saber: Dan, Zabulon, Aser y Nephtali.	
Cherataan.	500
Kathiphan.	50,000
Pais de Haalam (veinte familias de judíos).	
Isla de Cheneray.	23,000
Gingalan.	1,000
La India (un gran número de judíos).	
Hhalavan.	1,300
Kita.	30,000
Misraim.	2,000
Gossen.	1,000
Al-Bubug.	200
Ramira.	700
Lambhala.	500
Alejandría.	3,000
Damieta.	200
Tunez.	40
Mesina.	20
Palermo.	1,500
Total.	768,865

No espresa Benjamin el número de judíos de Alemania; pero cita las ciudades en donde se encontraban las princi-

pales sinagogas, que son: Coblentza, Andernach, Caub, Creutznach, Bengen, Germersheim, Munsten, Strasbourg, Mantern, Freising, Bamberg, Tsor y Reguespurch. Hablando de los judíos de Paris, dice: *In qua sapientium discipuli sunt omnium qui hodie in omni regione sunt doctissimi.*

Nota B. pag. 17.

Esta cita formaba parte del texto en las dos primeras ediciones.

Josefo habla asi del primer templo:

«La longitud del templo es de sesenta codos, con otros tantos de elevacion, y veinte de ancho. Sobre este edificio se elevó otro de la misma magnitud; de modo, que toda la elevacion del templo era de ciento veinte codos. Miraba al Oriente, y su pórtico tenia la misma elevacion de ciento veinte codos; veinte de largo y seis de ancho. Habia alrededor del templo treinta cámaras en forma de galerías, que servian en la parte esterior de botareles para sostenerle. Se pasaba de unas á otras, y cada una tenia veinte codos de largo, otro tanto de ancho y lo mismo de elevacion. Encima de estas cámaras habia dos pisos con igual número de piezas semejantes; de modo que la elevacion de los tres pisos reunidos, que subia á sesenta codos, era exactamente la misma que la del bajo edificio del templo de que acabo de hablar, y no tenia nada encima. Todas estas cámaras estaban revestidas de madera de cedro, y cada una tenia su cubierta particular en forma de pabellon; pero estaban unidas por largos y gruesos maderos, á fin de darles mas fuerza; y por este medio no formaban reunidas mas que un solo cuerpo. Los techos eran de madera de cedro pulimentada, y estaban enriquecidos con follages dorados labrados en la misma madera. Lo demas estaba tambien cubierto de cedro, trabajado y dorado con tal perfeccion, que no podia entrarse en el templo sin que su resplandor deslumbrase los ojos. Toda la estructura de este magnífico edificio era de piedras tan pulimentadas, y tan perfectamente unidas, que no podian descubrirse las junturas, y

antes bien parecia que la naturaleza las hubiese formado de aquel modo de una sola pieza, sin que hubiesen contribuido en nada el arte ni los instrumentos que emplean los grandes maestros para embellecer sus obras. En el espesor de la pared á la parte de Oriente, en donde no habia gran portada, sino únicamente dos puertas, hizo Salomon construir una escalera de caracol de su invencion, para subir hasta lo mas alto del templo. Tanto dentro como fuera del templo habia algunas tablas de cedro reunidas por medio de grandes y fuertes cadenas, para que sirviesen á mantenerle siempre en buen estado.

«Luego que todo este gran edificio estuvo concluido, le hizo Salomon dividir en dos partes, una de las cuales, llamada *el Santo de los Santos* ó *Santuario*, que tenia veinte codos de largo, estaba particularmente consagrada á Dios, y nadie podia entrar en ella; la otra parte, que tenia cuarenta codos de longitud, se llama el *Santo Templo*, y era la destinada á los sacrificadores. Estas dos partes estaban separadas por grandes puertas de cedro perfectamente entalladas y muy doradas, sobre las cuales pendian unos velos de lino llenos de diversas flores de color de púrpura, jacinto y escarlata.

«Para todo lo que acabo de decir, y principalmente para los objetos de oro, plata y cobre, se sirvió Salomon de un obrero admirable, llamado *Chiram*, á quien habia hecho venir de Tiro, y cuyo padre, que se llamaba *Ur*, aunque avecindado en Tiro, era descendiente de los israelitas, y su madre de la tribu de Neftalí. Este mismo hombre construyó tambien dos columnas de bronce, que tenian cuatro dedos de espesor, diez y ocho codos de elevacion, y doce codos de circunferencia, encima de las cuales descansaban unas cornisas fundidas, en forma de lises, de cinco codos de elevacion. Rodeaban estas columnas unos follages de oro que cubrian las lises, y veíanse colgar en dos órdenes doscientas granadas tambien de fundicion. Estas columnas se colocaron á la entrada del pórtico del templo, la una llamada *Jachin*, á la mano derecha, y la otra llamada *Boz*, á la izquierda.

«Fuera de este edificio hizo Salomon edificar otra especie de templo en forma cuadrangular, rodeado de vastas

galerías, con cuatro grandes pórticos que miraban al Levante, Poniente, Septentrion y Mediodía, en los cuales habia unas puertas magníficas, enteramente doradas; mas solo á los que se habian purificado segun la ley, y estaban resueltos á observar los mandamientos, les era permitido entrar. La construccion de este segundo templo era una obra tan digna de admiracion, que apenas parece creible; porque para poder edificarle al nivel de la cumbre del monte sobre que descansaba, fué preciso rellenar hasta la altura de cuatrocientos codos un valle, cuya profundidad ponia espanto. Hizo rodear este templo de una doble galería, sostenida por dos órdenes de columnas de piedra de una sola pieza; y estas galerías, cuyas puertas eran de plata, estaban revestidas de madera de cedro (1).»

Por esta descripcion se ve claramente, que cuando los hebreos edificaron el primer templo, no tenian ningun conocimiento de los órdenes. Las dos columnas de bronce bastan para probarlo: los capiteles y las proporciones de dichas columnas no tienen ninguna relacion con el primer dórico, único órden que acaso se inventó entonces en la Grecia: mas estas mismas columnas, adornadas con follages de oro, flores de lís y granadas, nos recuerdan las caprichosas decoraciones de la columna egipcia. Por lo demas, las cámaras en forma de pabellones, los artesonados de cedro dorado, y todos esos pormenores imperceptibles sobre grandes masas, prueban la verdad de lo que he dicho sobre el gusto de los primeros hebreos.

Nota C. pag. 31.

Esta cita formaba parte del texto en las dos primeras ediciones.

El autor mas antiguo que ha descrito la mezquita de la Roca es Guillermo de Tiro, el cual debia conocerla bien, pues aquel templo habia salido apenas de las manos de los cristianos en la época en que el sábio arzobispo escribia su historia. He aqui lo que dice de ella:

(1) *Historia de los judios.*

«Dijimos ya al principio de este libro, que Omar, hijo de Calab, habia hecho edificar este templo. . . . . y asi lo prueban con evidencia las inscripciones antiguas grabadas en lo interior y esterior de este edificio. . . . .»

El historiador pasa á la descripcion del átrio, y añade: «En los ángulos de este átrio habia unas torres muy elevadas, donde subian á ciertas horas los sacerdotes de los sarracenos y llamaban al pueblo á la oracion. Algunas de ellas se mantienen aun en pie; pero las otras han sido arruinadas por varios accidentes. No se podia entrar ni permanecer en el átrio sin tener los pies descalzos y lavados. . . . .

«El templo está edificado en medio del átrio superior; es octógono, y tanto en el interior como fuera, está cubierto de losas de mármol y de mosáicos. Tanto el átrio superior como el inferior, están pavimentados de baldosas blancas, que reciben en el invierno las aguas de la lluvia, que caen en grande abundancia de los edificios del templo, y bajan muy limpias y sin cieno á las cisternas. En medio del templo, entre el órden interior de las columnas, se encuentra una roca un poco elevada, y bajo esta roca se halla una gruta abierta en la misma piedra. Sobre esta piedra se sentó el ángel que en castigo del empadronamiento del pueblo que inconsideradamente hizo David, hirió á este pueblo hasta que Dios le mandó que volviese la espada á la vaina. Antes de la llegada de nuestro ejército, se hallaba dicha roca descubierta, y asi permaneció por espacio de quince años; mas los que en lo sucesivo tuvieron el encargo de custodiar este lugar, la cubrieron, y construyeron encima un coro y un altar para celebrar los oficios divinos.»

Estos pormenores son muy preciosos, porque hace ochocientos años que están escritos; pero nos dan muy poca idea del estado interior de la mezquita. Los viageros mas antiguos, como Arculfo, Willibaldo, Bernardo el Monge, Ludolfo, Breidenbach, Sanut, etc., solo hablan de ella por oidas, y no siempre muestran hallarse bien enterados. El fanatismo de los musulmanes era en aquel tiempo remoto mucho mayor que en el dia, y en manera alguna hubie-

ran consentido en revelar á un cristiano los misterios de sus templos. Es menester, pues, pasar á los viageros modernos, y detenernos aun en Deshayes.

Este embajador de Luis XIII á los Santos Lugares, se abstuvo, como ya he dicho, de entrar en la mezquita de la Roca; pero los turcos le hicieron su descripcion.

«Levántase allí, dice, una gran cúpula sostenida en su parte interior por dos órdenes de columnas de mármol, y en medio de ella se ve una gran piedra, sobre la cual creen los turcos que subió Mahoma cuando se fué al cielo. Por esta causa la miran con gran devocion; y los que tienen medios, dejan algun fondo para que pueda mantenerse una persona que despues de su vida lea el Alcoran alrededor de dicha piedra á su intencion.

«El interior de esta mezquita está blanqueado, fuera de algunos puntos en donde se halla escrito el nombre de Dios en gruesos caractéres árabes.»

Esto difiere poco de la relacion de Guillermo de Tiro. El P. Roger nos instruirá mejor, porque parece encontró el medio de introducirse en la mezquita. Al menos véase aquí como se esplica.

«Si un cristiano entrase en el átrio del templo, dicen los turcos, no dejaria Dios de escuchar las oraciones que hiciese en aquel sitio, aun cuando le pidiese que pusiera á Jerusalen en manos de los cristianos. Y por esta razon, ademas de la prohibicion que tienen los cristianos, no solo de entrar en el templo, sino ni aun en el átrio, bajo pena de ser quemados vivos ó hacerse turcos, le guardan cuidadosamente; pero su vigilancia fué burlada en mi tiempo por una estratagema que no me es permitido descubrir, por las consecuencias que podria tener mi revelacion; porque me contentaré con manifestar todas las particularidades que allí se notan.»

Del átrio pasa á la descripcion del templo.

«Dan entrada al templo cuatro puertas situadas al Oriente, Occidente, Septentrion y Mediodía; cada una de las cuales tiene su portada muy adornada de molduras, y seis columnas con sus pedestales y capiteles, todo de mármol y de pórfido. El interior es enteramente de mármol blanco, y el piso de la misma piedra de diversos colores; y

la mayor parte de todo esto, tanto las columnas como el mármol y el plomo, lo sacaron los turcos de la iglesia de Betlem, de la del Santo Sepulcro y de otras que demolieron.

«Dentro del templo se levantan treinta y dos columnas de mármol gris, dispuestas en dos órdenes: las diez y seis mayores sostienen la primera bóveda, y las otras la cúpula, y cada una tiene su correspondiente pedestal y capitel. Alrededor de estas columnas se ven hermosos adornos de hierro dorado y de cobre, construidos en forma de candelabros, sobre los cuales están colocadas siete mil lámparas, que arden desde el jueves al ponerse el sol, hasta el viernes por la mañana; y un mes seguido cada año durante el tiempo de su radaman, que es su cuaresma.

«En medio del templo hay una torrecilla de mármol, adonde se sube por fuera por medio de diez y ocho escalones, y en la cual se coloca el cadí todos los viernes, desde el medio dia hasta las dos de la tarde, que es el tiempo que duran las ceremonias, la oracion y las esplicaciones que hace de los principales puntos del Alcoran.

«Ademas de las treinta y dos columnas que sostienen la bóveda y la cúpula, hay otras dos mas pequeñas, inmediatas á la puerta del Occidente, las cuales muestran á los peregrinos estrangeros, haciéndoles creer que los que pasan libremente por entre aquellas columnas están predestinados por el paraiso de Mahoma; y dicen que si un cristiano pasase por entre aquellas columnas se reunirian y le aplastarian. Pero sin embargo, yo sé de muchos á quienes no ha ocurrido este accidente, á pesar de ser muy buenos cristianos.

«A tres pasos de estas columnas se levanta un poco del suelo una piedra de mármol negro de dos pies y medio en cuadro. Vénse en ella veinte y tres agujeros, en donde parece que habia en otro tiempo clavos, como en efecto quedan aun dos de ellos; mas yo no sé absolutamente cual era su destino, y hasta los mahometanos lo ignoran, si bien creen que los profetas ponian los pies sobre esta piedra cuando se apeaban para entrar en el templo, y que sobre ella bajó Mahoma cuando llegó de la Arabia feliz é hizo el viage al paraiso para tratar de negocios con Dios.»

NOTA D. PAG. 92.

Esta nota formaba parte del texto de las dos primeras ediciones.

«En esto, atracando ya el barquichuelo, se levantó el primero Septimio, y saludó en lengua romana á Pompeyo con el título de emperador; y Aquila, saludándole en griego, le instaba para que pasase á su barco, porque habia mucho cieno, y por alli no tenia para su galera bastante profundidad el mar, y ademas abundaba de bancos de arena. Veíase al mismo tiempo que se aprestaban algunas de las naves del rey, y que se coronaba de tropas la orilla; de manera que no les era dado huir, aunque mudaran de propósito; y por otra parte, si tenian dañadas intenciones, con la desconfianza defenderian su injusticia. Saludando, pues, á Cornelia, que muy de antemano lloraba su muerte, dió órden de que se embarcaran primero á dos centuriones, á su liberto Filipo, y á un esclavo llamado Escena, y al darle la mano Aquila, volviéndose á su muger y á su hijo recitó aquellos yambos de Sófocles:

El que en palacios de los reyes entra,
Si libre llegó á entrar, siervo se encuentra.

«Habiendo sido estas las últimas palabras que pronunció, descendió al barco; y como mediase bastante distancia desde la galera á tierra, y ninguno de los que iban con él le hubieran dirigido siquiera una espresion de agasajo, poniendo la vista en Septimio: «Paréceme, le dijo, haberte conocido en otro tiempo, siendo mi compañero de armas,» á lo que le contestó bajando solo la cabeza, sin pronunciar palabra, ni poner siquiera buen semblante: por tanto, como se guardare por todos un gran silencio, sacó Pompeyo un libro de memoria, y se puso á leer un discurso que habia escrito en griego, para hacer uso de él con Tolomeo. Cuando arribaban á tierra, Cornelia, que llena de agitacion é inquietud habia subido con los amigos de Pompeyo á la cubierta de la nave para ver lo que pasaba, concibió al-

guna esperanza al observar que muchos de los cortesanos salian al desembarco como para honrarle y recibirle. En esto, al tomar Pompeyo la mano de Filipo para ponerse en pie con mayor facilidad. Septimio fué el primero que por la espalda le pasó con un puñal, y en seguida desenvainaron tambien sus espadas Salvio y Aquila. Pompeyo, echándose la toga por el rostro con entrambas manos, nada hizo ni dijo indigno de su persona, sino que solamente dió un suspiro, aguantando con entereza los golpes de sus asesinos. Y habiendo vivido cincuenta y nueve años, al otro dia de su nacimiento terminó su carrera.

«Los de las naves, habiendo visto su muerte, movieron un llanto que llegó á oirse desde la tierra; y levantando áncoras, huyeron con precipitacion. Ayudábales un recio viento cuando ya estaban en alta mar; por lo que, aunque los egipcios quisieron perseguirlos, desistieron de su propósito. Al cadáver de Pompeyo le cortaron la cabeza, arrojando el cuerpo desnudo á tierra desde el barquichuelo, y dejándolo que fuera espectáculo de los que quisierán verlo. Estúvose á su lado Filipo hasta que se cansaron de mirarlo; despues, lavándolo en el mar y envolviéndolo en una miserable ropa suya por no tener otra cosa, se puso á registrar por la orilla, y descubrió los despojos de una lancha gastados ya por el tiempo, pero bastantes todavía para la mezquina hoguera de un cadáver, y aun este no entero. Mientras los recogia y amontonaba, hallándose allí cerca un romano ya de edad, y que habia hecho sus primeras campañas con Pompeyo cuando todavía era jóven: «¿Quién eres, le dijo, tú que tienes el cuidado de dar sepultura á Pompeyo Magno?» Respondióle que un liberto suyo: «Pues no has de ser tú solo, continuó, el que le preste tan debido oficio: admíteme á mí á la parte de este tan piadoso encuentro, para no tener tanto de que culpar á mi suerte en esta ausencia de la patria, gozando entre tantas aflicciones el consuelo de tocar y envolver con mis manos al mayor capitan que ha tenido Roma.» Estos fueron los funerales de Pompeyo. Al dia siguiente Lucio Lentulo, que sin saber nada de lo sucedido navegaba de Chipre, y aportó á tierra, luego que vió la hoguera de un cadáver, y que al lado de ella estaba Filipo, al que aun no habia cono-

cido: «¿Quién es, dijo, el que cumplido su hado reposa en esta tierra?» «¡Quizá tú, continuó, oh Pompeyo Magno!» y habiendo desembarcado de allí á poco, le prendieron y dieron muerte. Asi acabó Pompeyo. De allí á breve tiempo llegó César al Egipto, que se habia manchado con tales crímenes, y al que le presentó la cabeza de aquel, le tuvo por abominable, volviendo el rostro por no verle; presentáronle tambien el sello, y al tomarle lloró. Estaba en él grabado un leon con la espada en la mano. A Aquila y Potino les hizo dar muerte; y habiendo sido el rey vencido en una batalla junto al rio, no se volvió á saber de él. A Teodato el Sofista no le alcanzó la venganza de César, porque huyó del Egipto, andando errante y aborrecido de todos; pero Marco Bruto, en el tiempo en que mandó despues de haber dado muerte á César, le encontró en el Asia, y habiéndole hecho sufrir toda clase de tormentos, le quitó la vida.

«Las cenizas de Pompeyo fueron entregadas á Cornelia, que llevándolas á Roma, las depositó en el campo Albano.»

(*Traduccion de Ranz Romanillos*).

NOTA E. PAG. 114.

Fragmento de una carta de J. B. G. de Anse de Villoison, miembro del Instituto de Francia, al profesor Millin, sobre la inscripcion griega de la pretendida columna de Pompeyo.

El profesor Joubert acaba de traer de Alejandría una copia de la inscripcion *frusta* (1) que lleva falsamente el nombre de *Pompeyo*. Esta copia conviene exactamente con otra que yo habia recibido ya; y es la que sigue, con mis notas y mi traduccion:

(1) Asi llaman los anticuarios á la moneda ó lápida cuyos caractéres están borrados *(Ed. E.)*

1. TO...OTATONAYTOKRATORA.
2. TOMPOLIOYXSONALEQSANDREIAS
3. DIOK.H.IANONTON....TON
4. PO...EPARXSOSAIKYPTOY.

Línea primera, TO. Es evidente que este es el artículo *ton.*

Ibid., lín. primera, ..OTATONAYTOKRATORA. Es igualmente claro que este es un epíteto dado al emperador Diocleciano; mas para encontrarle se ha de buscar un superlativo que termine en *otaton*, por una *omega* (y no por una *omicron*, lo que seria mas fácil y mas comun), y ademas que convenga particularmente á este príncipe. Yo creo que este debe ser *osiotaton*, *Santisimo*: y no hay que estrañar este epíteto; porque le veo dado á Diocleciano en una inscripcion griega descubierta en el valle de Thymbra (hoy *Thimbrek Déré*), cerca de la llanura de Bounar-Bache, y trasladada por Lechevalier, número 1.º, página 256 de su *Viage á la Troade*, segunda edicion, Paris, año VII, en 8.º. En dicha obra se lee TON OSIOTATON IMON AYTOKRATORON DIOKLITIANOY KAI MAQSIMIANOY, esto es, *de nuestros santisimos emperadores Diocleciano y Maximiano.* En otra inscripcion de una columna vecina, parten con Constancio Cloro este mismo título *osiotatoi*, *santisimos*, que los emperadores griegos y cristianos del Bajo Imperio heredaron, como yo he observado *ibidem*, página 249.

Lín. 2, TON PODIOYXSON ALEQSANLREIAS. Esto es propiamente *el protector*, *el genio tutelar de Alejandria.* Los atenienses daban el nombre de *polioyxsos* á Minerva, que presidia su ciudad y la cubria con su égida. Véase lo que dice *Spanheim* sobre el verso 53 del himno de Calímaco sobre los *baños de Palas*, página 668 y siguientes del tomo II de la edicion de Ernesti.

Línea 3, DIOK.H.IANON. La L y la T están destruidas; pero se reconoce sin dificultad el nombre de *Diocleciano* DIOKLITIANON.

Ibidem, línea 3, TON... TON. Creo que debe suplirse CEBACTON, esto es, Augusto, *ton sevaston.* Todo el mun-

do sabe que Diocleciano tomó los dos títulos de *eysevns* y de *sevastos*, *pius Augustus*, en muchas medallas, y de *sevastòs* AUGUSTO, en casi todas, y señaladamente en las de Alejandría, y le coloca inmediatamente despues de su nombre. Véase Mr. Zoega, página 335 y siguientes de sus *Nummi Ægypti imperatorii*, *Romæ*, 1787, en 4.º

Cuarta y última línea PO. Esta es la conocida abreviatura de *Povlios*, Publio. Véase Corsini, página 55, columna 1.ª *De notis Græcorum*, *Florentiæ*, 1749, *in folio*; *Gennari Sisti*, *página* 51 *de su Indirizzo per la lettura greca dalle sue oscurità rischiarata*, *in Napoli*, 1758 in 8.º, etc.

Los romanos espresaban el mismo nombre de *Publius* con estas dos letras PV. Véase la página 328 de una obra muy útil y absolutamente desconocida en Francia, titulada: *Notæ et siglæ quæ in nummis et lapidibus apud romanos obtinebant*, *expicatæ*, por un sábio y virtuoso amigo del difunto Mr Juan Domingo Coletti, ex-jesuita veneciano, de cuya pérdida no podré nunca consolarme. Sus estimables hermanos los doctos señores Coletti, los Aldos de nuestros dias, publicaron esta obra clásica en Venecia en 1785, en 4.º

La letra inicial del nombre siguiente, enteramente borrado, de este prefecto de Egipto, seria quizá una M, que unirian erradamente en esta ocasion á las precedentes letras PO. Entonces se podria creer que POM era una abreviatura de POMPEIOS, Pompeyo, cuyo nombre se indica algunas veces con estas tres letras, como en una inscripcion de Esparta, copiada bajo el núm. 248, pág. XXXVIII de las *Inscriptiones et epigrammata græca et latina*, *reperta á Cyriaco Anconitano*, recopilacion publicada en Roma, en folio, en 1654, por Cárlos Moroni, bibliotecario del cardenal Albani. Véase tambien Maffei, página 66 de su *Siglæ Græcorum Capilariæ*, *Veronæ*, 1746, *in* 8.º, *Gennaro Sisti*, *l. c. pág.* 51, *etc.* Este error pudo haber engendrado otro, y dar lugar á la denominacion vulgar y falsa de *columna de Pompeyo*. Las solas letras PO bastaban para acreditar esta opinion en los siglos de ignorancia.

Pero séase lo que se quiera de esta conjetura, los historiadores que han hablado del reinado de Diocleciano, no me enseñan el nombre totalmente destruido de este pre-

fecto de Egipto, y me dejan en la imposibilidad de suplir esta pequeña laguna, poco importante, y la única que queda ya en esta inscripcion. ¿Seria Pomponio Januario, que fué cónsul en 288 con Maximiano?

Por lo demas, yo sospecho que este gobernador tomó una antigua columna, monumento de una edad en que las artes se encontraban florecientes, para colocar en ella el nombre de Diocleciano, y hacerle este obsequio á espensas de la antigüedad.

Al fin de esta inscripcion debe necesariamente suplirse, segun el uso constante *ánètcnken*, *ánéstnsen* ó *timnsen*, ó *aoierosen*, ó algun otro verbo semejante, que designa que aquel prefecto erigió y consagró aquel monumento á la gloria de Diocleciano. Seria menester escribir un volúmen tan abultado como la coleccion de Grutero, para comprender todas las lápidas antiguas, y acumular todas las inscripciones griegas en donde se encuentra esta elipse tan comun, de la que han hablado muchos anticuarios, y esta construccion con el acusativo sin verbo. De este mismo modo los latinos omiten muchas veces el verbo POSVIT.

Ya solo nos resta determinar la fecha precisa de esta inscripcion. Esta parece no poder ser anterior al año 296 ó 297, época de la derrota y muerte de Aquileo, que se habia apoderado del Egipto, y se sostuvo en él cerca de seis años. Yo me inclinaria á creer que es del año 302, y tiene relacion á la abundante distribucion de pan que el emperador Diocleciano dispuso se hiciese á la innumerable multitud de indigentes de la ciudad de Alejandría, de la cual, por esta razon es llamado el genio tutelar, el conservador y el protector, *polioyxsos*. Estas inmensas liberalidades continuaron hasta el reinado de Justiniano, que las suprimió. Véase el *Cronicon Pascual* al año 302, pág. 276 de la edicion de Du Cange, y la *Historia secreta* de Procopio, capítulo XXVI, página 77, edicion del Louvre.

Ahora creo haber desvanecido todas las dificultades de esta famosa inscripcion, la cual escribiria yo como sigue en caractéres griegos ordinarios cursivos: acompaño ademas mi version latina y mi traduccion vulgar.

Tòn ósiótaton aútokrátora,
Tòn polioyxson Alesandreias,
Dioklitiasnon tòn sevastón,
Povlios... eparxses Aigyptoy.

SANTISSIMO IMPERATORI,
PATRONO CONSERVATORI ALEXADRIÆ,
DIOCLETIANO AVGVSTO,
PVBLIVS... PRÆFECTUS ÆGYPTO.

Es decir: Publio.... (ó Pomponio), prefecto de Egipto, consagró este monumento á la gloria del santísimo emperador Diocleciano Augusto, genio tutelar de Alejandría.

29 de junio de 1803.

FIN DE LAS NOTAS.

Núm.° I.

ITINERARIUM

A BURDIGALA HIERUSALEM USQUE,

ET AB HERACLEA

PER AULONAM, ET PER URBEM ROMAM,

MEDIOLANUM USQUE,

SIC:

CIVITAS BURDIGALA, UBI EST FLUVIUS GARONNA, PER QUEM FACIT MARE OCEANUM ACCESSA ET RECESSA, PER LEUCAS PLUS MINUS CENTUM.

Mutatio Stomatas	Leuc. VII.
Mutatio Sibione	L. IX.
Civitas Vasatas	L. IX.
Mutatio Tres Arbores	L. V.
Mutatio Oscineio	L. VIII.
Mutatio Scitio	L. VIII.
Civitas Elusa	L. VIII.
Mutatio Vanesia	L. XII.
Civitas Auscius	L. VIII.
Mutatio ad Sextum	L. VI.
Mutatio Hungunverro	L. VII.
Mutatio Bucconis	L. VII.

Mutatio ad Jovem.	L. VII.
Civitas Tholosa	L. VII.
Mutatio ad Nonum.	M. IX.
Mutatio ad Vicesimum.	M. XI.
Mansio Elusione.	M. IX.
Mutatio Sostomago.	M. IX.
Vicus Hebromago	M. X.
Mutatio Cedros	M. VI.
Castellum Carcassone.	M. VIII.
Mutatio Tricensimum	M. VIII.
Mutatio Hosverbas.	M. XV.
Civitas Narbone.	M. XV.
Civitas Biterris	M. XVI.
Mansio Cessarone.	M. XII.
Mutatio foro Domiti.	M. XVIII.
Mutatio Sostantione.	M. XVII.
Mutatio Ambrosio.	M. XV.
Civitas Nemauso.	M. XV.
Mutatio Ponte Ærarium	M. XII.
Civitas Arellate.	M. VIII.

Fit a Burdigala Arellate usque Millia CCCLXXI; Mutationes XXX; Mansiones XI.

Mutatio Arnagine.	M. VIII.
Mutatio Bellinto	M. X.
Civitas Avenione.	M V.
Mutatio Cypresseta.	M. V.
Civitas Arausione.	M. XV.
Mutatio ad Lectoce.	M. XIII.
Mutatio Noven Craris	M. X.
Mansio Acuno.	M. XV.
Mutatio Vancianis	M. XII.
Mutatio Umbenno	M. XII.
Civitas Valentia.	M. IX.
Mutatio Cerebelliaca.	M. XII.
Mansio Augusta.	M X.
Mutatio Darentiaca	M. XII.
Civitas Dea Vocontiorum.	M. XVI.

Mansio Luco. . . . . M. XII.
Mutatio Vologatis. . . . . M. IX.

Inde ascenditur Gaura Mons.

Mutatio Cambono. . . . . M. VIII.
Mansio Monte Seleuci. . . . . M. VIII.
Mutatio Daviano. . . . . M. VIII.
Mutatio ad Fine. . . . . M. XII.
Mansio Vapineo. . . . . M. XI.
Mansio Catorigas. . . . . M. XII.
Mansio Hebriduno . . . . M. XV.

Inde incipiunt Alpes Cottiæ.

Mutatio Rame. . . . . M. XVII.
Mansio Byrigantum. . . . . M. XVII.

Inde ascendis Matronam.

Mutatio Gesdaone. . . . . M. X.
Mansio ad Marte. . . . . M. IX.
Civitas Secussione . . . . M. XVI.

Inde incipit Italia.

Mutatio ad Duodecimum. . . . . . . M. XII.
Mansio ad Fines. . . . . M. XII.
Mutatio ad Octavum. . . . . M. VIII.
Civitas Taurinis. . . . . M. VIII.
Mutatio ad Decimum. . . . . M. X.
Mansio Quadratis. . . . . M. XII.
Mutatio Ceste. . . . . M. XI.
Mansio Rigomago. . . . . M. VIII.
Mutatio ad Medias. . . . . M. X.
Mutatio ad Cottias. . . . . M. XIII.
Mansio Laumello. . . . . M. XII.
Mutatio Duriis. . . . . M. IX.
:

Civitas Ticeno. . . . . M. XII.
Mutatio ad Decimum. . . . . M. X.
Civitas Mediolanum. . . . . M. X.
Mansio Fluvio Frigido. . . . . M. XII.

Fit ab Arellato ad Mediolanum usque, Millia CCCLXXV; Mutationes LXIII; Mansiones XXII.

Mutatio Argentia. . . . . M. X.
Mutatio Ponte Aurioli. . . . . M. X.
Civitas Vergamo. . . . . M. XIII.
Mutatio Tollegatæ. . . . . M. XII.
Mutatio Tetellus. . . . . M. X.
Civitas Brixa. . . . . M. X.
Mansio ad Flexum. . . . . M. XI.
Mutatio Beneventum. . . . . M. X.
Civitas Verona. . . . . M. X.
Mutatio Cadiano. . . . . M. X.
Mutatio Auræos. . . . . M. X.
Civitas Vincentia. . . . . M. XI.
Mutatio ad Finem. . . . . M. XI.
Civitas Patavi. . . . . M. X.
Mutatio ad Duodecimun. . . . . . . M. XII.
Mutatio ad Nonum. . . . . M. XI.
Civitas Altino. . . . . M. IX.
Mutatio Sanos. . . . . M. X.
Civitas Concordia. . . . . M. IX.
Mutatio Apicilia. . . . . M. IX.
Mutatio ad Undecimum. . . . . . . M. X.
Civitas Aquileia. . . . . M. XI.

Fit a Mediolano Aquileiam usque; Millia CCLI; Mutationes XXIV; Mansiones IX.

Mutatio ad Undecimum. . . . . . . M. XI.
Mutatio ad Fornolus. . . . . M. XII.
Mutatio Castra. . . . . M. XII.

Inde sunt Alpes Juliæ.

Ad Pirum summas Alpes.	M. IX.
Mansio Longatico.	M. XII.
Mutatio ad Nonum.	M. VIII.
Civitas Emona.	M. XIII.
Mutatio ad Quartodecimo.	M. X.
Mansio Hadrante.	M. XIII.

Fines Italiæ et Norci.

Mutatio ad Medias.	M. XIII.
Civitas Celeia.	M. XIII.
Mutatio Lotodos.	M. XII.
Mansio Ragindone.	M. XII.
Mutatio Pultovia.	M. XII.
Civitas Petovione.	M. XII.

Transis pontem, intras Pannoniam inferiorem.

Mutatio Ramista.	M. IX.
Mansio Aqua Viva	M. IX.
Mutatio Popolis	M. X.
Civitas Jovia	M. IX.
Mutatio Sunista.	M. IX.
Mutatio Peritur.	M. XII.
Mansio Lentolis	M. XII.
Mutatio Cardono.	M. X.
Mutatio Cocconis.	M. XII.
Mansio Serota.	M. X.
Mutatio Bolentia.	M. X.
Mansio Maurianis.	M. IX.

Intras Pannoniam superiorem.

Mutatio Serena	M. VIII.
Mansio Vereis.	M. X.

Mutatio Jovalia . . . . M. VIII.
Mutatio Mersella. . . . . M. VIII.
Civitas Mursa. . . . . M. X.
Mutatio Leutuoano. . . . . M. XII.
Civitas Cibalis. . . . . M. XII.
Mutatio Celena. . . . . M. XI.
Mansio Ulmo. . . . . M. XI.
Mutatio Spaneta. . . . . M. X.
Mutatio Vedulia. . . . . M. VIII.
Civitas Sirmium. . . . . M. VIII.

Fit ab Aquileia Sirmium usque, Millia CCCCXII; Mutationes XXXIX; Mansiones XVII.

Mutatio Fossis. . . . . M. IX.
Civitas Bassianis. . . . . M. X.
Mutatio Noviciani. . . . . M. XII.
Mutatio Altina. . . . . M. XI.
Civitas Singiduno. . . . . M. VIII.

Finis Pannoniæ Mysiæ.

Mutatio ad Sextum. . . . . M. VI.
Mutatio Tricornia Castra. . . . . . . M. VI.
Mutatio ad Sextum Miliare. . . . . . M. VII.
Civitas Aureo Monte. . . . . M. VI.
Mutatio Vingeio. . . . . M. VI.
Civitas Margo. . . . . M. IX.
Civitas Viminatio. . . . . M. X.

Ubi Diocletianus occidit Carinum.

Mutatio ad Nonum. . . . . M. IX.
Mansio Municipio. . . . . M. IX.
Mutatio Jovis Pago. . . . . M. X.
Mutatio Bao. . . . . M. VII.
Mansio Idomo. . . . . M. IX.
Mutatio ad Octavum. . . . . M. IX.
Mansio Oromago. . . . . M. VIII

Finis Mysiae et Daciae.

Mutatio Sarmatorum.	M. XII.
Mutatio Cametas.	M. XI.
Mansio Ipompeis.	M. IX.
Mutatio Rappiana.	M. XII.
Civitas Naisso.	M. XII.
Mutatio Redicibus.	M. XII.
Mutatio Ulmo.	M. VII.
Mansio Romansiana.	M. IX.
Mutatio Latina.	M. IX.
Mansio Turribus.	M. IX.
Mutatio Translitis.	M. XII.
Mutatio Ballanstra.	M. X.
Mansio Meldia.	M. IX.
Mutatio Scretisca.	M. XII.
Civitas Serdica.	M. XI.

Fit a Sirmio Serdicam usque, Millia CCCXIV; Mutationes XXIV; Mansiones XIII.

Mutatio Extvomne.	M. VIII.
Mansio Buragara.	M. IX.
Mutatio Sparata.	M. VIII.
Mansio Iliga.	M. X.
Mutatio Soneio.	M. IX.

Finis Daciæ et Thraciæ.

Mutatio Ponteucasi.	M. VI.
Mansio Bonamans.	M. VI.
Mutatio Alusore.	M. IX.
Mansio Basapare.	M. XII.
Mutatio Tugugero.	M. IX.
Civitas Eilopopuli.	M. XII.
Mutatio Syrnota.	M. X.
Mutatio Paramuole.	M. VIII.
Mansio Cillio.	M. XII.

Mutatio Carassura.	M. IX.
Mansio Azzo.	M. XI.
Mutatio Palæ.	M. VII.
Mansio Castozobra.	M. XI.
Mutatio Rhamis.	M. VII.
Mansio Burdista.	M. XI.
Mutatio Daphabæ.	M. XI.
Mansio Nicæ.	M. IX.
Mutatio Tarpodizo.	M. X.
Mutatio Urisio.	M. VII.
Mansio Virgolis.	M. VII.
Mutatio Nargo.	M. VIII.
Mansio Drizupara.	M. IX.
Mutatio Tipso.	M. X.
Mansio Turonullo.	M. XI.
Mutatio Beodizo.	M. VIII.
Civitas Heraclia.	M. IX.
Mutatio Baunne.	M. XII.
Mansio Salamembria.	M. X.
Mutatio Callum.	M. X.
Mansio Atyra.	M. X.
Mansio Regio.	M. XII.
Civitas Constantinopoli.	M. XII.

Fit a Serdica Constantinopolim usque, Millia CCCXIII; Mutationes XII; Mansiones XX.

Fit omnis summa a Burdigala Constantinopolim vicies bis centena vigenti unum Millia; Mutationes CCXXX; Mansiones CXII.

Iem ambulavimus Dalmatio et Dalmaticei, Zenofilo Cons. III kal. Jun. a Calcedonia.

Et reversi sumus Constantinopolim VII kal. Jan. Consule suprascripto.

A Constantinopoli transis Pontum, venis Calcedoniam, ambulas provinciam Bithyniam.

Mutatio Nassete.	M. VII. S.
Mansio Pandicia.	M. VII. S.

Mutatio Pontamus. . . . . M. XIII.
Mansio Libissa. . . . . M. IX.

Ibi positus est Rex Annibalianus, qui fuit Afrorum.

Mutatio Brunga. . . . . M. XII.
Civitas Nicomedia. . . . . M. XIII.

Fit a Constantinopoli Nicomediam usque, Millia VIII; Mutationes VII; Mansiones III.

Mutatio Hyribolum. . . . . M. X.
Mansio Libum. . . . . M. XI.
Mutatio Liada. . . . . M. XII.
Civitas Nicia. . . . . M. VIII.
Mutatio Schinæ. . . . . M. VIII.
Mansio Mido. . . . . M. VII.
Mutatio Chogeæ. . . . . M. VI.
Mutatio Thateso. . . . . M. X.
Mutatio Tutaio. . . . . M. IX.
Mutatio Protunica. . . . . M. XI.
Mutatio Artemis. . . . . M. XII.
Mansio Dablæ. . . . . M. VI.
Mansio Ceratæ. . . . . M. VI.

Finis Bithyniæ et Galatiæ.

Mutatio Finis. . . . . M. X.
Mansio Dadastan. . . . . M. VI.
Mutatio Transmonte. . . . . M. VI.
Mutatio Milia. . . . . M. XI.
Civitas Juliopolis. . . . . M. VII.
Mutatio Hycropontamum. . . . . . M. XIII.
Mansio Agannia. . . . . M. XI.
Mutatio Ipetobrogen. . . . . M. VII.
Mansio Mnizos. . . . . M. X.
Mutatio Prasmon. . . . . M. XII.
Mutatio Cenaxepalidem. . . . . . . M. XIII.
Civitas Anchira Galatiæ.

Fit a Nicomedia Anchiram Galatiæ usque, Millia CCLVIII, Mutationes XXVI; Mansiones XII.

Mutatio Delemna. . . . . M. X.
Mansio Curveunta. . . . . M. XI.
Mutatio Rosolodiaco. . . . . M. XII.
Mutatio Aliassum. . . . . M. XIII.
Civitas Arpona. . . . . M. XVIII.
Mutatio Galea. . . . . M. XIII.
Mutatio Andrapa. . . . . M. IX.

Finis Galatiæ et Capadociæ.

Mansio Parnasso. . . . . M. XIII.
Mansio Iogola. . . . . M. XVI.
Mansio Nitatis. . . . . M. XVIII.
Mutatio Argustana. . . . . M. XIII.
Civitas Colonia. . . . . M. XVI.
Mutatio Momoasson. . . . . M. XII.
Mansio Anathiango. . . . . M. XII.
Mutatio Chusa. . . . . M. XII.
Mansio Saismam. . . . . M. XII.
Mansio Andavilis. . . . . M. XVI.

Ibi est villa Pampali, unde veniunt equi curules.

Civitas Thiana.

Inde fuit Apollonius magus.

Civitas Faustinopoli. . . . . M. XII.
Mutatio Cæna. . . . . M. XIII.
Mansio Opodanda. . . . . M. XII.
Mutatio Pilas. . . . . M. XIV.

Finis Cappadociæ et Ciciliæ.

Mansio Mansuerine. . . . . M. XII.
Civitas Tharso. . . . . M. XII.

Inde fuit Apostolus Paulus.

Fit ab Anchira Galatiæ Tharson usque, Millia CCCXLIII, Mutationes XXV; Mansiones XVIII.

Mutatio Pargais.	M. XIII.
Civitas Adana.	M. XIV.
Civitas Mansista.	M. XVIII.
Civitas Tardequeia.	M. XV.
Mansio Catavolomis.	M. XVI.
Mansio Balæ.	M. XVII.
Mansio Alexandria Scabiosa.	M. XVI.
Mutatio Pictanus.	M. IX.

Finis Ciliciæ et Syriæ.

Mansio Pangrios.	M. VIII.
Civitas Antiochia.	M. XVI.

Fit a Tharso Ciliciæ Antiochiam (usque), Millia CLXI; Mutationes X; Mansiones VII.

Ad palatium Dafne.	M. VI.
Mutatio Hysdata.	M. XI.
Mansio Platanus.	M. VIII.
Mutatio Bachaias.	M. VIII.
Mansio Cattelas.	M. XVI.
Civitas Ladica.	M. XVI.
Civitas Gavala.	M. XIV.
Civitas Balaneas.	M. XIII.

Finis Syriæ Cœlis et Faenicis.

Mutatio Maraccas.	M. X.
Mansio Antaradus.	M. XVI.

Est civitas in mare a ripa M. II.

Mutatio Spiclin.	M. XII.
Mutatio Basiliscum.	M. XII.

Mansio Arcas. . . . . M. VIII.
Mutatio Bruttus. . . . . M. IV.
Civitas Tripoli. . . . . M. XII.
Mutatio Tridis. . . . . M. XII.
Mutatio Bruttosalia. . . . . M. XII.
Mutatio Alcobile. . . . . M. XII.
Civitas Berito. . . . . M. XII.
Mutatio Heldua. . . . . M. XII.
Mutatio Parphirion. . . : . . . . . M. VIII.
Civitas Sidona. . . . . M. VIII.

Ibi Helias ad viduam ascendi, et petiit sibi cibum.

Mutatio ad Nonum. . . . . M. IV.
Civitas Tyro. . . . . M. XII.

Fit ab Antiochie Tyrum usque, Millia CLXXIV, Mutationes XX; Mansiones XI.

Mutatio Alexandroschene. . . . , . M. XII.
Mutatio Ecdeppa. . . . . M. XII.
Civitas Ptolemaida. . . . . M. VIII.
Mutatio Calamon. . . . . M. XII.
Mansio Sicamenos . . . . M. III.

Ibi est mons Carmelus; ibi Helias sacrificium faciebat.

Mutatio Certa. . . . . M. VIII.

Finis Syriæ et Palestinæ.

Civitas Cæsarea Palestina, id est Judæ. M. VIII.

Fit a Tyro Cæsaream Palestinam usque, Millia LXXIII; Mutationes II; Mansiones III.

Ibi est balneus Cornelii centuriones, qui multas eleemosynas faciebat.

In tertio milliario est mons Syna, ubi fons est in quo mulier, si laverit, gravida fit.

Civitas Maxianopoli.. . . . . M. XVII.
Civitas Stradela. . . . . M. X.

Ibi sedit Achab rex, et Helias prophetavit.
Ibi es campus ubi David Goliath occidit.

Civitas Sciopoli . , ... - . . . . M. XII.
Aser, ubi fuit villa Job. . . . . M. VI.
Civitas Neapoli . . . . M. XV.

Ibi est mons *Agazaren*. Ibi dicunt Samaritani *Abraham sacrificium* obtulisse, et ascenduntur usque ad summum montem *gradus num. CCC.*

Indé *ad pedem montis* ipsius locus est, cui nomen est *Sechim.*

Ibi positum est monumentum, ubi positus est Joseph *in villa*, quam dedit et Jacob pater ejus. Inde rapta est et Dina filia Jacob a *filiis. Amorrœorum.*

Inde passus mille, locus est cui nomen *Secher*, unde descendit mulier Samaritana ad eumdem locum, ubi Jacob puteum fodit, ut de eo *aqua impleret*, et Dominus noster Jesus Christus cum ea loquutus est. Ubi sunt *arbores platani*, quos plantavit Jacob, et balneus qui de eo puteo lavatur.

INDE MILLIA XVIII EUNTIBUS HIERUSALEM.

In parte sinistra est villa, quæ dicitur *Bethar.*

Inde passus mille est locus, ubi Jacob, cum iret in Mesopotamiam, addormivit, et ibi est arbor *amigdala*, et vidit visum, et *Angelus* cum eo luctatus est. Ibi fuit rex Hieroboam, ad quem *missus fuit propheta* ut converteretur ad Deum excelsum: et *jussum fuerat prophetæ*, ne cum pseudopropheta, quem secum Rex habebat, manducaret. Et quia seductos est á pseudopropheta, et cum eo manducavit, rediens ocurrit prophetæ leo in via, et occidit eum leo.

INDE HIERUSALEM MILLIA XII.

Fit a Cæsarea Palestinæ Hierusalem usque Millia CXVI; Mansiones IV; Mutationes IV.

Sunt in Hierusalem piscinæ magnæ duæ ad latus Templi, id est, una ad dexteram, alia ad sinistram, quas Salomon fecit. *Interius vero civitatis* sunt *piscinæ gemellares*, quinque porticus habentes, quæ appellantur *Betsaida*. Ibi ægri multorum annorum sanabantur. Aquam autem habent eæ piscinæ *in modum coccini turbatam*. Est ibi et crypta *ubi Salomon dæmones* torquebat. Ibi est angelus turris excelsissimæ, ubi Dominus ascendit, et dixit ei is *qui tentabat* eum (1). Et ait ei Dominus: Non tentabis Dominum Deum tuum, sed illi soli servies. Ibi est et lapis angularis magnus, de quo *dictum est*: Lapidem quem reprobaverunt ædificantes. Item ad caput anguli, et sub pinna turris ipsius, sunt cubicula plurima ubi Salomon palatium habebat. Ibi etiam *constant cubiculus*, in quo sedit et sapientiam descripsit: ipse vero cubiculus uno lapide est tectus. Sunt ibi et *exceptoria magna* aquæ subterraneæ, et piscinæ, magno opere ædificatæ, et in æde ipsa ubi Templum fuit, quod Salomon ædificavit, in marmore ante aram *sanguinem Zachariæ* (2), ibi dicas hodie fusum. Etiam parent vestigia *clavarum militum* qui eum occiderunt, in totam aream, ut putes in cera fixum esse. Sunt ibi et statuæ *duæ Hadriani*. Est et non longe de statuis *lapis pertusus*, ad quem veniunt Judæi *singulis annis*, et ungent eum, et *lamentant* se cum gemitu, et vestimenta sua scindunt, et sic recedunt. Et ibi est domus Ezechiæ Regis Judæ; Item exeunti in Hierusalem, ut ascendas Sion, in parte sinistra, et deorsum in valle juxta murum, est piscina, quæ dicitur *Siloa, habet quadriporticum*, et alia piscina; grandis foras. Hic fons *sex diebus atque noctibus* currit: septi-

(1) Deficiunt hoc loco quæ Matth., c. IV, 6 reperies.
(*Note de P. Wesseling.*

(2) Asteriscus quo hæc signata sunt, deesse aliquit monet; quanquam si voculam *ibi* tolleres, sana videri possen.
(*Note de P. Wesseling.*

ma vero die est sabbathum; in totum nec nocte nec die currit. In eadem ascenditur Sion, et paret *ubi fuit domus Caiphæ* sacerdotis, et *columna adhuc* ibi est, in qua Chris– flagellis ceciderunt. Intus autem intra murum Sion, pa– ret locus ubi palatium habuit David, et *septem synagogæ*, quæ illic fuerunt; una tantum remansit, reliquæ autem *arantur et seminantur*, sicut Isaias propheta dixit. Inde ut eas foris murum de Sione euntibus ad portam Neapolita– nam, ad partem dextram, deorsum in valle sunt parietes, ubi domus fuit sive *prætorium Pontii* Pilati. Ibi Dominus auditus est antequam pateretur. A sinistra autem parte est *monticulus Golgotha*, ubi Dominus crucifixus est. Inde quasi *ad lapidem missum*, est crypta, ubi corpus ejus posi– tum fuit et tertia die resurrexit. Ibidem *modo jussu Cons– tantini* imperatoris basilica facta est, id est *Dominicum mi– ræ pulchritudinis*, habens ad latus exceptoria unde aqua levatur, et balneum a tergo, ubi *infantes lavantur*. Item ab Hierusalem euntibus ad portam quæ est contra orien– tem, ut ascendatur in montem Oliveti, *vallis quæ dicitur* Josaphat ad partem sinistram ubi sunt vineæ. Est et petra, ubi *Juda Scarioth* Christum tradidit. A parte vero dextra est arbor palmæ de qua infantes ramos tulerunt, et *veniente Cristo* subtraverunt. Inde non longe quasi ad laipidis mis– sum, sunt monumenta duo (1) *monubiles* miræ pulchritu– dinis facta. In unum positus est Isais propheta, *qui est vere monolithus*, et in alium Ezechias rex Judeorum. Inde ascendis in montem Oliveti, ubi Dominus ante passionem Apostolos docuit. Ibi facta est *basilica jussu Constantini*. Inde non longe est *monticulus ubi Dominus* ascendi orare, et apparuit illic Moyses et Helias, quando Petrum et Joan– nem secum duxit. Inde ad *orientem passus mille* quingen- tos, est villa quæ appellatur *Bethania*. Est ibi crypta ubi Lazarus positus fuit, quem Dominus suscitavit.

(1) Asteriscus defectum videtur indicare. Cæteroqui, si post vocem *pulcrhitudinis* distinguas, non male cohærent.

(*Note de P. Wesseling*).

ITEM AB HIERUSALEM IN HIERICHO MILLIA XVIII.

Descendentibus montem in parte dextra, retro monumentum est *arbor sycomori*, in quam Zachæus ascendit, ut Christum videret. A civitate passus mille quingentos est fons Helisæi prophetæ; antea si qua mulier ex ipsa aqua bibebat, *non faciebat natos*. Ad latus est vas fictile Helisæi; misit in eo sales, et venit, et stetit super fontem, et dixit: Hæc dixit Dominus, sanavi aquas has; ex eo si qua mulier inde biberit, filios faciet. Supra eumdem vero fontem est domus Rachab *fornicariæ*, ad quam exploratores introierunt, et ocultavit eos, quando Hiericho *versa est solo* evasit. Ibi fui civitas Hiericho, cujus muros gyraverunt cum arca Testamenti filii Israel, et ceciderunt muri. Ex eo non paret nisi locus ubi fuit *arca Testamenti et lapides* 12, quos filii Isreal de Jordane levaverunt. Ibidem Jesus Filius Nave *circuncidit filios Israel*, et circumcisiones eorum sepelivit.

ITEM AB HIERICHO AD MARE MORTUUM, MILLIA IX.

Est aqua ipsius *valde amarissima*, ubi in totum nulliu generis piscis est, nec *aliqua navis*, et si quis hominum miserit se ut natet, ipsa aqua eum versat.

INDE AD JORDANEM UBI DOMINUS A JOANEM BAPTIZATÚS EST MILLIA V.

Ibi est *locus super flumen* monticulus in illa ripa, ubi raptus est Helias in cœlum. Item ab Hierusalem euntibus Bethleem *millia quatuor*, *super strata* in parte dextra, est monumentum; ubi Rachel posita est uxor Jacob. Inde millia duo a parte sinistra est Bethleem, ubi natus est Dominus noster Jesus Christus; *ibi basilica* facta es jussu Constantini. Inde non longe est *monumentum Ecechiel*, Asaph, Job et Jesse, David, Salomon, et habet in ipsa crypta ad latus deorsum descendentibus. *Hebræis scriptum* nomina superscripta.

INDE BETHAZORA MILLIA XIV.

Ubi est fons, in quo Philippus Eunuchum baptizavit.

INDE TEREBINTHO MILLIA IX.

Ubi *Abraham habitavit* et *puteum fodit* sub arbore Terebintho, et cum angelis locutus est, et cibum sumpsit. *Ibi basilica* facta est jussu Constantini miræ pulchritudinis.

INDE TEREBINTHO CEDRON MILLIA II.

Ubi est *memoria* per quadrum ex lapidibus miræ pulchritudinis, *in qua positi* sunt Abraham, Issac, Jacob, Sara, Rebecca et Lia.

ITEM AD HIEROSOLYMA SIC:

Civitas Nicopoli.	M. XXII.
Civitas Lidda.	M. X.
Mutatio Antipatrida.	M. X.
Mutatio Betthar.	M. X.
Civitas Cæsarea.	M. XVI.

Fit omnes summa a Constantinopoli usque Hierusalem millia undecies centena LXIII Millia; Mutationes LXIX; Mansiones LVIII.

Item per Nicopolim Cæsaream, Millia LXXIII; S. Mutationes V; Mansiones III.

Item ad Heraclea per Macedoniam Mut. ærea Millia XVI.

Mansio Registo.	M. XII.
Mutatio Bediso.	M. XII.
Civitas Apris.	M. XII.
Mutatio Zesutera.	M. XII.

Finis Europæ et Rodopeæ.

Mansio Sirogellis.	M. X.
Mutatio Drippa.	M. XIV.
Mansio Gipsila.	M. XII.
Mutatio Demas.	M. XII.
Civitas Trajanopoli.	M. XIII.
Mutatio Adunimpara.	M. VIII.
Mutatio Salei.	M. VII. S.
Mutatio Melalico.	M. VIII.
Mansio Berozica.	M. X.
Mutatio Breierophara.	M. X.
Civitas Maximianopoli.	M. X.
Mutatio Adstabulodio.	M. XII.
Mutatio Rumbodona.	M. X.
Civitas Epyrum.	M. X.
Mutatio Purdis.	M. VIII.

Finis Rhodopeæ et Macedoniæ.

Mansio Hercontroma.	M. IX.
Mutatio Neapolim.	M. IX.
Civitas Philippis.	M. X.

Ubi Paulus et Sileas in cercere fuerant.

Mutatio ad Duodecim.	M. XII.
Mutatio Domeros.	M. VII.
Civitas Amphipolim.	M. XIII.
Mutatio Pennana.	M. X.
Mutatio Peripidis.	M. X.

Ibi positus est Euripides poeta.

Mansio Apollonia.	M. XI.
Mutatio Heracleustibus.	M. XI.
Mutatio Duodea.	M. XIV.
Civitas Thessalonica.	M. XIII.
Mutatio ad Decimum.	M. X.

Mutatio Gephira. . . . . M. X.
Civitas Pelli, unde fuit Alexander magnus
 Macedo. . . . . M. X.
Mutatio Scurio. . . . . M. XV.
Civitas Edissa. . . . . M. XV.
Mutatio ad Duodecimum. . . . . . M. XII.
Mansio Cellis. . . . . M. XVI.
Mutatio Grande. . . . . M. XIV.
Mutatio Melitonus. . . . . M. XIV.
Civitas Heraclea. . . . . M. XIII.
Mutatio Parambole. . . . . M. XII.
Mutatio Brucida. . . . . M. XIX.

Finis Macedoniæ et Epyri.

Civitas Cledo. . . . . M. XIII.
Mntatio Patras. . . . . M. XII.
Mansio Claudanon. . . . . M. IV.
Mutatio Tabernas. . . . . M. IX.
Mansio Granda Via. . . . . M. IX.
Mutatio Trajecto. . . . . M. IX.
Mansio Hiscampis. . . . . M. IX.
Mutatio ad Quintum. . . . . M. VI.
Mansio Coladiana. . . . . M. XV.
Mansio Marusio. . . . . M. XIII.
Mansio Absos. . . . . M. XIV.
Mutatio Stefana. . . . . M. XII.
Civitas Apollonia. . . . . M. XVIII.
Mutatio Stefana. . . . . M. XII.
Mansio Aulona Trajectum. . . . . . M. XII.

Fit omnis sumna ab Heraclea per Macedoniam Aulonam usque Millia DCLXXVIII; Mutationes LVIII; Mansiones XV.

Trans mare stadia mille. Quod facit millia centum.

ET VENIS ODRONTO MANSIONES MILLE PASSUS.

Mutatio ad Duodecimum. . . . . . M. XIII.
Mansio Clipeas. . . . . M. XII.

:

Mutatio Valentia. . . . . M. XIII.
Civitas Brindisi. . . . . M. XI.
Mansio Spitenæces. . . . . M. XIV.
Mutatio ad Decimum. . . . . M. XI.
Civitas Leonatiæ. . . . . M. X.
Mutatio Turres Aurilianas. . . . . . M. XV.
Mutatio Turres Julianas. . . . . . . M. IX.
Civitas Berœs. . . . . M. XI.
Mutatio Botontones. . . . . M. XI.
Civitas Rubos. . . . . M. XI.
Mutatio ad Quintum Decimum. . . . M. XV.
Civitas Canusio. . . . . M. XV.
Mutatio Undecimum. . . . . M. XI.
Civitas Serdonis. . . . . M. XV.
Civitas Aecas. . . . . M. XVIII.
Mutatio Aquilonis. . . . . M. X.

Finis Apuliæ et Campaniæ.

Mutatio ad Equum magnum. . . . . . M. VIII.
Mutatio Vicus Forno novo. . . . . . M. XII.
Civitas Benevento. . . . . M. X.
Civitas et Mansio Claudiis. . . . . . M. XII.
Mutatio Novas . . . . M. IX.
Civitas Capua. . . . . M. VII.

Fit summa ad Aulona usque Capuam Millia CCLXXXIX; Mutationes XXV; Mansiones XIII.

Mutatio ad Octavum. . . . . M. VIII.
Mutatio Ponte Campano. . . . . M. IX.
Civitas Sonuessa. . . . . M. IX.
Civitas Menturnas. . . . . M. IX.
Civitas Formis. . . . . M. IX.
Civitas Fondis. . . . . M. XII.
Civitas Terracina. . . . . M. XIII.
Mutatio ad Medias. . . . . M. X.
Mutatio Appi foro. . . . . M. IX.
Mutatio Sponsas. . . . . M, VII.
Civitas Aricia et Albona. . . . . . . M. XIV.

Mutatio ad Nono. . . . . M. XII.
In Urbe Roma. . . . . M. IX.

Fit a Capua ad Urbem Romam Millia CXXXVI; Mutationes XIV; Mansiones IX.

Fit ab Heraclea per Aulonam in urbem Romam usque. Millia undecies centena XIII; Mut. XVII; Mansiones XLVI.

AB URBE MEDIOLANUM.

Mutatio Rubras. . . . . M. IX.
Mutatio ad Vicencinum. . . . . M. XI.
Mutatio Aqua viva. . . . . M. XII.
Civitas Vericulo. . . . . M. XII.
Civitas Narniæ. . . . . M. XII.
Civitas Interamna. . . . . M. IX.
Mutatio Tribus Tabernis. . . . . . . M. III.
Mutatio Fani fugitivi. . . . . M. X.
Civitas Spolitio. . . . . M. VII.
Mutatio Sacraria. . . . . M. VIII.
Civitas Trevis. . . . . M. IV.
Civitas Fulginis. . . . . M. V.
Civitas Foro Flamini. . . . . M. III.
Civitas Noceria. . . . . M. XII.
Civitas Ptanias. . . . . M. VIII.
Mansio Herbelloni. . . . . M. VII.
Mutatio Adhesis. . . . . M. X.
Mutatio ad Cale. . . . . M. XIV.
Mutatio Intercisa. . . . . M. IX.
Civitas Foro Simproni. . . . . M. IX.
Mutatio ad Octavum. . . . . M. IX.
Civitas Fano Fortunæ. . . . . M. VIII.
Civitas Pisauro. . . . . M. XXIV.

Usque Ariminum.

Mutatio Competu. . . . . M. XII.
Civitas Cesena. . . . . M. VI.
Civitas Foropopuli. . . . . M. VI.

Civitas Forolivi.	M. VI.
Civitas Faventia.	M. V.
Civitas Foro Corneli.	M. X.
Civitas Claterno.	M. XIII.
Civitas Bononia.	M. X.
Mutatio ad Medias.	M. XV.
Mutatio Victuriolas.	M. X.
Civitas Mutena.	M. III.
Mutatio Ponte Secies.	M. V.
Civitas Regio.	M. VIII.
Mutatio Canneto.	M. X.
Civitas Parmæ.	M. VIII.
Mutatio ad Turum.	M. VII.
Mansio Fidentiæ.	M. VIII.
Mutatio ad Fonteclos.	M. VIII.
Civitas Placentia.	M. XIII.
Mutatio ad Rota.	M. XI.
Mutatio Tribus Tabernis.	M. V.
Civitas Laude.	M. IX.
Mutatio ad Nonum.	M. VII.
Civitas Mediolanum.	M. VII.

Fit omnis summa ab urbe Roma Mediolanum usque, Millia CDXVI; Mutationes XLII; Mansiones XXIIII.

EXPLICIT ITINERARIUM.

EX EODEM V. C. DE VERBIS GALLICIS.

Lugdunum, Desideratum-Montem.

Aremorici, ante mare, aræ ante; More dicunt Mare, et ideo Morini Marini.

Arverni, ante obsta.

Rhodanum, violentum. Nam Rho nimium, Dan judicem hot et Gallice, hoc et Hebraice dicitur.

Núm.° II.

DISERTACION

SOBRE LA ESTENSION

DE LA ANTIGUA JERUSALEN

Y DE SU TEMPLO,

Y SOBRE LAS MEDIDAS HEBREAS DE LONGITUD.

Las ciudades que ocupan un lugar distinguido en la historia, exigen investigaciones particulares sobre todos sus pormenores; y no puede dejar de convenirse en que Jerusalen es una de las que merecen ser objeto de nuestra curiosidad. Esta consideracion ha movido á muchos sabios á tratar ampliamente este objeto, examinándole en todas sus circunstancias, procurando encontrar los diferentes cuarteles de aquella ciudad, sus edificios públicos, sus puertas, y casi generalmente todos los sitios de que hacen alguna mencion los libros santos y otros monumentos de la antigüedad. Y aunque las investigaciones de

estos sabios no hayan tenido siempre un éxito cumplido' su celo, sin embargo, es acreedor á elogio y reconocimiento.

Lo que principalmente nos proponemos en este escrito, es fijar la estension de aquella ciudad, sobre cuyo punto nada se encuentra aun bien determinado, y generalmente se ha exagerado mucho. La cuestion debiera decidirse por el terreno empleado; pues por no haberse tomado en consideracion esta circunstancia, es por lo que este punto no se ha determinado todavía. Difícil es sin duda y casi imposible, ilustrar de un modo satisfactorio un gran número de pormenores concernientes á la ciudad de Jerusalen; mas puede esceptuarse lo que aqui nos proponemos tratar, porque esto es susceptible de grande evidencia.

Para ponerse en estado de tratar esta materia con precision, es indispensable reconocer ante todo lo que componia la antigua Jerusalen: exámen que removerá toda duda acerca de la distincion entre la ciudad moderna y la antigua. El recinto de esta parecerá tanto mas bien determinado, cuanto la disposicion natural de los lugares hace que pueda juzgarse infaliblemente. Con esta mira insertaremos aqui el calco exacto de un plano de la Jerusalen actual, levantado probablemente por la solicitud de monsieur Deshayes, que se publicó en la relacion del viage que hizo á Levante en 1621, á consecuencia de las comisiones de que se hallaba encargado por Luis XIII cerca del gran señor. Uno de los artículos de estas comisiones era el mantener á los religiosos latinos en posesion de los Santos Lugares de la Palestina, y establecer un cónsul en Jerusalen, y no debe estrañarse por lo mismo, que dicho plano se encuentre mas bien en este viage que en otro alguno. El recinto actual de la ciudad, sus calles, la topografía del piso, se espresan en este plano mejor, que yo sepa, que en ninguna otra parte; mas para la mayor limpieza, y menos distraccion del objeto principal, solo admitimos en nuestro calco aquellas circunstancias que interesan particularmente á la materia de esta disertacion. La utilidad, ó mas bien la necesidad de semejante plano en una obra de esta naturaleza, nos hacen admirar con razon

que ningun uso se haya hecho hasta ahora del que tenemos á la vista.

I.

DISCUSION SOBRE LOS CUARTELES DE LA ANTIGUA JERUSALEN.

En el libro VI, capítulo VI de la historia de la *Guerra de los judios* nos da Josefo una idea general de Jerusalen, diciendo que esta ciudad estaba situada sobre dos colinas, una en frente de otra, y separada por un valle; que lo que se llamaba la *Ciudad alta*, ocupaba la mayor y mas elevada de dichas colinas, que era la que por su ventajosa situacion habia elegido David para levantar en ella su fortaleza; y que la otra colina, llamada *Acra*, servia de asiento á la *Ciudad baja*. Pues ahora bien: en el dia vemos aun que el monte Sion, que es la primera de dichas colinas, se distingue perfectamente sobre el plano. Su escarpe mas notable mira al Mediodia y al Occidente, estando formado por un profundo barranco, que en la Escritura se llama *Ge-ben-Hinnom, ó el Valle de los Hijos Hinnom*. Este valle, que corre de Poniente á Levante, se encuentra al estremo del monte Sion con el valle de Cedron, que se estiende de Norte á Sur. Estas circunstancias locales, determinadas por la misma naturaleza, no han sufrido ninguna variacion en los cambios que el tiempo y el furor de los hombres ha podido hacer en Jerusalen; y de consiguiente estamos seguros de los límites de esta ciudad en la parte que ocupaba Sion. Este es el lado que mas se adelanta hácia el Mediodia; y no solamente se fijaron los fundadores de modo, que no podian ya estenderse mas por aquel lado, sino que el espacio que el recinto de Jerusalen podia ocupar en su latitud, se encuentra determinado de un lado por la pendiente ó escarpe de Sion que mira á Poniente, y de otro por su estremidad opuesta hácia Cedron y al Oriente. El muro de Jerusalen, que llama Josefo *mas antiguo*, como atribuido á David y á Salomon, coronaba la cresta de la roca, segun el testimonio de este historiador. Y á esta circunstancia aluden tambien las palabras de Tácito en la descripcion que hace de Jerusalen (Hist. lib. V,

cap. XI). *Duos colles, immensum editos, claudebant muri... extrema rupis abrupta.* De donde se sigue que el contorno del monte sirve todavía para indicar y circunscribir el antiguo recinto.

La segunda colina se levantaba al Norte de Sion, y por su parte oriental daba frente al monte Moria, en donde estaba el templo, y del que dicha colina únicamente se hallaba separada por una cavidad, que los Asmoneos cegaron arrasando la cumbre de Acra, como refiere Josefo en el mismo lugar citado. Porque como esta cumbre dominaba el templo, que estaba muy vecino, segun dice Josefo, Antíoco Epifanes habia construido en ella una fortaleza, para tener sujeta la ciudad y molestar al templo; cuya fortaleza, hallándose guarnecida por tropas griegas ó macedonias, se sostuvo contra los judíos hasta el tiempo de Simon, que la demolió arrasando al mismo tiempo la colina. Como no se habla de Acra sino desde aquel tiempo, parece muy probable que este nombre no es otra cosa que la voz griega que significa un lugar elevado, y se toma tambien algunas veces por una fortaleza, del mismo modo que nosotros hemos empleado algunas veces el término *Roca.* Por otra parte, la voz *Hakra* con aspiracion, parece haber sido propia de los sirios, ó al menos adoptada por ellos para designar un lugar fortificado; y en la paráfrasis caldáica (Samuel, lib. II, cap. II, V. 7) Hakra-Dsium es la fortaleza de Sion. Josefo da una idea de la figura de la colina en su base por el término *amphikyrtos*, el cual, segun Suidas, es propio de la luna en una de sus fases entre el creciente y el lleno, y segun Marciano-Capella, entre la media luna y la luna llena. Una particularidad notable en el plano que nos sirve de original es un vestigio de la eminencia principal de Acra entre Sion y el templo; y esta circunstancia es tanto menos equívoca, cuanto que sobre el mismo plano, en direccion hácia el ángulo Sudo-Este del templo, se ha tenido la advertencia de escribir *lugar alto.*

Como el monte Moria, en el que estaba situado el templo, no era mas que una colina irregular, para levantar las oficinas de este sobre una superficie igual, y aumentar el area de la cumbre, fué preciso sostener por medio de obras inmensas los lados, que formaban un cuadrado. El

costado oriental rodeaba el valle de Cedron, comunmente llamado de *Josafat*, que es muy profundo; el del Mediodía, que dominaba sobre un terreno muy hundido, estaba revestido de arriba á bajo por una fuerte mampostería. Josefo da á esta parte del templo nada menos de trescientos codos de elevacion; de modo que para ponerle en comunicacion con Sion, fué preciso, como nos dice el mismo autor, construir un puente. El costado occidental miraba á Acra, cuyo aspecto, con respecto al templo, lo compara Josefo á un teatro. Por la parte del Norte, dice nuestro historiador, un foso abierto separaba el templo de la colina llamada *Bezetha*, que en lo sucesivo se agregó á la ciudad en una ampliacion de su recinto. Tal es la disposicion general del monte Moria en el recinto de Jerusalen.

La famosa torre Antonia flanqueaba el ángulo del templo que miraba al Noroeste. Fundada sobre una roca, fué construida primeramente por Hyrcan, primero de este nombre, y llamada *Bareis*, voz griega segun Josefo, pero que San Gerónimo dice haber sido comun hasta su tiempo en la Palestina, para designar las casas fuertes construidas en forma de torres. Esta fué muy hermoseada en tiempo de Herodes, el cual la dió el nombre de Antonio su bienhechor, y antes de la ampliacion de Bezetha, el recinto de la ciudad no se estendia mas allá del costado del Norte. Tambien debe rebajarse un poco hácia el Sur, á corta distancia de la fachada occidental del templo, para escluir de la ciudad al Gólgota ó Calvario, que estando destinado al suplicio de los malhechores, no se hallaba comprendido en su recinto. La piedad de los cristianos no ha permitido en ningun tiempo que este lugar permaneciese desconocido, aun antes del reinado del gran Constantino. Porque ¿cómo hubiera podido serlo á aquellos judíos convertidos al cristianismo que dice San Epifanio, recobraron su morada en las ruinas de Jerusalen despues de la destruccion de esta ciudad por Tito, y que observaron en ella una vida edificante? Segun el testimonio de Eusebio, Constantino encerró este mismo lugar en una basílica el año 426, de la cual habla muy arreglado á este testimonio el autor del *Itinerarium á Burdigala Hierusalem*

usque, que se encontraba en Jerusalen en 333, segun el consulado que sirve de fecha á dicho documento: *ibidem* modo *jussu Constantini imperatoris, Basilica facta est, id est Dominicum, miræ pulchritudinis*. Y aunque al principio del siglo once, Almanzor-Makimvilla, califa de la raza de los fatimitas de Egipto, hizo destruir esta iglesia, porque no queria tolerar la superchería del pretendido fuego santo de los griegos la víspera de Pascua, el emperador griego Constantino Monomaco, adquirió treinta y siete años despues, en 1048, del nieto de Hakim, el derecho de reedificar la misma iglesia, lo cual realizó á sus espensas, como lo refiere Guillermo, arzobispo de Tiro (lib. I, cap. VII). Por otra parte, la conquista de Jerusalen por Godofre de Bullon en 1099, no deja un gran trascurso de tiempo desde el hecho de que acaba de hablarse. Puede, pues, observarse que las circunstancias precedentes que conciernen á la antigua Jerusalen, no tienen nada de equívocas, sino que antes bien son tan decisivas como la disposicion del monte Sion al lado opuesto.

Solo hay alguna ambigüedad en lo que mira á la parte oriental de Jerusalen. Es notorio y evidente que el valle de Cedron servia de límite á la ciudad, en corta diferencia en la misma línea en que seguia la direccion de dicho valle la fachada del templo que miraba al mismo lado. Es notorio tambien lo que debe pensarse en cuanto al lado occidental de la ciudad, cuando se considera sobre el plano que la elevacion natural del terreno, que limita la estension de Sion, tanto por aquel lado como por la parte del Mediodía, continúa prolongándose hácia el Norte hasta la altura del templo. Y no puede absolutamente dudarse que este prolongamiento de cuesta que domina sobre un valle fuera de la ciudad, es el costado de Acra, opuesto al que mira al templo. La ventajosa situacion que los muros de la ciudad conservan sobre el escarpe, justifica cumplidamente esta opinion, que ademas se apoya en el testimonio formal de Brocardo, religioso dominico, que estaba en Palestina en el año 1283, segun nos lo dice en la descripcion que hizo de aquel pais. Las palabras sacadas de la descripcion especial de aquella ciudad se refieren á la parte occidental del recinto de Jerusalen prolongado desde Sion

hasta el Norte: *Vorago seu vallis, quæ procedebat versus aquilonem, faciebat que fossam civitatis juxta longitudinem ejus, usque ad plagam aquilonis; et super eam erat intrinsecus rupes eminens, quam Josephus Acram appellat, quæ sustinebat murum civitatis superpositum, cingentem ab occidente civitatem, usque ad portam Ephraïm, ubi curvatur contra orientem.* Esta esposicion de un autor que escribió en virtud de las noticias que habia adquirido en los mismos sitios, es exactamente conforme con lo que acaba de dictarnos la representacion del terreno, segun el plano que de él se ha levantado: *rupes imminens voragini, sive fossæ, procedenti versus aquilonem, sustinebat murum civitatis, cingentem eam ab occidente usque dum curvatur versus orientem.* Y he aqui lo suficiente para conocer los diferentes cuarteles que componian la antigua Jerusalen, su asiento y situacion respectiva.

II.

RECINTO DE LA ANTIGUA JERUSALEN.

Los pormenores á que se estiende Josefo con respecto á las diversas murallas que rodeaban á Jerusalen, contienen circunstancias que acaban de instruirnos en todo lo relativo al recinto de aquella ciudad.

Este historiador distingue tres murallas diferentes: la que llama *la mas antigua* no solo rodeaba á Sion por la parte esterior de la ciudad, sino que separaba esta parte de la ciudad inferior á Acra, y por este punto empieza Josefo la descripcion de la muralla. Dice que la torre llamada *Hippicos*, despues de apoyarse en el lado que miraba al Norte, *incipiens ad boream ab Hippicos*, se estendia desde allí hasta el pórtico occidental del templo, por el cual, á juzgar por el plano, debemos entender su ángulo Sudoeste. Se ve, pues, claramente que esta parte de muralla separa la ciudad alta de la baja; y á lo que parece, corresponde al recinto meridional de la moderna ciudad de Jerusalen que escluye á Sion, de manera que puede fundadamente presumirse que la torre Hippicos, cuya posicion, como veremos luego, es muy importante, estaba situada

hácia el ángulo Sudoeste de la actual Jerusalen. Si hemos de dar fé á muchas relaciones, este recinto es obra de Soliman, que en 1520 sucedió á su padre Selim, al cual deben los turcos la conquista de Siria y del Egipto. Sin embargo, El-Edrisi, que escribia su geografía para Rogerio I, rey de Suecia, que murió en 1151, representa á Jerusalen en un estado conforme al que tiene hoy dia, diciendo que su longitud se estendia de Occidente á Oriente, y debe notarse ademas que escluye formalmente de su recinto el monte de Sion; pues segun su descripcion, para dirigirse á un templo donde ya entonces creian los cristianos que Jesucristo habia celebrado la cena, y que se halla situado sobre dicho monte, era menester salir de la ciudad por una puerta llamada de *Sion-Bab-Seihun*, lo que concuerda con el actual estado de Jerusalen. Benjamin de Tudela, que hizo su viage en 1173, observa que en aquella época no habia en el monte Sion mas edificio entero que esta iglesia. Y lo que se lee en el viage hecho por Willebrando de Oldemburgo en 1211 con relacion al monte Sion, *nunc includitur muris civitatis, sed tempore passionis Dominicæ excludebatur*, debe tomarse en sentido contrario, aun cuando solo sea con respecto á este último miembro, *excludebatur tempore passionis*. Es en general muy verosímil que en los lugares en que las partes del antiguo recinto tienen alguna relacion con el moderno, la disposicion de los lugares, y los mismos vestigios de los cimientos antiguos, como que son los que determinaron el curso de este recinto moderno, nos indican de consiguiente las reliquias del antiguo. Hay ademas una circunstancia particular que autoriza esta observacion general en lo relativo á la separacion de Sion y Acra, y es ese recodo entrante con respecto á Sion que se encuentra en el plano, siguiendo el recinto actual y meridional de la ciudad de Jerusalen en la parte mas vecina al solar del templo ó del monte Moria. Porque si se observa con atencion, solo de este modo podia el cuartel de Sion estar separado de Acra, pues segun hemos ya observado hablando de esta, el sitio llamado en el plano *lugar alto*, y del cual parece depende el recodo de que tratamos, designa indudablemente una parte de la eminencia llamada *Acra*, y es verosímil que

esta fuese la que dominaba mas, y por consecuencia se distinguia mas de Sion.

Habiendo descrito Josefo la parte septentrional del recinto de Sion desde la torre Hippicos hasta el templo, vuelve á partir desde esta torre para continuar su línea por el Occidente, y luego por el Mediodía hasta cerca de la fuente de Siloé. Esta fuente se halla en el fondo de una profunda rambla, que corta la parte inferior de Sion, prolongada hasta la orilla del valle de Cedron, y la separa de una porcion de la ciudad situada á lo largo de dicho valle hasta el pie del templo. En esta rambla terminaba la hondonada ó valle que distinguia el monte de Sion de la colina de Acra, y que Josefo llama *Caseariorum*, ó de los Queseros. Edrisi hace mencion muy clara de este valle, diciendo que á la salida de la puerta que ha citado ya con el *nombre de Sion*, se baja á una profundidad (*in fossam*, segun la version de los maronitas), que se llama, añade, *el valle del Infierno*, y en la cual está la fuente Seluan (ó Siloan). Esta fuente no se hallaba en el recinto de la ciudad: San Gerónimo nos lo hace conocer por estas palabras (*in Matth.*, XXIII, 25): *In postarum exitibus, quæ Siloam ducunt*. Como el valle donde se halla situada Siloé sube de Sudeste á Noroeste, nos parece muy exacto lo que dice Josefo de que la muralla que domina la fuente de Siloé corre por un lado hácia el Mediodía, y por el otro hácia el Oriente. Porque segun el mismo plano del local, asi exactamente seguia la muralla los dos escarpes que forman la rambla. El Itinerario de Jerusalen esplica oportunamente todo lo relativo á la fuente de Siloé: *Deorsum in valle, juxta murum, est piscina quæ dicitur Siloa*. Debemos notar tambien la mencion que se hace de este muro en un escrito del tiempo de Constantino el Grande, por el cual puede inferirse que el restablecimiento de Jerusalen despues de la destruccion de esta ciudad por Tito, restablecimiento, que como se sabe, fué obra de Adriano, bajo el nuevo nombre de *Ælia Capitolina*, se estendió á Sion igualmente que al resto de la ciudad: por manera que la ruina de Sion, tal como en el dia se ve, no puede haber tenido otra causa que los estragos que hizo en la ciudad Cosroes, rey de Persia, que la tomó en 614. Seria, pues,

un error el tomar á la letra lo que dice Abulfaragio (*Dynast.* 7) de que la Elia de Adriano estaba inmediata á la Jerusalen destruida. Esto no debe significar otra cosa sino que el solar de esta ciudad, segun se hallaba en tiempo de aquel historiador, despues del establecimiento del mahometismo, no corresponde exactamente al que tenia en una edad mas remota. Y no ha de imaginarse que el uso del nombre de *Ælia*, que emplea Abulfaragio, se limita al tiempo de la dominacion romana; pues los escritores orientales empleaban algunas veces la denominacion de *Ilia* para designar á Jerusalen.

Mas volviendo á seguir los vestigios del muro despues de Siloé, este muro se prolongaba al través de Ophla, y venia á terminar en la fachada oriental del templo, lo que en efecto nos conduce á su ángulo entre Oriente y Mediodía. En muchos lugares de la Escritura se hace mencion de Olph'l ú Ophel, y este término suele emplearse tambien metafóricamente; pero sin que pueda determinarse por el sentido de la frase del texto original si significa ceguedad, ó mas bien presuncion ú orgullo. Los comentadores están divididos, pues los unos pretenden que Ophel significa un lugar elevado, y los otros un lugar profundo. Pero la contrariedad de esta interpretacion no es mas estraordinaria que la que puede observarse en el uso de la voz latina *altus*, que se emplea algunas veces por profundidad, y otras por elevacion. La version griega (*Reg.* IV, v. 24) traduce Ophel, lugar cubierto, y por decirlo asi tenebroso: y en efecto, si se advierte que Ophla en Josefo se encuentra precisamente en el paso de la muralla por aquel terreno tan profundo, sobre el cual se ha dicho, hablando del monte Moria, que dominaba la fachada meridional del templo; no podrá dejar de convenirse en que la interpretacion del nombre Ophel como lugar profundo, está justificada por una circunstancia de esta naturaleza, y no admite equivocacion alguna.

El solar que ocupa Ophel parece convenir á lo que dice Josefo en el libro VI, capítulo VII de la *Guerra de los Judíos*, hablando de las facciones ó partidos en que se hallaba dividida Jerusalen, á saber: que uno de estos partidos ocupaba el templo, Ophla y el valle de Cedron. En los

Paralipomenos (II, XXXIII, 14) se dice que el rey Manasés encerró á Ophel en el recinto de la ciudad; lo cual es tanto mas notable, cuanto que de ello podia inferirse que la ciudad de David no habia hasta entonces escedido los límites naturales del monte de Sion, que realmente se halla limitado por la rambla de Siloé. Hé aqui la traduccion literal del texto: *Ædificavit murum exteriorem civitati David, ab occidente Gihon, in torrente, procedendo usque ad portam Piscium, et circuivit Ophel, et munivit eum.* Estas palabras: *murum exteriorem civitati David*, harian alusion á la consecuencia que del engrandecimiento de Ophel acaba de sacarse, *circuivit*, *Gihon*, segun los comentadores, es lo mismo que Siloé, y en este caso *ab occidente*, debe entenderse despues de lo que se halla al Poniente de Siloé, esto es, desde Sion, cuya posicion es verdaderamente occidental con respecto á esta fuente, hasta la orilla del torrente, *in torrente*, el cual es natural que sea el de Cedron. Yo no veo que la misma disposicion del lugar pueda probar mas que esta interpretacion, la cual nos enseña que hemos de hacer una distincion en lo que es propiamente la ciudad de David, y lo que despues se ha comprendido en el mismo cuartel de Sion. Hemos seguido, pues, los vestigios del recinto que encerraba enteramente este cuartel, y todas sus dependencias hasta el pie del templo.

La segunda muralla de que habla Josefo, no interesa á nuestro objeto, por razon de que se hallaba contenida dentro de la misma ciudad. Empezaba en la puerta llamada Genath, ó de los Jardines, segun puede esta voz interpretarse; cuya puerta estaba abierta en el primero de los muros, ó el que separaba á Sion de Acra. Este segundo muro, avanzando hácia la parte septentrional de la ciudad, se replegaba sobre la torre Antonia, en donde venia á terminar. Y de consiguiente esta muralla no era otra cosa que una seccion ó atajo hecho en la estension de Acra, apoyado por un lado sobre el muro de Sion, y por el otro sobre la torre que cubria el ángulo Noroeste del templo. El asiento de este muro podia corresponder á una línea de puntos que se encontrará en el plano en el sitio que ocupa Acra; y es natural creer que solo existiria porque habia precedido á un muro ulterior, tal como el que da mas estension

al cuartel de Acra, del cual nos resta hablar. Solo añadiré que si hemos de seguir los detalles de la reedificacion del recinto de Jerusalen verificada por Nehemías, debemos fijarnos principalmente en este muro; pues hay mas fundamento para atribuir á los príncipes Asmoneos, y al tiempo de su mayor prosperidad, la obra de un nuevo muro que duplicase aquel y abrazase mas espacio.

El tercer muro que unido al primero acabará de circunscribir el recinto de Jerusalen, comienza, segun Josefo, en la torre Hippicos. La descripcion de la primera muralla nos ha servido ya para conocer la posicion de esta torre, la cual se halla confirmada por lo que el mismo historiador dice de la muralla de que ahora tratamos. Partiendo, pues, de la torre Hippicos, estendíase esta muralla en derechura hácia el Septentrion, hasta llegar á otra torre muy considerable, llamada Psephina. Y como observamos todavía que el actual recinto de Jerusalen, conservando la ventaja de hallarse situado sobre la falda que servia de asiento á la ciudad baja antigua, se estiende del Mediodía al Septentrion, desde el ángulo boreal de Sion, debemos colocar la torre Hippicos desde este punto hasta el castillo llamado de los Pisanos. La torre Psephina, segun lo que en otra parte dice Josefo, no cedia á ninguna de las otras comprendidas en las fortificaciones de Jerusalen. El Castel-Pisano es aun en el dia una especie de ciudadela, en donde se alojan el agá y la guarnicion que manda. El griego Focas, que visitó en 1185 los Santos Lugares de Palestina, y cuyo viage publicó Alacio *in Symnictus sive opusculis*, dice que esta torre, ó mas bien este castillo, para corresponder á los términos de que se sirve: *Turris in signi admodum magnitudine*, era llamada por los de Jerusalen la *torre de David*. Este autor coloca dicha torre al Norte de la ciudad; y Epifanio Hagropolita la pone junto á la puerta que mira al Poniente, lo cual es mas exacto, sobre todo con respecto á la ciudad moderna. Segun la relacion del monge Brocard, que anteriormente dejo citada, la torre de David debió estar comprendida en la estension de Sion, levantándose cerca del ángulo que el valle que separaba este monte de Acra formaba con el escarpe occidental de Sion; situacion que se adapta mejor á Hippicos que á Pse-

phina. Mas esto no impide que en la misma relacion se haga mencion particular del sitio que se refiere á Castel-Pisano, el cual se reconoce distintamente en estas palabras: *Rupes illa, super quam ex parte occidentis erat extructus murus civitatis, erat valde eminens, præserti in angulo, ubi occidentalis muri pars connectevatur aquilonari; ubi et turris* Neblosa *dicta, et propugnaculum valde firmum, cujus ruinæ adhuc visuntur, unde tota Arabia, Jordanis, mare Mortuum*, et *alia plurima loca, sereno cœlo videri possunt*. Esta última circunstancia que patentiza todas las ventajas de la situacion de la torre, es muy oportuna para determinar nuestra opinion sobre el solar que mejor puede convenir á la antigua torre Psephina y al actual Castel-Pisano. Diremos mas: lo que Brocard refiere en este lugar está muy conforme con lo que se lee en Josefo (libro VI, capítulo VI de la *Guerra de los judíos*) que al salir el sol, desde la torre Psephina se descubria la Arabia, el mar y el pais mas remoto de la Judea. Y aunque no es verosímil que el castillo, segun existe en el dia, sea el mismo que se encontraba en el lugar que ocupa, y seria un error, como lo nota Focas, el atribuirlo á David; no se sigue, sin embargo, que fuese diferente en cuanto al lugar y al asiento. Benjamin de Tudela pretende que las murallas construidas por los judíos, sus antepasados, subsistian aun en su tiempo, esto es, en el siglo doce, á la altura de diez codos.

Si encontramos desde luego tanta conformidad entre Castel-Pisano y la torre Psephina, la observacion siguiente decide el punto de un modo indubitable. Josefo dice formalmente que esta torre flanqueaba el ángulo de la ciudad que miraba al Norte y al Poniente, que es lo que como acaba de verse, esplica Brocard hablando del sitio que nosotros creemos la corresponde, *ubi occidentalis muri pars connectevatur aquilonari*. Y ya se notará que á la altura del frente septentrional de Castel-Pisano, ó de la puerta de Poniente que se halla junto á este frente, no se puede escluir de la antigua ciudad el lugar del Calvario sin replegarse por el costado de Levante. Luego el Castel-Pisano adonde nos ha conducido el curso de la muralla desde la torre Hippicos, ó una línea dirigida hácia el Norte, ocu-

pa precisamente este ángulo del antiguo recinto. Debe, pues, convenirse en que si el sitio del Hippicos tuviese necesidad de confirmacion, se encontraria en esta determinacion tan precisa de Psephina, verificada por la relacion de situacion.

En cuanto al nombre de *Castel-Pisano* (porque acaso se querrá saber la causa de esta determinacion), confieso que no he encontrado en la historia ningun hecho particular que tenga relacion directa con dicho nombre. Pero es, sin embargo, constante que á consecuencia de la parte que los pisanos, muy poderosos en otro tiempo, tomaron en las guerras santas, obtuvieron establecimientos y concesiones en Acre, Tiro y otros lugares de la Palestina. El autor de los *Anales de Pisa*, Paolo Tronci (pág. 35) atribuye á dos compatriotas suyos el honor de haber sido los primeros que escalaron las murallas de Jerusalen cuando fué tomada por Godofre de Bullon; y puede tambien observarse que el primer prelado latino que despues de aquella conquista ocupó la silla patriarcal de Jerusalen fué un obispo de Pisa, llamado *Daivert*. Por lo demas, yo discurro que el haber encontrado varios blasones con las armas de Pisa en algunos parages del castillo, pudo bastar para que en los últimos siglos le diesen el nombre que ahora lleva. En el tiempo en que se hallaba Brocard en Palestina, esto es, hácia el fin del siglo trece, vemos que este castillo se llamaba *Neblosa*, que es la forma que el nombre de *Neapolis* toma ordinariamente en el lenguage de los levantinos; y no debe estrañarse que este religioso hable de él como de un lugar arruinado ó muy decaido; pues es positivo que cerca de treinta y tres años, despues de la toma de Jerusalen por Saladino, y en el año de la hegira 616, que corresponde al 1219 de Jesucristo, Isa, sobrino de aquel príncipe que reinaba en Damasco, hizo demoler las fortificaciones de Jerusalen, y que David, hijo de este, destruyó veinte años despues una fortaleza que los franceses habian reedificado en dicha ciudad.

Despues de hablar de Psephina, acaba Josefo de trazar el recinto de Jerusalen en su parte septentrional. Antes que Bezetha engrandeciese la ciudad, nada mas hubiera sido menester para determinar su recinto por aquel lado

que dirigirse á la torre Antonia, junto al ángulo Noroeste del templo. Ninguna mencion se hace de esta torre en lo que respecta á la tercera muralla. Josefo indica un ángulo para volver á la línea de circunferencia sobre la orilla del torrente Cedron; y con efecto, se observa que el recinto moderno, en que se conserva el terreno de Bezetha, presenta este ángulo, y aun á muy gran distancia del ángulo Nordeste del templo adonde conviene dirigirse. El actual recinto de Jerusalen, por su retroceso con respecto á la cara septentrional del templo, da á Bezetha una estension, que en nada cede á la de la ciudad baja, lo que parece muy suficiente y oportuno. Josefo nos indica las grutas reales como un lugar situado enfrente de la línea del recinto en esta parte que mira al Septentrion. Estas grutas están inmediatas á la que se llama de Geremías, y esta no puede indicarse mas aproximadamente que siguiendo el recinto actual segun está marcado en el plano de Jerusalen. Josefo pretende que el nombre de *Bezetha* viene á ser la misma denominacion griega de la ciudad nueva, lo cual se halla contestado por Willalpando y Lami, que producen otras interpretaciones. Agripa, primero de este nombre, empezó bajo el imperio de Claudio el recinto que encerraba este cuartel; y lo que no se atrevió á concluir, que era levantar este nuevo muro á una altura suficiente para la defensa, lo ejecutaron en tiempos posteriores los judíos.

De esta manera puede reconocerse, no solo los diferentes cuarteles que componian la ciudad de Jerusalen en el mayor espacio que ocupó, sino hasta los puntos por donde pasaba su recinto. Antes de haberse deducido y reunido bajo un solo punto de vista todas estas circunstancias, y haberlas verificado por su aplicacion á la misma disposicion del local, una preocupacion de incertidumbre sobre los medios de fijar las ideas relativas al estado de la antigua Jerusalen, podia inducir á creer que era difícil que una comparacion con su estado actual y moderno pudiese dar idea exacta de su estension; pero lejos de verificarse esta incertidumbre, se verá en el curso de este escrito que las medidas del circuito de la antigua Jerusalen, tomadas de la antigüedad, no tienen otro valor que el que resulta de una exacta combinacion con las medidas

actuales que suministra el local; y es claro que una conformidad de esta naturaleza supone necesariamente que no se ha padecido equivocacion en lo que mira á la antigua Jerusalen.

III.

MEDIDA ACTUAL DEL PLANO DE JERUSALEN.

Para esplicar segun es necesario la escala del plano de Mr. Deshayes, manifestaré fielmente lo que un exámen escrupuloso me ha hecho observar. Se ve una pequeña pértiga, definida *cien pasos*, cuya repeticion doy en el plano adjunto; y á su lado otra mas larga con el número *cien*, y cuya mitad se halla dividida en partes de diez en diez. Por la combinacion de longitud entre estas dos pértigas, es fácil conocer que la una indica pasos comunes y la otra toesas; mas no debo disimular que no se encuentra entre ambas medidas la mas exacta proporcion. Midiendo el contorno de la ciudad con la escala de los pasos comunes, me ha parecido que daba cerca de cinco mil y cien pasos; los cuales, al respecto de dos pies y medio, segun la longitud del paso comun, dan doce mil setecientos cincuenta pies, ó dos mil ciento veinte y cinco toesas. Mas por la escala de toesas solo se cuentan dos mil, á saber: en la parte septentrional, y desde el ángulo Nordeste al Noroeste, seiscientas setenta y siete; en la parte occidental hasta el ángulo Sudoeste, trescientas cincuenta y cinco; en la parte meridional, quinientas cuarenta y cuatro; y del ángulo Sudeste, volviendo al primero por la parte oriental, cuatrocientos veinte y ocho: total dos mil y cuatro. En estas medidas he creido que debia despreciar las salidas de las torres y algunas pequeñas estrellas que forma la fortificacion en varios puntos del recinto; mas todos los cambios de direccion y demas rodeos han sido observados. Y lo que no se hace aqui con referencia á la medida tomada segun la escala de pasos, que es entrar en el pormenor de los cuatro principales aspectos en que se encuentra dispuesto el suelo de Jerusalen, ha parecido que debia deducirse con preferencia segun la escala de toesas, en razon de que

esta parece menos equívoca que la otra. Sin embargo de esta preferencia, que se justificará por lo que sigue, debe decirse, para no omitir nada, que la subdivision de esta escala de toesas es poco exacta en el espacio tomado por cincuenta toesas ó por la mitad de la pértiga, porque esta parte es mucho mas corta con respecto al total; y yo he llevado el exámen hasta conocer que, medido el circuito de Jerusalen por esta porcion de pértiga, subiria á dos mil doscientas toesas.

Aunque no puede negarse que estas diferencias perjudican á la precision de la escala del plano, no por esto seria conveniente desecharlo de todo punto; y repito que la pértiga de cien toesas me parece menos equívoca que lo demas. La medida del circuito de Jerusalen en su estado moderno, tal como le representa el plano de Mr. Deshayes, la trae el inglés Maundrell en su *Viage de Alepo á Jerusalen*, que es sin contradiccion uno de los mejores rasgos de este genio. Este hábil y exacto viagero contó cuatro mil seiscientos treinta pasos suyos en el circuito esterior de las murallas de Jerusalen, y observa que la diminucion de un décimo sobre este número, reduce la medida de dicho circuito á cuatro mil ciento sesenta y siete pértigas inglesas, es decir, que diez pasos son equivalentes á nueve pértigas. Componiéndose una toesa inglesa de dos pértigas, pues que la pértiga es de tres pies, esta toesa es igual á ochocientas once líneas de la medida del pie francés, segun la mas escrupulosa valuacion; lo que no deja de añadir alguna fuerza á las comparaciones anteriormente hechas entre el pie francés y el inglés, segun ya lo he notado en el *Tratado de las medidas itinerarias*. De consiguiente, las cuatro mil ciento sesenta y siete pértigas, ó dos mil ochenta y tres y media toesas inglesas, darán un millon seiscientos ochenta y nueve mil setecientas diez y ocho líneas: que producen ciento cuarenta mil ochocientas diez pulgadas, ú once mil setecientos treinta y cuatro pies y dos pulgadas, ó mil novecientas cincuenta y cinco toesas, cuatro pies y dos pulgadas. Luego si suponemos esta medida de mil novecientas sesenta toesas redondas, y considerásemos igualmente de dos mil la del plano de Mr. Deshayes, el medio proporcional no se hallaria sino á

veinte toesas de distancia de los puntos estremos ó un céntimo del todo. ¿Y qué mas puede desearse en el objeto de que se trata? Acaso no se encontrarian menos contrariedades entre los diversos planos de nuestras plazas y ciudades fronterizas. Es de observar, como otra de las pruebas de la preferencia que debe darse á la pértiga de cien toesas, que aunque su discrepancia de las otras indicaciones de la escala del plano consiste en dar menos valor de medida, sin embargo, mas bien peca en abundancia que en falta, si se compara con la medida que tomó Maundrell sobre el terreno.

IV.

MEDIDA DEL RECINTO DE LA ANTIGUA JERUSALEN.

Discutida y reconocida la medida positiva del espacio sobre el plano actual de Jerusalen, veamos ahora las medidas que sobre su circuito nos han dejado muchos escritores de la antigüedad. Tanto de la esposicion que arriba queda hecha de su estado actual, como de la misma disposicion del terreno y de las circunstancias locales que no han podido sufrir variacion, puede inferirse que no hay riesgo de equivocarse con respecto á los antiguos límites de Jerusalen. Estos se circunscriben sobre el terreno, no solo por los puntos de hecho que le son relativos, sino tambien por los que conciernen al mismo sitio. Y esto es lo que hizo decir á Brocard: *Quam, ob locorum munitionem, transferri non possit (Jerusalem), á pristino situ.* De modo que el plano del local se juzga bastante exacto para poder trazar sobre el mismo una línea de circunferencia que represente la verdadera: convencimiento á que ha podido llegarse siguiendo sobre el plano los pormenores que se han espuesto sobre la antigua Jerusalen. Ahora debemos tratar de las medidas que acaban de enunciarse.

Eusebio en su *Preparacion evangélica* (lib. IX, XXXVI), nos enseña, siguiendo á un agrimensor sirio, que el recinto de Jerusalen es de veinte y siete estadios. Por otra parte, Josefo (lib. VI de la *Guerra de los Judios*, cap. VI), cuenta treinta y tres estadios en el mismo circuito de la

ciudad. Segun el testimonio del propio Eusebio, Timocares habia escrito en una historia del rey Antioco Epifanés, que Jerusalen tenia cuarenta estadios de circuito. Aristeas, autor de una historia de los setenta intérpretes que trabajaron en tiempo de Tolomeo Filadelfo, conviene en esta medida con Timocares. En fin, Hecateo, citado por Josefo en su libro primero contra Apino, daba á Jerusalen cincuenta estadios de circunferencia. El número de los estadios aqui referidos varía desde veinte y siete á cincuenta. ¡Qué diversidad! ¿Cómo reconocer correspondencia alguna en unas indicaciones que varían hasta tal punto? Yo no sé que se haya fijado aun esta correspondencia que hasta el presente ha embarazado mucho á los sábios; testigo Reland, uno de los mas juiciosos entre todos los que han tratado este objeto, el cual, despues de diferir á la medida de Josefo de treinta y tres estadios, se esplica asi en la página 837: *Non confirmabo sententiam nostram testimonio, qui ambitum Hierosolymæ viginti et septem stadiis definivit apud Eusebium, etc.*

Esta medida de veinte y siete estadios, la primera que hemos citado, parece, sin embargo, que merece una atencion particular, como que es obra de un agrimensor que ha medido á cordel. Un número menor de estadios que el que se espresa en las otras medidas indicadas, debe exigir naturalmente mayor dimension del estadio, que es sin dificultad la del estadio mas conocido, que se llama *olímpico*. Su estension se estima en noventa y cuatro toesas, dos pies, ocho pulgadas, valor de los seiscientos pies griegos de que se compone, cada uno de los cuales tiene mil trescientas sesenta partes del pie de París, dividido este en mil cuatrocientas cuarenta, ú once pulgadas, cuatro líneas. Los veinte y siete estadios son, pues, dos mil quinientas cincuenta toesas; y de consiguiente los vestigios del antiguo recinto de Jerusalen, en el mayor espacio que puede dársele, comprenderán cerca de dos mil seiscientas toesas de la escala tomada sobre el plano de Mr. Deshayes. Cualquiera podrá cerciorarse por sí mismo con solo tomar el compás. Pero debe observarse ademas que, segun la medida de Maundrell, que solo da al circuito actual de Jerusalen, mil novecientas sesenta toesas, en lugar de dos mil,

ó una cincuentésima parte menos; el recinto de que se trata se reduce á dos mil quinientas cincuenta toesas, conforme al producto de los veinte y siete estadios. Divididos asi para comodidad del lector los vestigios de la antigua Jerusalen en partes iguales en número de cincuenta y una, cada una de estas partes comprende exactamente el espacio de cincuenta toesas, segun la medida de Maundrell; y lo que mas puede suceder será que cuarenta y nueve valgan cincuenta, segun la escala del plano.

Pero se dirá acaso que siendo este número de estàdios tan considerable en la medida del recinto de Jerusalen, no debe hacerse mérito de ninguna otra indicacion. A esto contestaré que los antiguos usaron diversas medidas de estadio en tiempos diferentes, y algunas veces en un mismo y solo tiempo. Con mucha frecuencia las emplearon indistintamente y sin observar ninguna diversidad de estension, con lo cual nos han puesto en la precision de aclarar con la aplicacion y la crítica las especies mas convenientes á las circunstancias de los tiempos y lugares. Lo mas acertado parece que es calcular los treinta y tres estadios de la medida de Josefo, sobre el pie de un estadio una quinta parte mas corto que el estadio olímpico, cuyo conocimiento está esplicado en el pequeño tratado que publiqué sobre las *medidas itinerarias*. Parece que la diminucion de este estadio le hacia mas propio para los espacios comprendidos en el recinto de las ciudades, que para los grandes que se encuentran en la estension de una region ó comarca. La medida que Diodoro de Sicilia y Plinio nos han dado de la longitud del circo máximo de Roma, solo conviene á este estadio y no al olímpico. Calculado este estadio sobre al pie de setenta y cinco toesas, tres pies y cuatro pulgadas, el número de treinta y tres estadios de esta medida produce dos mil cuatrocientas noventa y tres toesas y dos pies. ¿Qué falta, pues, para que este cálculo sea igual al de los veinte y siete estadios precedentes? Cincuenta y tantas toesas. Una fraccion de estadio, una toesa mas si se quiere en el valor de este, no causarian en rigor gran diversidad en la suma de semejante cálculo.

Se exigirá tal vez que ademas de la conveniencia del

cálculo, existan otras razones para creer que esta especie de medida sea por sí misma aplicable á la circunstancia de que tratamos. Como el objeto que nos proponemos tratar en este escrito, debe conducirnos á la discusion de las medidas hebreas, veremos luego que la milla de los judíos se compara á siete estadios y medio, segun lo que los mismos judíos han escrito; y componiéndose esta milla de dos mil codos hebreos, la valuacion que resulta es de quinientas sesenta y nueve toesas, dos pies y ocho pulgadas. Por consecuencia, el estadio empleado por los judíos es igual á setenta y tres toesas, menos algunas pulgadas, y no puede considerarse diferente del que ha servido para el cálculo de arriba. El avalúo actual es algo mayor que el que anteriormente se me habia dado de esta especie de estadio, y de consiguiente los treinta y tres estadios del circuito de Jerusalen, darán dos mil quinientas toesas, y solo faltarán cuarenta y tantas á la primera suma de dicho circuito. Pero se puede adelantar mas y comprobar el uso que Josefo hizo por sí mismo de la medida del estadio de que se trata con el siguiente ejemplo: en el libro XX, capítulo VI de sus *antigüedades*, dice que el monte de las Olivas dista de Jerusalen cinco estadios: pues ahora bien: midiendo sobre el plano de Mr. Deshayes, que se estiende hasta la cumbre de este monte, la línea de las dos vias que bajan de él, y continuando esta medida hasta el ángulo mas vecino del templo, se encuentran diez y nueve partes de veinte toesas, segun las dá la pértiga de cien toesas dividida en cinco partes, es decir, trescientas ochenta toesas; y de consiguiente cinco estadios de la especie de que tratamos; pues la division de trescientos ochenta por cinco, da setenta y seis. Esto no es ambiguo, sino porque para tomar la distancia en el sentido mas estenso, no se puede llevar el térmimo mas allá de la cumbre del monte, y de consiguiente no es efecto del acaso, sino una razon fundada en el uso la que produce la conformidad del cálculo de los treinta y tres estadios sobre el pie que acaba de verse.

Paso á la valuacion del recinto de Jerusalen en cuarenta estadios. Para entrar en esta materia deben hacerse ante todo dos observaciones: la primera es que los auto-

res que traen esta valuacion, escribieron en el reinado de los príncipes macedonios que sucedieron á Alejandro en el Oriente; y la segunda, que en tiempo de dichos príncipes la ciudad de Jerusalen no comprendia aun el cuartel llamado *Bezetha*, situado al Norte del templo y de la torre Antonia; pues Josefo nos dice que este cuartel no estuvo comprendido dentro de los muros de la ciudad hasta el tiempo de Claudio: y ciertamente parecerá muy estraño que para aplicar al recinto de Jerusalen mayor número de estadios, convenga sin embargo, considerar esta ciudad en un estado mas reducido. En vista del plano que tenemos, he reconocido que la esclusion de Bezetha producia una deduccion de cerca de trescientas setenta toesas sobre el circuito de la ciudad, en razon de que la línea que escluye á Bezetha solo tiene unas trescientas toesas, al paso que la que comprende el mismo cuartel tiene seiscientas setenta. Si el recinto de Jerusalen, comprendiendo á Bezetha, sube á dos mil quinientas cincuenta toesas, segun el cálculo de los veinte y siete estadios ordinarios al que se refiere precisamente la medida de Maundrell, ó á dos mil seiscientas, cuando mas, segun la escala del plano de Mr. Deshayes; se sigue que escluyendo á Bezetha, este recinto queda reducido á unas dos mil ciento ochenta toesas, ó á lo mas, dos mil doscientas veinte y cuatro.

A estas observaciones debe añadirse, que es indudable que en la medida de las marchas de Alejandro se empleó un estadio particular, tan corto con respecto á los otros, que si ha de juzgarse sobre la valuacion de la circunferencia del globo que da Aristóteles, preceptor de Alejandro, deberán entrar mil ciento once estadios en un grado del círculo máximo. En el *Tratado de las medidas itinerarias* se encontrarán algunas investigaciones sobre este estadio, que puede llamarse macedonio. La valuacion que resultaria de la medida de Aristóteles no ha sido adoptada á la letra y sin exámen, sino que en consecuencia de la medida particular de un pie, que parece haber sido propia y especial de este estadio, se estableció su estension; de modo que mil cincuenta bastan para llenar el espacio de un grado. Fijado con alguna precision el valor de este estadio en cincuenta y cuatro toesas, dos pies y cin-

co pulgadas, segun el conocimiento que tenemos de su elemento, los cuarenta estadios dan dos mil ciento setenta y seis toesas. ¿Pues no es este positivamente el resultado de lo que precede? Y si añadimos las trescientas setenta toesas que rebajamos por la esclusion de Bezetha, ¿no volveremos á encontrar la misma suma del cálculo que resulta de la primera medida de los veinte y siete estadios?

Debo observar por otra parte que no es posible suponer que se han buscado de propósito las correspondencias con relacion al recinto de Jerusalen en las valuaciones que han parecido mas propias de cada una de las medidas de que en ellos se ha hecho uso. Si estas conformidades son tanto mas notables cuanto que son fortuitas, ¿no tendremos un derecho para concluir que las mismas valuaciones adquieren por este medio la ventaja de una comprobacion?

Queda una medida de cincuenta estadios atribuida á Hecateo. No debe causar admiracion que este autor, que hace subir el número de los habitantes de Jerusalen á dos millones y cien mil individuos, aumente mas bien que disminuya su estension, y comprenda los arrabales ó viviendas esteriores; pero lo que pudo ser cierto en cuanto al número de judíos que se reunian en Jerusalen en el tiempo Pascual, no conviene en manera alguna al estado ordinario de aquella ciudad. Por otra parte, si calculamos dichos cincuenta estadios sobre el pie del último, que es lo que parece mas conforme, el cálculo no se elevará entonces sino á dos mil setecientas toesas, es decir, que solo escederá unas cien toesas de lo que resulta del plano de Mr. Deshayes.

Adoptando, pues, lo que hay de mas positivo en toda esta combinacion, es evidente que el mayor recinto de Jerusalen no pasaba de unas dos mil quinientas cincuenta toesas Ademas de que asi lo exige la medida actual y positiva, el testimonio de la antigüedad es tambien muy terminante en esta parte. Por resultado de esta medida vendremos en conocimiento de que el mayor espacio que ocupaba aquella ciudad, ó sea su longitud, no pasaba de unas novecientas cincuenta toesas, y su ancho de la mitad de esta suma. Su estension, pues, no puede compararse sino

á la sesta parte de París, y eso no admitiendo en esta ninguno de los arrabales que están fuera de las puertas. Por lo demas, quizá no seria conveniente que de esta comparacion sacásemos una reduccion proporcional del número ordinario de los vecinos de la ciudad de Jerusalen. A escepcion del espacio del templo, que tambien tenia sus habitantes, los edificios de Jerusalen podian estar mas igualmente apiñados que los de una ciudad como París, que contiene casas mas espaciosas y jardines mas vastos, que los que debemos suponer hubiese en la antigua Jerusalen, y con los cuales podria formarse la estension de una gran ciudad.

V.

OPINIONES PRECEDENTES SOBRE LA ESTENSION DE JERUSALEN.

Puesto que la medida del recinto de Jerusalen se ha determinado por la comparacion del mismo local con todas y cada una de las antiguas medidas de dicho recinto no será fuera de propósito considerar hasta qué punto se desviaron de la verdad los que las verificaron. Villalpando pretende que los treinta y tres estadios señalados por Josefo, se refieren á solo el recinto de Sion, independientemente del resto de la ciudad. Yo he calculado que admitida esta hipótesis, el circuito de Jerusalen llegaria proporcionalmente á setenta y cinco estadios. Y sin tomar otras medidas de estadio que la que parece mas propia de los treinta y tres de que tratamos, el cálculo daria cinco mil setecientas toesas; y todavía seria mayor la diferencia si no se hiciese la distincion de los estadios, y se emplease el estadio ordinario, como que los otros han sido hasta el presente poco conocidos. La medida por este estadio haria subir el cálculo á cerca de siete mil doscientas toesas, lo cual casi triplica la verdadera medida. Pregunto yo pues: ¿si la disposicion del local y la medida de espacio que le es propia pueden admitir una estension análoga á semejantes diferencias? ¿Por ventura podemos estender el recinto de Sion? ¿No nos ataja por un lado el valle de Cedron, y por otro el sitio del Calvario? Por otra parte: ¿no destruye el

mismo Josefo esta opinion, segun la juiciosa observacion del docto Rolando, diciendo que el circuito de las líneas con que Tito circunvaló enteramente á Jerusalen era de treinta y nueve estadios? En un cálculo justo del antiguo recinto de aquella ciudad, no hay necesidad de recurrir al medio de oposicion que se emplea ordinariamente cuando las medidas dadas por los antiguos desmienten una hipótesis, que es el de suponer que hay error de cifras en el texto.

El padre Lami, en su grande obra *De sancta Civitati et Templo*, fija en sesenta estadios la medida del circuito de Jerusalen, fundándose en la suposicion de que este recinto contenia ciento veinte torres, cada una de las cuales con su cortina, ocuparia doscientos codos, ó sea medio estadio. Es cierto que Josefo pone este número de codos de una á otra torre, mas como el mismo historiador habla de ciento sesenta y cuatro torres divididas en tres murallas diferentes; como en la estension de estas murallas se halla comprendida una separacion de Sion y Acra, y como Acra se hallaba dividida por un muro interior, y separada de Bezetha, es muy difícil establecer nada positivo sobre semejantes fundamentos: y aun cuando la medida actual de los espacios no opusiese ningun obstáculo, siempre quedaria sobre este punto mucha incertidumbre. Puede ademas observarse, que el sábio autor que citamos no está de acuerdo consigo mismo, si se compara su cálculo con su plano de Jerusalen: porque es muy probable que los estadios que emplea son los ordinarios; pues en el tratado *de las medidas* que sirve de preliminar á su obra, solo da la definicion de una especie de estadios. Sobre este pie el recinto de Jerusalen, en el cálculo del padre Lamí, se estima en cinco mil seiscientas sesenta y tantas toesas; y como, segun el plano de que acabo de hablar, dicho recinto es á los lados del cuadrado del templo como cuarenta y uno á dos, y la escala que falta á dicho plano se suple por la que el autor adapta á su icnografía particular del templo, cuyos lados tienen cerca de mil ciento veinte pies franceses; se sigue de todo esto que el circuito de la ciudad no puede pasar de unos veinte y tres mil pies, ó sean tres mil ochocientas treinta y tantas toesas, que á lo mas equivalen á

cuarenta y un estadios. Y si se atiende á que el plano del padre Lamí parece conforme á una especie de perspectiva, y que la parte del templo se encuentra en la línea mas apartada, debe seguirse que lo que se halla á primer término ocupa menos espacio, lo que por consecuencia reduce aun mas el cálculo del recinto. El plano de Mr. Deshayes se habia comunicado al padre Lamí, y las medidas tomadas sobre el terreno por Maundrell se habian publicado. ¿Será tal vez que los sábios quieren deberlo todo á sus investigaciones, y no admitir nada de lo que pertenece á un género de erudicion que les está reservado?

Lo que acaba de observarse en dos autores célebres, que son precisamente los que mas saber é investigaciones han empleado en lo que concierne á la antigua Jerusalen, parece justifica lo que en el preámbulo de esta memoria se ha dicho, á saber: que la estension de dicha ciudad no se habia determinado con precision hasta el presente, y que sobre todo se habia exagerado mucho.

VI.

MEDIDA DE LA ESTENSION DEL TEMPLO.

Maundrell, que ha publicado la longitud y latitud del terreno comprendido en el recinto de la famosa mezquita que ocupa el ámbito del templo, no parece ha hecho una justa distincion de estos dos espacios, si hemos de juzgar por el plano de Mr. Deshayes. Este da á la longitud quinientos setenta pasos suyos, que segun la estimacion que hace de la medida del recinto, produciria quinientas tres pértigas inglesas, que forman doscientas cuarenta toesas; y sin embargo, sobre el plano solo se encuentran doscientas quince. El error, cuando menos en parte, podria proceder de que Maundrell hubiese juzgado el ángulo de este recinto mas inmediato á la puerta de *San Esteban*. Pero lo que hay de esencial es que este error no es de consecuencia por lo que mira al recinto de la ciudad; porque en la medida de Maundrell la parte de este recinto comprendida entre dicha puerta y el ángulo Sudeste de la ciudad, que es al mismo tiempo el del terreno de la mezquita, com-

prende seiscientos veinte pasos de aquel viagero, que segun su estimacion son quinientas cincuenta y ocho pértigas inglesas, cuyo cálculo produce doscientas sesenta y dos toesas; y la escala del plano parece dar doscientas sesenta y cinco, que si nos servimos rigurosamente de la proporcion reconocida entre esta escala y la medida de Maundrell, vienen á ser unas doscientas sesenta.

En los estractos que sacó el abate Renaudot de los *geógrafos orientales*, y que manuscritos obran en mi poder, la longitud del terreno de la mezquita de Jerusalen es de setecientos noventa y cuatro codos, que deben entenderse arábigos. Para no distraernos de nuestro objeto actual con la discusion particular que este codo exigiria, me atendré al resultado que podria dar aquella; y lo que tendria que esponer con estension para llegar á él y servir de prueba, podrá ser materia de un artículo separado á continuacion de las medidas hebreas. Baste, pues, observar que un medio seguro de conocer el codo que usaban los árabes, es deducirlo de la milla arábiga. Componíase esta de cuatro mil codos; y visto que, segun la medida de la tierra tomada en tiempo del califa Al-Mamoun, la milla asi compuesta se calcula sobre el pie de cincuenta y seis y dos tercios en un grado; se sigue que esta milla comprende cerca de mil y seis toesas, á razon de cincuenta y siete mil toesas por grado. Luego mil codos arábigos, son iguales á doscientas cincuenta toesas mas nueve pies, que aqui pueden despreciarse. Y suponiendo por cuenta redonda ochocientos codos en lugar de setecientos noventa, y cuatro resultan doscientas toesas de buena medida. Infiérese de todo que la cuenta de doscientas quince toesas que se saca del plano de Jerusalen figurado con todas sus circunstancias, es preferible á un cómputo mas alto.

El ancho del terreno de la mezquita es, segun Maundrell, de trescientos setenta pasos, que se reducen á ciento cincuenta y seis toesas, cuatro pies y medio, y la medida del plano son cerca de ciento setenta y dos. Lo que aqui hay que observar es que la medida de Maundrell pierde en ancho la mayor parte de lo que tiene de mas en longitud; de donde puede concluirse que la falta de exactitud de estas medidas, no tanto se halla en el producto

general como en su distribucion. Es muy presumible que los edificios adherentes al recinto de la mezquita en lo interior de la ciudad, han hecho mas difícil la medida de este recinto, que la de la ciudad. Maundrell confiesa que sacó sus medidas de un cómputo hecho en el esterior. Y los pormenores en que no hemos huido entrar sobre este artículo, harán ver que habiendo comprendido nuestro exámen todas las circunstancias dadas, no hay nada simulado ni acomodado en la cuenta que se produce.

La mezquita que reemplaza al templo la mira con singular respeto el islamismo. Habiendo Omar tomado á Jerusalen en el año 15 de la hegira (637 de J. C.), echó los cimientos de esta mezquita, la cual fué muy hermoseada por el califa Abd-el Melik, hijo de Mervan. Los mahometanos han llevado la veneracion de este lugar hasta el punto de ponerle en paralelo con su santuario de la Meca, llamándole *Alacsa*, lo que significa *extremum* sive *ulterius*, por oposicion á aquel santuario; y es probable que se propusieron como objeto capital el comprender en su recinto todo el ámbito del templo judáico: *totum antiqui Sacri fundum*, dice Golio en sus sabias notas sobre la *astronomía* de Alfergane, página 136. Focas, á quien ya he citado, y que escribia en el siglo doce, sigue precisamente esta opinion, de que todo el terreno que rodea la mezquita es la antigua area del templo. Aunque este templo fué destruido, era imposible que no se conservasen algunos vestigios, y no se reconociese cuando menos la huella de aquellas obras prodigiosas que se hicieron para igualar los costados del templo, y toda su area al terreno que ocupaba el templo mismo que se hallaba situado sobre la cumbre del monte Moria. Los cuatro lados en que se hallaba comprendido el circuito del templo, correspondian á los cuatro puntos cardinales del mundo; y se habia procurado que la entrada del templo mirase al Levante, colocando hácia el lado opuesto el *Sancta Sanctorum*: en esto se conformaron con la disposicion del tabernáculo; y de consiguiente estas circunstancias no ofrecen dificultad. La disposicion de los cuatro frentes se ve aun en el recinto de la mezquita de Jerusalen, cuyos lados, con diferencia de trece á catorce grados, están orientados segun la brújula colocada en el plano de mon-

sieur Deshayes. Supuesto ademas que la disposicion de esta brújula depende del norte del iman, y que debe sufrir una declinacion occidental, y conviniendo ademas en que esta posicion no sea la mas exacta, puede todavía inferirse mayor precision en la orientacion de que se trata. En el viagero inglés Sandys se encuentra un pequeño plano de Jerusalen, que aunque por su mérito no pueda compararse con el de Mr. Deshayes, tiene, sin embargo, la gran ventaja de una conformidad muy general con este plano; y segun los rumbos del viento marcados en el plano de Sandys, cada frente del cuadrado del templo responde exactamente á lo que se indica. N., S., E., W.

Mas parece que entre los costados del templo judáico se halla establecida cierta igualdad, que forma un cuadrado mas regular que el terreno actual de la mezquita mahometana. Se conviene generalmente en que la medida de Ezequiel da á cada uno de los lados quinientos codos. Aunque en el hebreo se leen pértigas por codos, y en la *vulgata*, *calamus* por *cubitos*, la equivocacion salta á los ojos, tanto mas, cuanto que el *calamus* no comprendia menos de seis codos; y la version griega, hecha á lo que parece sobre un texto mas correcto; dice precisamente *pixseis pentaksioys*. Rabi-Jehuda, autor de la *Misna*, que recopiló las tradiciones de los judíos sobre el templo, en una época poco distante de su destruccion, pues vivia en tiempo de Antonino Pio, está acorde sobre el mismo punto en el tratado particular intitulado: *Middoth* ó la *Medida*. No puede, pues, ponerse en duda que tal era en efecto la estension del templo.

Todavía tenemos que hacer otra observacion, y es, que esta medida no solo no llenará la longitud, sino tampoco la latitud ó mas corta dimension del terreno de la mezquita, por mucho que quiera alargarse la longitud del codo. Ezequiel debe con efecto conducirnos á suponer esta medida del codo mas bien largo que corto, diciendo á los judíos cautivos en Babilonia (XL, 5 y XLIII, 13) que en la construccion de un nuevo templo, y en el restablecimiento del altar, deben emplear el codo de una medida que tuviese al traves de la mano ó un palmo mas que el codo ordinario: dice la version griega, *in cubito cubiti et palmi* Muchos sabios, y entre ellos el padre Lamí, han creido

que el codo hebreo podia ser en corta diferencia la misma medida que el *derah* ó codo egipcio, cuyo uso para la medida de la inundacion del Nilo ha debido mantener en todos tiempos su longitud sin alteracion (atendidas las consecuencias), y hacerla invariable á pesar de los cambios de dominacion. El matemático inglés Graves, y Cumberland obispo de Peterborough, encuentran en la aplicacion del derah á diversos espacios contenidos en la gran pirámide, donde esta medida se emplea completa, y conviene sin fraccion una prueba de su remota antigüedad. Es muy probable ademas que los israelitas, que no llegaron á ser un pueblo por la multiplicacion de una sola familia, sino durante su permanencia en Egipto, y que en aquel pais fueron empleados en la construccion de las obras públicas, debieron sacar de alli las medidas de que se servian en dichas obras. Antes de dicha época los patriarcas de aquella nacion no edificaban, como que no poseian heredad alguna, y ni aun hay apariencia de que tuviesen para su uso propio medidas particulares sujetas á marcas determinadas con gran precision; pues las cosas de esta especie no han tenido origen hasta que se han hecho necesarias. Moisés, instruido en las ciencias de los egipcios, es natural que sacase de su matemética lo que podia tener relacion con los conocimientos que habia adquirido. Como quiera que sea, lo que no admite duda con respecto al uso del derah, es que no se puede dar mayor estension á lo que toma el título de *codo*. Greavés tomó la medida del derah en el nilómetro del Cairo, y lo comparó con el pie inglés; y suponiendo este pie dividido en mil partes, el derah tiene mil ochocientas veinte y cuatro de estas. Por la comparacion del pie inglés con el francés, segun la cual aquel es un sexto de línea mas largo de lo que anteriormente se habia estimado, el derah equivale á veinte pulgadas y media de buena medida del pie francés. De consiguiente los quinientos codos, sobre la medida del derah, hacen diez mil doscientas cincuenta pulgadas, que dan ochocientos cincuenta y cuatro pies, ó cuarenta y dos toesas y dos pies. Ha podido, pues, decirse con fundamento que la medida del templo es inferior al espacio del terreno de la mezquita, porque esta medida no alcanza siquiera á la par-

te de este terreno que tiene menos estension, esto es, á su latitud. ¿Qué seria si se negase al codo hebreo, considerado estrictamente como codo, tanta longitud como tiene el derah?

Sin embargo, cuando se considera que la cumbre del monte Moria no ha adquirido la estension de su area sino por efecto del arte, cuesta dificultad el persuadirse que bajo este concepto se haya añadido algo á los trabajos del pueblo judío; trabajos que, continuados en diversos tiempos, costaron muchos siglos como observa Josefo. Conteniéndose el edificio octógono de la mezquita en el espacio de unas cuarenta y cinco toesas, segun la escala del plano, y no teniendo la especie de claustro interior que rodea dicha mezquita sino unas cien toesas cuadradas, no es de presumir que los mahometanos tuviesen motivo para estender el recinto esterior más allá de los límites que los judíos establecieron sobrepujando á la naturaleza, y estas consideraciones dan mucho fundamento para creer que el terreno que se ve ahora dependiente de la mezquita, pertenecia enteramente al templo; y es muy probable que la supersticion mahometana, aunque no haya tratado de estenderse mas, no haya querido tampoco perder nada de dicho terreno. El padre Lamí, distinguiendo y separando en la distribucion de las partes del templo el *atrium gentium* del de los israelitas, en lo cual difiere Villalpando, juzga que este *atrium* de los gentiles era esterior al sitio medido por Ezequiel: opinion á que parece da algun peso la discusion en que acabamos de entrar, y que indica el uso mas probable del terreno que se encuentra superabundante. Lightfoot, en lo que escribió sobre el templo, cita un lugar del Talmud añadido al Middoth, que dice que el monte Moria pasaba la medida de los quinientos codos; pero lo que salia de esta medida no estaba reputado por santo, como lo que estaba contenido en ella. Esta tradicion judía probaria dos cosas: la una que el area del monte Moria habia sido aumentada mas allá de lo que comprende la medida de Ezequiel, asi como observamos que el espacio actual es mayor; y la otra que el destino mas probable que puede creerse tuviera el escedente de esta medida, es el lugar destinado ó permitido á los gentiles, á quienes un

motivo de veneracion al Dios de Israel conducia á su templo; pero que no eran considerados como verdaderos adoradores. Estas circunstancias convienen admirablemente con lo que se dice en el capítulo XI del Apocalipsis, en el que San Juan, habiendo recibido órden de medir el templo de Dios, *datus est mihi calamus similis virgae et dictum est mihi: Metire Templum Dei, altare, et adorantes in eo*, añade: *Atrium vero quod es foris Templum... ne metiaris illud, quoniam datum est gentibus*. Este artículo *ne metiaris* nos muestra que en la medida del templo se pudo, y aun se debió, circunscribirse á un espacio mas reducido que el area entera del templo; y lo que precede *atrium quod est foris*, nos hace conocer tambien un suplemento de espacio á esta medida, y nos instruye al mismo tiempo de su destino *quoniam datum est gentibus*. Este lugar del Apocalipsis puede tener un fundamento absoluto y de comparacion (prescindiendo de todo sentido místico ó figurado) sobre el conocimiento que San Juan habria conservado del mismo templo de Jerusalen. Josefo, que atribuye al templo un triple recinto, designa indubitablemente con ello tres espacios diferentes; de manera, que ademas del *atrium sacerdotum* y el *atrium israelitarum*, de los cuales no puede disputarse, debe necesariamente admitirse un tercer espacio, tal en efecto cual el que aqui se manifiesta.

El padre Lamí, á quien sirvieron mucho para la descripcion del templo los conocimientos de arquitectura que poseia, aplicando la medida de quinientos codos al recinto del átrio de los israelitas, y practicando un átrio esterior por medio de una especie de combinacion en las proporciones de las partes del templo, vino á parar á atribuir cerca de dos mil seiscientos veinte codos hebreos al contorno de su icnografía del templo; cuyo número de codos, al respecto que arriba queda espresado, producen setecientas cuarenta y seis toesas. Recordemos, pues, ahora que la longitud del terreno de la mezquita de Jerusalen, deducida del plano de esta ciudad, se ha calculado en doscientas quince toesas, y el ancho en ciento setenta y dos; multiplíquese cada una de estas sumas por dos, y se tendrá el total de setecientas setenta y cuatro toesas. Si de este producto se rebaja un cincuentésimo, que serán quince ó

diez y seis toesas, para nivelar la escala del plano á lo que ha parecido mas conforme en la medida total del recinto de Jerusalen, se tendrán trece ó catorce toesas mas ó menos en el cómputo del circuito del terreno perteneciente al templo. Es verdad que el padre Lamí empleó en cuatro costados iguales la cantidad de medida, que tiene alguna desigualdad en lo que produce el local; mas ¿quién no ve que la perfecta igualdad en el padre Lamí no tiene otro fundamento que una imitacion ó repeticion de lo que era propio del cuerpo del templo, aislado del átrio esterior de los gentiles? Ninguna circunstancia de hecho prueba semejante repeticion, mas fácil de imaginar que propia del terreno, y de consiguiente no puede considerarse como positiva.

Despues de haber reconocido cual era la estension del templo, no puede uno dejar de sorprenderse de que lo que dice Josefo sobre este objeto sea poco conforme á la verdad. No se comprende que este historiador, que en otras circunstancias procura con razon dar una alta idea de este edificio, se haya quedado mucho mas atrás de lo que convenia con respecto á su estension. Los lados cuadrados del templo se comparan á la longitud de un estadio, en lo cual parece hay un error como del radio al diámetro; y en otro lugar del circuito de todo el terreno, comprendida en él la torre Antonia, que se hallaba en el ángulo Noroeste del recinto del templo, se estima en seis estadios. Hubiera podido escribir *deka* en lugar de *eqs*, empleando el estadio que le parece propio para la medida del recinto de Jerusalen, diez de los cuales componen setecientas sesenta toesas, que viene á ser el término medio de los cálculos que acaban de hacerse.

VII.

DE LAS MEDIDAS HEBREAS DE LONGITUD.

Terminaré este escrito con algunas observaciones sobre las medidas hebreas propias de los espacios; porque esta discusion está tan enlazada con la que precede, que contiene las pruebas de muchos puntos. No parece dudo-

so que el codo llamado en hebreo *ameh* (*por aleph, mem, he*), en lengua caldea *ametha*, y por los griegos *pixsys*, de que se ha derivado la palabra pie y tambien *oleni*, de donde los latinos han tomado la palabra *ulna*, es un elemento de medida, cuyo conocimiento es muy esencial. La medida que arriba atribuimos á este codo con relacion á la estension del templo, parece muy conveniente y ventajosa. Veamos si podemos encontrarla en otra parte, ó deducirla por cualquier otro medio.

Si nos atenemos al rabino Godolías sobre la opinion de Maimonides, el codo hebreo se compara á la auna de Bolonia; y de esta comparacion concluyó el doctor Camberland, obispo de Peterborough, que el codo contenia veinte y una pulgadas inglesas, y setecientos treinta y cinco milésimos de pulgada, como nos lo enseña Arbuthnot (*Tratado de los pies, monedas y medidas*), lo que da veinte pulgadas y cerca de cinco líneas del pie de París, y de consiguiente solo difiere en una línea de deduccion del valor del derah ó codo egipcio.

Mas hay otro medio de determinar la medida del codo hebreo, del cual no sé que hasta ahora se haya hecho uso, sin embargo de ser muy decisivo, y es el siguiente: los judíos están conformes en definir el *iter sabbaticum*, ó la estension del camino que les era permitido hacer el dia del sábado, derogando el precepto del cap. XVII del Exodo, v. 30: *Nullus agrediatur de loco suo die septimo*; convienen, digo, en el cálculo de dos mil codos: asi se esplica positivamente el autor de la *Paráfrasis caldáica*, tratando del verso 6, cap. I del libro de *Ruth*. Œcumenio confirma esta medida con el testimonio de Orígenes, cuando dice que siendo la milla igual al camino sabático, comprende *disxsilion*. El *Tratado de las medidas judáicas*, compuesto por San Epifanio, que habiendo nacido judío, y en la Palestina, debia hallarse bien instruido del punto de que se trata, nos enseña que el espacio del camino sabático era igual á la medida de seis estadios.

El medio, pues, mas acertado para dar al codo en cuestion mas ó menos estension, es el de emplear aqui el estadio ordinario, que es la octava parte de la milla romana, y que parece prevaleció sobre todos los demas en la baja

edad. Multiplicada por seis la medida de este estadio, estimada en noventa y cuatro toesas, dos pies y ocho pulgadas, produce quinientas sesenta y seis toesas y cuatro pies; reducido este cálculo á pies, resultan tres mil cuatrocientos, que producen cuarenta mil ochocientas pulgadas; y dividiendo esta suma de pulgadas en dos mil partes, cada una de estas partes comprenderá veinte pulgadas y dos quintos: resultado que en cierto modo parece hecho á propósito para servir de comprobante de la medida que arriba deducimos. ¿Qué importa que la valuacion que acaba de inferirse no sea precisamente la misma que empleamos antes para el codo hebreo, creyéndola igual al derah ó al codo egipcio? La diferencia de una línea y un quinto debe mirarse como de muy poca consideracion en un cálculo de esta especie; porque ademas de que la diferencia no llega á un ducentésimo sobre el contenido, para que esta diversidad pudiera mirarse en rigor como una falta de precision en el uso del derah por el codo hebreo, seria preciso tener mucha seguridad de que los seis estadios hacian estrictamente, y sin ningun déficit, el justo equivalente de dos mil codos. Ni seria mas fundado oponer á la compensacion de seis estadios para dos mil codos dada por San Epifanio, que este pudo haberse olvidado de añadir un treinta-cuatravo de estadio, ó el valor de diez y seis á diez y siete pies.

Los judíos tienen una medida de espacio, á la cual, ademas del término de *berath* que algunos comentadores creen corresponderle, han añadido el de *mil* (*mem, jod, lamed*), en el plural *milin*; y aunque no puede dudarse que esta denominacion está tomada de los romanos, esto no quita que entre los judíos tuviese la milla su estimacion distinta y particular, que era de dos mil codos; lo cual conviene precisamente con lo que dice Œcumenio, segun acabamos de ver. Muchos pasages de la Gemare, indicados por Reland (*Palæstina, tom. I, pág.* 400), nos enseñan que los judíos compensan la medida de la milla por siete estadios y medio. La voz de que se sirven para espresar el estadio es *ris* (*resch, jod, samech*), en el plural *risin*; puede interpretarse por el latin *curriculum*, que es propio de la carrera del estadio, *curriculum stadii*, en Aulo Gelio.

(*Noct. Atticar.*, lib. I, cap. I.) La union de cuatro *milia*, compone entre los judíos una especie de legua llamada *parseh* (*pe, resch, sameth, he*). En la lengua siriaca *paras*, significa estender, y *parseh* estension. Y es tanto mas natural que este término parezca tomado de aquella lengua, cuanto que en los tiempos que siguieron á la cautividad, vino á ser el idioma propio de los judíos. En Reland (página 397) se encontrará un lugar del *Talmud*, que da positivamente á la milla judáica dos mil codos y á la parseh cuatro millas. Los dos mil codos ajustados á la medida exacta del derah, hacen quinientas sesenta y nueve toesas, dos pies y ocho pulgadas. Multiplicando esta suma por cuatro, resulta el valor de la parseh de dos mil doscientas diez y siete toesas, cuatro pies y ocho pulgadas: medida que no difiere casi nada de nuestra lengua francesa, compuesta de dos leguas gálicas, veinte y cinco de las cuales forman en corta diferencia el justo equivalente de un grado.

El docto Reland, partiendo del supuesto de que la milla judáica es igual á la romana, y comparando el número de dos mil codos de la una con el de cinco mil pies de la otra, da al codo dos pies y medio. Mas aunque no pueda negarse que la estension del imperio romano hizo casi universal la milla romana, no es, sin embargo, menos cierto que la medida de esta milla no puede confundirse con la que tenemos de la milla judáica. Y ademas de que la valuacion del codo que resultaria de esta equivocacion es naturalmente difícil de admitir, porque escederia de lo verosímil: una simple comparacion de números destituida de las referencias esenciales, no puede sostenerse contra una definicion positiva que ha sido comprobada. En la *Gemare* hay un lugar que fija el camino de una jornada ordinaria en diez *parsau* (tal es el plural de *parseh*). Si la parseh equivalia á cuatro millas romanas, resultarian cuarenta millas; pero los antiguos no suben á tanto esta estimacion; pues comunmente se fijan en veinte y cinco millas ó doscientos estadios; y si Herodoto (lib. V) emplea doscientos cincuenta estadios, debe tenerse presente que este historiador usa en muchos lugares del estadio de diez en milla. Los geógrafos orientales convienen tambien en asignar

veinte y cinco millas al espacio de una jornada comun lo que notaron en su prólogo los maronitas que tradugeron la geografía de El-Edrisi en el estado en que la tenemos, ó mas bien su estracto. Y cuando los orientales parece varian en el número de las millas, marcando algunas veces treinta en lugar de veinte y cinco, es en razon de la diferencia de las millas, en cuyo uso no siempre se han atenido rigurosamente á las millas arábigas, veinte y cinco de las cuales pueden equivaler á treinta ó treinta y una de una especie mas comun. Segun la valuacion propia de la parseh, diez de estas forman treinta millas romanas, y es por lo mismo evidente que una medida notablemente superior, sale de los límites del objeto de que se trata. El padre Lamí, tratando de una opinion igual, objeta á Villalpando que el codo hebreo era igual á dos pies y medio romanos, y que estando indicada por dos codos la elevacion del altar de los perfumes, hubiera sido necerario que la estatura del sacerdote que oficiaba y esparcia el incienso sobre dicho altar fuese agigantada. Es constante ademas, que las correspondencias que hemos encontrado en el local con respecto al templo, no hubieran podido verificarse con un codo cerca de un cuarto mayor que el que aqui damos. Valuándose el pie romano en mil trescientos y seis décimos de línea del pie de París, los dos pies y medio serian iguales á trescientas veinte y seis líneas y media, ó á veinte y siete pulgadas, dos líneas y media; y debe observarse ademas que Villalpando todavía atribuye al pie romano algun esceso sobre esta valuacion.

El único objeto con que dejo observado mas arriba la correspondencia casual que se encontraba entre la parseh y nuestra legua francesa, ha sido el de adaptar á dicha parseh la idea de lo que no es propio y familiar. Pero la misma correspondencia entre la parseh y una antigua medida oriental, no debe igualmente mirarse como efecto de la casualidad; pues esta exacta correspondencia debe provenir mas bien de la comprobacion de una sola y misma medida. En el *Tratado de las medidas itinerarias* he demostrado que el estadio, que es igual á un décimo de la milla romana, convenia precisamente con la medida de las marchas de Genofonte, y que en consecuencia de la valuacion

del número de estadios en parasangas, hecha por el mismo Genofonte, parecia constante que treinta estadios componian una parasanga. Esta compensacion es efectivamente muy conforme con la definicion precisa que Herodoto, Hesychio y Suidas dan de la parasanga. Multiplicando por treinta la medida de setenta y cinco toesas, tres pies y cuatro pulgadas, que es el valor dado al estadio de diez en milla, se tendrán dos mil doscientas sesenta y seis toesas y cuatro pies. Ahora, pues, en esta valuacion de la parasanga solo faltan once toesas para llegar á la parseh; de manera que si se añadiesen dos pies y dos pulgadas á la medida del estadio que sirve para componer la parasanga, el cálculo quedaria exactamente igual. Si se quisiese dar la preferencia al cómputo que resulta de la comparacion que hizo San Epifanio de la milla judáica ó camino sabático con seis estadios ordinarios, á saber: quinientas sesenta y seis toesas y cuatro pies, y se multiplica este valor por cuatro, para obtener la parseh, se encontrarán precisamente las dos mil doscientas sesenta y seis toesas y cuatro pies, que son el producto de nuestros treinta estadios. ¿Cómo, pues, no ha de concluirse de aqui que la parseh no es otra cosa que la parasanga persiana, babilónica, ó como se la quiere llamar? ¿La parseh no contiene en sí misma la composicion de los treinta estadios, puesto que la milla judáica, que es la cuarta parte de la parseh, la estiman los judíos en siete estadios y medio? Añádase que las voces *parseh* y *parasanga* tienen bastante afinidad para concurrir con la identidad de la medida; y que como los términos *para* y *parseh* tienen en el antiguo lenguage oriental, caldeo y aun siriaco, una interpretacion propia y literal, que no puede ser mas conveniente con respecto á la misma cosa, tenemos indudablemente la significacion propia de la voz *parasanga*. La parseh ademas, no se halla mencionada en los libros santos, y de consiguiente hay mucho fundamento para creer que los judíos no adoptarian esta voz hasta despues de su cautividad en Babilonia.

¡Pero nótese qué enlace de conformidades! La definicion de la parasanga existe con independencia de lo que constituye la parseh; porque esta parasanga depende de

un estadio particular, que se produce por medios enteramente estraños á lo que concierne ó interesa á la parasanga misma, como es fácil comprender por el tratado de las medidas que he publicado. La parseh, por otra parte, se forma de elementos de todo punto diferentes, fundándose su principio en que el codo egipcio parece una medida de la mas remota antigüedad, cuyo uso es probable adoptó el pueblo hebreo. Establecidas estas presunciones (porque hasta ahora nada mas tenemos), la aplicacion de este codo á la parseh, tiene una comprobacion mas precisa de lo que podríamos esperar en la medida que da San Epifanio de la cuarta parte de la parseh. Todas estas consideraciones diferentes, aunque independientes entre sí, conducen, sin embargo, á las mismas consecuencias, reuniéndose en puntos comunes: era imposible lograr mayor conformidad por medios concertados. ¿Y qué es lo que de aqui resulta? Una garantía mútua, si asi puede decirse, de todas las partes y circunstancias que entran en la combinacion.

El conocimiento positivo del codo hebreo es una de las principales ventajas de semejante discusion. Cierto es efectivamente que el padre Lamí y otros sábios habian propuesto ya la medida del derah por este codo; pero sin demostrar positivamente su propiedad, ó comprobarla por medio de aplicaciones de la naturaleza de las que acaban de hacerse. Y aun parece que la precision de esta medida se escapó en cierto modo al padre Lamí; puesto que sin embargo de sus congeturas sobre el derah, concluye dando al codo hebreo veinte pulgadas (lib. I, cap. IX, sect. I): *Nos*, dice, *cubitum hebræum facimus viginti pollicum*.

El codo hebreo se componia de seis palmos menores, y este palmo se llama en hebreo *tophach* (*teth*. *phe*, *theth*). La version de los setenta ha traducido esta voz por la de *palaisi*, que es propia del palmo de que se trata, y que las definiciones de Hesychio y Julio Polux fijan en cuatro dedos, y de consiguiente el codo contenia veinte y cuatro dedos; y este es en efecto el número de divisiones que tiene el codo egipcio ó derah en la columna de Mihias, que es el nilómetro cerca de Fostat ó el antiguo Cairo. Kirker cita á Abul-Feda para decir, que el codo legal de los ju-

díos, igual al egipcio, contiene veinte y cuatro dedos. Tratando Diodoro de Sicilia (lib. I.) del nilómetro que existia en Memfis, al que da el nombre de *Neiloskopys* menciona no solo los codos en que se dividia, sino los dedos *daktytoys*, que formaban la subdivision del codo.

Segun la medida propia de este codo, el tophach ó palmo, comprende tres pulgadas, cinco líneas de nuestro pie; y observo que esta medida particular tiene la ventaja de haberse tomado de la naturaleza; porque siendo relativa al ancho que tienen los cuatro dedos de una mano cerrada, segun lo esplica Polux, el estudio de las proporciones entre las partes del cuerpo, puede enseñar que esta medida conviene á una estatura de cerca de cinco pies y ocho pulgadas francesas; y esta estatura, que equivale exactamente á seis pies griegos, mas bien pasa que se confunde con la estatura comun de los hombres. Mas si el palmo que forma la sesta parte del codo hebreo, tiene está relacion con una alta y proporcionada estatura, de la que no podia pasarse sin llegar á lo gigantesco, se seguirá que la medida de este codo no puede, como codo, participar de la misma relacion. El padre Lamí, fijando el codo hebreo en veinte pulgadas, ha determinado la estatura de los patriarcas en ochenta pulgadas ó sean seis pies, ocho pulgadas, cuya proporcion se conforma con este principio de Vitruvio: *Pes altitudinis corporis sextae, cubitus quartae.* Sobre esta proporcion la medida tomada del derah produciria siete pies menos dos pulgadas. Si tal estatura se hace admisible por medio de una distincion particular entre la raza de los primeros hombres y el estado actual de la naturaleza, siempre será constante que la medida del codo de que se trata pasa los límites que desde tiempos muy remotos han reconocido los hombres en su estatura ordinaria. De manera que relativamente á la estatura del hombre, á la cual la medida del palmo parece particularmente adaptada, ó sea á los cinco pies y cerca de ocho pulgadas, el codo proporcional no pasaria de unas diez y siete pulgadas. Los rabinos están persuadidos de que se distiguia el codo comun del codo legal y sagrado, cuyo patron se conservaba en el santuario; y este codo comun se diferenciaba del otro por la supresion de un tophach; y asi,

reduciéndose á cinco tiphuchim (plural de tophach), ó á veinte dedos, y perdiendo el valor de tres pulgadas cinco líneas, su longitud quebaba en diez y siete pulgadas y una línea. Aunque el padre Lamí ha combatido la tradicion judáica sobre este codo comun, sin embargo, puede servirle de apoyo la grande analogía de proporcion que en ella se encuentra. El testimonio de los rabinos encuentra una confirmacion positiva en la comparacion que hace Josefo del codo que estaba en uso entre los judíos con el codo ático. Porque deduciéndose este codo de la proporcion que le es natural con el pie griego, que está comparado con mil trescientas sesenta partes ó décimos de línea del pie de París, resultan dos mil cuarenta de estas mismas partes, ó sean doscientas cuatro líneas, que hacen diez y siete pulgadas. Recordemos ademas las palabras de Ezequiel que se han citado arriba relativas á la medida del templo, cuando prescribe á los judíos de Babilonia que empleen en la reedificacion del templo un codo que tenga el ancho de una mano mas que el ordinario; porque no siendo este ancho de mano otra cosa que el palmo menor ó tophach, ¿no se encuentra aquí la distincion formal de mas ó menos entre los dos codos, cuya menor medida parece prevalecia en el uso? Pero conviniendo en que el codo inferior estaba admitido durante el segundo templo, tal vez por delicadeza, y para no traspasar el precepto divino que solo permite un peso y medida, se queria relegar el codo en cuestion á los tiempos que precedieron á la cautividad; á lo cual, sin embargo, no podria autorizar el silencio de la escritura, pues en el Deuteronomio (cap. III, v. 11) la medida de la cama de Og, rey de Basan, se espresa en codos tomados de la proporcion natural del hombre, *in cubito viri*; ó segun la Vulgata, *ad mensuram cubiti virilis manus*. Aunque un gran número de medidas que blasonan de sus principios naturales, como por ejemplo, todo lo que llamamos pie, sin entrar en otros pormenores, autoriza suficientemente la denominacion de codo en una medida tan fuerte como la que parece propia del codo egipcio y hebreo; sin embargo, la consideracion de estos principios suele ser esencial en la discusion de las medidas, y no debe perderse de vista. A ello he debido el descubrimiento del pie

natural, cuya medida y uso se han discutido en mi *Tratado de las medidas itinerarias*.

Tenemos, pues, en este escrito un analísis de las medidas hebreas, que aunque independiente de toda aplicacion particular, se concilia, sin embargo, con la medida del recinto de Jerusalen y de la estension del templo, segun que esta se deduce de las diversas indicaciones de la antigüedad, comprobadas con el mismo local. Se manifiesta tal trabazon entre los diferentes objetos aqui reunidos, que parece dependan unos de otros, y se presten una mútua confirmacion.

DISCUSION SOBRE EL CODO ARABIGO.

Con motivo de un artículo que interesa á las medidas del templo, me he empeñado en entrar en discusion sobre el codo arábigo á continuacion de las medidas hebreas.

Este codo, *deraga* ó *derah*, es de tres especies el antiguo, el comun y el negro. El primero, cuya denominacion se funda en la creencia de que existia en tiempo de los persas, se compone de treinta y dos dedos; el segundo de veinte y cuatro, segun la definicion mas ordinaria y natural; y el tercero, que forma el medio, se estima en veinte y siete dedos. Se distingue el primero por la adicion de dos palmos á los seis que son el elemento del segundo, y que le han sido comunes con el codo egipcio y hebreo. Estas definiciones están conformes con el estracto de un agrimensor oriental, publicado por Golio en las notas con que ilustró los *Elementos de astronomía* del Alfergane.

De estos tres codos, parece que el comun es el mas digno de atencion, sobre todo con respecto al uso y á su mayor conformidad con la especie de codo en general; y observo, porque es muy esencial para fijar la medida, que el codo que se deduce de la medicion de la tierra hecha por órden del califa Almamoun en las llanuras de Sinjar en Mesopotamia, no puede referirse con exactitud sino al codo calificado de *comun* ú *ordinario*. Segun la narracion de Abul-feda sobre la medida de Almomoun, el grado del meridiano terrestre fué estimado en cincuenta y seis millas arábigas y dos tercios; y el Alfergane (cap. VII) dice que

la milla de esta medida se componia de cuatro mil codos. Tomando el grado de cincuenta y siete mil toesas redondas, por las razones que he manifestado hablando de la medida del templo, la milla arábiga contiene aproximadamente mil seis: las mil toesas dan al codo diez y ocho pulgadas; y si se quiere tomar en consideracion el escedente de seis toesas, resultará de mas una línea y tres décimos.

El docto Golio opina que en la medida de Almomoun se empleó el codo negro, porque el Alfergane se sirvió del término *codo real* para designar el que le parece mas propio de esta medida. Es menester convenir, por otra parte, en que la opinion quiere que este codo deba su establecimiento á Almomoun, y que fué llamado asi por haberse tomado del ancho de la mano de un esclavo etiope que servia á aquel principe, y que se vió daba mas estension que ningun otro. Pero fuera de que el agrimensor citado por Golio aplica el uso del codo negro á la medida de las telas de precio que se vendian en Bagdad, la proporcion establecida entre los diferentes codos arábigos, presenta un grande inconveniente para que pudiera aplicarse el codo negro á la medicion de la tierra dispuesta por Almamoun. Obsérvese: 1.º que el codo negro con la ventaja de tres dedos sobre el comun, no tendria sin embargo un esceso muy marcado sobre el alcance del ordinario, si su valor no pasaba de diez y ocho pulgadas: 2.º que el codo comun, que tendria dos pulgadas menos, podria por consecuencia parecer corto, pues vemos que el codo que estaba en uso entre los judíos, á pesar de su inferioridad con respecto al codo legal, se estimaba cuando menos en diez y siete pulgadas: 3.º que el codo antiguo llamado *hashemide*, no llegaria en proporcion mas que á veinte y una pulgadas y algunas líneas, aunque hay razones para creerle mas fuerte. Porque segun el Marufide, la elevacion de la basílica de Santa Sofía, que desde el pavimento hasta la cúpula es de sesenta y ocho codos *hashemides*, la estima Evagrio en ciento ochenta pies griegos, y por resultado de la proporcion que existe entre el pie griego y el nuestro, el codo de que se trata subirá á veinte y siete pulgadas y cerca de dos líneas. Y aun parece poco, si nos referimos al módulo del codo hashemicuo del Marufido, que Eduardo Bernard dice

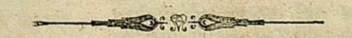
hallarse marcado en un manuscrito de la biblioteca de Oxford, y el cual estima en veinte y ocho pulgadas, nueve líneas del pie inglés, que en corta diferencia tiene unas veinte y siete pulgadas del pie de París. Las medidas que da el Marufido de la longitud y latitud de Santa Sofía; á saber: ciento y un codos aquella, y noventa y tres y medio esta, darán un còdo mas fuerte si se comparan con las dimensiones de Grelot, que son cuarenta y dos toesas y treinta y ocho. Mas no siendo la comparacion perfectamente análoga, la longitud dará al codo cerca de treinta pulgadas, y la latitud veinte y nueve pulgadas, tres líneas de buena medida.

No ignoro que acaso podrá pretenderse que la valuacion, cualquiera que sea, del codo antiguo ó hashemide, tenga una influencia de proporcion sobre los otros codos, y haga subir el comun á veinte pulgadas, tres líneas, conformándose con el mismo patron del codo hashemide; pues la comparacion aparente entre estos dos codos, es como de cuatro á tres. Pero como semejante raciocinio no basta para anular el analísis del codo que resulta de la medicion positiva del grado terrestre hecha por órden de Almamoun, aun cuando esta medida no se creyese muy exacta, siempre seria natural presumir que no hay proporcion entre los diferentes codos arábigos que puedan acomodarse á este analísis mejor que el codo comun. Y el codo negro será tanto menos proporcionado para ello, cuanto que comparado con la medida hashemide, debia subir á veinte y dos pulgadas, nueve líneas.

Thevenot, cuya exactitud y habilidad superior al comun de los viageros son harto conocidas, observó en una geografía escrita en lengua persa, que el dedo, ó sea la cuarta parte del palmo, y veinte y cuatravo del codo, estaba valuado en seis granos de cebada colocados uno al lado de otro (valuacion que es en efecto universal en todos los autores orientales), y con este motivo dice haber hallado que la medida de los seis granos de cebada multiplicados por ocho, daba seis pulgadas de nuestro pie; de donde concluye que el codo compuesto de ciento cuarenta y cuatro granos, debe valer pie y medio. (Véase lib. II del segundo viage, cap. VII.) Ahora pues: ¿no es esto mismo lo

que resulta, no solo de la medida del grado terrestre practicada por órden de Almamoun, sino tambien de la aplicacion especial que hacemos del comun á esta medida? Debo notar que el codo negro, en proporcion con la medida analizada del comun, será de veinte pulgadas y cuatro ó cinco líneas; lo que, por decirlo de paso, guarda gran conformidad con el codo egipcio y hebreo. No escediendo, pues, este codo negro de la medida del comun, sino porque la palma de la mano del etiope, ó el palmo que se tomaba por patron, escedia de la medida comun, y no porque se tratase de anular la definicion del codo de seis palmos, ¿no es en efecto aumentar sensiblemente la proporcion natural el darle veinte pulgadas y cerca de media, al paso que los seis palmos griegos, aunque proporcionados como anteriormente se ha notado, á una estatura de hombre de cinco pies y ocho pulgadas, solo se estiman en diez y siete pulgadas? Si estas correspondencias y probabilidades no se estienden á la comparacion que se ha hecho del codo antiguo ó hashemide con los otros codos, diremos que esta comparacion no es verosímilmente mas que numérica con respecto á los palmos y los dedos, sin ser proporcional en cuanto á la longitud efectiva. ¿No se observa igual diversidad entre las medidas de pies, aunque sean igualmente de doce pulgadas? Y para presentar un ejemplo en el objeto mismo que nos ocupa, aunque el codo negro escediese del comun el valor de tres dedos de los veinte y cuatro en que este se divide, ¿se tomaban por ventura mas de seis palmos para componerle?

Esta discusion del codo arábigo, que solo toca á un punto particular de lo que forma el objeto de mi disertacion, me ha ocupado sin embargo con tanto mayor gusto, cuanto que no tengo noticia de que hasta ahora se haya tratado y desenvuelto este punto.



Núm.° III.

MEMORIA SOBRE TUNEZ

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
I.	I.
¿Los beyes que gobiernan en Tunez son turcos ó árabes? ¿En qué época precisamente se apoderaron de la autoridad que tenian antes los deyes?	Hace unos ciento cincuenta años que los beyes de Tunez arrebataron la autoridad á los deyes; pero no han conservado sin revoluciones el poder que usurparon. El partido de los deyes los arrolló en muchas ocasiones, y no quedó enteramente abatido hasta el año 1684, por la fuga del dey Mahmed-Icheleby, desposeido por Mahmed y Aly-Bey su hermano. Entonces se entabló una monarquía hereditaria, cuyo primer tronco fué Mahmey-Bey. autor de la revolucion. Este nuevo órden de cosas fué alterado tan pronto como establecido; pues el dey de Argel, teniendo ciertas quejas de los tunecies, vino á esplicar sus pretensiones á la cabeza de su

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
13 octubre 1689.	ejército, puso sitio á Tunez, se apoderó de ella por la fuga del bey, y colocó en lugar de este á Ahmed-ben-Chouques. Habiendo logrado Mahmed-Bey traer á su partido á los árabes de las fronteras, se diri-
13 julio 1695.	gió contra Ahmed-ben-Chouques, le dió una batalla, la ganó, y sitió á Tunez: y como su competidor se habia retirado á Argel despues de la batalla, Mahmed-Bey se apoderó sin dificultad de la capital, y restableció de nuevo su autoridad, que conservó hasta su muerte. Sucedióle Ramadam-Bey, su hermano, cuyo bondadoso carácter anunciaba á los tunecies un reinado tranquilo. No se engañaban; mas su misma bondad causó su perdicion; porque su sobrino Mourat, hijo de Aly-Bey, impaciente por gozar del trono á que estaba llamado, se aprovechó de la indolencia de su tio, se sublevó, le hizo prisionero, y le dió muerte. El reinado de Mourat, sobrado largo para la felicidad del pueblo, fué señalado con estraordinarias crueldades, cuyo curso detuvo felizmente, asesinándole, el turco Ibrahim-Cherif. Estinguida con la muerte de Mourat la línea de Mahmed-Bey, Ibrahim podia sin dificultad hacerse reconocer bey por el divan y por la milicia: mas adelante, habiendo sido hecho prisionero en una batalla, que perdió contra los argelinos, el ejército eligió para reemplazarle á Hassan-ben-Aly,

PREGUNTAS. RESPUESTAS.

nieto de un renegado griego, con el cual empezó una nueva dinastía, que se ha sostenido sin interrupcion hasta el dia. El nuevo bey conocia bien que mientras viviese Ibrahim no estaria seguro de su poder. Esta consideracion le hizo tentar varios medios para traer á aquel á su lado, lo cual logró publicando que él no era mas que el depositario de la autoridad de Ibrahim, y que solo aguardaba que se presen-

10 enero 1706. tase este para abdicar. Engañado Ibrahim por esta sumision aparente, se dirigió á Porto-Farina, en donde le cortaron la cabeza.

Reinaba pacíficamente Hassan-ben-Aly, y solo faltaba á su felicidad tener un heredero; mas no teniendo hijos de ninguna de sus mugeres, se decidió á designar por su sucesor á su sobrino Aly-Bey, que mandaba en el campo. Pasados en este estado muchos años, en una presa que hicieron los corsarios de la regencia, se encontró una muger genovesa, que fué colocada en el harem de Hassan-ben-Aly. Agradó á este, y á poco tiempo se halló en cinta: justificado que fué su preñado, reunió Hassan el divan, y le preguntó si en el caso de que aquella muger á quien no habia podido reducir á hacerse turca, le diese un príncipe, podria ser reconocido y sucederle: el divan opinó que no podria ser á menos que la esclava cristiana no abrazase la ley de Ma-

PREGUNTAS. RESPUESTAS.

homa: entonces Hassan-ben-Aly hizo nuevas instancias á su odalisca, la cual se resolvió en fin á renegar. Llegado el tiempo, dió á luz un príncipe, que fué llamado *Mehmed-Bey*, y posteriormente tuvo otros dos, Mahmoud y Aly-Bey. Viéndose Hassan-ben-Aly con tres herederos, hizo saber á su sobrino Aly-Bey que habiendo cambiado el cielo el órden de las cosas, no podia ya dejarle el trono; pero que queriendo darle una prueba constante de su amistad, iba á comprar para él el empleo de bajá que la Puerta nombraba aun en Tunez. El jóven bey se sometió á la voluntad de su tio, aceptó la plaza prometida, y tomó el título de *Aly-Bajá*. Su ambicion pareció hallarse satisfecha; mas para encubrir los grandes designios que habia concebido, afectaba una satisfaccion y contento, que estaban muy lejos de su corazon. Sentia ver pasar el cetro á otras manos; y para libertarse de esta afrenta, huyó de Tunez al monte de los Oseletis, se puso á la cabeza de un partido que secretamente se habia ido formando, y volvió á atacar á su tio Hassan-ben-Aly. No correspondió el éxito á su esperanza: fué derrotado, y viéndose obligado á dejar su asilo, se refugió en Argel, en donde á fuerza de intrigas y promesas logró algunos socorros. Decidiéronse, mar-
1735. charon á Tunez, y despues de una

victoria completa, obligaron á Hassan-ben-Aly á dejar la capital y refugiarse en el Kairouan. Terminada la guerra civil, que trajo consigo una hambre general, el príncipe fugitivo dejó el Kairouan, y se dirigió á Susa.

Un capitan francés de Ciotat, llamado *Bareilbier*, que le seguia hacia mucho tiempo, le dió pruebas de su adhesion ocupándose contínuamente en proporcionarle trigos y víveres: el príncipe le firmaba obligaciones que debia cumplir en el caso de que la fortuna volviese á colocarle sobre el trono. Mas esta fué siéndole mas contraria cada dia; y privado de todo recurso, se decidió á enviar sus hijos á Argel, que parece ser el refugio de todos los príncipes fugitivos de Tunez, esperando que podria reunirse con ellos; mas cuando ya se disponia á hacerlo, le sorprendió en su fuga Younnes-Bey, hijo mayor de Aly-Bajá, y le cortó él mismo la cabeza. Libre Aly-Bajá de su mas peligroso enemigo, parece debia gozar de una suerte apacible; pero su tranquilidad fué turbada por la division que se introdujo entre sus hijos. Mahmed-Bey, que era el uno de ellos, y al cual miraba su padre con predileccion, formó el proyecto de arrebatar á Younnes-Bey, su hermano mayor, el trono que le correspondia: con esta mira procuró y logró indisponer á su padre con su her-

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	mano. Aly-Bajá, seducido por sus razones, quiso hacerle arrestar: pero Younnes lo supo, y sublevándose, se apoderó del castillo de Gaspe y de la ciudad de Tunez: atacóle allí Aly-Bajá, y le obligó á refugiarse en Argel. Desembarazado Mahmed-Bey de un concurrente peligroso, trató tambien de desembarazarse de su hermano menor, y le hizo dar veneno. Hízose reconocer como heredero presuntivo, y parecia que debiese gozar un dia de la suerte que sus crímenes le habian preparado, cuando las cosas mudaron de aspecto. La ciudad de Argel sufrió una de aquellas revoluciones tan frecuentes en los gobiernos militares: nombróse un nuevo dey, y la eleccion de la milicia recayó en el turco Aly-Tchaouy. Habia sido este anteriormente embajador de Tunez, y habia recibido una afrenta de este mismo Younnes-Bey, que se veia reducido á implorar su proteccion; y asi, lejos de atender á sus ruegos, á fin de vengarse, tomó el partido de los hijos de Hassan-ben-Aly, á los cuales dió algunas tropas mandadas por el bey de Constantina para que recobrasen el trono.
	El éxito coronó su empresa: entraron á saco la ciudad de Tunez, hicieron prisionero á Aly-Bajá, á quien inmediatamente fué dado garrote; y sentóse en el trono Mahmed-Bey, hijo mayor de Hassan-ben-Aly. Este buen príncipe solo reinó

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	dos años y medio, y dejó dos hijos de corta edad, Mahmoud é Ismael-Bey.
	Sucedióle su hermano Aly-Bey, el que se dice prometió que entregaría el trono á los hijos de su hermano cuando el mayor se hallase en estado de ocuparle; mas el deseo de perpetuarle en su propia raza, no le dejó cumplir su promesa. Procuró poco á poco apartar del gobierno á sus sobrinos, y mezclar en él á su hijo. Mostró al pueblo al jóven Hamoud, le dió el mando de las tropas, y en fin, solicitó para él el título de bajá. Con esto aseguró á su hijo el voto del pueblo, y á fuerza de atenciones supo enseñorearse tan bien del ánimo de sus sobrinos,
26 mayo 1782.	que á su muerte, ocurrida en 1782, desistieron voluntariamente de sus pretensiones, y fueron los primeros que saludaron á Hamoud-Bajá, su primo, único bey de Tunez.
	Desde aquella época no ha turbado el estado ninguna revolucion, y los que podrian escitarlas se muestran sobrado unidos al bey, para que pueda suponérseles el deseo de hacerlo.
	El recuerdo de las desgracias pasadas, y el espectáculo de las revueltas de Argel, han enseñado sobradamente á los tunecies hasta qué punto deben desconfiar del espíritu inquieto y turbulento de los turcos, para admitirlos en el gobierno; y de ahi es que los beyes han procu-

PREGUNTAS. RESPUESTAS.

rado abolir poco á poco la autoridad que los turcos habian usurpado; y han tenido grande empeño en apartarlos de los puestos importantes de la administracion, reservados á los indígenas y á los georgianos, y no dejarles absolutamente sino aquellos que solo tienen una sombra de autoridad. Asi, pues, aunque la familia reinante sea mirada como turca, pues que Hassan-ben-Aly descendia de un renegado griego, el gobierno debe ser considerado como moro.

II, XVII, XVIII.

II.

¿Con qué naciones de Europa ha celebrado tratados el gobierno de Tunez? ¿En qué época y bajo qué condiciones se establecieron? ¿Existen todavía?

XVII.

¿Cuáles son las naciones que tienen cónsules en Tunez? ¿Hay algunas que permitan hacer el comercio á sus cónsules?

II, XVII, XVIII.

La Francia, la Inglaterra, la Suecia, la Dinamarca y la España, son las naciones europeas con quienes ha celebrado tratados el gobierno de Tunez: puede tambien comprenderse en este número á Venecia, á pesar de la guerra actual que tiene con esta regencia y con el emperador, cuyo pabellon no ha sido abatido sino por razon de su rompimiento con la Puerta. Los raguseos, como tributarios del gran señor, tienen tambien su tratado, pero sin bandera ni comercio, y únicamente por lo respectivo á la franquicia de sus navegaciones.

Los tratados de la Francia con Tunez son los mas antiguos, pues que datan de 1685, aunque hay algunos anteriores, que ya no exis-

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
XVIII. ¿Cuántas casas estrangeras existen en Tunez haciendo el comercio, y á qué nacion pertenecen? ¿Están todas en la capital? *Nota.* Se han reunido estas preguntas y otras de las que siguen, por causa de la relacion que tienen entre sí.	ten ni son mencionados en este tratado. El de Inglaterra se hizo cinco ó seis meses despues, y el de Holanda pocos años adelante. La paz de las otras naciones arriba nombradas, no pasa de cuarenta á cincuenta años. Dando aqui un resúmen de los tratados celebrados con la Francia podrá juzgarse de los de las demas naciones, que en corta diferencia están calcados sobre aquellos. Por uno de sus artículos, y á semejanza de lo que se practica en la Puerta con los embajadores, el cónsul de Francia en Tunez tiene la precedencia sobre los otros. Su magestad le concede el título de *cónsul general y encargado de negocios*, porque por una parte se halla en el caso de administrar justicia á las casas establecidas en aquella escala y á los navegantes que tocan en ella, y por otra trata de los intereses de las dos potencias. Todos los cónsules tienen el derecho de hacer el comercio, escepto el de Francia, á quien está prohibido bajo pena de destitucion. Esta sabia prohibicion se funda en que podria llegar el caso en que fuese juez y parte, y ademas un concurrente sobrado poderoso para los comerciantes; pues la consideracion que acompaña á su destino, le haria obtener fácilmente la preferencia en los negocios.
	Por una razon contraria las otras

PREGUNTAS. RESPUESTAS.

naciones, que no tienen ningun comerciante establecido en la escala, permiten hacer el comercio á sus cónsules.

En 1787.

Existen en Tunez ocho casas de comercio francesas establecidas en la capital.

III.

¿A cuánto se cree que asciende la poblacion del imperio? ¿Quiénes son mas numerosos, los árabes ó los moros? ¿Pagan el impuesto por tribus ó por individuos? ¿Hay algunos árabes establecidos en la ciudad?

Antes de la peste se estimaba en cuatro ó cinco millones de almas la poblacion del imperio; mas puede calcularse que el contagio ha arrebatado cerca de un octavo. El número de los árabes escede al de los moros.

Hay algunos impuestos que se pagan por tribus y otros por individuos: no existe absolutamente ninguna regla que establezca alguna proporcion en los impuestos; y en general en nada se observa tanta arbitrariedad. Existen algunos árabes establecidos en la ciudad, pero son los menos.

IV.

¿Existen en el centro del reino ó en las fronteras muchas tribus que se niegan á pagar los impuestos? ¿Quiénes son mas indóciles, los moros ó los árabes? ¿Quiénes son mas ricos, los mo-

En las fronteras existen algunas tribus que suelen negarse al pago de las contribuciones; pero las tropas que se envia á cobrarlas, les obligan muy pronto á pagar. En general son los árabes los que mas se resisten. Es de presumir que los moros son mas ricos, porque se ocupan á un mismo tiempo en la agri-

PREGUNTAS.

ros ó los árabes? ¿Las hordas errantes suelen tomar en arriendo las tierras de los habitantes de las ciudades para cultivarlas ó apacentar en ellas sus ganados?

RESPUESTAS.

cultura, en el comercio, en las manufacturas y en la imposicion del dinero; al paso que los primeros se limitan á la agricultura: las hordas errantes suelen tomar en arriendo tierras de los habitantes de las ciudades, ya para cultivarlas, ya para apacentar en ellas sus rebaños, que consisten en ganado mayor y menor, y en camellos, que les sirven para los trasportes, cuyo pelo hilan, y con cuya leche se alimentan: algunas veces tambien se comen el mismo animal.

Los buenos caballos se han hecho ya muy raros; porque los árabes han perdido la aficion á criarlos, por no ver que el gobierno y sus empleados les arrebaten á vil precio el menor caballo pasadero.

V.

¿Hay muchos propietarios de tierras? ¿Estos propietarios residen todos en las ciudades, ó hay algunos que vivan en casas aisladas ó en los pueblos? ¿Estos últimos no están espuestos al vandalismo de las hordas errantes?

V.

Aunque el bey posee muchas tierras, y existen otras muchas cuyos productos pertenecen á la Meca, no deja, sin embargo, de haber muchos propietarios; estos viven en las ciudades y lugares, y aun en habitaciones aisladas, poco espuestas, en esta posicion, á las correrías de las hordas errantes.

VI.

¿A cuánto se cal-

VI.

En cuanto es posible valuar los

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
cula podrán ascender las rentas del estado? ¿Cuáles son los objetos que las forman? ¿Las consumen enteramente los gastos ordinarios, ó puede reservarse alguna parte? ¿Se cree que el bey tenga un tesoro considerable?	recursos de un estado, en el que la mayor parte de las rentas se sacan anualmente al subasto, y consisten en vejaciones, puede calcularse que las rentas del bey de Tunez ascenderán á veinte y cuatro millones. Los objetos que las forman son las aduanas, los permisos para la estraccion de ciertos géneros, el arrendamiento de las diferentes cantidades que da cada nuevo gobernador, y cuya suma se hace cada dia mas considerable por las subastas anuales, la renta de su patrimonio, el diezmo que percibe sobre las tierras, el producto de las presas, la venta de los esclavos, etc. Los gastos distan mucho de consumir las rentas anuales, de las que cada año se reserva una parte. Es indudable que el bey posee un tesoro considerable, que continuamente se aumenta; porque otro de sus defectos es una sórdida avaricia. La paz de España acaba de aumentar este tesoro con algunos millones, y Venecia no tardará á hacer lo mismo. Argel y Constantina hacen de cuando en cuando copiosas sangrías á este tesoro, que el gobierno de Tunez podria poner á cubierto de sus ataques, si emplease una parte de él en sostener sus plazas, su marina, y algunas tropas disciplinadas.

PREGUNTAS. | RESPUESTAS.

VII. | VII.

¿Existen en Tunez muchos esclavos cristianos? ¿Se han rescatado algunos en los últimos años? ¿A qué precio? ¿A qué nacion pertenecian?

El número de los esclavos cristianos es en Tunez harto considerable, y se ha aumentado mucho de algunos años á esta parte, en razon de la juventud y genio militar del bey, que estimula el corso, armando él mismo muchos corsarios. No es posible saber á punto fijo el número de estos esclavos, porque continuamente los cautivan y rescatan: en general son napolitanos, venecianos, rusos é imperiales. En el dia Nápoles rescata todos los que puede de los suyos, Génova lo hace alguna vez, Malta casi nunca; pero la órden suele hacer algunos canges, en los que siempre lleva Tunez la ventaja; pues que nunca dejan en libertād mas que un maltés por dos, tres y cuatro musulmanes.

Desde la época del príncipe Paterno el rescate ordinario se ha fijado en trescientos cequíes venecianos, y en seincientas piastras los rescates dobles.

El rescate de los esclavos pertenecientes al bey, que son los mas, se halla fijado en doscientos treinta cequíes venecianos cada marinero, y cuatrocientos sesenta cada capitan ó muger, de cualquier edad que sea; los particulares se arreglan generalmente á este precio, y aun algunas veces lo disminuyen por consideracion á la vejez ó poco talento del esclavo. ¡Qué engaño, por no decir otra cosa! Puede asegurarse que la suerte de los esclavos en Tunez es en general muy benigna: muchos se quedan allí ó vuelven despues de haber sido res-

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	catados: algunos alcanzan su libertad cuando muere su amo, y aun en vida de este.
VIII.	VIII.
¿Cuántas tropas mantiene el bey? ¿De qué paises son? ¿Cuánto le cuestan? ¿Están disciplinadas y aguerridas? ¿Cómo están distribuidas? *Nota.* En la época de la espedicion de Trípoli hizo el bey un aumento considerable en las tropas. Alistó casi todos los jóvenes krongoulis del reino en número de mas de mil doscientos; y de este aumento proviene que las tropas regladas cuesten al gobierno cerca de setecientas mil piastras anuales.	El bey mantiene cerca de veinte mil hombres, cinco mil turcos, mamelucos ó krougules: estos últimos son naturales del pais; mas hijos de turcos ó de mamelucos, ó de su raza; dos mil spahis moros, al mando de cuatro agás, á saber: el agá de Tunez, del Kairouan, del Ref y de Bejea; cuatrocientos ambas moros al mando del bachitemba, su gefe, dos mil ó dos mil quinientos zouavas moros de todos paises, bajo las órdenes de su hodgia. Existen cerca de veinte mil hombres alistados en los cuerpos de zouavas; mas el gobierno solo paga á lo mas dos mil y quinientos, los otros solo gozan de algunas preeminencias, y sirven en ocasiones estraordinarias. De once á doce mil árabes del campo, de las razas de los verdes Auledt Seids, Auledt Hassan, etc., comprendidos todos colectivamente bajo el nombre de *Mazerguis*: estos sirven para seguir á las tropas regladas, y velar sobre los movimientos de los árabes tributarios, y particularmente sobre algunos gefes de los árabes independientes que se hallan acampados en los confines de Tunez y Constantina.

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	Los turcos, mamelucos y krougoulis, que representan la antigua milicia, cuestan hoy al gobierno mas de setecientas mil piastras de Tunez anuales.
En el dia solo existen dos compañías de mamelucos de veinte y cinco hombres cada una.	La mayor parte de los mamelucos está destinada á la guardia del bey, dividida en cuatro compañías de veinte y cinco mamelucos cada una. Estos, ademas de su paga, reciben cada seis meses una gratificacion de veinte piastras y algunas cortas retribuciones en telas y géneros. Son tambien portadores de las órdenes que el gobierno dirige á los gobernadores y á los cheikes; y cuando estas órdenes tienen por objeto algunas contestaciones de particulares, es obligacion de estos el mantener á los mamelucos mientras desempeñan su encargo.
	Tambien existen en la guardia del bey algunos turcos y krougoulis, que en corta diferencia gozan de las mismas ventajas que los mamelucos: el gobierno solo los emplea en los negocios que tienen relacion con la milicia; y lo mismo sucede con los ambas moros y con los spahis.
	Casi la mitad de los soldados existe en Tunez, en donde da la guarnicion de la plaza y del campo: el resto está repartido en las fronteras.

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.

A SABER:

En Tabarca.	600
Gafsa.	75
Gerbis.	75
Mehdia.	50
Galipia.	50
Hamamet.	50
Bizerte.	150
Porto-Farina.	100
La Goleta..	300
TOTAL.	1450

Se cuentan cerca de ochocientos zouavas en las guarniciones.

A SABER:

En Gerbis..	100
Zarsis.	25
Beben..	25
Gouvanes..	25
Guebes.	25
Hamma	25
Haxe.	25
Sousse.	25
Taburba.	50
Sidi-Daoud.	25
En los castillos de Tunez .	150
TOTAL.	500

En Aubarda..	200
La Goleta.	50
TOTAL.	750

El gobierno emplea el resto de los zouavas que tiene á sueldo en el

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	campo que envia todos los años á las fronteras de Trípoli.
IX.	IX.
¿Existen en el reino algunas caravanas? ¿En dónde se hallan? ¿Hacen un comercio considerable? ¿Cuáles son los objetos de los cambios? ¿Pagan algun derecho al gobierno?	Dos caravanas hacen cada año viages reglados á Tunez: la una viene de Constantina y la otra de Godemes. La de Constantina se renueva ocho ó diez veces al año; compra mercería, quincalla, drogas, especiería, paños, telas, platería, joyería y gorros de la fábrica de Tunez, cuyos géneros paga con ganados, mantones y pesos duros cortados. La de Godomes rara vez hace mas de tres viages; trae negros, y compra mercería, quincalla, telas, otros artículos de los arriba mencionados, y generalmente todo lo que puede servir para alimentar el comercio que hace en el interior del Africa: el gobierno no percibe derecho alguno de estas caravanas.
X.	X.
¿Se reserva el gobierno algun ramo de comercio?	Los ramos de comercio reservados al gobierno son los cueros, las ceras que deja anualmente á una compañía de judíos ó moros, mediante una retribucion de paños, telas ó dinero, las sosas ó barrillas que vende al mayor postor, la pesca del atun, por cuyo privilegio se dan anualmente veinte mil francos, y la del coral, por la cual paga

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	casi la misma suma la compañía de Africa.
XI.	XI.
¿A cuánto subieron en el año último (1787) las esportaciones de Tunez para Levante, y las importaciones de Levante á Tunez?	Es de todo punto imposible calcular, aunque solo sea aproximadamente, las esportaciones de Tunez para Levante. Las aduanas que se hallan esparcidas por los diferentes puertos del reino, solo llevan unos registros informes; y se hace por otra parte mucho contrabando, que los gobernadores y aduaneros facilitan por la utilidad que les produce.
XII y XIII.	XII y XIII.
XII. ¿A cuánto subieron en la misma época las esportaciones de Tunez para Europa, y la importacion de Europa á Tunez?	El estado sucinto y tan exacto como puede formarse que va á continuacion, responderá cumplidamente á estas dos preguntas. *Resultado de los estados de comercio del año* 1787.
XIII. ¿En qué puertos se hicieron los cargamentos, y de qué naciones de Europa ó de Levante eran los buques por cuyo medio se hizo este tráfico?	Las mercaderías que hemos importado de Tunez ascienden á. . . . . 5.225,844 Las que hemos estraido á. . . . . 4.634,531 Queda, pues, un escedente de P. . . . . . . 591,313 Reasumiendo estas dos primeras sumas, que hacen. . . . . 9.860,375 Comparando este total

PREGUNTAS. RESPUESTAS.

al del comercio activo y pasivo de todas las naciones estrangeras, que ascienden á. 5.108,477

Resulta que la balanza está en nuestro favor. . 4.751,898

Lo mismo se verifica con las toneladas respectivas: las nuestras suben á T. 12,806

La de los estrangeros á T. 6,870

La diferencia á nuestro favor es de T. 5,936

Los mismos estrangeros han puesto en actividad una parte de nuestros buques. Los cargamentos se han hecho en Tunez, Bizesta, Porto-Farina, Sussa y Gerbis: en cuanto á las mercaderías de entradas todas entran por el puerto de la Goleta.

Segun la nota puesta por el señor abate Rainal al pie de las preguntas, resulta que la importacion de Marsella á Tunez no llegó en 1787 sino á 1.009,963 l. al paso que segun el estado de arriba sube á 5.225,844 l. La estraordinaria diferencia que entre estos dos cálculos se encuentra, proviene de que en el primero solo se han contado las mercaderías propiamente dichas, al paso que se ha añadido el dinero recibido de Marsella, y las letras giradas directamente sobre esta plaza, ó por la via de Liorna: este es

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
	en efecto con corta diferencia el escedente que se encuentra en metálico de este cálculo, al que se remitió al abate Rainal.
XIV.	XIV.
¿Existen muchos propietarios de tierras? ¿Estas propiedades son considerables y seguras? ¿Hereda el gobierno á los que mueren sin hijos, como hereda á todos sus agentes?	No es posible saber la valuacion de las propiedades territoriales, como tampoco la proporcion que existe entre los dominios y propiedades particulares y la masa general. El gobierno posee en propiedad una gran porcion de tierras; pero no existe ningun catastro de las propiedades particulares. Percibe el diezmo de las cosechas; pero nada sobre los fondos en tierras, de manera que mientras los campos de un particular permanecen incultos, nada absolutamente percibe de ellos el gobierno. Aqui no se ven como en Europa grandes propietarios de tierras: toda propiedad está bajo la salvaguardia de la ley, y esperimenta muy rara vez los efectos de la rapacidad del fisco. El gobierno, de algun tiempo á esta parte, y particularmente desde los últimos años del reinado de Aly-Bey, se ha respetado bastante á sí mismo, para no llegar á los bienes de sus vasallos, ni aun á los de sus agentes, que despues de haber hecho fortunas considerables, y haber gozado de ellas pacíficamente, las han legado á sus herederos.
	Los hanefis (este término genéri-

PREGUNTAS. RESPUESTAS.

co designa á los turcos y á los mamelucos) que mueren sin hijos ú otros herederos legítimos, pueden disponer, segun la ley, del tercio de sus bienes, y el fisco hereda el resto.

Tambien hereda á todos los melckis (estos son moros) que no dejan hijos varones; y si los herederos son hijas, el fisco, segun la ley, parte la herencia con ellas. El agente del fisco encargado de la percepcion de estas herencias, es llamado *ben-el-mengi*; este vende los bienes raices ó muebles, y entrega el producto en las arcas del erario.

XV.

¿Cuántos buques corsarios sostiene el gobierno? ¿De qué especies son? ¿En qué puerto se conservan?

Ultimamente, se han aumentado dos kerlanglisches, un gran bastimento sueco, en que se han abierto portas para veinte y cuatro cañones, y un jabeque que la Francia le ha regalado.

XV.

El gobierno sostiene ordinariamente de quince á veinte corsarios, que consisten en tres grandes barcas de veinte cañones y ciento treinta hombres de tripulacion, algunos jabeques de menor fuerza, galeotas y falúas. Porto-Farina es el único puerto que sirve para los armamentos del príncipe. Los corsarios de los particulares no son mas numerosos, y en corta diferencia tienen la misma proporcion de fuerzas: arman y desarman en todos los puertos del reino, y perciben la décima parte de todas las presas que hacen.

PREGUNTAS.

XVI.

¿Qué derecho paga cada buque? ¿Cuál es el que satisfacen las mercaderías de esportacion ó de importacion? ¿Pagan un mismo derecho todas las naciones de Europa y los naturales del pais? ¿Ha sufrido variacion de algunos años á esta parte?

1802.

Trigos de ocho á diez mabuds y mas, cebada de veinte á veinte y cinco piastras y mas, aceite de dos y media á tres piastras; y para las otras escalas mas á

RESPUESTAS.

XVI.

Los buques en lastre no pagan nada; los que cargan ó descargan, pagan diez piastras y media. Los franceses por las mercaderías procedentes de Francia en bandera francesa, solo pagan tres por ciento; los ingleses pagan el ocho por ciento sobre las mercaderías procedentes de Italia ó de Levante; y las otras naciones europeas sobre todo género de mercaderías, cualquiera que sea su procedencia, pagan un poco mas que estos últimos. Los indígenas pagan once por ciento sobre las mercaderías procedentes de paises cristianos, y cuatro por ciento sobre las que proceden de Levante.

En cuanto á los gorros, que es la principal fábrica del pais, el gobierno, con el objeto de fomentarla, no exige ningun derecho de estraccion.

Por lo que respecta á las mercaderías de esportacion, que consisten en géneros, el gobierno permite su estraccion segun las circunstancias, y percibe un derecho mas ó menos fuerte, segun la cantidad de los pedidos. Este derecho es sobre el trigo de doce á quince piastras el cahiz, sobre la cebada de cinco á nueve, cuatro y medio sobre todas las legumbres y demas

PREGUNTAS.	RESPUESTAS.
proporcion que la medida es mayor.	granos menudos, y una y tres cuartos sobre el metal de aceite.

N. B. La piastra de Tunez puede calcularse en una libra, doce sueldos; el cahiz en tres cargas y un cuarto de Marsella; se necesitan cerca de tres metales para hacer una millerola.

FIN DE LA OBRA.

LOS CUATRO ESTUARDOS.

JACOBO II.

De 1603 á 1625.

Sin duda en la Gran Bretaña en 1603 al advenimiento de Jacobo I al trono, nacieron muchos individuos que no murieron hasta el año 1668, á la caida de Jacobo II: de manera que todo el imperio de los Estuardos en Inglaterra no escedió á la duracion de la vida de un hombre anciano. Ochenta y cinco años bastaron para la desaparicion absoluta de cuatro reyes que subieron al trono de Isabel, con la fatalidad, preocupaciones y desgracias unidas á su raza.

Jacobo, como la mayor parte de los reyes devotos, fué gobernado por sus favoritos: mientras que con su pluma peleaba por el derecho divino, dejaba el cetro á Buckingham, que usaba y abusaba del derecho político; este favorito tomaba y hacia uso de los vicios de la dignidad real, mientras al monarca conservaba las virtudes. A las veces los príncipes gustan entregar el poder á un ministro cuya incapacidad ellos mismos reconocen; imitando á Dios, de quien se llaman imágen, tienen á las veces el orgullo de formar alguna cosa de la nada.

Jacobo espiró tranquilamente en el lecho de la muger que habia muerto á María de Escocia; esta noble María que, segun la tradicion, nombró á su verdugo

gentil-hombre ó caballero; de esta hermosa viuda de Francisco de Francia, que deseó tener *la cabeza cortada con una espada á la francesa*, segun palabras de Esteban Pasquier. Pedro de Estoile dice: *El verdugo enseñó la cabeza separada del tronco, y como en tal punto cayó en tierra el tocado, se pudo vér que las amarguras habian hecho calva á esta pobre reina de cuarenta y cinco años, despues de un encarcelamiento de diez y ocho*. Jacobo no trabajó menos en establecer los principios que debian producir el fin trágico de Cárlos I: murió temblando siempre entre la espada que le habia espantado en el vientre de su madre, y la que debia caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado fué el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall; espacio oscuro, en que se eclipsaron Bacon y Shakespeare.

Jacobo era autor, y como tal sus escritos no carecian de mérito. Su *Basilicon Doron*, que sirvió de modelo á *l'Ikon Basiliké*, contenia esta leccion inútil para su hijo Cárlos. «No os familiariceis mucho con gentes interesadas en ocultaros las necesidades de vuestros vasallos, á fin de teneros en triste dependencia, y que siempre presentan al soberano las quejas públicas como revoluciones, dando á las lágrimas del pueblo el nombre de desobediencia y rebelion.»



CARLOS I.

DESPUES DEL ADVENIMIENTO DE CARLOS I Á LA CORONA HASTA LA CONVOCACION DEL LARGO PARLAMENTO.

De 1625 á 1640.

Cárlos subió al supremo poder con la cabeza llena de las ideas novelescas de Buckingham, y de las máquinas del absoluto Jacobo I. Pero Jacobo no habia defendido el derecho divino, sino por medio de la controversia; su vanidad literaria y su moderacion natural habian permitido la réplica: de este orígen habia nacido la libertad de las opiniones políticas; la libertad de las opiniones religiosas habia ya salido de la lucha entre el espíritu católico y el protestante.

Con muy buena fé en sus doctrinas, Cárlos habia sabido por las tradiciones paternas qne los privilegios de la corona son inalienables, que el rey reinante es solo usufructuario de ellos, y que debe trasmitirlos intactos al sucesor.

La nacion, por el contrario, comenzando á dudar de la estension de estos privilegios, sostenia que el trono habia usurpado una parte sobre ella. Los primeros síntomas de division estallaron cuando Cárlos quiso continuar la guerra encendida en el Palatinado; el parlamento negó el dinero pedido: antes de acordar el

subsidio, pretendió obtener la reparacion de los agravios de que se quejaba: sobre todo solicitaba el estrañamiento de un favorito insolente. Creyó Cárlos atacada su autoridad: se empeñó en sostener á Buckingham, anuló el parlamento, y puso tributos arbitrarios en virtud de ciertas leyes antiguas. El resto de su reinado se resintió del mismo espíritu.

Cárlos hizo esfuerzos para gobernar sin parlamento; mas la necesidad saludable de la monarquía representativa, necesidad que obliga al príncipe á la moderacion para verificar tranquilamente la exaccion de impuestos, atraia por fuerza la corona al principio constitucional. Cuando mas obraba el rey segun su voluntad, mas garantías le exigian: ó cedia, ó se encolerizaba de nuevo, y sus concesiones y sus enfados siempre venian á parar en el reconocimiento de algunos derechos.

En este conflicto, se reunieron grandes talentos, se trazaron los límites de los diferentes poderes; el caos político se aclareció, y entre muchas pasiones se dejaron ver muchas verdades, y cuando se desvanecieron las primeras, quedaron las segundas.

Buckingham, favorito de Jacobo, y que turbó los primeros años del reinado de Cárlos I, ha tenido mas importancia en la historia pasada que la que tendrá en la venidera, porque no se une á ningun grande movimiento del espíritu humano, ni á ningun gran vicio ó virtud de la cadena de la moral.

Buckingham era, como uno de muchos, pródigo, disipado, de una belleza insulsa, de un orgullo desmedido, de un talento limitado y fátuo, un hombre todo físico, del número de aquellos en quienes la carne y la sangre dominan á la inteligencia. El favorito se creia general, y era un soldado. Fanfarron de galantería en la córte de España, insolente en sus pretensiones de amor en la córte de Francia, y tal vez

en la de Inglaterra, afectaba triunfos que por lo regular no habia obtenido.

Es, sin embargo, bien de notar que Buckingham arrostró impunemente á Richelieu, y que estos terribles parlamentarios que algun tiempo despues llevaron al cadalso á un grande hombre, *Strafford*, sufrieron, bien que acusándole, las insolencias de un cortesano vulgar. Esto se perdona mas bien al poder que al genio: falta saber aun por un lado si Richelieu no despreció á un aventurero; y por otro, si no habia en el carácter imperioso y desreglado de Buckingham alguna cosa que simpatizaba con el carácter nacional inglés.

Este hombre fué asesinado (1628) por mano de otro hombre que no era vengador de nada: Felton dió de puñaladas á un patricio estravagante por una estravagancia plebeya.

Buckingham dejó dos hijos: el segundo murió en la guerra civil, en el partido de Cárlos I: el primogénito, que fué yerno de Fairfax, fué en el reinado de Cárlos II gefe del consejo, conocido con el nombre de la *Cábala*. Hereditariamente célebre por su pasion por el bello sexo, mató en duelo al conde de Shrewsbury, mientras que la esposa de este señor, disfrada de page, sostenia la brida del caballo de su amante. Tan desordenado como su padre, pero poseyendo un espíritu brillante y cultivado, escribia cartas, poemas y sátiras, y compuso juntamente con Butler una comedia, que cambió el gusto del teatro inglés.

Desde la elevacion de Cárlos I al trono de Inglaterra hasta la muerte del duque de Buckingham, se habian convocado tres parlamentos: el primero votó una suma insuficiente para la continuacion de la guerra continental en favor de los protestantes, y el segundo se mostró inficionado del espíritu de los puritanos. Ya estaba dividida la Inglaterra en dos grandes

facciones, que se intitulaban el partido de la córte y el de la campiña.

Cárlos, despues de haber anulado el segundo parlamento, no tardó en verse obligado á convocar el tercero (17 marzo 1728). Este parlamento puso la primera piedra de la libertad constitucional inglesa, haciendo pasar la famosa *peticion de derechos*; bill que tendia, segun los principios de la gran carta, á regular los poderes de la corona. Los comunes se hicieron intratables por la victoria, y despues de escenas violentas en que algunos diputados vinieron á las manos, el rey se vió obligado á despedirlos.

Asesinado Buckingham, y disuelto el tercer parlamento, pasaron doce años sin la convocacion de otro nuevo. Entonces se compuso el consejo de Cárlos de ministros que presentaban un raro contraste de mérito y de incapacidad.

El guardasellos Tomás Coventry reunia con mucha erudicion una elocuencia sencilla y la ciencia de los negocios; pero su carácter íntegro carecia de aquel calor que atrae amigos, y de las pasiones que acarrean discípulos. Teniendo poco apoyo en la córte, vió crecer el mal, sin advertir á su dueño. Clarendon dice: «Tuvo el honor de morir en un tiempo en que todo hombre honrado hubiese deseado la muerte.»

Sir Richard Weston, primer lord de la tesorería, habia mostrado en un rango inferior un espíritu y un valor que lo abandonaron en la cumbre del poder; altanero y tímido, pronto á insultar, y pronto á temblar delante del insulto, dejó solamente á su familia indigencia y desgracia.

El conde de Pembroke se hizo notable por sus virtudes, por su genio y cierta gracia particular: se ha tachado únicamente su pasion por las mugeres, á la cual sacrificó tiempo precioso que debiera haber consagrado á las adversidades de su pais.

El conde de Montgomery solo habia figurado en la córte por su hermosa presencia y talentos en la caza: en un tiempo ordinario no hubiese sido notable. Su mediania fué echada en cara á Cárlos: en las revoluciones se juzga como un crímen en los reyes no rodearse de hombres iguales á las circunstancias.

Un espíritu agradable, un talento universal, tocaron en suerte al conde de Dorset: igualmente brilló en la cámara de los comunes y en la hereditaria. Por desgracia la fogosidad de su carácter lo precipitó en escesos. Bravo y apasionado, prodigó su tiempo á unos amores sin honor, y su sangre á unos combates sin gloria.

El conde de Carlisle solamente se aprovechó del favor para gozar de los placeres. En los negocios tenia un talento natural que jamás aprovechó. Murió indolente, sin ser herido por la tempestad que escuchaba á lo lejos.

Adulador de Cárlos en su prosperidad, lord Holland lo abandonó en el infortunio: cobardía vulgar comun á tantas almas vulgares: se hizo el cizañero del parlamento. Cuando las facciones comienzan, eligen sus gefes al acaso: en seguida hunden en el abismo á los monos que habian tomado por hombres.

En fin, el arzobispo de Cantorbery cierra la lista de los consejeros de Cárlos en los tiempos que precedieron á las turbulencias. Apareció en la córte con aquella rigidez de carácter que le hizo incapaz de plegarse á las circunstancias. Aborrecido de los grandes, cuyo arte y costumbres despreciaba, no tuvo mas apoyo que la autoridad de una vida santa y la fama de una bondad que degeneraba en rudeza. Así como no quiso humillarse delante del favor de los cortesanos, se opuso á los escesos del pueblo, y de la persecucion de las intrigas cayó en la proscripcion de las revoluciones.

Apoyado Cárlos en este consejo, reinó por espacio de doce años con autoridad ilimitada: no hizo mal uso de ella en cuanto á la parte administrativa, pero buscaba en la teoría lo que era imposible en la práctica, una monarquía absoluta. Fácil es la conversion del gobierno absoluto al arbitrario: el absoluto es la tiranía de la ley, el arbitrario la tiranía del hombre.

Si la Inglaterra hubiese querido sufrir el impuesto, que entonces era bastante moderado, hubiese vivido bajo el régimen de un suave despotismo. Cárlos poseía virtudes domésticas, valor, moderacion, probidad; pero todos estos actos se le disputaban con la ley en la mano, podian ser buenos, mas no eran legales. Una sola sentencia causaba el empleo de la fuerza y un escándalo. En defecto del poder parlamentario, los consejeros del monarca suscitaron el poder de la cámara estrellada, cuyas atribuciones se aumentaron: fatal auxiliaria de la corona.

La sentencia pronunciada contra Hampden (1636) por no haberse querido someter al contingente del *shipmoney*, agitó sobremanera los espíritus: estalló en Escocia una conmocion religiosa. Por este concurso de circunstancias que produjo la renovacion de los imperios, el pueblo escocés y el de Inglaterra se inclinaban al puritanismo, en el mismo tiempo en que los obispos querian hacer triunfar la iglesia anglicana, y pretendian introducir algo de la pompa católica en el culto protestante.

Es rechazada en Edimburgo la nueva liturgia (1637); el pueblo grita: *¡El papa! ¡el papa! ¡el Antecristo!* El reino se subleva, y se firma el *covenant* (1).

De este acto fanático, místico y oscuro, que espresa con bárbaro lenguage las ideas mas limitadas,

(1) Nombre dado á la liga ó convencion que los escoceses hicieron para mantener su religion tal como estaban en 1580. (*Ed. E.*)

han emanado la libertad, la tolerancia y la civilizacion constitucional de la Inglaterra. Del mismo modo salió, por decirlo asi, de los horribles comités de 1793 el pacto de nuestra nueva monarquía. Cada conmocion política en un pueblo está fundada sobre una verdad, que sobrevive á esa conmocion. Frecuentemente dicha verdad está confusamente envuelta en palabras salvages y acciones atroces; pero en las grandes mudanzas de los estados, las palabras y las acciones pasan: el hecho político y moral que queda de una revolucion, es toda la revolucion. Cuando esta no tiene buen éxito, es que ha sido intentada demasiado pronto ó demasiado tarde, antes ó despues de la época en que hubiese hallado las cosas y los hombres en el grado de madurez propio para la fructificacion.

Una asamblea general de la nacion escocesa sucedió á las primeras turbaciones de Edimburgo. Fué abolido el obispado, y se formaron levas para sostener las opiniones con soldados.

Sir Tomas Wentworth, miembro del tercer parlamento, habia provocado en él fuertemente la famosa *peticion de los derechos*; pero cuando estuvo colocado el fundamento de la independencia constitucional, Wentworth fué el apoyo de la prerogativa real atacada, asi como habia sido el defensor de la libertad popular desgraciada. Cárlos lo habia nombrado par de Inglaterra y virey de Irlanda. Este monarca, en las difíciles circunstancias en que se vió envuelto, consultó al nuevo lord Wentworth. Este fiel vasallo dió enérgicos consejos á su soberano. ¿De qué sirve recomendar la fuerza á la debilidad?

En toda revolucion hay momentos en que parece muy fácil detenerla; pero los hombres son de tal temple, y las cosas están colocadas de tal manera, que jamás son aprovechados semejantes momentos. En lugar de resistir, Cárlos por sí mismo hizo un *covenant*, co-

mo Enrique III habia formado una liga. Los partidarios del *covenant* escocés trataron de satánico el *covenant* del rey. Despues de inútiles concesiones, el rey reunió tropas: lord Wentworth le dió dinero, y podia facilitarle una segunda armada: solo se trataba de avanzar: Cárlos retrocedió, y concluyó una tregua (17 de junio de 1639) cuando tuvo asegurada una victoria.

Pronto volvieron los escoceses á empuñar las armas. Lord Wentworth, nombrado conde de Strafford, queria que se introdugese la guerra en el corazon del reino rebelde, y que se reuniese un parlamento inglés: Cárlos solamente siguió la mitad de este consejo.

Era de esperar que este cuarto parlamento, reunido despues de un intervalo de doce años, romperia en justas quejas: Strafford dirigió las cosas con tanta habilidad, que los comunes se mostraron desde luego muy dóciles. Estaban divididos en tres partidos, los amigos del rey, los partidarios de la monarquía constitucional, y los puritanos; estos anhelaban un cambio radical en las leyes y religion del estado: no obstante, los tres partidos estuvieron á punto de reunirse para votar los subsidios. La traicion del secretario de Estado sir Henry Vane, protegido por la reina, lo destruyó todo.

Engañados por este ministro el rey y el parlamento, se creyeron confundidos cuando todo estaba claro. Cárlos, con su precipitacion acostumbrada, figurándose que le iban á negar los subsidios, hizo por última vez uso de una prerogativa de que habia abusado. Anuló el cuarto parlamento (5 de mayo de 1640), el cual debia ser seguido de la asamblea, que á su vez hizo pedazos la corona.

Por instigacion de los puritanos, habiendo invadido de nuevo los escoceses la Inglaterra, sorprendieron á las tropas del rey en Newborn. Cárlos, llegando

á York para rechazar á los escoceses, reunió un gran consejo de pares. Declaró de repente que la reina deseaba la reunion de un quinto parlamento.

Detengámonos aqui para hablar de esta reina cuya influencia fué tan grande sobre el destino de Cárlos I, su esposo, y sobre el de Jacobo II, su hijo.

ENRIQUETA MARIA DE FRANCIA.

Sesta en el número de los hijos, y tercera hija de Enrique IV, Enriqueta María nació el 25 de noviembre de 1609, seis meses antes del asesinato de su padre, y murió nueve años despues del fallecimiento de su marido. Fué su padrino en el bautismo el nuncio que fué papa con el nombre de Urbano VIII. Casó con Cárlos, rey de Inglaterra (11 mayo 1625). El contrato de matrimonio redactado á vista del papa, contenia cláusulas favorales á la católica religion. Enriqueta María llegó á Inglaterra con instrucciones de la madre Magdalena de San José, carmelita, y bajo la direccion del padre Berulle, acompañado de doce sacerdotes de la nueva congregacion del Oratorio: estos, enviados á Francia, fueron reemplazados por doce capuchinos. Nada podia ser mas fatal á Cárlos I que la casualidad de esta union católica, por otra parte tan noble, en el siglo del fanatismo puritano. El odio público se declaró desde luego contra la reina, y por rechazo contra el monarca.

Imposible es hoy dia penetrar el secreto de las razones que hicieron obrar á Enriqueta Maria al principio de las turbaciones de la Gran Bretaña: se la encuentra colocada en el interes parlamentario hasta el momento de la esplosion de la guerra civil: protege á Henry Vane, que llenó de confusion al rey y al cuarto parlamento: ella es la que pide la convocacion de ese largo parlamento que condujo á Cárlos al patíbulo:

ella arranca al rey la confirmacion de la sentencia que hirió á Strafford, y por su proteccion el consejo del rey se llenó de enemigos de la corona.

¿Estaba Enriqueta María en mala inteligencia doméstica con el rey, como quieren los parlamentarios? Bossuet indica alguna cosa de una secreta division. «Dios, dice, habia preparado un encanto inocente al rey de Inglaterra en las infinitas gracias de la reina su esposa. Como ella poseia su estimacion, *porque las nubes que habian aparecido en un principio, pronto se disiparon*, etc.

Hoy dia no hay ninguna duda sobre el género de division que reinó momentáneamente entre Cárlos y Enriqueta María: educada en una monarquía absoluta, en una religion cuyo principio es inflexible, en una córte en que todo se tolera á las mugeres, en un pais donde el humor es inconstante y ligero, Enriqueta fué desde luego una niña caprichosa, que pretendió que dominase su voluntad, su religion y su humor. Los sacerdotes, las mugeres y gentiles-hombres que habia llevado en su compañía, querian los unos ejercitar su culto con toda pompa, los otros establecer sus modas, y burlarse de los usos de una *córte bárbara*. Cárlos, agobiado con todas estas quejas, envió á Francia la comitiva de la reina. Se queja de la conducta de Enriqueta María en las instrucciones para la córte de Francia, cuya data es el 12 de julio de 1626.

Dice asi (1): «El rey de Francia y su madre no ignoran los disgustos y amarguras que han mediado entre mí y mi esposa, y todo el mundo sabe que las he sufrido hasta el presente con resignacion, creyendo y esperando siempre que las cosas irian mejor, porque era demasiado jóven, y que esto provenia de

(1) Me sirvo de la traduccion de la escelente edicion de las *Memorias de Ludlow*, en la coleccion de *Memorias relativas á la revolucion de Inglaterra*, por Guizot.

los malos y artificiosos consejos de sus domésticos, que atendian á su propio interes é inclinacion. En efecto, cuando pasé á Douvres para recibirla, no pude prometerme mayores demostraciones de respeto y cariño que las que ella manifestó en esta ocasion. Lo primero que me dijo fué, que como era jóven, y venia á un pais estrangero cuyas costumbres ignoraba, podia cometer muchos yerros, y que me suplicaba no me incomodase por las faltas que podia cometer por ignorancia, hasta que yo la hubiese instruido del modo de evitarlas... Pero jamás cumplió su palabra. Poco tiempo despues de su llegada, Mad. de Saint-Georges puso á mi esposa de tan mal humor contra mí, que se puede decir que despues de este tiempo no ha usado conmigo dos dias seguidos de las consideraciones que yo le merecia.

«No me detendré en pintar una multitud de pequeños descuidos, como el cuidado que pone en evitar mi compañía, pues cuando debo comunicarle algun asunto, es preciso que me dirija desde luego á los domésticos, porque de lo contrario me espongo á una negativa: mencionaré su poca aplicacion al idioma inglés, y ventajas de la nacion en general. Pasaré tambien en silencio la afrenta que de ella recibí antes que me presentase á esa desventurada y última asamblea del parlamento; bastante se ha discurrido sobre esto, y teneis al autor á vuestra vista en Francia... Despues de haber sufrido mucho tiempo con paciencia las tristezas que recibo de aquella que debia ser mi mayor consuelo, no puedo sufrir alrededor de mi esposa aquellas personas que son la causa de su mal humor, y que la instigan contra mí; deberia separarlas, aunque no mas fuese por una cosa, por haberla empeñado en ir devotamente á Tiburn (1).»

(1) Este documento, hallado entre las cartas de la reina y

Solamente se puede atribuir el disgusto entre Cárlos y Enriqueta á una especie de incompatibilidad de humor entre los dos esposos. Si el tiempo y la adversidad la debilitaron, la vida de Cárlos no fué bastante larga para hacerla desaparecer enteramente. Cárlos tenia algo de tierno, fácil y afectuoso en su carácter; su esposa era mas dominante y se descubria en ella un cierto desprecio de la debilidad de Cárlos. La rei-

del rey en una cagita de Cárlos, que se perdió en el campo de batalla de Naseby, está falsificado evidentemente. No puede concebirse como un documento de semejante naturaleza fué conservado por Cárlos desde el año 1626 hasta el 1645 entre los papeles recientes y una correspondencia toda relativa á la guerra civil. Ademas, estas palabras: *Pasaré tambien en silencio la afrenta que de ella recibí antes que me presentase á esa desventurada y última asamblea del parlamento*, si significan alguna cosa, presentan un grosero anacronismo. Enriqueta María desembarcó en Douvres el 11 de junio de 1625; el rey Cárlos, nuevamente ascendido al trono, abrió su nuevo parlamento el 18 del mismo mes, y pronunció su disolucion el 12 de agosto. Convocó un segundo parlamento en 1626; y este parlamento tempestuoso, por motivo de la acusacion de Buckingham, fué anulado en el mes de junio de este mismo año. Cárlos no se presentó en esta *desventurada y última asamblea del parlamento*. Es evidente que los falsarios, no atendiendo á las fechas, han querido hablar del largo parlamento en que Cárlos se presentó en efecto el 4 de enero de 1642 para hacer arrestar seis miembros de la cámara de los comunes que habian sido advertidos de los proyectos del rey por la traicion de la condesa de Carlisle, en otro tiempo querida de Strafford, despues unida á Pym, y favorita de la reina. En fin, el rey habla en este documento de las devociones de la reina en Tiburn: el espíritu de fanatismo acusaba á Enriqueta María de que habia ido á rogar delante de la horca en que habian sido muertos algunos sacerdotes católicos. Las piezas diplomáticas inglesas manifiestan que esta imputacion es infundada. Cárlos no podia escribir lo que su gobierno no creia.

na era encantadora: aunque habia nacido de una sangre y en una córte que no abundaban en austeras virtudes, los mismos republicanos no se atrevieron á calumniar sus costumbres. Tenemos retratos de ella que nos han dejado lord Kensington, Ellis y Howell. Uno de los historiadores franceses de su vida nos la pinta asi en el momento de su enlace: «Aun no tenia diez y seis años. Su estatura era mediana, pero bien proporcionada: tenia la tez perfectamente hermosa, el semblante largo, ojos grandes, negros, dulces y brillantes, cabello negro, hermosos dientes, la boca, la nariz y la frente grandes, manos bien hechas, aire muy espiritual, estrema delicadeza en las facciones, y un no sé qué de noble y grandioso en toda su persona. De todas las princesas sus hermanas, era la que mas se parecia á Enrique IV su padre: como él, tenia el corazon elevado, magnánimo, intrépido, lleno de ternura y de caridad, el espíritu tierno y agradable, compadeciendo los males agenos, y sintiendo las penas de todo el mundo.»

Los historiadores ingleses la presentan pequeña y morena, pero remarcable por la beldad de sus facciones y elegancia de sus maneras.

Cárlos amaba á Enriqueta apasionadamente: parece que ella no esperimentaba igual grado de ternura, y por esto cuando él no le manifestaba ninguna inquietud, ella era la que se plañia, y parecia un poco celosa. En las cartas de Cárlos impresas por órden del parlamento, respira el sentimiento mas patético de amor por Enriqueta.

El 13 de febrero le escribia: «Hasta ahora no habia probado que algunas veces es felicidad ignorar, pues no supe el peligro que habias corrido por mar, por la violencia de la tempestad, hasta tener ya la certidumbre de que felizmente te habias libertado. El espanto que me ha causado tu peligro cesará cuando

tenga la dicha de verte, porque no es á mis ojos el menor de mis infortunios que tú hayas corrido por mi causa tan grande peligro; y me has manifestado en esto tanta afeccion, que jamás podré recompensarla con cosa alguna de este mundo, y menos con palabras; pero mi corazon está tan lleno de ternura para contigo, y de impaciencia de reconocimiento, que no he podido menos de decirte algunas palabras, dejando á tu noble corazon el cargo de adivinarlo todo (1).»

Desde Oxford le escribió el 2 de enero de 1645. «Leyendo tu carta llegada ayer, me sorprendió que te quejases de mi negligencia en escribirte... Nunca he dejado de darte noticias mias. Si no tienes la paciencia de abstenerte de un juicio desfavorable sobre mis acciones, hasta que yo te haya revelado los verdaderos motivos, corres riesgo de tener el doble pesar de verte triste por falsas relaciones, y de haberlas creido demasiado pronto. No me estimes sino mientras me veas seguir los principios que tú conoces en mí.»

Cárlos le escribió desde el mismo lugar el dia 9 de abril del mismo año: «Yo te reprenderia un poco, si pudiese reprenderte, porque te alarmas demasiado. Piensa, te suplico, pues te amo sobre todo lo del mundo, y mi satisfaccion está inseparablemente unida con la tuya, si todas mis acciones tienen otro objeto que servirte y agradarte... El hábito ó costumbre de tu sociedad me ha hecho difícil de contentar; mas esta no es razon para que me tengas menos lástima, siendo tú el único remedio para mi enfermedad. Mi objeto es suplicarte que me consueles con tus cartas tan pronto como te sea posible. ¿Y no crees que los detalles de tu salud serán asuntos agradables para mí cuando no tengas otra cosa que escribirme? No lo du-

(1) Nota de las *Memorias de Ludlow*, coll. Guizot.

des, querida mia, la ternura es tan necesaria para el consuelo de mi corazon, como tu ayuda en mis negocios.»

Cuando uno contempla que Cárlos dilataba asi su corazon en medio de los horrores de la guerra civil, en el momento de caer en las manos de sus enemigos, se enternece profundamente.

La reina, un año antes le escribia desde York, el 30 de marzo, estas palabras un poco rudas: «Acordaos de lo que os he escrito en mis tres últimas cartas, y tened mas cuidado de mí que hasta el presente, ó á lo menos aparentadlo, para que no se descubra vuestra negligencia respecto de mi persona.»

Cárlos creyó deber declarar, al morir, á su jóven hija la princesa Isabel, que él *habia sido siempre fiel* á la reina; y la carta del último adios que escribia á esta terminaba con estas palabras: «Muero satisfecho, porque mis hijos están á vuestro lado. Vuestra virtud y ternura me responden del celo que tendreis por su conducta. No puedo dejaros prendas mas queridas y preciosas de mi amor. Bendigo al cielo porque hace caer su cólera contra mí solo. Mi corazon está para con vos lleno de la misma ternura que siempre habeis visto. Voy á morir sin miedo, pues me siento fortificado con el recuerdo de la firmeza de alma que me habeis mostrado en los comunes peligros. Adios, señora, persuadios que hasta el último momento de mi vida nada haré que sea indigno del honor que tengo de ser vuestro esposo (1).»

Esta última carta de Cárlos, que no es muy conocida, manifiesta que sus íntimos sentimientos eran tan nobles, y aun mas elevados, que los que desplegó en el cadalso.

Se puede achacar á Enriqueta María su propen-

(1) *Vida de Enriqueta María.*

sion á la intriga que heredaba de la sangre de los Médicis; se fió de frailes sin prudencia, y de favoritos que la vendieron. Ella tenia el valor propio de su sangre; algunas veces le faltaba el valor político, y cuando bramaban las tempestades políticas, aunque muger de cabeza y de corazon, daba consejos pusilánimes. Bienhechora y magnánima, frecuentemente hizo conceder la libertad y la vida á sus enemigos. No queria saber el nombre de sus calumniadores. «Si esas personas me aborrecen, decia, su odio tal vez no durará siempre, y si les queda algun sentimiento de honor, tendrán vergüenza de atormentar á una muger, que toma pocas precauciones para defenderse.» Los infortunios de Enriqueta María habian sido, por decirlo así, pronosticados por Francisco de Sales, que tiene en nuestra historia el triple título de santo, de hombre ilustre y amigo de Enrique IV.

Sea lo que fuere de las alteraciones religiosas y domésticas que turbaron la paz interior de Cárlos I y de Enriqueta, y de las causas que produjeron la union, hasta el presente inesplicable; de la reina y de los primeros parlamentarios, cuando las desgracias de Cárlos estallaron, la hija de Bearnois encontró como él en la guerra civil el ardimiento y la virtud.

Cuando en 1625 se puso en marcha para ceñir la corona de la Gran Bretaña, la reina María de Médicis, su madre, y la reina Ana de Austria, su cuñada, la acompañaron hasta Amiens. Todas las ciudades le hicieron en su tránsito demostraciones estraordinarias: por un rasgo de grandeza digna de los tronos cristianos, *estaban abiertas las cárceles á su llegada, y veia en su presencia una multitud de infelices que le daban las gracias por su libertad y la llenaban de bendiciones* (1). Las tres reinas se separaron en Amiens. Vein-

(1) *Vida de Enriqueta María.*

te navíos que esperaban á Enriqueta de Francia en Bolonia la trasportaron á Douvres, y fué recibida con salvas de artillería y aclamaciones del pueblo. Hubo torneos y juegos de sortija.

Cuando la reina de Inglaterra volvió á Francia en 1644, entró fugitiva; no se abrieron las cárceles por el encanto de su cetro, porque ella misma huia de las prisiones. Viajando de uno en otro reino, escapando de las tempestades para dar en los combates, huyendo los combates para sufrir tempestades, participó Enriqueta de la fatalidad que perseguia á los Estuardos. Esta esforzada matrona se vió cañoneada en la misma casa que le servia de abrigo contra las olas, y obligada á pasar la noche en un foso, en que las balas la cubrian de tierra. Otra vez el buque que la conducia estuvo próximo á perecer, y dijo á los marineros estas palabras que recuerdan las de César: «Una reina no se anega.»

Libre de espíritu en medio de todos los peligros, escribió al rey desde Newark el 27 de junio de 1643: «Todas las tropas que estaban actualmente en Nottingham han marchado á Leicester y á Derby, lo que nos hace creer que abrigan el designio de cortarnos el paso... Conmigo van tres mil infantes, treinta compañías de caballería ó de dragones, seis piezas de artillería y dos morteros. Enrique Germin, en calidad de coronel de mi guardia, manda toda esta fuerza; tiene á sus órdenes á Alejandro Lesley, gefe de la infantería, á Gerardo de la caballería, y á Roberto Legg de la artillería: Su Magestad es madama la generalísima, llena de ardor y de actividad, y en caso que se empeñe un combate, tendré que pedir ciento cincuenta carros de bagages (1).»

Despues de nuevos reveses, privada casi de toda

(1) Nota de las *Memorias de Ludlow*, coll. Guizot.

asistencia en la pequeña ciudad de Exeter, que el conde de Essex iba á sitiar, dió á luz, en 16 de junio de 1644, su última hija.

Recien encaescida se vió obligada á huir de nuevo, no teniendo mas ayuda que la de su confesor, un gentil-hombre, y una de sus mugeres, *que habia de sostenerla á causa de su gran debilidad.* Se vió obligada á dejar en Exeter á su hija recien nacida, que era aquella princesa prisionera diez y siete dias despues de su nacimiento; princesa herida por la muerte en San Cloud, en la flor de su beldad y juventud: aquella duquesa de Orleans, segunda Enriqueta, que la gloria de Bossuet debia esperar como la primera.

Una cabaña desierta á la entrada de un bosque se ofreció á la vista de Enriqueta María en su fuga. Allí permaneció oculta por espacio de dos dias. Oyó desfilar en ella las tropas del conde de Essex, cuyos soldados hablaban de llevar á Lóndres *la cabeza de la reina*; cabeza que estaba puesta en precio, tasada en 6,000 libras esterlinas.

Llegando Enriqueta á Plymouth al través de mil peligros, se embarcó para la isla de Gersey: el almirante Batty la persiguió. Entonces, como la esposa de San Luis, hizo que un capitan le diese palabra de matarla, ó arrojarla al mar, antes que cayese en las manos de los infieles de una nueva especie. Aborda con algunos marineros entre los peñascos la costa de la Baja Bretaña; los paisanos toman á estos estrangeros por piratas, se arman contra ellos: Enriqueta María se da á conocer, parte para París, llega al Louvre, y cae en nuevas desdichas.

Ultrajada con libelos hasta en el continente, de las manos del populacho feroz de Lóndres caia en las del populacho insolente de París. Perseguida por dos guerras civiles, encuentra en las riberas del Támesis los crímenes sérios de las revoluciones, y en las orillas

del Sena los pasquines sangrientos de la Fronda; allí el drama de la libertad, aquí su parodia. Los cortantes y panaderos de Inglaterra quieren asesinar á Enriqueta María en el palacio de los Estuardos; los panaderos y cortantes de Francia le niegan los alimentos en el palacio de los Borbones, olvidando que sus padres habian sido alimentados por aquel cuya hija se desdeñaban alimentar.

«Cinco ó seis dias antes que el rey saliese de París, dice el cardenal de Retz, me presenté á la reina de Inglaterra, que encontré en la cámara de su hija, que despues ha sido Mad. de Orleans. Así que me vió, me dijo: Ya lo veis: vengo á hacer compañía á Enriqueta; la pobre niña no ha podido hoy levantarse por falta de fuego... La posteridad apenas creerá que una nieta de Enrique el Grande no haya tenido un haz de leña para levantarse en el mes de enero, en el Louvre, y á la vista de la córte de Francia.»

Frecuentemente se veia obligada á pasearse despues de comer en las galerías del Louvre para entrar en calor.... *Sabia no solamente los insultos del pueblo de París, sino la dureza de sus acreedores. Los parisienses no la podian sufrir, y un dia que el rey Cárlos II, su hijo, se paseaba por un terrazo que daba á la ribera, algunos marineros lo amenazaron, lo cual le obligó á retirarse, para no enojarlos mas con su presencia* (1).

¡Triste y estraordinaria complicacion y semejanza de destino! Enriqueta María en 1639 habia recibido en Witehall á su madre desterrada, María de Médicis. Los habitantes de Lóndres, sublevados ya contra la reina de Inglaterra, se entregaron á escesos contra la antigua reina de Francia. La hija de Enrique IV, que apenas se defendia contra el odio público, se vió obli-

(1) *Vida de Enriqueta María.*

gada á pedir una guardia para proteger á la viuda de Enrique IV, y Ana de Austria no pudo á su vez, en París, dar abrigo á la hermana fugitiva de Luis XIII, tia de Luis el Grande.

Una falsa noticia llegó á la reina de Inglaterra sobre la catástrofe del 30 de enero de 1649: se esparció la voz que Cárlos I habia sido libertado en el patíbulo por el pueblo; pero la carta de despedida del infeliz monarca, que fué entregada á Enriqueta el 9 de febrero en el convento de Carmelitas de París, la sacó de su error y se desmayó. Al dia siguiente Mad. de Motteville la vino á cumplimentar de parte de la reina regente. El infortunio daba á la reina de Inglaterra el derecho de adoctrinar: encargó á Mad. de Motteville que dijese á Ana de Austria: «Que el rey su señor (Cárlos I) solamente se habia perdido por haber ignorado la verdad: que la mayor desgracia que pueden sufrir los reyes, y la que puede arruinar sus imperios, es la ignorancia de la verdad.

«¿Esta insistencia de Enriqueta deja de esplicar su primera inclinacion hácia los parlamentarios, y su antipatía para con Strafford, cuyo espíritu le parecia tal vez demasiado absoluto? En esta conversacion añadió, que era preciso poner cuidado en no irritar á los pueblos.» Si Cárlos I se habia perdido por ignorar la verdad, segun la espresion de la reina, ¿esta reina no participaba de las ideas del rey sobre la estension de la prerogativa? Ella amaba los parlamentos: cuando pensó en dejar la Inglaterra con María de Médicis, su madre, las dos cámaras le presentaron una humilde peticion, suplicándole que no se apartase del pais. Enriqueta respondió en inglés con un gracioso discurso que se quedaria, y que no habia sacrificio que el pueblo no pudiese esperar de ella (1).

Despues de la muerte de su esposo, se dió el so-

(1) *Diarios de* P., IV, 314.

brenombre de *reina infeliz*, y llevó luto toda su vida.

La prueba mas dura que esta reina tuvo que sufrir fué solicitar una viudedad del hombre que tenia la culpa de su viudez: Cromwel respondió al cardenal Mazarin que Enriqueta de Francia jamás habia sido reconocida como reina de Inglaterra. Esta respuesta salvage, que trasformaba en concubina de un príncipe estrangero la hija de nuestros mas grandes reyes, pasma menos que la demanda misma de esta hija de Juana de Albret..

Cuando supo Enriqueta esta negativa, dijo con nobleza: «Semejante ultrage mas se dirige á la Francia que á mi persona.» Tal era efectivamente la abyeccion que habia causado á nuestra patria la política de un ministro sin honor. Mazarin habíase degradado hasta el estremo de ser un espía de Cromwell al lado de la familia real desterrada: esta verdad resulta de una carta de Cromwell, que tambien era un grande espía coronado y armado.

Algun tiempo antes, Enriqueta María se habia visto obligada á pedir al parlamento de París lo que ella llamaba *una limosna.*

Retirada en Chaillot en la casa de las hermanas de la Visitacion, establecidas en una fundacion de Catarina de Médicis, Enriqueta se hizo devota: tambien es curioso saber que Port-Royal le habia ofrecido dinero y asilo. En las historias de su vida, tristes son esos pequeños cuentos de religiosos y religiosas; esos consejos de monjas que hablan de grandes acontecimientos, de los cuales apenas perciben el ruido, que juzgan desde el retiro de sus celdas los asuntos políticos, y que inmobles en sus santos desiertos, ni aun notan que el mundo marcha, y pasa por el pie de los muros de sus cláustros. Enriqueta María ensayó volver sus hijos á la iglesia romana. Cárlos II, indiferente á todo principio, prefirió su corona á su fé: solo se hizo ca-

tólico al morir, cuando no tenia nada mas que perder de los bienes de la tierra. El duque de Glocester y la princesa de Orange permanecieron celosos protestantes; el duque de York solo (Jacobo II) recibió impresiones que algun dia lo debian enviar á París para morir despojado como su madre. La princesa Enriqueta, despues duquesa de Orleans, fué educada en la religion romana.

En la restauracion de Cárlos II, la viuda de Cárlos I pasó á Inglaterra, y no pudo determinarse á fijar su residencia. No conocia á persona alguna; llorando recorria los palacios de Witehall, de Saint-James y de Windsor, perseguido por dolorosos recuerdos. Despues de haber visto morir dos de sus hijos (la princesa de Orange, viuda de veinte y seis años, y el duque de Glocester) se embarcó con su hija Enriqueta para volver á Francia; Enriqueta fué atacada de un sarampion peligroso, y cuidada por su madre un mes entero á bordo del buque. La compañera del infortunado Cárlos casó á Enriqueta con el duque de Orleans, y recibió en Chaillot el breve de la beatificacion de San Francisco de Sales: últimas grandezas de la tierra y del cielo que la visitaron en su soledad.

Hácia el año 1663, Enriqueta Maria hizo un último viage á Lóndres. En fin, entrando para siempre en su patria, cayó mala en Sainte-Colombe, pequeña casa de campo situada á poca distancia del Sena. Un grano de ópio que tomó la sepultó en un sueño, del cual no despertó jamás. Espiró á la media noche el 10 de setiembre de 1669. Un historiador ha dicho, *que ella hizo un santo uso de sus males.* Aunque su cuerpo fué trasladado á San Dionisio, y su corazon á la Visitacion de Chaillot, hubiese muerto olvidada, si Bossuet no se hubiese apoderado de este gran despojo de la fortuna, para adornarlo segun la elevacion de su genio.

El grande orador, al enviar la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra y de Mad. Enriqueta al abad de Rancé, le escribia: «He dado órden de entregaros dos oraciones fúnebres, las cuales, porque pintan la nada del mundo, pueden tener lugar entre los libros de un solitario, y que en todo caso puede contemplar como dos cabezas de muerto persuasivas.»

DE LA APERTURA

DEL LARGO PARLAMENTO

AL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL.

De 1640 á 1647.

Por los consejos de la reina anunció Cárlos I al consejo de los pares reunidos en York la convocacion de un parlamento.

Para no ocuparse sino de los negocios interiores, era preciso desembarazarse de los escoceses. En vano se opuso Strafford al tratado innoble que se concluyó con ellos; en vano demostró por una accion atrevida, cuan fácil era vencerlos: nada escuchó el rey y se dió prisa en volver á Lóndres. El cuarto parlamento habia sido disuelto el 5 de mayo de 1640, y el dia 3 de noviembre del mismo año se abrió esta quinta asamblea, tan memorable en la historia con el nombre de *largo parlamento*.

Cárlos habia pasado doce años sin convocar los comunes, y se habia apresurado en este tiempo á dispersarlos de nuevo: no se debe, pues, estrañar, que los comunes, por una reaccion natural, altamente irritados estableciesen el bill de los parlamentos trie-

nales, quitasen al rey el poder de prolongar esos parlamentos y disolverlos: por este solo acto la monarquía constitucional se habia convertido en una democracia real. El monarca que habia luchado tanto por la *prerogativa*, cuando no era virtualmente atacada, la abandonó en el mismo momento en que recibia los mas duros golpes.

Desconfiando ser útil á un príncipe tan débil, Strafford habia pretendido retirarse del ministerio. Cárlos retuvo al consejero fiel, que no pudiendo servirle, se resignó.

Habíase concebido un plan digno del carácter determinado de Strafford: el ministro queria denunciar al parlamento mismo los miembros del parlamento que habian llamado á Inglaterra la armada escocesa. Las pruebas del llamamiento existian; pero aquellos á quienes Strafford pensaba abrumar, avanzaron mas que él: Pym presentó en nombre de los comunes á la barra de la cámara de los pares una acusacion de alta traicion contra Strafford, que inmediatamente fué preso y enviado á la Torre.

Cárlos entonces, pensando apaciguar á los comunes, consintió en todo lo que quisieron comprender contra la autoridad de la corona; pero renunciando, como se ha dicho, al poder de disolver el parlamento, se privó del medio mas seguro de salvar á su amigo.

Los gefes del partido eran, en la cámara de los lores, el duque de Bedford, lord Say, lord Mandeville y el conde de Essex.

El duque de Bedford disfrutaba de cuantiosas rentas, que provenian en gran parte de las confiscaciones con que la corona habia dotado á su familia. Tenia el comun buen sentido, que el vulgo toma por sabiduría: orgulloso de unas riquezas de malísimo orígen, y de una razon suficiente para dedicarse á los intereses ordinarios de la vida, mirando los beneficios de la córte,

no como un favor, sino como un tributo pagado á su poder, Bedford, tan celoso por el régimen legal, y cuyos bienes eran inicuos presentes de la arbitrariedad, se reservó en el dia de la desdicha el derecho de ser ingrato.

Lord Say, violento puritano, solamente tenia mediana fortuna: su ambicion era desmedida, su espíritu fino, su carácter reservado. Los realistas no tenian enemigo mas peligroso.

Sin talentos verdaderos, con la urbanidad y algo de sinceridad, lord Mandeville se ganó el afecto y la confianza de los comunes.

Por lo que toca al conde de Essex, juguete de los gefes populares que adulaban su vanidad, era uno de esos hombres de espíritu limitado y falso, sin ninguna esperiencia; uno de esos hombres que veian en la felicidad de la especie la desgracia del individuo; siempre prontos á cometer las mismas faltas, siempre aturdidos de lo que sucede; personages que son los bobos de un partido, asi como otros son los traficantes ó los héroes.

En la cámara de los comunes, Pym estaba encargado de todas las proposiciones de las leyes: solamente tenia el talento de los negocios, á los cuales parecia dar importancia con palabras pesadas, y un tono dogmático; no le faltaba conciencia, y su juicio era recto. Sólamente deseaba mejoras en el gobierno: gefe de los reformadores al principio de las turbulencias, se encontró detrás de ellos cuando la revolucion hubo progresado.

Hampden llegó á tiempo de ayudar la destruccion de un imperio: pasando de repente de una vida disipada á las mas severas costumbres, ocultando con la afabilidad sus vastos designios, es probable que concibió la idea de una república, cuando solamente se pensaba en privilegios parlamentarios.

Hampden tomaba una parte de su fuerza de la flexibilidad de sus talentos: su elocuencia y espíritu eran, segun su voluntad, concisos ó difusos, claros ó embarazados; y esta oscuridad, de que era dueño, le daba mas poder, atándolo á los defectos de su siglo. Unas veces reasumia los debates del parlamento con una precision admirable, cuando estos debates conducian al triunfo de su opinion; otras embrollaba la cuestion de manera que la emplazaba, si le parecia que se resolvia contra su modo de pensar. Fino y modesto con arte, pareciendo que desconfiaba de su juicio, y que cedia al de otros, siempre concluia por alcanzar lo que deseaba. Intrépido en las armas, profundo en el conocimiento de hombres, él solo comprendia á Cromwell, cuando la multitud nada notaba en este destructor del trono de los Estuardos. Sila penetró del mismo modo el alma de César: las águilas ven de muy alto. Se cree que Hampden no se dejó tentar por la proposicion que le hicieron de nombrarle ayo del príncipe de Gales, si queria comprometerse en salvar juntamente con Pym y Hollis á Strafford (1).

Sombrío, vengativo, implacable, Saint-John formaba en compañía de Pym y Hampden el triunvirato que dominaba á la nacion. Estos tres hombres se servian aun del fanatismo de Fiennes y de los talentos de sir Henry Vane.

Este, á mas de un disimulo profundo, tenia un espíritu pronto y palabra mordente; en la fealdad singular de su fisonomía se leian destinos estraordinarios. Dejándose llevar de una imaginacion inquieta y ardiente, libertino en Lóndres, puritano en Génova, sedicioso en Boston, Vane escitaba turbulencias en todas partes, é inflamaba los ánimos con principios de los cuales se mofaba. Despues de haber pasado una

(1) Whitelocke.

vida llena de aventuras en todas partes, volvió á su pais, en donde la revolucion reclamaba y atraia su fatal genio.

Acusado Strafford, creyó el parlamento que era tiempo de acudir á grandes medidas populares. Se dió libertad, y se paseó en triunfo, á tres escritores condenados por sus libelos. En los tiempos de turbaciones la licencia de la prensa se confunde frecuentemente con la libertad de la prensa; y en seguida, por el miedo que inspira la primera, se encadena la segunda: Milton tomó la pluma en favor de esta. Por la primera vez se encuentra el gran nombre del Homero inglés confundido entre los autores de folletos de la época, como se lee el nombre de Olivier Cromwell en la lista de coroneles y capitanes de caballería de la armada parlamentaria.

De casa en casa habian sido llevadas algunas peticiones con la firma de honrados ciudadanos, cuya buena fé fué sorprendida. Si en la cámara baja alguno se mostraba moderado, perdia su silla: se hallaban en su eleccion mil causas de nulidad; y el que entraba violentamente en las ideas del dia, quedaba como diputado, aunque su nombramiento careciese de todos los requisitos. Pasando el poder enteramente á los comunes, fué fácil preveer la muerte de Strafford.

Este hombre tuvo un defecto que lo arruinó; despreciaba todos los consejos y obstáculos. Formado por la naturaleza para el mando, le era insoportable la mas mínima contradiccion. El mando pertenece sin duda á los talentos, la soberanía reside en el genio; pero es una desgracia, cuando el sentimiento de una superioridad incontestable se revela al que la posee en segundo grado, cuando le es imposible aspirar al primero. Lo que seria grandeza y poder legítimo en el mas alto punto del órden social, viene á ser, un escalon mas bajo, orgullo y tiranía.

Todas las palabras del ilustre infortunado fueron pacíficas, dignas, patéticas y modestas. Su discurso, que nos ha quedado, no está manchado con el embolismo de la época. Strafford, en su desgracia, se mostró superior á los Pym y á los Fiennes, por la belleza del genio y elevacion de alma. La conclusion de su defensa citada en todas partes arranca lágrimas á los mismos enemigos.

«Milores, he detenido aquí á vuestras señorías mas largo tiempo del que debia: seria inescusable si no hubiese hablado por el interes de estas prendas, que una santa, que está en el cielo, me ha dejado (presenta á sus hijos, y su llanto le interrumpe): lo que yo pierdo por mí mismo es nada; pero lo confieso, lo que mis indiscreciones hacen perder á mis hijos, me afecta profundamente: suplico que me perdoneis esta debilidad. Hubiese querido decir mas, pero estoy incapaz al presente: por tanto callaré.....

«Ahora, milores, doy gracias al Omnipotente por haberme instruido y enseñado por su gracia, que todos los bienes de la tierra son vanidad, comparados con la importancia de nuestra salud eterna. Con toda humildad y paz de espíritu, milores, me someto á vuestra sentencia. Sea este equitativo juicio por la vida ó por la muerte, reposaré lleno de gratitud y de amor en los brazos del grande Autor de la naturaleza.»

Sócrates se manifestó menos sumiso: acusó á sus jueces al fin de su apología. «Es tiempo, les dijo, de que me retire, vosotros *por vivir*, yo por morir.»

Solamente á fuerza de amenazas se logró que condenase á Strafford la cámara de los pares: á pesar de estas violencias, diez y nueve votos contra cuarenta osaron absolverlo.

El acusado, en su defensa, habia sobre todo atacado y anonadado á Pym, su acusador, que se vió reducido á tartamudear una miserable réplica. La ani-

mosidad de los comunes contra Strafford era ciertamente tan grande, porque el noble par habia formado parte de la cámara popular, y se habia mostrado celoso adversario de la corona. Los gefes plebeyos le miraban como un desertor. La envidia tambien se ofendia de la elevacion del ministro de Cárlos: el mérito olvidado, agrada; recompensado, ofusca.

En una palabra, es preciso decir que los partidos tienen un instinto maravilloso para descubrir y perder á los hombres que tienen fuerza para combatirlos. En las grandes revoluciones el talento que choca de frente con ellas, es aplastado; solamente el talento que las sigue puede enseñorearse de ellas: él las domina, cuando habiendo apurado sus fuerzas, no tienen en su favor el peso de las masas, y la energía de los primeros movimientos. Mas esta especie de talento cómplice pertenece á personas mas grandes en cabeza que en corazon, porque se ven obligadas á ocultarse en el crímen para apoderarse del poder.

Cárlos en su palacio, temblando por los dias de la reina, nombró una comision encargada de ratificar todos los bills que se presentasen á la sancion real; entre estos se encontraba el de la condenacion de Strafford: última é infeliz debilidad de un príncipe que buscaba el modo de ocultar á sus ojos su ingratitud, comprendiendo en un acto *general* de la autoridad suprema el acto *particular* que causaba la muerte de un amigo. Sábese que el monarca se determinó á permitir la ejecucion de la sentencia por la misma causa que le debia haber impulsado á la firme resolucion de negativa. El magnánimo Strafford escribió una carta á Cárlos para descargar la conciencia de su rey, y darle la permision de hacerle morir.

«Mi vida, le escribia, no vale los desvelos de Vuestra Magestad, que desean conservármela: os la doy con ansia en cambio de las bondades de que me ha-

beis colmado, y como una prenda de reconciliacion entre vos y vuestro pueblo. Lanzad solamente una mirada de compasion sobre mi pobre hijo y sus tres hermanas.»

De todos los consejeros de la corona solo Juxon, obispo de Lóndres, tuvo valor para decir al rey, que no debia firmar la condenacion, no hallando á Strafford culpable. ¡Ejemplo terrible de la justicia divina! Este mismo Juxon, prelado íntegro y equitativo, fué el que asistió á Cárlos I en el cadalso.

Cuando supo Strafford que su suplicio habia sido autorizado, se levantó atónito de su silla, y esclamó con el lenguage de la Escritura: «No pongais vuestra confianza en la palabra de los príncipes ni de los hijos de los hombres.» ¿Habia Strafford creido en el valor del rey? ¿Un resto del amor de la vida se habia ocultado en el fondo del corazon de este grande hombre?

Cárlos no apaciguó los espíritus, dejando derramar la sangre de su ministro: una cobardía jamás ha salvado á persona alguna. Los príncipes de la tierra que por sus faltas ó crímenes se esponen á perder su corona, harian mejor comprometiéndola alguna vez por causas santas.

Todo lo mas que hizo el infeliz Estuardo fué reprocharse su debilidad: condenado á su vez, declaró que su muerte era la pena del Talion de la de Strafford. Esta pública confesion pronunciada en voz alta sobre el patíbulo, es una de las mas altas lecciones de la historia; la posteridad no ha absuelto al enemigo, pero ha perdonado á un monarca en favor de la sinceridad del arrepentimiento y grandeza de la espiacion.

Strafford se habia hecho culpable de actos arbitrarios en Irlanda; pero la Irlanda habia sido gobernada en todo tiempo por la autoridad militar y leyes

escepcionales. Ademas, los límites de los privilegios de la corona y de los derechos del parlamento estaban aun tan confusos, que uno se podia poner en favor de uno de estos dos poderes, despues de los antecedentes de una igual autoridad. Cincuenta años despues Strafford hubiese sido condenado con severidad, pero justamente: en la época de la sentencia pronunciada contra él, las leyes que se le aplicaron, ó no estaban hechas, ó eran contestadas ó destruidas por otras leyes. El bill de *attainder* encierra implícitamente el delito y la pena: la sentencia fué á la vez un juicio y una ley que tenia un efecto retroactivo: hubo, pues, violencia é iniquidad.

Strafford se preparó para el suplicio con perfecta calma (1). El dia 22 de mayo por la mañana fué conducido al lugar de la ejecucion: pasando por el pie de la torre en que el arzobispo Laud, acusado como él, estaba prisionero, levantó la voz, y rogó al prelado que le diese su bendicion. El anciano asomó á la ventana; sus cabellos eran blancos, y las lágrimas bañaban su semblante; dos eclesiásticos lo sostenian. Strafford se puso de rodillas: Laud pasó sus manos al traves de los hierros, y se esforzó en dar una bendicion, que la edad, el infortunio y el dolor no le permitieron acabar: desfalleció en los brazos de sus asistentes.

Strafford se levantó, y tomó la direccion del cadalso, adonde el anciano obispo debia seguirle. El ministro de Cárlos marchó al suplicio con aire sereno, en medio de los insultos del populacho. Antes de colocar su frente sobre el tajo, pronunció estas palabras: «Temo que una revolucion que comienza por derramar sangre, concluya por las mas grandes calamidades, haciendo infelices á los que la emprenden.» Entregó su cabeza, y pasó á la eternidad (1641).

(1) Debo invitar al lector á que lea en las cartas de Strafford la que escribió á su hijo antes de marchar al patíbulo.

Precipita su curso la revolucion: el rey parte para Escocia; estalla la conspiracion irlandesa, y es seguida de los mas horribles asesinatos, de que se hace mencion en la historia: los gefes del partido puritano se aprovechan de esta ocasion para precipitar los acontecimientos. Cárlos vuelve de Escocia: el parlamento le entrega representaciones sediciosas, y hace aprisionar á los obispos.

Irritado con tantas afrentas, el rey en persona se presenta en la cámara de los comunes acusando de alta traicion los seis miembros mas famosos de la faccion puritana. Estos, advertidos de este imprudente proceder por una indiscrecion de la reina, se refugian en la ciudad. Estalla una insurreccion: se esparcen las voces mas absurdas: tan pronto los *caballeros* deben hacer saltar el rio por la esplosion de una mina: tan pronto los mismos *caballeros* (los realistas) vienen á incendiar las casas de las *cabezas redondas* (los parlamentarios). Amenazada con un decreto de acusacion, la reina obliga al monarca á dar sancion á la ley que privaba á los obispos del derecho de votar. Enriqueta abandona la Inglaterra: Cárlos se retira á York, despues de haberse negado á firmar el bill relativo á la milicia; bill que tendia á poner el poder militar en manos de la cámara electiva: por una y otra parte se prepara la guerra.

Echase de ver en la conducta del rey desde su llegada al trono hasta la época de la guerra civil, esa incertidumbre que prepara las catástrofes. Empeñado en la *prerogativa*, se la dejó arrancar desde luego á pedazos, y en seguida se la entregó toda: era valiente, podia apelar á la espada, y solo recurrió á las armas cuando sus enemigos tenian el poder de resistirle: todos los caminos constitucionales tenia abiertos para obrar en nombre de la constitucion, aun contra el mismo parlamento, y no quiso entrar en estas sendas.

En fin, Cárlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas: su tiempo le habia pasado delante: no era sola su nacion la que le empujaba, sino todo el género humano: quiso lo que no era posible. La libertad conquistada fué á perderse desde luego en el despotismo militar que la despojó de su anarquía, pero quitada á los padres, fué concedida á los hijos, y quedó por último resultado en Inglaterra.

En los combates por escrito que precedieron á las luchas mas sangrientas, el partido de Cárlos casi siempre tuvo razon por el fondo y por la forma: este partido espuso limpiamente las cuestiones relativas á las formas de gobiernos: probó que la constitucion inglesa era un compuesto de monarquía, de aristocracia y democracia (esta era la primera vez que se espresaban asi); probó que las demandas del parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á poner á la Gran Bretaña en el estado popular, el peor de los estados. Falkland y Clarendon escribian en favor del rey, los dos eran enemigos declarados de las medidas arbitrarias de la córte.

¿Por qué no se oyó la voz de un partido tan razonable en sus doctrinas? No se le creyó sincero, y á mas era frio; se hallaba colocado al lado de un poder que tendia á conservar, mientras que las pasiones estaban al lado de otro poder, que queria destruir. En fin, este partido era aventajado en sentimientos de libertad por los puritanos que marchaban á la república. Mas tarde se abrazaron los principios en Clarendon y Falkland; pero fué preciso devorar veinte años de calamidades. Asi hemos llegado nosotros en 1814 á las doctrinas de 1789: hubiésemos podido evitarnos la profusion de nuestros males.

Sin embargo (causa dolor decirlo), los crímenes y miserias de la revolucion no son siempre tesoros del enojo divino dispensados en vano entre los pueblos.

Estas miserias y crímenes aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energía que les prestan, las preocupaciones que les quitan, los odios de que las libertan, y los resplandores con que las iluminan. Estos crímenes y miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las vuelven circunspectas, y las afianzan en los principios de libertad razonables; principios que ellas mirarian siempre como insuficientes, si la esperiencia dolorosa de otra libertad bajo otra forma no se hubiese verificado.

Falkland ha dejado uno de aquellos recuerdos mezclados de melancolía y admiracion que enternecen el alma. Tenia el triple genio de las letras, las armas y la política. Fué fiel á sus musas bajo la tienda de campaña, á la libertad en los palacios de los reyes, y afecto á un monarca desdichado, sin desconocer sus faltas. Abrumado con los males de su pais, fatigado del peso de la existencia, se entregó á una tristeza, que se notaba hasta en la negligencia de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: se adivinó su deseo de morir en el cambio de su trage, pues se adornó como para una fiesta.

El canciller Clarendon, que sirvió tambien á Cárlos I, murió en Rouen desterrado por Cárlos II, que en parte le debia su corona. En el reino de este último príncipe fué condenada al fuego por la mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado, cuyos escritos, unidos á los de Falkland, habian dado el triunfo á la casa real.

El estandarte real desplegado en Nottingham dió, dice Hume, la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observó que los parlamentarios habian cometido el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. La observacion es justa; pero el parlamento habia obra-

do en el círculo de sus intereses: cuando en la confusion de los imperios se emplea la fuerza, se trata menos del primer ataque, que de la victoria última.

Desde luego se declaró la fortuna por el rey: la reina le envió socorros. Reunió en Oxford los miembros del parlamento que le habian permanecido fieles, para combatir al parlamento de Lóndres: asi en tiempo de la liga teníamos nosotros el parlamento de Tours y el de París: «Mas despues de varios giros, dice Bossuet, de cambios inauditos, la rebelion enfrenada largo tiempo se hizo señora: no hubo freno á su licencia: aboliéronse las leyes; la magestad fué violada con atentados hasta entonces desconocidos; la usurpacion y la tiranía tomaron el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos trastornos pertenecian á un hombre: no es que Cromwell fuese enemigo de Cárlos (en este caso la lucha hubiese sido muy desigual), sino que Cromwell era el destino visible del momento. Cárlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey sacaban alguna ventaja, pero esta ventaja se hizo inútil con la presencia de Cromwell. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural aparecia: bufon y tribial en sus juegos, pesado y tenebroso en su espíritu, embarazado al espresarse, sus acciones tenian la rapidez y efecto del rayo. Algo de invencible habia en su genio, como las ideas nuevas, de las cuales era el principal adalid.

Olivier Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el dia 24 de abril, el último año del siglo XVI. Roberto tuvo diez hijos, y Olivier fué el segundo de ellos. Los hermanos de Olivier murieron de poca edad. Milton ensalzó la familia del protector que otros rebajaron: él mismo dijo en uno de sus discursos, que no era ni bien ni mal nacido, lo cual prueba moderacion, porque su nacimiento era bueno, y sus parentescos notables. Los primeros biógrafos de Cromwell, particularmente los franceses, dicen que sirvió en el continente, y lo hacen comparecer delante del cardenal de Richelieu,

que pronosticó la futura grandeza del jóven inglés; pero hoy dia estas fábulas están desacreditadas. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la direccion del doctor Tomás Beard, ministro en esta pequeña ciudad. El doctor fué un mal maestro, aunque compuso piezas de teatro para sus alumnos: Cromwell jamás supo correctamente la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sidney-Sussex (el 23 de abril de 1616), estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, aprendió un poco el latin, y Waller sostiene que supo bien la historia griega y romana. Amaba los libros, y escribia facilmente mala prosa y peores versos.

En la muerte de su padre, su madre le llamó á su compañía. Por espacio de dos años Olivier fué el terror de la ciudad de Huntingdon por sus escesos. Enviado á Lincoln-Inn para que se instruyese en las leyes, en vez de aplicarse al estudio, se sumió en los vicios. Al volver de Lóndres á la provincia, se casó con Isabel Bourchier, hija de Jacobo Bourchier, del condado de Essex. Era fea, y muy presumida de su nacimiento: una carta suya que nos queda, manifiesta que habia recibido la educacion mas descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia veinte y un años en el momento de su enlace, cambió repentinamente de costumbres; entró en la secta puritana, y se entregó al entusiasmo religioso, ó fingido ó verdadero, que conservó toda su vida. Veremos mas tarde los contrastes de su carácter.

Habiendo Cromwell mejorado su suerte con una

(1) No se deben confundir las faltas de ortografía y lenguage en los manuscritos de la primer parte del sétimo siglo, con la ortografía y las lenguas de esta época que no eran fijas, y variaban en cada pais, segun las provincias.

sucesion, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, y elegido miembro del tercer parlamento de Cárlos en 1628: solamente se hizo notable por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton, y por su ardor religioso. Su voz era agria y apasionada, sus maneras rústicas, sus vestidos sucios y descuidados. Cromwell era de una estatura ordinaria (cinco pies, cerca de cinco pulgadas), tenia las espaldas anchas, la cabeza gorda y el semblante inflamado.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, solamente se le halla en la convocacion del parlamento de 1640. Se sabe que habiendo obligado las censuras é intolerancia de la cámara estrellada á muchos ciudadanos á pasar á la Nueva Inglaterra, Hampden y su primo Olivier Cromwell resolvieron espatriarse. Por lugar de su residencia habian escogido en los paises salvages una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say–Brook, por lord Brook y lord Say. Cromwell y Hampden estaban ya abordo de un buque en el Támesis, cuando se vieron obligados á desembarcar por esta proclamacion: «Se prohibe á los comerciantes, dueños y propietarios de buques, poner en mar una ó mas embarcaciones con pasageros, antes de haber obtenido licencia especial de algunos lores del consejo privado de S. M. encargados de plantaciones de ultramar.»

Hampden y Cromwell, en vez de marchar á sepultarse en los desiertos de América, se mantuvieron en Inglaterra por las órdenes de Cárlos I: no hay en los anales de los hombres un ejemplo mas singular de la fatalidad.

Obligado á permanecer en Inglaterra por la voluntad de un rey, á quien debia conducir al cadalso, Cromwell, no sabiendo en qué emplear su inquietud, se opuso al desagüe muy útil, con objeto de secarlos,

de los pantanos de Cambridge, Huntingdon, Nothampton y Lincolu; desagüe emprendido por el conde de Bedford. Los personages poderosos á quienes atacó le dieron el sobrenombre ridículo de *lord de los pantanos*; pero el partido popular y puritano, por motivo de este ataque contra nobles sugetos, escogieron á Cromwell por miembro de la cámara de los comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640. Este cuarto parlamento, habiendo sido disuelto, el oscuro diputado apareció en fin en el mismo año, en el largo parlamento que habia de formar su poder, y que él mismo habia de destruir.

La revolucion que comenzaba su marcha, no se engañaba en la persona de su gefe, aunque este gefe era el miembro mas ignorado de estos famosos comunes. Al primer grito de la guerra civil, el genio del protector se dispertó. Primeramente voluntario, despues coronel parlamentario. Cromwell formó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina: el fraile se hace fácilmente soldado. Para derrotar los principios de honor que animaban á los caballeros, Cromwell adoptó el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. Bien pronto fué como el alma de todo: refundió y reconstituyó la armada, sabiéndose esceptuar de los bills que él mismo inspiraba al parlamento, quedaba como un poder arbitrario en medio de una faccion toda democrática.



DESDE EL PRINCIPIO

DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA CAUTIVIDAD DEL REY.

De 1642 á 1647.

Cromwell se elevó principalmente adoptando un partido: se puso á la cabeza de los *independientes*, secta que salió del seno de los puritanos, y cuya exageracion constituia su fuerza. Los miembros *independientes* del parlamento fueron tribunos de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por otros generales y oficiales *independientes*. Se establecieron en cada cuerpo comisarios que contrarestasen las medidas de los capitanes moderados: el espíritu de las tropas se elevó á la cumbre del fanatismo.

En vano Cárlos, á quien aun quedaba una sombra de poder, quiso entablar tratos en Huxbridge: la negociacion se quebrantó, y renovóse la guerra. Montross obtuvo algun éxito inútil en Escocia. «El conde de Montross, escocés y gefe de la casa de Graham,

dice el cardenal de Retz, es el único hombre del mundo que me ha renovado mas la idea de ciertos héroes que solo se ven en las vidas de Plutarco: él habia sostenido el partido del rey de Inglaterra con una grandeza de alma que no tuvo igual en su siglo.»

Montross no era un hombre de Plutarco; era uno de aquellos hombres que se quedan unidos al siglo que acaba en un siglo que comienza: sus antiguas virtudes son tan bellas como las virtude nuevas, pero estériles, plantadas en un terreno gastado, las costumbres nacionales no lo fecudan.

Mientras que otros se degollaban en los campos de Inglaterra, los miembros de los comunes daban batallas en Lóndres, y abatian cabezas, sin esponerse á sí mismos. El arzobispo Laud, prisionero tres años, fué sacado de su calabozo por la venganza de Prynne, para marchar al suplicio (10 de enero de 1645). Este inflexible prelado habia hecho mucho mal á Cárlos, encasquetándole la supremacía episcopal, y persuadiendo al rey que emprendiese lo que no podia.

Laud, apoyado en el báculo pastoral, estaba naturalmente tan próximo al término de su carrera, que se hubiesen podido dispensar de acelerar los pasos del anciano viandante. Agravado con setenta y seis años, venerable por sus virtudes, contempló á la muerte sin caer en la pusilanimidad de los viejos, que en el borde de la tumba hacen votos al cielo para obtener algunos infelices momentos, que quieren unir al gran número de sus años (1).

Batido en todas partes, derrotado completamente en Naseby (junio 1645), creyó Cárlos hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas: salió de Oxford, en donde se habia refugiado, y se presentó á la armada escocesa, con cuyos gefes habia tratado con

(1) *Vida de Enriqueta de Francia.*

sigilo. Le condujeron á Newcastle, en donde se abrieron las nuevas negociaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés: todo el mundo apremiaba á Cárlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los santos (asi se llamaban), los *presviterianos* asustados por los *independientes*, el embajador de Francia, Bellievre, y la misma reina ausente, que se comunicaba por el intermediario de Montreuil. Cárlos rehusó el partido porque ofendia los principios de su creencia. A esta época la fé estaba en todas partes, esceptuando un pequeño número de libertinos y filósofos: ella imprimia en las faltas, y algunas veces en los crímenes de diversos partidos, algo de grave y de moral misma, si es lícito decirlo asi, dando á la víctima de la política la conciencia de un mártir, y al error la conviccion de la verdad.

Un ministro escocés, predicando en presencia de Cárlos, comenzó el salmo 51: *¿Por qué, tirano, te glorías de tu iniquidad?* Cárlos se levantó y entonó el salmo 56: *Señor, mírame con piedad, pues los hombres quieren devorarme.* El pueblo enternecido continuó el cántico con el soberano caido: el uno y el otro solo se entendian al traves de la religion.

Desaparecieron estas muestras de piedad: los *santos* de Escocia traficaron con los *justos* de Inglaterra, y la armada del *convenant* entregó á Cárlos al parlamento inglés por la suma de 800,000 libras esterlinas. Bossuet dijo: «Los guardias fieles de nuestros reyes le hicieron traicion.» Cuando supo Cárlos la convencion, pronunció estas bellas y desdeñosas palabras: «Mas quiero estar en poder de aquellos que me compran tan caro, que en el de los que me venden cobardemente.»

Prisionero de unos hombres que iban á sacrificarlo, fué conducido Cárlos al castillo de Holmby (7 febrero de 1647). En todas partes recibió testimonios

de respeto: acudia el pueblo á su tránsito: presentábanle enfermos para que tocándolos les diese la salud; virtud que creian poseia como *rey de Francia*, como heredero de San Luis. Cuanto mas infeliz era Cárlos, mas dotado se le creia de esta virtud benéfica; estraña mezcla de poder y falta de poder. Suponian en el real cautivo una fuerza sobrenatural, y no podia romper sus cadenas: podia curar todas las llagas escepto, las suyas. No era su mano, era su sangre la que habia de sanar la enfermedad de la libertad que aquejaba á Inglaterra.

Los *presbiterianos*, libres de temores por parte del rey, ensayaron licenciar la armada en que dominaban los *independientes*; los *independientes* triunfaron: formaron entre sí en sus campamentos una especie de parlamento militar á las órdenes de Cromwell. Los oficiales componian la cámara alta; los soldados llamados *agitadores*, la cámara baja: de este modo la constitucion republicana de Roma pasó á las legiones del imperio. Sesenta y dos miembros independientes del verdadero parlamento, teniendo á su frente los oradores, se unieron á la armada militante, discutiente y deliberante, la cual vino á Lóndres, y arrojó los que quiso de Westminster. Al mismo tiempo el alférez Joyce, que habiendo sido sastre dejó la aguja por la espada, sacó al rey del castillo de Holmby, lo condujo prisionero de la armada á Newmarket, y de allí á Hamptoncourt.

Los hombres que se arrojan los primeros á las revoluciones han partido de un punto de reposo, han sido formados por una educacion y una sociedad que no son las que producen las revoluciones. En las mas violentas acciones de estos hombres, hay algo de lo pasado, algo que no está acorde con sus acciones, á saber: impresiones, recuerdos y hábitos que pertenecen á otro órden de tiempos. Estos atletas espiran

sucesivamente en la liza á distancias desiguales, segun el grado de sus fuerzas, ó parándose de repente rehusan avanzar. Mas despues de estos nacen otros hombres, facciosos engendrados por facciones; ninguna impresion, ningun recuerdo, ningun hábito contraría á estos en los hechos presentes: cumplen por naturaleza lo que sus antecesores emprendieron por pasion: de consiguiente van mas allá de los primeros revolucionarios, á quienes inmolan y reemplazan.

ooooo ooooo

DESDE LA CAUTIVIDAD DEL REY

HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA.

De 1647 á 1649.

Casi una mitad de la propiedad inglesa habia sido secuestrada por el parlamento, bajo el pretesto de la pasion que los propietarios profesaban á las opiniones realistas. El clero anglicano iba errante por los bosques: víctimas amontonados en la parte mas baja de los buques sobre el Támesis, perecian de enfermedad, y alguna vez de hambre. Se habian establecido comités investidos del derecho de vida y de muerte, los cuales, sin proceso, despojaban á los ciudadanos. Estos comités ejercian venganzas, vendian la justicia y protegian el crímen.

Todos estos males dieron á la empresa de la armada contra el parlamento aplauso popular, porque en los movimientos de las ambiciones, y resentimiento de las miserias públicas, no se examina á qué punto ha llevado el suceso de la revolucion los rigores, que la humanidad, la equidad y la moral no pueden justificar.

Despues de haber arrojado á los *presbiterianos* del parlamento, la armada entabló negociaciones con el rey, á ejemplo de este mismo parlamento.

¿Cromwell pensó desde luego reunirse á Cárlos? Asi se creyó. John Cromwell, uno de sus primos, le habia oido decir en Hamptoncourt: «El rey es tratado injustamente, pero ved lo que ha de hacerle justicia;» y señalaba su espada. Cierto es que Ireton y Cromwell tuvieron conferencias frecuentes en Hamptoncourt con los agentes del rey. Cárlos ofreció, segun se cree, á Cromwell el órden de la Jarretiera y el título de conde de Essex; pero Cromwell previó tanta oposicion de parte de los *agitadores* y de los *nivelado-res*, que se decidió en seguirlos. El espíritu republicano, forzando á un simple ciudadano á rehusar un cordon, le dió una corona. La libertad le impuso el crímen, el despotismo y la gloria.

Cromwell estaba entre dos juegos: si las negociaciones con Cárlos tenian buen éxito, lo conducian á la fortuna: si salian mal, abandonando al rey hallaba otros honores: por una parte el interes y la prudencia le aconsejaban unirse á Cárlos; por la otra parte, su odio plebeyo y su ambicion desmesurada lo apartaban de semejante propósito. La ambigüedad de su conducta se esplicará mejor asi, que por la profunda hipocresía de una traicion no interrumpida y firmemente resuelta de antemano á llegar á los últimos escesos.

En estas negociaciones tantas veces entabladas y rotas con los diversos partidos, el mismo Cárlos fué generalmente acusado de falsedad. Tenia el prurito de hablar mucho, y escribir mucho: sus billetes, sus cartas, sus declaraciones, sus intentos concluyeron por ser conocidos de sus adversarios, que se servian frecuentemente de estos medios innobles. Despues de la batalla de Naseby (14 de junio de 1645) se hallaron en una caja perdida cartas y papeles importantes; fueron leidos en una asamblea popular en Guildhall, y publicados en seguida con notas por órden del par-

lamento, bajo este título: *La Cartera del rey abierta etc.* Estos papeles y cartas (del rey y de la reina) prueban que Cárlos no miraba su palabra como comprometida, que estaba resuelto á llamar armadas estrangeras, y que se fijaba en las máximas del poder absoluto (1).

Por eso antes de salir de Oxford para entregarse á los escoceses, habia escrito á Digby, que si los *presbiterianos* ó los *independientes* no se reunian á él, degollando á unos y otros, seria rey.

Cuando la armada se apoderó de su persona en Holmby, fué conducido Cárlos á Hamptoncourt, y dirigió á la reina una carta, en la que despues de esplicarle su posicion añadia: «Segun tiempo y lugar, yo procederé como deba contra estos ruines. Les daré un cordon de cáñamo en vez de la Jarretiera de seda.» Ireton y Cromwell, que trataban con el rey, sacaron esta carta del cogin de una silla de montar en que estaba encerrada. Como hombre, Cárlos era naturalmente sincero: como rey, el orgullo de la sangre y del poder lo hacian despreciador y engañador. Mon-

(1) Ya cité estos papeles y cartas. A pesar del candor de los *santos* y los *certificados conformes*, no se prueba que el texto se haya conservado religiosamente. Ademas de las razones materiales y morales que pudiera citar en favor de mi opinion, notaré que Cromwell fué el mas grande de los engañadores que venció los escrúpulos del parlamento, inspirándole la determinacion de publicar estos documentos. ¿Bajo el régimen del Directorio no se falsificaron las mismas Memorias de Clery? Hasta dominando Bonaparte se emplearon estos odiosos medios, bien indignos de su genio y de su poder. Durante los *cien dias*, ¿no se publicaron en París las cartas alteradas del duque de Angulema á S. A. R. madama la duquesa de Angulema, y hasta una falsa edicion de mi *relacion hecha al rey en su consejo en Gante*? Los partidos no tienen conciencia, y todo lo atropellan.

tross, marchando al suplicio, empleó mas noblemente esta imágen de cordones; «El rey, dijo, me hizo el honor de gratificarme con la distincion de la Jarretiera; pero la cuerda hizo mas ilustre mi posicion.»

Los *niveladores*, á cuya política debió Cromwell su engrandecimiento, formaban una faccion engendrada por los *independientes*, y conducian los principios de estos á su última consecuencia.

Espantado con las amenazas, no pudiendo entenderse con la armada y el parlamento que trataban separadamente con él, el rey tuvo la debilidad de escaparse de Hamptoncourt, dejando encima de una mesa una declaracion dirigida á las dos cámaras, y diferentes papeles. Huntingdon pretende que Cromwell habia escrito una carta al gobernador de Hamptoncourt para noticiarle el peligro de Cárlos.

Este príncipe creyó su causa abandonada, pues no ensayó penetrar en Inglaterra, y encontrar su partido, aunque tuvo por un momento la idea de retirarse á Berwick. Despues de haber andado toda la noche, acompañado solamente del ayuda de cámara Legg y dos gentiles-hombres, Ashburnham y Berckley, llegó á la costa, y solamente vió un mar desierto. Aquel que domina el abismo, y que lo secó para dejar paso á su pueblo, no permitió que se presentase una barca de pescador para abrir un camino sobre las olas al fugitivo monarca. Cárlos llamó á la puerta del castillo de Tichfield, en donde la condesa viuda de Southampton le dió hospitalidad: en seguida tomó el partido desesperado de solicitar la proteccion del gobernador de la isla de Wight, el coronel Hammond, hechura de Cromwell.

Prevenido por Jacobo Ashburnham y Berckley, Hammond se negó á prometer su proteccion á Cárlos, y pidió permiso para presentarse. El rey, sabiendo la llegada inopinada del gobernador, se creyó víctima

de una traicion de aquellas que él acostumbraba, y esclamó: «¡Jacobo! tú me has perdido.» Ashburnham, derramando lágrimas, propuso á Cárlos asesinar á Hammond, que estaba esperando á la puerta. Cárlos rehusó el consentimiento al asesinato de Hammond, que tal vez hubiese sido la salvacion suya.

El rey fué otra vez prisionero de la faccion militar en el castillo de Carisbrook. Cromwell, que por sus tergiversaciones se habia hecho sospechoso al parlamento y á los soldados, reunió los oficiales: en un consejo reservado se resolvió que cuando la armada se hubiese acabado de apoderar de todos los poderes, el rey seria llamado á juicio por el crímen de tiranía; crímen que esta armada independiente empleaba en provecho suyo, mirándolo como uno de sus privilegios, ó una de sus libertades.

Entonces el parlamento, mutilado como estaba, ofrecia su resistencia, y continuaba sus tratos con el rey. Cuando los comisarios de esta asamblea ya impotente, fueron introducidos en el castillo de Carisbrook, quedaron pasmados de respeto á la vista de aquella cabeza encanecida y *sin corona*, como la llama Cárlos en algunos versos que de él nos quedan. Los debates entre los comisarios y el rey empezaron sobre puntos de disciplina religiosa, y no pudieron entenderse: tal era el genio de la época: todo se sacrificaba á la tenacidad en la controversia. En tanto las libertades públicas, principalmente la de la prensa, por las cuales se trabajaba, eran víctimas de los partidos que triunfaban á su vez. Folletos intitulados, *Causa de la armada*, *Acuerdo del pueblo*, eran declarados por los parlamentarios atentatorios á la autoridad del gobierno: la fuerza militar por su parte obtenia, con la demanda del general Fairfax, que todo escrito seria sometido á la censura, y que el censor seria designado por el general. Las *facciones*, y las mismas *facciones re-*

publicanas, jamás han querido la libertad de la prensa: este es el mas grande elogio que se puede hacer de semejante libertad.

Sin embargo, los *niveladores* llevaron tan lejos su política de teoría, que dieron graves recelos á Cromwell. Se presenta de repente en una de sus reuniones con el regimiento *rojo* que mandaba, y cuyos soldados se llamaban *costillas de hierro*. Por su propia mano da la muerte á dos demagogos, hace ahorcar á otros, y disipa á los restantes. ¿Qué decian las leyes de estos homicidas arbitrarios en un tiempo de libertad legal? Nada.

Los escoceses, avergonzados por haber entregado á su señor, tomaron las armas; Cromwell los bate, y hace prisionero á su general, el duque de Hamilton. Realistas que se vieron obligados á capitular en la ciudad de Colchester, son puestos en venta como un rebaño de negros, y embarrilados como sardinas para la Nueva Inglaterra. Cárlos II, vuelto á su poder, se olvidó de rescatarlos: la ingratitud de los reyes convirtió la posteridad de estos infortúnados prisioneros en hombres libres en el mismo suelo en donde habian sido vendidos como esclavos de reyes.

La armada victoriosa pidió desde luego con términos solapados, y despues patentemente el juicio del rey. Diversas guarniciones del reino apoyaron esta peticion. Luis XVI fué víctima de la violencia de un cuerpo político; Cárlos I sucumbió á la animosidad de la faccion militar; sus acusadores, una parte de sus jueces, y sus mismos verdugos, fueron oficiales.

Espantado de procedimientos tan atrevidos, el parlamento activa las negociaciones con el augusto prisionero, á fin de oponer el poder de la corona al de la soldadesca: Cromwell no da mas respuesta que partir para Lóndres.

Al mismo tiempo se comunica órden al coronel Hammond, en la isla de Wight, de ir á buscar al general Fairfax, y confiar la guardia de la persona del rey al coronel Ewers.

El parlamento prohibe á Hammond obedecer: este se hubiese sujetado á la obediencia de la autoridad civil; pero viendo los soldados de la guarnicion dispuestos á sublevarse, partió para el campo, en donde fué detenido. Cogieron al monarca, le condujeron á la isla de Wight, al castillo de Hurst, y de allí á Windsor. Cárlos habia remitido su *ultimatum* á la cámara de los comunes, y habia prometido á Hammond esperar veinte dias en la isla de Wight la respuesta definitiva del parlamento: de aquí resulta que no intentó escaparse, lo que hubiese podido practicar cómodamente: la fidelidad á su palabra lo condujo al patíbulo; el honor del príncipe forma el crímen de la nacion.

Los *independientes* habian de antemano espulsado de la cámara electiva á los mas honrados presbiterianos: ellos iban á ser espulsados á su vez. Esta fué la única circunstancia en que los famosos comunes manifestaron ardimiento: á la faz de la armada que sitiaba las puertas de Westminster, declararon que las condiciones venidas de la isla de Wight eran suficientes, y que se podia concluir el tratado con el rey. Las grandes resoluciones tardías jamás tienen buen éxito, porque no perteneciendo ni á la inspiracion ni á la virtud, ni al impulso del carácter, son solo el resultado de una posicion desesperada, que un momento se sobrepone al miedo; pero ó falta valor para sostener estas resoluciones, ó los medios faltan para ejecutarlas.

La historia, que es equitativa, debe marcar que este voto de los comunes fué principalmente obra de Prynne, presbiteriano tan perseguido por el partido de la

corona y del obispado; del hombre que por la independencia de sus opiniones, habia sufrido dos veces la mutilacion, tres veces la esposicion al pilori, ocho años de cárcel, y multas considerables.

En el siguiente dia de la resolucion parlamentaria, el coronel Pride, carretero de oficio, arrestó cuarenta y siete miembros del parlamento de los comunes cuando se presentaron á las puertas de Westminster. Al otro dia la entrada de la cámara se negó á noventa y ocho miembros: Prynne declaró que jamas se retiraria voluntariamente, y se le obligó con la fuerza. Despues de varios desmembramientos, el largo parlamento se vió reducido á setenta y ocho miembros, y despues á cincuenta y tres, por voluntarias renuncias: trescientos cuarenta votantes habian estado presentes en la deliberacion relativa á las negociaciones con el rey. El puñado de sediciosos conservado por la burla de los soldados retuvo el nombre de parlamento: el desprecio popular añadió el título de *rump* que le ha quedado.

El *rump* desechó todo proyecto de acomodamiento con Cárlos: habló tambien de forjar uno de aquellos planes de república que alegra á los bobos, y de que se aprovechan los pícaros. El bill para sujetar á Cárlos al juicio, y erigir á este efecto una córte de justicia, fué propuesto y votado en la pretendida cámara de los comunes. La cámara alta, de la cual no quedaba mas que una sombra, y que solo contaba diez y seis pares en su seno, desechó con unanimidad el doble bill. El *rump* pronunció en seguida este decreto: «Por cuanto los miembros de los comunes son los verdaderos representantes del pueblo, de quien despues de Dios emana todo poder, la ley nace de los comunes, y no tiene necesidad para ser obligatoria del concurso de los pares, ni del rey.»

Pasó una acta, que autorizaba á ciento cuarenta y

cinco jueces nombrados en ella, ó á treinta solamente entre ellos, para formar una alta córte, y procesar á Cárlos Estuardo, rey de Inglaterra. Coke fué el abogado general, y Bradshaw tuvo la presidencia de esta córte, de la cual formaba parte Cromwell. Al abrirse el procedimiento se hallaron solo sesenta y seis miembros, y los mismos sesenta y seis cuando se pronunció la sentencia.

Fué conducido el rey á Windsor al palacio de San James, y de allí á la barra de la córte, constituida al estremo de la gran sala de Westminster. El presidente deBrasdshaw estaba sentadoen una silla de brazos de terciopelo carmesí, y lossesenta yseis comisarios colocados á los lados del presidente sobre banquetas cubiertas de escarlata: otro sillon estaba preparado para el *acusado*, enfrente del presidente. Cuando se anunció la llegada del rey, Cromwell salió á una ventana para verle, y se retiró prontamente pálido como la muerte.

Entró Cárlos con paso firme, con el sombrero puesto, y un baston en la mano: sentóse en seguida, luego se levantó, y puso en sus jueces una mirada fija: esto pasaba el 20 de enero de 1649, dia que debia tener su aniversario: el 20 de enero de 1793 se leyó á Luis XVI, prisionero en el Temple, la sentencia de muerte.

Llevado cuatro veces á la presencia de sus asesinos, Cárlos manifestó una nobleza, una paciencia, una sangre fria, un valor, que disiparon el recuerdo de sus debilidades. Declinó la competencia de la córte, y con la cabeza cubierta habló como rey.

Bradshaw opuso á Cárlos la soberanía del pueblo: acusó al príncipe de haber violado la ley, oprimido las libertades públicas, y derramado la sangre inglesa. Esta controversia política era solamente una fórmula de abogar ridícula delante de la muerte sentada en el

tribunal. Oyéronse los testigos que probaban haber mandado el rey sus tropas en diferentes asuntos: en Francia no hubiesen quitado la vida á un rey por haberse batido.

Lady Fairfax mostró la generosa audacia propia de las mugeres: desde la tribuna asistiendo al proceso, osó contradecir á los comisarios. Fué amenazada diciéndole que los soldados harian fuego á las tribunas.

Los jueces se reconocian por verdugos, y habian colocado una espada en la mesa que ocupaban los dos secretarios del tribunal. Cárlos pasando por delante de esta mesa, tocó la espada con la punta del baston que empuñaba, y dijo: «No me hace miedo.» Decia la verdad.

Tambien habia tocado con el baston la espalda del abogado general Coke, dirigiéndole el grito parlamentario ¡*hear*! ¡*hear!* (escuchad, escuchad) cuando Coke comenzó su discurso. El pomo de plata del baston cayó. Amigos y enemigos auguraron que el rey seria decapitado.

Oyendo Cárlos los gritos y esclamaciones de «¡Justicia! ¡justicia! ¡Ejecucion! ¡ejecucion!» sonrió de piedad.

Un miserable, tal vez del número de los jueces, le escupió en el rostro: se enjugó tranquilamente, y dijo á Herbert: «Los pobres soldados no me quieren; son escitados á estos insultos por sus gefes, á quienes tratarian de la misma manera por un poco de plata.» Uno de los soldados que manifestaba compadecerse de él, fué golpeado duramente por un oficial, y Cárlos dijo: «Me parece que el castigo escede á la ofensa.»

La religion sostenia al monarca: pensaba participar de las ignominias del Rey de reyes, y esta comparacion elevaba su alma sobre las miserias de la vida. Solamente se enterneció oyendo al pueblo que gritaba

detras de los guardias: «¡Que Dios preserve á Vuestra Magestad!» No los ultrages, sino las manifestaciones de bondad son las que hieren el corazon de los desdichados.

En los intervalos de las sesiones se retiraban los comisarios para deliberar entre sí en la *cámara pintada*. Esto sucedió singularmente al tercero dia del juicio, cuando propuso el rey esplicarse delante de un comité compuesto de lores y miembros de los comunes, para hacer, segun sus espresiones, una proposicion propia para dar la paz á su pueblo. Bradshaw se negó á la ofrenda del rey; el coronel Downes, uno de los jueces, reclamó: la córte pasó á deliberar á la pieza contigua. Cromwell triunfó del coronel, y se decidió que no se admitia la proposicion del rey. Cárlos pensaba, segun se cree, abdicar la corona en favor del príncipe de Gales.

Durante la instruccion del proceso se intentó con todo medio de truanerías acalorar al espíritu del pueblo.

Un predicador dijo en el púlpito, «que acababa de tener una revelacion; que para asegurar la felicidad del pueblo era urgente abolir la monarquía; que el rey era visiblemente Barrabás, y la armada el Cristo; que era necesario no imitar á los judíos, que libraron al ladron en lugar del justo; que habia en la armada mas de cinco mil *santos* de mas mérito que los del paraiso; y por fin, que se habia de castigar al gran Barrabás de Windsor» Este predicador, venido de la Nueva Inglaterra, se llamaba Peters, singular semejanza de nombre con el otro Peters que contribuyó á la ruina de Jacobo II.

En este momento crítico se vió lo que se ve con frecuencia, esto es, la probidad comun suficiente en el tiempo de calma, insuficiente en el instante del peligro. Esta especie de gentes honradas que habian que-

rido la revolucion de buena fé, carecieron de energía para detenerla en sus justos límites. Whitelocke, que era uno de este rebaño de débiles, declaró que se desechaba la *sórdida obra* del proceso formado contra el rey sobre la armada; cosa natural, segun él, porque la armada habia pedido la acusacion. Whitelocke tenia razon; mas la armada entendia el asunto de diferente manera: queria hacer á los parlamentarios ejecutores de sus altas obras. Whitelocke, comisario del sello, se ocultó en la campiña con su compañero Weddrington: Elsing, clérigo del parlamento, renunció su cargo.

John Cromwell, que entonces estaba al servicio de Holanda, vino á Inglaterra de parte del príncipe de Gales y del de Orange, para procurar salvar al rey. Introducido con mucho trabajo en casa de Olivier, su primo, quiso manifestarle la enormidad del crímen que se iba á cometer, y le afirmó que habia visto en otro tiempo en Hampcourt al mismo Olivier Cromwell mas leal en sus opiniones. Olivier le replicó que los tiempos se habian mudado, que él habia ayunado y orado por Cárlos; pero que el cielo no habia dado aun respuesta alguna. John se trasportó, y se dirigió á cerrar la puerta: Olivier creyó que su primo queria darle de puñaladas, y le dijo: «Volved á vuestro albergue, y no os acosteis sino despues de haber oido hablar de mí.» A la media noche, un mensagero de Olivier vino á decir á John, «que el consejo de oficiales habia *consultado al Señor*, y que el Señor queria que el rey muriese.» En otra ocasion oyeron decir á Cromwell: «Se trata de mi cabeza ó de la del rey; mi eleccion está hecha.»

La órden para la ejecucion de la sentencia de muerte fué firmada en la *sala pintada* por unos setenta miembros que la sellaron con sus sellos; el original de ella existe: muchos nombres de las firmas están es-

critos de manera que no se pueden leer; otros están borrados y reemplazados por nombres en interlínea. La cobardía del tiempo presente, y temor del venidero, habian causado estas viles precauciones de una conciencia espantada.

Cromwell puso su nombre en la órden de ejecucion con aquellas bufonerías que solia mezclar en las conversaciones mas sérias, ó por ser superior á sus acciones, ó por quererlo parecer, ó bien porque su carácter se componia de lo burlesco y lo grande, sirviendo una cualidad de desahogo á la otra.

Cromwell habia sido tan malo en su primera juventud, que los taberneros cerraban su puerta cuando pasaba por las calles de Huntingdon. Una vez en casa de un tio suyo obligó á los asistentes á huir de un baile por la eleccion de un perfume con que habia frotado sus guantes y vestido. Mas tarde, ocupándose de una constitucion para la Inglaterra, arrojó una almohada á la cabeza de Ludlow, que le arrojó otra á las piernas al huir. Algunos *santos* lo sorprendieron un dia bebiendo, y dijo á sus alegres amigos: «Ellos creian que nosotros *buscábamos al Señor*, y buscamos un saca-tapon.» El saca-tapon habia caido.

Cromwell, pues, al firmar la órden de ejecucion de Cárlos I, ensució de tinta el semblante de Henry Martin, que firmaba despues de él: el regicida Martin volvió juego por juego á su camarada: esta tinta era de sangre, y le dejó la marca que se veia en la frente de Cain.

El coronel Ingoldsby, pariente de Olivier, nombrado comisario en la alta córte, en que no se sentó, entró por casualidad en la *cámara pintada* en el momento de las firmas: Cromwell le instiga para que una su nombre á los inscritos, y el coronel se niega. Los comisarios se apoderan de Ingoldsby: Cromwell le pone por fuerza la pluma entre los dedos con grandes ri-

sotadas, y guiándole la mano le obliga á escribir el nombre Ingoldsby. Finalmente, esta demasía abominable se halla con frecuencia en la historia. Los mayores revolucionarios de Francia eran parlanchines é indiscretos, y afectaban derramar la sangre con la misma indiferencia que el agua. Una conciencia paralítica y una conciencia virtuosa, producen la misma paz, llevan ligeramente la vida, pero con esta diferencia: la una no siente el peso de los remordimientos, la otra el peso de la adversidad.

Cromwell representó con respecto á Fairfax otra comedia: éste queria con su regimiento libertar al rey; Cromwell, favorecido de Ireton, se esforzó en persuadir á Fairfax que el Señor habia abandonado á Cárlos. Se empeñaron en que implorase el favor del cielo para obtener un oráculo, ocultando siempre al engañado que habian firmado ya la órden de ejecucion.

El coronel Harrison, tan sencillo como Fairfax, pero poseido de otras ideas, se quedó por instigacion del yerno y del suegro al lado de Fairfax, é hizo durar las preces y oraciones hasta que llegó la noticia de que la cabeza del rey habia caido.

Los lores Richmond, Lindesay, Southampton y Herforth, que en otro tiempo fueron ministros de Cárlos, pidieron sufrir la pena de muerte en lugar de su señor, como únicos responsables segun el espíritu de la constitucion, de los actos de la corona. Las facciones no conocieron esta noble responsabilidad: el crímen dió un bill de indemnidad á los ministros. La Escocia hizo amenazas, la Francia y la España hicieron representaciones frias en verdad, pero la Holanda trabajó con mas viveza, aunque sin provecho.

Cárlos habia escuchado su sentencia sin dar otra señal de emocion que una desdeñosa contraccion de labios cuando oyó que se le declaraba tirano, traidor, asesino, enemigo de la república, y digno como tal de

que se le cortase la cabeza. Los setenta y tres comisarios que quedaban de ciento cuarenta y cuatro nombrados, se levantaron todos en señal de adhesion á la setencia que se leyó en voz alta. Cárlos manifestó deseos de hablar despues de la lectura; se le prohibió el uso de la palabra, porque ya no estaba vivo á los ojos de la ley.

Durante los tres dias concedidos al prisionero para prepararse á la muerte, el único ruido de la tierra que llegó á su soledad, fué el de los obreros que levantaban el patíbulo. Dos hijos de Cárlos quedaron en poder de los republicanos, la princesa Isabel y el duque de Glocester, que tenia seis años. Le presentaron estos hijos. Tomó al último sobre sus rodillas, y le dijo: «Quieren cortar la cabeza á tu padre; tal vez querrán hacerte rey; mas tú no puedes serlo, mientras vivan tus hermanos mayores Cárlos y Jacobo.» El niño respondió: «Primero me dejaré hacer pedazos.» El padre abrazó al huerfanito derramando lágrimas de ternura. Cromwell, que se reservaba la corona, queria hacer duque de Glocester á un traficante de botones. El jóven rey Luis XVII y su santa y noble hermana recibieron despues en el Temple las bendiciones de Luis XVI.

Un comité nombrado por la alta córte habia escogido el lugar de la ejecucion: se levantó el cadalso delante del palacio de Whitehall, y se elevó al nivel de la sala de los *Banquetes*. En consecuencia de esta disposicion, Cárlos debia encontrarse á pie llano con su nuevo trono cuando saliese por las ventanas. La mano de Dios habia escrito en la pared de esta sala de los festines la ruina del imperio de los Estuardos (1).

El rey habia pedido la asistencia del obispo Juxon,

(1) Algunas memorias dicen, que se habia practicado una abertura en la pared.

virtuoso defensor de Strafford: fuéle acordada por la solicitacion de Seters, predicador fanático que se parecia á los curas de París en tiempo de la liga. Herberto, que no dejaba á su señor, dormia en una mala cama á su lado.

En la noche del 29 al 30 de enero durmió profundamente el rey hasta las cuatro de la mañana. Entonces despertó á Herberto y le dijo: «Llegó el dia de mis segundas bodas; necesito trage digno de tal pompa.» Indicó el vestido que queria; y se puso dos camisas á causa del rigor de la estacion. «Si tiemblo, dijo, mis enemigos lo atribuirán á miedo.» Cárlos, habiendo advertido que Herberto durmió agitadamente, le preguntó la causa. «He soñado, dijo el fiel servidor, que veia entrar al arzobispo Laud en vuestro cuarto; le habeis ordenado que se aproximase á vos, y le habeis hablado con aire triste. El arzobispo ha suspirado profundamente, y se ha retirado postrándose.» Cárlos, conmovido con esta relacion, replicó: «El arzobispo es muerto: si estuviese vivo, yo le hubiese dicho alguna cosa que le hubiese arrancado un suspiro.»

El monarca pasó algunas horas en devociones con el obispo, y recibió la comunion de la mano de este venerable amigo de Dios. El republicano Ludlow disfrazó esta patética escena: cuenta que Juxon, llamado por Cárlos, se vistió de prisa las insignias episcopales, y no teniendo nada preparado sobre la materia, leyó á su penitente uno de sus viejos sermones. Las Memorias de Clery, falsificadas por órden de los interesados, alteran las palabras del rey mártir, y convierten en bufonadas las acciones de la virtud y de la desgracia.

Herberto entró en la cámara del rey, y en seguida el coronel Hacker anunció que era tiempo de partir para Whitehall.

Cárlos vestido de luto, con el collar de San Jorge

sobre el pecho, y un sombrero adornado de un penacho negro sobre la cabeza (asi se preparó Falkland para morir), salió á pie del palacio de San James el dia 30 de enero de 1640 (antiguo uso), cerca de las ocho de la mañana. Atravesó el parque entre dos destacamentos de soldados: sus servidores y sus carceleros, y el mismo coronel Thomlinson, gefe de la comitiva fúnebre, lo acompañaron descubiertos, porque el respeto era igual á la grandeza de la víctima.

El rey entró en el palacio de Whitehall: se le habia preparado una comida, y solo tomó un poco de pan y de vino por consejo de Juxon. Pasaron dos horas hasta que fué llamado al suplicio, y sobre esta dilacion misteriosa solamente se han podido formar conjeturas.

Los embajadores de Holanda no llegaron á Lóndres hasta el 25 de enero, y solo tuvieron audiencia de los comunes el 29 por la tarde, víspera de la catástrofe.

Con ellos estaba Seymur: era portador de cartas del príncipe de Gales, la una dirigida al rey, la otra á Fairfax, y traia otra de firma en blanco del príncipe: Seymur tenia órden de declarar que los parlamentarios podian escribir en esta firma en blanco todas las condiciones que juzgasen á propósito imponer por el rescate de la vida del prisionero; el nombre del heredero de la corona que se encontraba al pie de estas condiciones, era la garantía de su aceptacion total. Este incidente pudo poner en incertidumbre los espíritus, y si hubiese llegado algunos dias antes, tal vez hubiera salvado la vida del rey. Sea lo que fuere, lo cierto es que se deliberó al pie del patíbulo, y el sacrificio fué suspendido dos horas por una razon ignorada. Se halla una prueba singular de las dudas de los conjurados hasta el último momento.

Fairfax estaba en Whitehall durante la ejecucion;

habia rehusado ser del número de los jueces, y se habia opuesto á la sentencia, y lady Fairfax con mas empeño todavía. Fairfax habia amenazado con la sublevacion de los soldados de su regimiento: solamente fué engañado como hemos visto, por las bufonerías de Cromwell. Herberto lo encontró rodeado de algunos oficiales en un corredor de Whitehall, y Fairfax le dijo en seguida: «¿Cómo está el rey?» La cuestion pareció singular á Herberto. ¿Creia, pues, Fairfax que se negociaba? ¿Ignoraba el estado de las cosas? La rectitud sin luces tiene los mismos resultados que la maldad; si no cumple los hechos, los deja cumplir, y su misma conciencia le sirve de lazo.

Tal vez la dilacion provino de la dificultad en hallar verdugos y vestirlos para la escena. El juicio de los regicidas hace ver que no se sirvieron del verdugo ordinario; que todos los soldados de un regimiento llamados bajo juramento á esta obra se negaron, y que Hulet (oficial acusado en el proceso de haber sido el verdugo) sostuvo en su defensa, que se le habia aprisionado en Whitehall por haber rehusado la cuchilla de honor de los regicidas.

El coronel Thomlinson tuvo la humanidad de permitir á Seymur que entregase á Cárlos la carta de su hijo. Seymur recibió las últimas instrucciones del rey para el príncipe de Gales. Apenas se retiró, entró Hacker: venia á anunciar al monarca el último momento.

Cárlos siguió sin titubear al coronel. Atravesó en compañía de Juxon una larga galería guarnecida de soldados, que estaban bien demudados; su continente anunciaba la parte que se tomaban en tan grande infortunio. El rey salió por la estremidad de la galería, y se halló enfrente del patíbulo: sonaban las diez y media.

El patíbulo estaba tapizado de negro. Dos verdu-

gos enmascarados, misteriosos fantasmas que aumentaban el dolor de la catástrofe, estaban de pie junto al tajo en que se veia brillar el hacha; los dos vestian uniformemente un trage de cortante, especie de sobretodo de lana blanca; el uno, que tenia los cabellos y la barba de color negro, llevaba un sombrero levantado de ala, el otro tenia la barba larga y canosa; su cabeza estaba cubierta de una peluca tambien canosa, cuyos pelos esparcidos caian sobre su máscara. Cuatro anillos de hierro sellaban el cadalso para dar paso á las cuerdas, y obligar al rey á poner la cabeza sobre el pedrusco, en caso de resistencia (1), como los antiguos sacrificadores ataban el toro en el altar. Regimientos de infantería y caballería con casacas coloradas rodeaban el patíbulo: un pueblo innumerable, colocado fuera del alcance de la voz de su soberano, se oprimia en silencio detras de las tropas.

Cárlos, desde lo alto del fúnebre monumento, dominaba á este aparato formidable: en sus miradas habia un no sé qué de intrepidez y serenidad. No pudiendo hacerse oir de la multitud, habló de toda clase de negocios á las personas que lo rodeaban: ni se mostraba espantado ni forzado á morir; parecia un hombre ocupado en su cuarto en la accion mas comun, mientras sus criados preparan su lecho de reposo.

Por la tarde se vendió en las calles de Lóndres una relacion popular de los últimos momentos del rey: abunda en los pequeños detalles que agradan á los ingleses. En estos retratos hechos sobre el modelo vivo, hay una sencillez y una naturalidad, que todas las copias del mundo no pueden reproducir. Voy á dar esta relacion: en ella se verá la libertad del espíritu de Cárlos, se leerán los discursos de este príncipe mezclados de controversia religiosa y política: el ora-

(1) *Regicide's triat.*

dor real parece olvidar que estaba alli para morir, y solamente sus paréntesis relativos al hacha manifestaban que se acordaba de todo. En esta relacion chocará tambien el dolor de los asistentes y el respeto del mismo verdugo: Hulet, el de la máscara con la barba canosa, no dió el golpe sino por órden de aquel solo que tenia el derecho de mandarle. Me serviré de la traduccion francesa de este documento hecha en 1649, que es tan sencilla como la original.

RELACION VERDADERA

DE LA MUERTE DEL REY DE LA GRAN BRETAÑA,

CON LA ARENGA HECHA POR S. M. EN EL CADALSO ANTES DE SU EJECUCION.

El día 29 de enero á las diez de la mañana fué conducido el rey á San James, á pie, por dentro del parque, en medio de un regimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, y algunos gentiles-hombres delante y detrás con la cabeza descubierta. El señor Juxon, doctor en teología, obispo de Lóndres, le seguia, y el coronel Thomlinson, que tenia el cargo de S. M. hablando con el rey, con la cabeza descubierta, desde el parque de San James, al través de la galería de Whitehall, hasta la cámara de su gabinete (1), en donde dormia ordinariamente y recitaba sus preces: adonde habiendo llegado rehusó comer porque habia comulgado una hora antes,

(1) El rey habia pedido el gabinete y la pequeña cámara próxima. (*Esta nota y las siguientes son del autor de la relacion.*)

bebiendo solo un vaso de vino, y comiendo un pedazo de pan.

De allí fué acompañado por el mencionado Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales que tenian el encargo de seguirle y guardar su cuerpo, cercado de mosqueteros, á la sala de los banquetes, junto á la cual estaba levantado el patíbulo (1), cubierto de luto, con el hacha y tajo en medio. Muchas compañías de caballería é infantería estaban colocadas á los dos lados del cadalso, con confusion del pueblo por ver este espectáculo. Habiendo subido el rey al patíbulo, puso los ojos atentos en el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si habia otro mas alto, y prosiguió hablando, como se sigue, dirigiendo particularmente la palabra al coronel Thomlinson:

«Pocas cosas tengo que decir; por tanto me dirijo á vos, y direis que callaria voluntariamente si no temiese que mi silencio podia dar á algunos motivo de creer que yo cometí la falta, como sufro el suplicio; pero creo que para sincerarme con Dios y con mi pais, debo justificarme como buen cristiano y buen rey, y finalmente como hombre de bien.

«Comenzaré primero por mi inocencia, y me parece que no es necesario entreteneros mucho tiempo con este asunto. Todo el mundo sabe que no he comenzado la guerra con las dos cámaras del parlamento, y pongo á Dios por testigo (al cual debo dar cuenta) que jamás he tenido intencion de usurpar sus privilegios: por el contrario, ellos mismos comenzaron apoderándose de los arsenales; confesaron que me pertenecian; pero juzgaron que era necesario quitármelos: y por ser conciso, si alguno quiere mirar las datas de las comisiones de sus diputados y de los mios, como

(1) En este lugar ó cerca de él hubo un asesinato y treinta hombres heridos: primera sangre de esta última guerra.

las declaraciones tambien, verá evidentemente que ellos han comenzado los desórdenes, y no yo; de manera que confio que Dios ha de vengar mi inocencia. ¡No, no lo quiero!.... tengo caridad: no quiera Dios que impute la falta á las dos cámaras del parlamento: no hay necesidad de nada: creo que están libres de este crímen, pues tal vez los malos ministros, juntamente con mi persona, han sido la causa principal de la sangre derramada. Asi, como yo me encuentro inocente (espero y suplico á Dios que sea asi), ellos tambien lo son. Sin embargo, no quiera Dios que yo sea tan mal cristiano, que no confiese que los juicios de Dios son justos contra mí; porque muchas veces castiga justamente por una injusta venganza, y esto se ve con frecuencia. *Diré solamente que una injusta sentencin* (1) *que permití se ejecutase, es castigada al presente con otra injusta dada contra mí mismo*. Lo que he dicho hasta ahora es para manifestaros mi inocencia.

«Para haceros ver que soy un buen cristiano, ved ahi á un hombre honrado (señalando con el dedo á Juxon) que dará testimonio de que he perdonado á todo el mundo, y en particular á aquellos que son autores de mi muerte; ruego á Dios que los perdone. Pero esto no es bastante; es preciso que la caridad avance mas: deseo que se arrepientan, porque verdaderamente han cometido un pecado enorme en esta ocurrencia. Suplico á Dios con San Estaban, que no reciban su castigo; no solamente eso, sino que puedan tomar el verdadero camino de establecer la paz en el reino.

«Asi, señores, lo deseo con toda mi alma, y espero (2) que hay algunos aqui que lo harán conocer

(1) Sentencia de muerte del conde de Strafford.
(2) Volviéndose á unos gentiles-hombres que escribian sus palabras.

en todas partes, á fin de ayudar á la pacificacion del reino.

«Entretanto, señores, es preciso que conozcais que seguís un mal camino, y que entreis en otro mejor. Para manifestaros que os apartais de la justicia, os diré primero que todo lo que habeis hecho ha sido, á mi parecer, por via de conquista: mal medio es este; porque una conquista no es siempre justa, si no hay una causa verdadera y legítima, sea por agravio recibido ó por recto derecho; si traspasais esto, vuestra primera contestacion hace injusta vuestra causa en su fin, aunque fuese justa en un principio; pero si no es conquista, es un robo enorme; asi como un pirata echó en cara á Alejandro que era un gran ladron, cuando el pirata se contentaba con ser un ladron de poca importancia. De modo, señores, que tengo por mal medio el que al presente tomais. Para constituiros en recto sendero, persuadios que jamás obrareis bien, y que Dios no os asistirá, si no dais á Dios lo que es de Dios, y al rey lo que es del rey (quiero decir, á mis sucesores y al pueblo). Estoy en favor del pueblo tanto como cada uno de vosotros. Preciso es que deis á Dios lo que es suyo, arreglando con rectitud (segun la Escritura) su iglesia, que al presente está desordenada. No puedo detallaros ahora el camino que habeis de seguir en esto: solo os diré, que seria muy bueno reunir un sínodo nacional, en donde cada uno pudiese disputar con toda libertad, y se siguiesen las opiniones evidentemente buenas.

«Por lo que respecta al rey, no quiero.... volviéndose á un gentil-hombre que tocaba el hacha, le dijo: «No echeis á perder el hacha (1). En cuanto al rey, os instruirán claramente las leyes del reino, y porque esto me toca en particular, de paso os diré una palabra.

(1) Queriendo decir que no embotase el filo.

«Deseo la libertad y franquicia del pueblo tanto còmo cualquiera ; pero es preciso que os diga , que debe ser conservada por las leyes , por las cuales se aseguran las vidas y bienes de los ciudadanos: no es preciso que ellos tengan parte en el gobierno, señores , eso no les pertenece. Un soberano y un vasallo son diferentes el uno del otro; y por tanto , hasta que hagais esto (quiero decir, hasta que pongais al pueblo en esta especie de libertad), ciertamente jamás disfrutará de ella.

«Señores , por esta causa me veo aqui: si yo hubiese querido dar lugar á la arbitrariedad, para cambiar las leyes segun la fuerza de la espada , hubiese podido evitar esto , y os aseguro (suplico á Dios que aparte de vosotros el castigo) que soy martirizado por el pueblo.

«No os detendré mas, señores: solamente diré que yo hubiese podido pedir un poco mas de tiempo para poner todo esto en mejor órden, y dirigirlo mejor; pero espero que me disimulareis.

«He descargado mi conciencia: ruego á Dios que adopteis los medios mas propios por el bien del reino y el vuestro propio.»

Entonces el señor Juxon dijo al monarca: «¿Os place (aunque la estimacion que teneis á la religion es bastante conocida) decir alguna cosa para satisfaccion del pueblo?»

«Os doy las gracias de todo corazon, señor mio, porque casi lo habia olvidado. Señores , creo que mi conciencia y religion es notoria á todo el mundo , y por tanto declaro delante de todos vosotros que muero como cristiano que profesa la religion de la iglesia anglicana en el estado en que mi padre me la dejó, y creo que este venerable hombre (designando al señor Juxon) será buen testigo.»

Volviéndose en seguida á los oficiales, dijo: «Se-

ñores, escusadme en esto: mi causa es justa, y mi Dios es bueno: no digo mas.»

Al coronel Hacker le dijo: «Tened cuidado, si gustais, de que no me hagan padecer.»

Entonces á un gentil-hombre que se acercaba al hacha dijo el rey: «Tened cuidado del hacha, os suplico, tened cuidado del hacha.»

Despues de esto, hablando al ejecutor, se espresó asi: «Haré mi súplica breve, y cuando estienda el brazo.....»

Pidió al instante su gorro de dormir al señor Juxon, y habiéndolo puesto en su cabeza, dijo al verdugo: «¿Os estorbarán mis cabellos?» El le suplicó que se pusiese el gorro, lo que el rey practicó ayudado del obispo y del ejecutor. Luego, dirigiéndose á Juxon, esclamó: «Mi causa es justa, y mi Dios bueno.»

El señor Juxon. «No hay mas que un paso, es pesado, pero corto, y podeis considerar que os trasladará pronto de la tierra al cielo, y hallareis allí consuelo y alegría.»

El rey. «Marcho de una corona corruptible á otra incorruptible, en donde no puede haber turbacion, ninguna turbacion de las que agitan el mundo.»

Juxon. «Cambiar una corona temporal por otra eterna: buen cambio por cierto.»

El rey dijo al verdugo: «¿Están bien mis cabellos?» Se quitó el manto, y dió su cordon azul, que era la insignia de San Jorge, al señor Juxon, diciendo: «Acordaos.»

Despues se quitó el rey su jubon, y estando sin ajustador, volvió á ponerse el manto sobre las espaldas, y mirando el tajo, dijo al ejecutor: «Es preciso que lo ateis bien.»

El ejecutor. «Está bien atado.»

El rey. «Podia estar un poco mas alto.»

El ejecutor. «No puede mas, señor.»

El rey. «Cuando yo estenderé el brazo así... entonces....»

Despues de todo esto, habiendo dicho dos ó tres palabras en voz baja, de pie, levantando las manos y los ojos al cielo, se arrodilló repentinamente; puso su cuello en el tajo, y metiéndole el ejecutor los cabellos en el gorro, le dijo el rey (pensando que iba á herirle): «Esperad la señal.»

El ejecutor. «Lo haré, si place á Vuestra Magestad.»

Tras una breve pausa, el rey estendió el brazo: el verdugo separó la cabeza del cuerpo de un solo golpe, y cuando estuvo cortada la tomó en su mano, y enseñó á los espectadores, y el cuerpo fué colocado en una caja de terciopelo negro para este efecto. Al presente el cuerpo del rey está en su cámara en Whitehall.

Sic transit gloria mundi.

(*Fin de la relacion.*)

Clarendon refiere que el cuerpo del rey, que se veia la tarde de la ejecucion en la *cámara de Whitehall*, no pudo ser encontrado en la restauracion de Cárlos II. Sin embargo, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion se habia verificado en Windsor, en la bóveda del coro de la capilla de San Jorge, en donde reposaban los restos de Enrique VIII y Juana Seymour. Unos obreros que trabajaban en esta capilla en 1813 descubrieron por casualidad la bóveda. El príncipe regente, hoy dia Jorge IV, mandó hacer pesquisas, y se descubrió un ataud de plomo que tenia una placa con este letrero: CÁRLOS REY, lo que era en todo conforme con la relacion de Herberto.

Se practicó una entalladura en la cubierta, y despues de quitar una tela impregnada de una materia crasa, se descubrió el semblante de un muerto, cuyas facciones desfiguradas y confundidas se asemejaban al retrato de Carlos I. Despues del proceso verbal de Enrique Halford, la cabeza del cadáver, separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y aun se pudo teñir un pañuelo blanco de una sangre bastante líquida. Este testigo estraordinario, volviendo de la tumba despues de la muerte de Luis XVI, ha venido á deponer las faltas de los reyes, los escesos de los pueblos, la marcha del tiempo, encadenamiento de sucesos y complicidad del crímen de 1649 con el de 1793.

Una omision se nota en la relacion popular de la ejecucion de Cárlos: esta relacion no habla de la máscara de los verdugos. Ludlow, el regicida, calla tambien este hecho. La hoja suelta de que se trata, no pudo venderse en Lóndres sino despues de haber pasado á la *censura* de los hombres de la *libertad*. El estar los verdugos enmascarados, probaba ó una vergonzosa fiesta saturnal, ó la confesion de un asesinato cumplido contra una cabeza que ninguna criatura con semblante de hombre tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell tuvo necesidad de acudir á las risas y lágrimas que, contrariándose en él, descubrian su mútua hipocresía: despues del golpe tomó un carácter franco: hizo que abriesen el ataud, y se aseguró, tocando la cabeza de su rey, que estaba verdaderamente separada del cuerpo: tambien manifestó con razones, que un hombre de tan buena construccion hubiese podido vivir largos años. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, tenia en este momento un orgullo inexorable: se deleitaba en la victoria que habia alcanzado contra un monarca y contra la naturaleza.

Los matadores, compañeros suyos, no gozaban en

tal momento de su seguridad y alegría. Todos se habian apresurado en abandonar la sangrienta escena. El verdugo principal, Hulet, capitan del regimiento de caballería del coronel Hewson, se arrojó para atravesar el Támesis, al batel de un marinero llamado Smith: este fué obligado por los mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la ribera, Smith dijo al siniestro pasagero: «¿Sois vos el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet: esto es tanta verdad, como soy un pecador delante de Dios.» Y temblaba en todo su cuerpo. Smith, remando, volvió á preguntar: «¿Sois vos el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo; dijo que le habian detenido prisionero en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus *instrumentos*. Smith le repuso: «Ahondaré mi batel si no decís la verdad.» La cabeza del rey habia sido pagada con 100 libras esterlinas á Hulet. El abogado general Turner le dijo: «Yo probaré que eres tú el que has dado el golpe despues del proceso de los regicidas, y te arrancaré tu máscara (1).»

(1) *Regicide's trial.*



LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

De 1640 á 1658.

Dos efectos produjo en Inglaterra la ejecucion de Cárlos.

Por una parte, se consternaron los hombres honrados, hubo profundos dolores, y muertes súbitas causadas por estos mismos dolores; y como la nacion era religiosa, tuvo sus remordimientos. El *Eikon Basiliké* hizo que se suspirase por Cárlos I, asi como el testamento de Luis XVI grangeó á este rey singular admiracion. El *Eikon Basiliké* no era de Cárlos: hoy dia tenemos reconocido por autor al doctor Gauden. Milton recibió la odiosa comision de ventilar este punto de crítica: toda la sublimidad de su genio apoyada en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una impostura, obra de un espíritu comun, pero fundada sobre la verdad de una desgracia.

¿Qué queda hoy dia en Inglaterra de todos estos dolores? Una ceremonia establecida por Cárlos II, que se celebra el 30 de enero de cada año. Se cree que se observa el ayuno, y no se ayuna: se cierran los espectáculos, y la gente se divierte en los salones ó en las tabernas; la bolsa tambien está cerrada con grande disgusto de los especuladores, que se cuidan poco

de hallar en el camino de su fortuna ó de su ruina la cabeza de un rey. Los siglos no adoptan estos legados de luto: bastantes males tienen que llorar, sin encargarse de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, la confusion se esparció en los tres reinos despues de la muerte de Cárlos I. Cada uno tenia un plan de república y de religion. Los milenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedian la ley Agraria y la abolicion de toda forma de gobierno, para esperar el próximo gobierno de Cristo, y entre ellos no habia otra carta que la Escritura. Los antinonianos pretendian que estaba destruida la ley moral, que cada uno se debia conducir segun sus propios principios, y no segun las antiguas nociones de justicia y humanidad: reclamaban una libertad absoluta, y decian: «La fornicacion, la embriaguez y la blasfemia son segun las miras del Señor que habla en nosotros.» No estaban lejos de convertirse en turcos, y se divertian con la lectura del Alcoran recien traducido. Los cuákeros, y sobre todo las cuakeresas, pasaban tambien por una secta mahometana. Políticos que se elevaban sobre toda especie de culto, querian que el poder no reconociese ninguna religion particular: otros anhelaban refundir las leyes civiles, y borrar absolutamente el tiempo pasado. Despojados de sus bienes y de sus honores, gemian los episcopales en opresion, y los presbiterianos veian el fruto de una revolucion que ellos habian sembrado, recogido por los independientes, agitadores y niveladores.

Los niveladores eran de muchas especies; los unos, los *cavadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los brezales y campos baldíos: los otros, *guerreros* ó *turbulentos*, sublevaban á los soldados, ó robaban en los caminos públicos: todos pedian la disolucion del largo parlamento, y la convocacion de uno nuevo. En esta desorganizacion completa de la sociedad, en medio de

los patíbulos que se levantaban para castigar el crímen y la virtud, no se enfrenaba ningun partido: por una buena fé que la anarquía dejaba libre, era cosa comun oir hablar á los republicanos de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que era lo mejor tal vez una república.

Quedaban, sinembargo, en Lóndres dos principios de gobierno y administracion: el *rump* y el consejo de oficiales que habia subyugado al *rump*.

Examinóse en seguida si la cámara de los pares formaba parte integrante del poder legislativo: á pesar de la opinion de Cromwell, que segun sus intereses queria guardar la dignidad de par, se decidió que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, y se decretó la supresion. Probó la monarquía la misma suerte. El corregidor de Lóndres se negó á proclamar el acta de abolicion de la dignidad real.

El reino de Inglaterra se halló trasformado en república, y se grabó un gran sello, que representaba por una parte la cámara de los comunes, con esta inscripcion: *El gran sello de la república de Inglaterra*: en el reverso se veian una cruz y una arpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con estas palabras: *Dios con nosotros*: en el exergo se leia: *El año primero de la libertad*, *por la gracia de Dios*, 1649. Mala data es la del crímen para la libertad.

Cinco miembros de los comunes se encargaron (Ludlow era uno) de componer un consejo de cuarenta, á quien se devolveria el poder ejecutivo. Este comité de cinco presentó treinta y cinco candidatos; añadióse el comité de los cinco. Este se encargó ademas de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian ocupado asiento en Westminster durante el proceso del rey.

Conveniente era inmolar víctimas en honor de los funerales del príncipe: el duque de Hamilton, Earl de

Holland y lord Capell, prisioneros, fueron decapitados, el primero contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el derecho de la guerra. Todos los partidos mostraron sentimiento por lord Capell: Cromvell hizo de él un magnífico elogio; pero pretendia que debia ser sacrificado por la misma causa de su virtud. El noble par, hallándose sobre el patíbulo, se dirigió al verdugo, diciéndole: «¿Sois vos el que cortasteis la cabeza de mi señor?—Si:» respondió el verdugo. «¿En dónde está el instrumento que dió el golpe?» El verdugo enseñó el hacha. «¿Estais seguro que es el mismo?» replicó lord Capell; y recibiendo la respuesta afirmativa, el realista tomó el hacha, la besó con respeto, la volvió al sayon público, y añadió: «¡Miserable! ¡no estabas espantado!» El verdugo repuso: «Me forzaron á desempeñar mi oficio, y por el trabajo me dieron treinta libras esterlinas.»

Pues bien: el verdugo mentia, y se gloriaba de una victoria que no era suya: no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha con la sangre del rey. Este hombre llamado Brandon, era un verdugo ordinario; no se le habia llamado (ó tal vez habia rehusado su ministerio por temor) en la grande ejecucion. Al cesar el miedo volvió la vanidad; Brandon pensó en salvar su derecho y su *honor*: la misma tarde de la muerte de Cárlos, Brandon sostuvo en una taberna lo mismo que dijo á lord Capell, tomando sobre sí un crímen que no habia cometido (1).

Lord Capell entregó su cabeza despues de haber declarado que moria por Cárlos I, por su hijo Cárlos II, y por todos los herederos legítimos de la corona.

El *rump*, fingiendo ceder á la opinion pública, se ocupó en apariencia de su disolucion, y buscó los

(1) *Trial of twenty-nine regicides*, pág. 33.

principios, segun los cuales un parlamento nuevo podia ser elegido. El *rump* no era sincero: solo pensaba en perpetuarse, esperando los acontecimientos, grandes descubridores de la política.

El conde de Ormond, lord Inchiquin y el general Preston habian sublevado la Irlanda, en donde Monk, que defendia á Dundalk por el parlamento, habia capitulado.

Cromwell, á pesar de las pretensiones de Lambert y de Fairfax, fué elevado al gobierno militar y civil de Irlanda. Partió acompañado de Ireton, su yerno, despues de haber buscado al *Señor* delante de Harrison, y esplicado las Escrituras.

Abordó en la isla con diez y siete mil veteranos, y una guardia particular de ochenta hombres, todos oficiales. Tredall es tomada por asalto: Cromwell sube á la brecha, y es total la pérdida de los irlandeses. El comandante Arturo Ashton perece: este antiguo militar, que tenia una pierna artificial, y se creia que era de oro, tuvo la desgracia de que los soldados republicanos se disputasen esa pierna realista, que era solamente un tesoro de madera del honor y de la fidelidad.

Wexford es saqueado, los soldados rinden á Goran, y los oficiales son pasados por las armas. Kilkenny, Youghall, Cooke, Kingsale, Colonmell, Durgarvan y Carrik se someten. Cromwell é Ireton esparcen por la Irlanda el infierno y el esterminio, como lo habian anunciado.

En medio de sus victorias, Cromwell es llamado para rechazar á los escoceses, que estaban determinados á reconocer los derechos de Cárlos II. Aunque habian ahorcado al realista Montross porque no era partidario del *covenant*, eran verdaderos realistas. Nada hay mas comun que estas inconsecuencias de los partidos en las discordias civiles.

Las negociaciones entre Cárlos II y los escoceses habian sido muchas veces interrumpidas. Cárlos, en fin, privado de todo recurso, se habia ido á Edimburgo: allí habia tomado el cetro de María Estuardo, con la obligacion de publicar esta declaracion deshonrosa:

«Que su padre habia pecado tomando muger de familia idólatra;

«Que la sangre derramada en las últimas guerras debia imputarse á su padre;

«Que tenia mucho sentimiento de la mala educacion que le habian dado, y de las preocupaciones que le habian inspirado contra la causa de Dios, y cuya injusticia reconocia de presente;

«Que todo el curso de su vida precedente habia sido una carrera de enemistad contra la obra de Dios;

«Que se arrepentia de la comision dada á Montross, y de todas sus acciones que pudieron escandalizar;

«Que protestaba delante de Dios que al presente era sincero en esta declaracion, y que se atendria á ella hasta el último suspiro, tanto en Escocia como en Inglaterra y en Irlanda.»

Cárlos II no carecia ni de honor ni de esfuerzo. Jóven todavía, se habia batido en favor de su padre á la cabeza de las fuerzas de tierra y mar. Pero era el príncipe menos dispuesto de todo el mundo para oir seis sermones de presbiterianos por dia. Cuando abrumado de tales predicaciones buscaba alguna distraccion, no podia salir de Edimburgo sin pasar junto á los miembros mutilados de Montross, clavados en las puertas de la ciudad. Montross, al morir, habia deseado que su cuerpo fuese dividido en tantos pedazos cuantas ciudades habia en los tres reinos, para que en todas partes se viesen testimonios de su fidelidad. Uno de sus brazos fué espuesto en una horca en Aberdeen:

los habitantes lo quitaron furtivamente y lo escondieron: despues de la restauracion lo pusieron en una caja cubierta de terciopelo carmesí bordado de oro, y lo llevaron en triunfo por toda la ciudad.

Cromwell marchó contra los escoceses al frente de diez y ocho mil hombres. Los atacó en Dunbar, y los derrotó (3 de setiembre de 1650). El año siguiente, despues de haber conquistado una parte de la Escocia, siguió los pasos de Cárlos II, que se habia avanzado á Inglaterra con una armada, y se acercó á él en Worcester. El genio fatal del padre no fué menos fatal para el hijo: se dió la batalla el 3 de setiembre de 1651 dia del aniversario de la batalla de Dunbar: murieron dos mil realistas, y ocho mil prisioneros fueron vendidos como esclavos. Esta costumbre de traficar con los hombres se halla aun en el reinado de Jacobo II.

Huye solo el jóven rey, y se corta los cabellos como Absalon, ó como los reyes cabelludos, por el miedo de ser conocido en el bello adorno de su cabeza. Este príncipe nos ha dejado la relacion de sus aventuras, su disfraz de leñador, su tentativa para entrar en el pais de Gales con el pobre Rudrell, su jornada pasada con el coronel Careless en lo alto de la encina, que retuvo el nombre de encina real, sus aventuras con un gentil-hombre llamado Lane, en el condado de Strafford, su viage á Bristol, viage que hizo á caballo, llevando á grupa la hija de su huésped, su llegada á casa de Norton, su encuentro con uno de los capellanes de la córte que miraba un juego de bolos, y con un viejo criado, que lo nombró derramando lágrimas, su pasage en casa del coronel Windham, el peligro que corrió por la sagacidad de un albeitar que, visitando los pies de los caballos, afirmó que uno de ellos habia sido herrado en el Norte: en una palabra, el embarco de Cárlos en Brightelmsted, y su desembarco en Normandía, formaron de este momento de la vida del prín-

cipe un momento de gloria novelesca, que lucha con la gloria histórica de Cromwell. Ludlow se contenta con decir que Cárlos huyó con una mistriss Lane.

Cromwell volvió triunfante á Lóndres, y el parlamento envió una diputacion á su encuentro. El general regaló á cada comisario un caballo y dos prisioneros: siempre se ve el mismo desprecio de los hombres entre estos republicanos. Los historiadores no han marcado ese rasgo de costumbre que distingue á los ingleses de todos los pueblos cristianos de la Europa civilizada, y los asemeja á los pueblos de Oriente. Monk, dejado en Escocia por Cromwell, acaba de sujetarla, y el reino de María Estuardo fué reunido por un acto del *rump* á la Inglaterra, lo que no habian podido lograr los mas poderosos monarcas de la Gran Bretaña.

Cuanto mas despreciado era el cuerpo legislativo, tanto mas vigor mostraba, y tanto mas talento el consejo ejecutivo: esto es tambien lo que se vió en Francia en los famosos comités emanados de la Convencion. Las tierras del clero habian sido puestas en venta como las posesiones de la corona, y estas tanto en Inglaterra como en Escocia. Las propiedades nacionales propuestas al precio de diez años de su arriendo anual, se elevaron con los sucesos de la república á la tasa de quince, diez y seis y diez y siete años de su renta limpia. La madera se vendia aparte. Los realistas cuyos bienes habian sido secuestrados ó confiscados, obtenian su posesion, con un desembolso mas ó menos fuerte en dinero contante. Una tasa de ciento veinte mil libras esterlinas por mes, bastaba con esas diferentes sumas para cubrir los servicios del estado.

Todas las potencias de Europa, y España la primera, habian reconocido la república. La Irlanda estaba domada, la Escocia sumisa y reunida á la Ingla-

terra: una flota mandada por el famoso Roberto Blake, que de coronel pasó á almirante, guardaba los mares alrededor de las islas Británicas; y otra bajo el pabellon de Eduardo Popham, cruzaba las costas de Portugal. Las Indias Occidentales, las Barbadas y la Virginia, sublevadas de pronto, se redujeron á la obediencia. El famoso acto de navegacion propuesto por el consejo de estado al parlamento en 1651, puesto en ejecucion el 1.º de diciembre de este mismo año, no es, como se ha escrito muchas veces, obra de Cromwell, sino de la república antes de la instalacion del protectorado. Este acto promovió el rompimiento de la guerra entre la Holanda y la Gran Bretaña en 1652. Blake, Aiskew, Monk y Dean sostuvieron en once combates, desde el 17 de mayo de 1652 hasta el 10 de agosto de 1653, el honor del pabellon inglés contra Tromp, Ruyter, Van Galen y Witte.

Las clases populares que se remontan por las revoluciones á la superficie de las sociedades, momentáneamente dan á los pueblos viejos una energía estraordinaria; pero estas clases cuyo vigor habian conservado la ignorancia y la pobreza, se corrompen pronto con el poder, porque llegan á él con necesidades violentas, y apetitos escitados largo tiempo por la miseria y la envidia, toman y exageran los vicios de los grandes que se apoderan de ellas, sin tener la educacion que al menos templa estos vicios. Una nacion renovada de este modo por la invasion de una especie de bárbaros indígenas, conserva su energía poco tiempo; no siendo jóven por naturaleza, lo es solo por accidente; pues las costumbres no se renuevan como los poderes, y cuando las primeras no cambian, nada hay durable.

Cromwell comprendió que aquel resto de asamblea, sometida ya y humillada, comenzaba á estar celosa del poder que él se habia adquirido. La autoridad

dictatoria de los campamentos, habia disgustado al usurpador futuro de la autoridad legal: su ambicion, como su carácter y su genio, le impulsaban al soberano poder.

Habia maniobrado largo tiempo entre los diferentes partidos, ya como presbiteriano, ya como nivelador, y aun como realista; pero apoyándose siempre en la armada, en donde dominaba el espíritu republicano tanto como puede existir este espíritu en medio de las armas. Los oficiales querian igualdad y libertad con la fortuna, los honores, y el poder absoluto: asi es como ha sido siempre comprendida la república desde las legiones romanas hasta los mamelucos.

Cromwell, despues de sus victorias, habiendo ocupado su silla en el parlamento (16 de setiembre de 1651), activó la redaccion del bill para dar fin al parlamento interminable, y solo la pudo obtener con mayoría de dos votos, cuarenta y nueve contra cuarenta y siete, y aun asi la ejecucion del bill fué diferida al 3 de noviembre de 1654.

Este bill procedia á la reforma radical parlamentaria, pedida despues con frecuencia é inútilmente. La cámara de los comunes debia componerse en lo sucesivo de cuatrocientos miembros, sin contar los diputados de Irlanda y Escocia. Las poblaciones pequeñas desaparecian, y solo se daba el derecho de elegir á las ciudades y villas principales: doscientas libras esterlinas en bienes muebles ó inmuebles, eran la propiedad que se exigia en el ciudadano para el ejercicio del derecho electoral.

Cromwell deseaba solamente la disolucion del *rump* por la esperanza de obtener el supremo poder, por medio de diputados elegidos por su influencia, y consagrados á sus intereses. A fin de preparar las ideas á un cambio de cosas, habia alentado las discusiones

sobre la escelencia del gobierno monárquico; pero no pudiendo conseguir del *rump* la disolucion, tomó un camino mas corto para llegar á sus fines.

El astuto general habia sabido llenar todas las plazas con hechuras suyas, y tenia partido entre las tropas. Despues de la batalla de Worcester, que llamó en su carta al parlamento *victoria coronante*, apenas disimuló sus proyectos. La moderacion, que es la necesidad de todo hombre que despues de llegar al poder quiere mantenerse en él, era el arma de Cromwell: él habia hecho publicar una amnistía general, y se mostraba favorable á los realistas: los hallaba por principios menos opuestos que los otros partidos á la autoridad de uno solo, y necesitaba fidelidad.

Los comunes, viéndose atacados, trataron de defenderse: unas veces se plañian de las calumnias que Cromwell hacia se esparciesen contra ellos, y otras soñaban en perpetuarse de una manera menos directa, procediendo á la eleccion de plazas vacantes en el parlamento. Cromwell no se descuidaba por su parte: presidia á las asambleas, conferencias y tratados entre los partidos, y engañaba á todo el mundo. El coronel Harrison, republicano franco, pero ciego de espíritu, siempre defendia que el general, lejos de querer hacerse rey, solo pensaba en preparar el reino de Jesus, y el mayor Streater le respondió: «Que venga Jesus muy pronto, si no llegará tarde.» Cromwell declaraba que el salmo CX le alentaba á poner la nacion en estado de república, y para este fin obligaba al comité de oficiales á presentar peticiones, que debian conducir á la destruccion de la república, por la oposicion de los parlamentarios. Una de estas peticiones demandaba el pago de los atrasos de la armada, y la reforma de los abusos; otra solicitaba la disolucion inmediata del parlamento, y el nombramiento de un consejo para gobernar el estado hasta la próxima con-

vocacion de nuevo parlamento. Llenos de resentimientos los comunes declararon, que cualquiera que presentase en adelante tales quejas, seria culpable de alta traicion. Se comunicó esta resolucion á Cromwell, que esclamó animado de fingida cólera en medio de sus oficiales: «Mayor general Vernon, me veo forzado á una cosa, que eriza mis cabellos.» Toma trescientos soldados, marcha á Westminster, deja fuera los trescientos soldados, y penetra solo en la cámara: era diputado.

Escucha un momento en silencio la deliberacion, y llamando á Harrison, miembro como él de la asamblea, le dice al oido: «Es tiempo de disolver el parlamento: «Harrison le respondió: «Es un asunto peligroso: pensadlo bien.»

Cromwell espera aun: despues, levantándose de repente llena á los comunes de improperios, los acusa de servilismo, de crueldad, de injusticia: «Ceded, grita con furor, el lugar; el Señor acabó con vosotros, y ha escogido otros instrumentos de sus obras.» Sir Peters Wentworth quiso responder; pero Cromwell le interrumpió: «Yo haré cesar esta charlatanería: no sois un parlamento: repito que no lo sois.»

El general da una patada, se abren las puertas, y dos filas de mosqueteros mandados por el teniente coronel Worsley entran en la cámara, y se colocan á izquierda y derecha de su gefe. Vane quiere levantar la voz, pero Cromwell esclama: «¡Oh señor Enrique Vane! ¡Enrique Vane! ¡El Señor me libre de Enrique Vane!» Señalando despues algunos de los miembros presentes, dijo: «Tú eres un ébrio, tú un licencioso (este era Martin, el regicida, cuyo semblante Cromwell habia ensuciado de tinta), tú un adúltero, tú un ladron.» Esto era verdad. Harrison hizo bajar al orador de su sitio, estendiéndole la mano. El rebaño espantado sale confusamente: todos huyen sin sacar la

espada que la mayor parte llevaba ceñida. Cromwell decia: «A esto me habeis obligado: yo he rogado al Señor noche y dia que me diese antes la muerte que semejante comision.»

Entonces, enseñando á los soldados la maza de armas, les dijo: «Llevaos ese juguete (1).» Sale el último, hace cerrar las puertas, se pone las llaves en el bolsillo, y se retira á Whitehall. A la mañana siguiente, encima de la puerta de la cámara de los comunes, se veia un letrero que espresaba lo siguiente: «*Cámara por alquilar, no mueblada.*» Asi fué arjado de Westminster el parlamento: la libertad se quedó.

Reparemos la justicia del cielo: aquellos diputados que habian muerto á su legítimo príncipe, pretendiendo que habia violado los derechos del pueblo; aquellos diputados que habian precipitado de sus sillas violentamente tan gran número de sus colegas, fueron dispersados por uno de los cómplices, mas culpable ciertamente que Cárlos contra los derechos de la nacion. Pero frecuentemente se concede á la usurpacion lo que se disputa á la legitimidad; los hombres en su orgullo se consuelan con la esclavitud cuando han escogido por sí mismos á su señor entre sus iguales.

Bonaparte en Saint-Cloud hizo saltar á los republicanos por las ventanas, con menos firmeza y decision política que Cromwell cuando disolvió el largo parlamento. La Inglaterra republicana aceptó el yugo: las tempestades habian dado á luz á su rey, y se sometieron.

La verdadera república solo duró en Inglaterra cuatro años y tres meses, contando desde la muerte del rey (30 de enero de 1649) hasta la dislocacion total del *rump* (20 de abril de 1653). Esta corta repú-

(1) Whitelocke dice: «*Ese muñeco.*»

blica no careció de gloria esterior, ni de virtud, libertad y justicia interior. Es verdad que los miembros de los comunes se escluyeron mútuamente de la asamblea legislativa, pero no se diezmaron, ni se asesinaron á su vez como los convencionales. La república francesa existió doce años, de 1792 á 1804, á la ereccion del imperio, tiempo de gloria y conquista esterior, pero de crímenes, opresiones é iniquidades interiores. Esta diferencia entre dos revoluciones que tuvieron por resultado en último término la misma libertad, proviene del sentimiento religioso que animaba á los novadores de la Gran Bretaña, y de los principios de irreligion que pregonaban los autores de nuestras discordias. En la supersticion pueden existir algunas virtudes; la impiedad las escluye enteramente. Los revolucionarios ingleses, fanáticos, conocieron el arrepentimiento; los revolucionarios franceses, ateos, vivieron sin remordimientos: eran insensibles á la vez, como la materia y como la nada.

EL PROTECTORADO.

De 1653 á 1658.

Fácilmente podia Cromwell convocar un parlamento libre, y no quiso; buscaba el poder, no la libertad. Ademas, la Inglaterra estaba cansada de parlamentos; despues de la anarquía se suspiraba por el despotismo. El consejo de oficiales que habia presentado la peticion decisiva, se apropió el derecho de eleccion: buscó (siempre por las sugestiones de Cromwell) en el partido milenario los hombres mas oscuros, ignorantes y fanáticos: ciento cuarenta y cuatro personages asi escogidos se apoderaron del poder soberano. El mayor general Lambert, que se llamaba republicano, y era servil, y Harrison, sincero demócrata, pero de limitado espíritu, daban la mano á todas estas violencias. Harrison, sectario de la *quinta monarquía*, pedia solo que el nuevo consejo se compusiese de setenta miembros, para que mejor remedase al *Sanhedrin* de los judíos. En el club legislativo de los ciento cuarenta *Santos,* era preciso tener nombres largos, compuestos y sacados de la Escritura, asi como en nuestros clubs, el uno queria llamarse *Scevola*, y el otro *Bruto*. De los dos hermanos Barebone, el

uno zurrador, se llama *Alaba á Dios*, y el otro, *si Cristo no hubiese muerto por tí, serias condenado Barebone*. Este Barebone, cuyo nombre significa *descarnado*, dió su nombre á los ciento cuarenta y cuatro; y al parlamento *rabadilla* sucedió el parlamento *condenado Barebone* ó *condenado descarnado*.

En una lista de jurados del condado de Sussex se ven los nombres de White de Emer, *combate por la buena causa de la fé*: de Pimple de Whitam, *mata al pecado*: de Harding de Lewes, *lleno de gracia*. Cuando los *santos* entraban en sesion en Westminster, recitaban preces, buscaban al Señor dias enteros, y esplicaban la Escritura: despues de esto se ocupaban de los negocios que los rodeaban. Cromwell abrió la sesion de los *descarnados* con un discurso que acompañó de piadosas lágrimas, dando al cielo las gracias por haberle concedido bastante tiempo de vida para asistir al principio del reino de los *santos* sobre la tierra. En el fondo de tantas locuras, las nuevas costumbres se formaban, y se arraigaban las instituciones. Estos caractéres no eran tan ridículos, sino porque eran originales; pero todo lo constituido frecuentemente tiene un principio de vida. Los cortesanos de Cárlos II pudieron reir, pero estos fanáticos de buena fé dejaron una posteridad que hizo justicia á los cortesanos.

Whitelocke pretende que algunos hombres ilustrados y de elevado rango se encontraron en el parlamento Barebone. Ludlow representaba á los *descarnados* como un rebaño de simples honrados, bastante parecidos á nuestros teofilántropos. Whitelocke era un parlamentario tímido, que habia huido por temor de condenar á Cárlos I, y que siempre seguia el partido del mas fuerte; Ludlow era un parlamentario decidido, asesino del rey, y enemigo de Cromwell.

Habian trascurrido apenas cinco meses cuando los ciento cuarenta *santos*, no pudiendo gobernar en

medio de la risa pública, encargaron á Rouse, su orador, y hechura de Cromwell, que devolviese la autoridad al mismo que los habia revestido de ella. Cromwell habia previsto este paso, y aceptó con gemidos el peso de la soberana autoridad.

Algunos pobres de espíritu que no eran de la faccion militar, se obstinaron en ocupar sus sillas, á pesar de la desercion del orador, y del sargento que habia impulsado á los demas. El capitan White entró en la cámara, y preguntó á los *santos* obstinados, qué era lo que hacian (12 de diciembre de 1653): «Buscamos al Señor,» le respondieron. «Pues marchad á otra parte, esclamó White; hace ya muchos años que el Señor no ha frecuentado este lugar:» y los hizo salir por medio de sus esbirros. El verdadero principio republicano existia entonces mas en la armada inglesa que en las autoridades civiles; pero no pudo haber alianza duradera entre el poder constitucional y la autoridad militar: cuando la libertad se refugia al altar de la victoria, es muy pronto sacrificada; se la sacrifica para obtener el viento de la fortuna.

Todos los diversos partidos, esceptuando el de los *santos* y el de los republicanos verdaderos, el partido del rey, el del obispado, el partido militar, el partido de las gentes de ley, que habian temido la reforma de las costumbres y la simplificacion del código de procedimiento, todos los intereses, todas las ambiciones, todas las corrupciones, todas las laxitudes, aplaudian las empresas de Cromwell: fué cumplimentado por la armada, la flota, y las autoridades civiles. Esperaban con ansia el uso que haria del poder: su fábrica estaba á punto, y los obreros preparados.

Convocóse el consejo de oficiales. El mayor geral Lambert leyó un escrito intitulado: *Instrumento de gobierno*, que era un parlamento y un *protector*. Se establecia que los miembros del parlamento serian

elegidos por el pueblo, que ocuparian sus sillas cinco meses todos los años, segun el gusto del *protector*; que el *protector* tendria el *voto* suspensivo; que nombraria los empleos civiles y militares, y que en el intervalo de las sesiones se gobernaria la nacion por el *protector* y un consejo compuesto de veinte y un individuos lo mas, y de trece lo menos.

Se suplicó á Cromwell que admitiese el protectorado, y se inclinó graciosamente al voto de los pueblos. El corregidor y oficiales municipales de Lóndres fueron invitados á una fiesta de instalacion en la sala de Westminster. El protector juró el *Instrumento de gobierno*, que era obra suya: el general Lambert, doblando la rodilla, le presentó una espada en su vaina; los comisarios le dieron los sellos; el corregidor de Lóndres le entregó una espada desnuda, y el súbdito de los Estuardos, monarca absoluto de los tres reinos, marchó á dormir al palacio del rey que habia asesinado.

El primer parlamento convocado por Cromwell no correspondió á sus esperanzas: se manifestó en él un espíritu de libertad, que no habia podido apagar la opresion militar: en vano el protector en la apertura de este parlamento habló del esceso de esta libertad, y declamó contra aquello mismo que le habia dado el poder, contra los agitadores, los niveladores, los milenarios y diferentes sectas: en vano declamó contra una igualdad quimérica, y alabó la division de clases en nobles, gentiles-hombres y plebeyos: su discurso era razonable en el fondo, y acorde con la opinion nacional, unida aun á los principios de la antigua sociedad; pero no era esta la cuestion para los comunes. Solamente se ocuparon ellos del poder del protector y del mal orígen de este poder. El parlamento no veia que él era tan ilegítimo como el protectorado, pues uno y otro solo existian en virtudes de una pre-

tendida constitucion formada por quien carecia de derecho.

Cromwell no vaciló en el peligro: violar la representacion nacional, despues de la epuracion del largo parlamento, era una especie de jurisprudencia política. El protector puso guardias en la puerta de Westminster, que solo tenian órden de dejar entrar á los diputados que consentian en suscribir un documento, en virtud del cual reconocerian la autoridad del parlamento, y de *uno solo*. Ciento treinta miembros firmaron en seguida, y muchos otros se dieron prisa despues en imitar la bajeza de sus colegas. Nada hay mas cargado de adulacion que la bajeza, y hay ciertas clases de héroes á quienes el buen éxito de la cobardía quita el sueño.

Cromwell, hecho protector, tomó el título de alteza. Se acuñaron medallas en su honor: la una representaba el busto con esta inscripcion: *Oliverius, Dei gratia, Reipublicæ Angliæ, Scotiæ, et Hiberniæ Protector*: en el reverso estaba el escudo de Inglaterra, y alrededor se leian estas palabras, que despues se grabaron en las monedas de la época: *Pax quæritur bello*. Otras medallas representan un grande olivo, á cuya sombra crecen otros dos pequeños, símbolos del protector y de sus dos hijos. La inscripcion dice: *Non deficient olivarii*. La adulacion no hablaba un latin tan puro como en tiempo de Tiberio.

Cuando vinieron los oficiales á cumplimentar á Cromwell por su modestia en no haber aceptado sino el título de *protector*, puso la mano en su espada. «Ella, dijo, me ha elevado; si quiero subir mas alto, ella me conservará en el rango que quiera ocupar.»

Sea cual fuere la pusilanimidad de los hombres, y el temor del poder, es imposible apagar en una asamblea deliberante todo principio vital. Los miembros de los comunes, á pesar del documento firmado,

examinando con moderacion el *Instrumento de gobierno*, se reservaron el nombramiento de sucesor de Cromwell, y desecharon el principio de protectorado hereditario, con mayoría de doscientos votos contra sesenta.

Habiendo espirado los cinco meses de la sesion, Cromwell reunió el parlamento (22 de enero de 1655) en *la cámara pintada*. Se desató en improperios, trató á los diputados de parricidas, por haberle contestado su autoridad, por habérsela contestado á él, que era un regicida, y les declaró que si la república debia sufrir, mejor era que dependiese de los ricos que de los pobres; los cuales, segun Salomon, cuando oprimen no dejan nada tras sí. Cromwell habia sido herido en la discusion relativa á la herencia del protectorado: queria disimular en este punto; pero arrastrado como todos los hombres á hablar de la cosa misma en que se sentia débil, declamó contra el protectorado hereditario, dejando asi á los principales oficiales, y particularmente al mayor general Lambert. la esperanza de sucederle.

Disuelto el parlamento, Cromwell convocó otro para imponer la contribucion, segun decia, necesaria al servicio de la armada y de la flota, para confirmar el *Instrumento de gobierno*, y en fin, para legalizar la autoridad de los *mayores generales*. Estos mayores eran comisarios militares, encargados de imponer sobre los bienes de los realistas, á causa de algunos movimientos insurreccionales, una contribucion arbitraria de una décima parte del valor de sus bienes. Cromwell corrompió las elecciones cuanto pudo, y anuló las que no le eran favorables.

De todo esto resultó por fin un parlamento, que bajo el nombre *de humilde peticion y aviso*, invitaba al protector á tomar el título de rey, y á formar *otra cámara*, es decir, una especie de cámara de pares,

compuesta de setenta miembros nombrados por Cromwell.

El se creyó obligado á rehusar la corona en un largo y oscuro discurso, en el cual se descubria á la vez su deseo de rechazar la corona, y su satisfaccion de representar la farsa de César. Muchas veces habia hecho que se tratase en su presencia la cuestion *del mejor gobierno*; casi en esta misma época el gran Corneille escribia la escena de Cinna.

Bonaparte no titubeó en coronarse, bien sea que teniendo mas gloria, reunia mas audacia; bien sea que la Francia, mas desgraciada en su revolucion que la Inglaterra lo habia sido en la suya, temió menos perder la libertad.

El nuevo parlamento confirmó y confirio de nuevo á Cromwell el título de protector, con la facultad de nombrar su sucesor, lo cual en realidad hacia el protectorado hereditario. Este parlamento fué tambien disuelto á causa de las alarmas que inspiraba á su señor: tal vez Cromwell queria secretamente que estos cándidos diputados le hubiesen puesto por fuerza la corona en la cabeza. La usurpacion se entregaba asi á frecuentes disoluciones, que habian causado la ruina de la legitimidad, pero el brazo de Cromwell era mas poderoso que el de Cárlos; este brazo podia sostener de pie las ruinas, que una fuerza ordinaria no hubiese podido detener en su caida.

Dejando aparte la ilegalidad de las medidas de Cromwell, de la cual se veia obligado á usar tal vez, para sostener su poder ilegítimo tambien, la usurpacion de este hombre grande fué gloriosa. Hizo que reinase un órden interior, y como muchos déspotas, era amigo de la justicia en todo aquello que no tocaba á su persona, y la justicia suele consolar á los pueblos cuando pierden la libertad. El fanático, el regi-

cida Cromwell, al subir á la cumbre del poder, fué tolerante en religion y en política; hizo que se pasase el bill de libertad de culto y de conciencia, y empleó realistas declarados. Hale, íntegro magistrado, celoso partidario de Estuardo, fué colocado al frente de la magistratura; Monck, que comandó el ejército y flota del protector, era un realista hecho prisionero en otro tiempo en el campo de batalla por los parlamentarios: él se acordó en tiempo de la restauracion.

Cromwell amaba y protegia á la nobleza inglesa. Esta no pereció, como la francesa, en nuestros dias, porque no separó del todo su causa de la causa general, y porque al mismo tiempo la revolucion de 1640, emprendida en favor de la libertad, y no de la igualdad, no se dirigia contra la aristocracia. Los Falkland, los Strafford y los Clerendons, habian sido miembros de la oposicion en aquellos famosos parlamentos que contribuyeron á restringir los privilegios escesivos de la corona: hubo una cámara de pares hasta la muerte de Cárlos I. Essex, Denbigh, Manchester, Fairfax y otros muchos, se distinguieron en el servicio parlamentario de tierra y mar; una multitud de lores entró en la administracion; se hicieron muchos elegir miembros de los comunes en los parlamentos de la república y del protectorado; aparecieron en los consejos, y hasta en la córte de Cromwell. No hubo emigracion sistemática: algunos individuos nobles perecieron; pero el cuerpo patricio, habiendo seguido y aun avanzado el movimiento nacional, quedó todo entero en la nacion.

La administracion de Cromwell fué activa, vigilante, vigorosa, pero demasiadamente fundada en la corrupcion de la policía, á la cual tenia Cromwell una decidida inclinacion, sacrificando por ellas sumas considerables. Todos los servicios se pagaban regularmente con anticipacion de un mes; y gruesas pensio-

nes acordadas á hombres considerables, creaban intereses, si no podian crear deberes.

En lo esterior, Cromwell acabó de humillar á la Holanda, obligándola á que reconociese la superioridad del pabellon inglés, y las naciones estrangeras buscaron la alianza del protector. Richelieu habia favorecido las primeras turbulencias de Inglaterra, y las habia tomado por tempestades ligeras, que ocupando á los enemigos en sus propios hogares, daban reposo á la Francia: no habia, pues, previsto que se trataba de una revolucion, que acreciendo el vigor del pueblo dejaria á Mazarin desprecios que devorar, alimento análogo entonces al temperamento del cardenal.

Dunkerque fué entregado por Mazarin á Cromwell; Blake tomó la Jamaica, y la España se vió obligada á ofrecer grandes reparaciones. Se ha notado que Cromwell se abandonó á su pasion religiosa mas que á una sana política, haciendo alianza con la Francia contra la España. Esta observacion no tiene hoy dia nada de profundo, solamente es curioso hallarla en las *Memorias de Ludlow*: es verdad que Ludlow vió los triunfos de Luis XIV, y sobrevivió largo tiempo á Cromwell, de quien era enemigo.

El protector trató á la Irlanda domada como pais conquistado. Los infelices irlandeses por millares fueron trasportados á las colonias, y un gran número pereció en los suplicios. Leyes draconianas y estrangeras reemplazaron las antiguas costumbres del pais, cuya autoridad se perpetuaba por tradiciones delante de alguna imágen de la Vírgen sobre unos brezos, al son de la gaita. Las tierras se vendieron: se daban mil acres (1) de terreno por 1,500 libras esterlinas en

(1) Cierta medida de tierra comun en Francia de ciento sesenta perchas, que contienen 43,560 pies cuadrados.

(*Ed. E.*)

el condado de Dublin, por 1,000 en el de Kilkenny, por 800 en el condado de Vexford, y por 600 en los diferentes condados de Leinster. Colonias militares se dividieron las tierras situadas en los alrededores de Slego, de Colke y de Collel. Los naturales del pais quedaron esclavos de los soldados ingleses en Connaught.

Olivier estendió su autoridad protectora hasta sobre los Vaudois, en las montañas de Suiza. El hermano del embajador de Portugal en Lóndres mató á un inglés, y Cromwell lo hizo decapitar. El fiero usurpador, firmando un tratado, puso su nombre encima del de Luis XIV. En 1657 envió su retrato á la reina Cristina, con un distintivo que decia que la frente de Cromwell *no era siempre asusta reyes.*

De este orgullo del protector nació la soberbia afectacion de nuestros vecinos por espacio de siglo y medio, que solo desapareció con las victorias de nuestra revolucion: ellas nos colocaron al nivel de la revolucion inglesa.

Con todo esto Cromwell no fué feliz: todo su poder no pudo ahogar la voz de la verdad. Cuando pensaba en sí mismo, siempre se veia culpable de la muerte del rey ó de la libertad, y le era preciso optar entre el uno ó el otro remordimiento.

Contaba el protector que en su niñez se le habia aparecido una muger, y que le habia anunciado, como las magas de Macbeth, que seria rey. La conciencia de Cromwell le presentó cuando era inocente la vision de la dignidad real, y cuando se hizo culpable le envió la misma fantasma. Colocado entre los realistas y republicanos, que le amenazaban igualmente, Olivier estaba poco satisfecho del título equívoco con que la legitimidad y la libertad le habian obligado á contentarse. Estallaron muchas conspiraciones de *caballeros*, á saber: la de Bagnal, hijo de lady Terrin-

gham, la de Penruddock, del capitan Grove, del doctor Herbert, y la de sir Enrique Slingsby. Tambien se agitaron algunos hombres *de la quinta monarquía*: un alférez, nombrado Day, era de la asamblea republicana de Coleman-Street, en donde se trató á Cromwell de taimado y traidor. Algunos regicidas sospechosos fueron encerrados en el castillo de Carisbrook, que habia servido de cárcel á Cárlos I. Los jueces, y especialmente los jurados, contrariaron el despotismo del protector, que encontraba la libertad afianzada en esta última barrera. Olivier entonces se veia obligado á buscar los tribunales naturales á su gobierno, los consejos de guerra y las comisiones.

Los folletos políticos, una peticion firmada de muchos oficiales, un libelo intitulado el *Memento*, y sobre todo el famoso escrito *Killing no murder* (matar no es asesinar), acabaron de turbar el reposo de Cromwell. El coronel Titus, bajo el nombre de William Allen, era el autor del último folleto. En una dedicacion irónica dirigida á *su alteza Olivier Cromwell*, Titus convidaba á su alteza á morir por la dicha y libertad de los ingleses: decíale que su muerte era el voto general, y la súplica de todos los partidos que convenian solo en este punto. Titus firmaba W. A., *al presente vuestro esclavo y vasallo*. En fin, la familia de Cromwell era para él otro motivo de tormento y agonía.

Entre los suyos hallaba dos clases de oposicion, tan violentas la una como la otra: sus tres hermanas casaron con tres hombres que votaron la muerte de Cárlos I. Tuvo dos hijos y cuatro hijas. Ricardo, protector despues de él, era realista, y Enrique, lugarteniente de Irlanda, participaba algo de los talentos y opiniones de su padre, pero con mas moderacion.

Su hija mayor, lady Briget, era republicana: casó con el famoso Ireton, y muerto este, con el lugarteniente general Fleetwood. Lady Isabel, su segund

hija, y la mas querida, se habia desposado con lord Claypole, enemigo de la tiranía: lady Isabel era realista decidida.

Lady María, cuya opinion es poco conocida, casó con lord Falconbridge, que fué activo en la restauracion. Por fin, lady Francis, la mas jóven de las hijas del protector, casó clandestinamente con Roberto Rick, nieto del conde de Warwick. Roberto solo vivió tres meses, y su viuda pasó á nupcias con John Russel.

El destino de esta última hija de Cromwell fué muy singular. Lord Broghill habia pensado darla en matrimonio á Cárlos II. Lady Francis consintió en este proyecto, y Cromwell, tambien tentado, solo lo desechó diciendo: *Cárlos II es muy disipado para perdonarme la muerte de su padre*. Es difícil juzgar si Cárlos hubiese desaprobado esta union parricida por política ó por ligereza. El negocio falló: lady Francis se inclinó á Ferry White, que era á la vez capellan y bufon de Cromwell: este White, sorprendido á los pies de lady Francis por el protector, se vió obligado para salvarse á tomar la mano de una de las camareras de su señora. Entonces el matrimonio clandestino de lady Francis con Roberto Rick fué celebrado públicamente (11 de noviembre de 1657). Acordándose el protector en este enlace de los juegos de su primera juventud, arrancó la peluca de su yerno, y derramó confituras líquidas en los vestidos de las señoras: á lo menos esta vez se pudo permanecer en la sala del baile.

De este modo Cromwell encontraba en su familia unas veces republicanos y republicanas, que detestaban su grandeza, y otras veces realistas que le reprochaban sus crímenes. Lady Claypole no le dejaba respirar: Ricardo se habia postrado á los pies de su padre para obtener la vida de Cárlos I. La esposa del protector, aunque vana, tenia miedo á su fortuna: trata-

da decentemente, pero poco amada de su esposo, hubiese deseado y recibido con gusto una composicion con el monarca legítimo. En fin, la madre de Cromwell, respetada y amada de él, tambien le habia suplicado que salvase al rey: temblaba por los dias de su Olivier, queria verlo una vez al dia lo menos, y si oia la esplosion de un arma de fuego, gritaba: «¡Mi hijo es muerto!»

Estos disgustos interiores y de todos los momentos que turban la vida de un hombre mas que los grandes acontecimientos políticos, no se podian olvidar con las distracciones que buscaba Cromwell: se habia aficionado á lady Dyssert, duquesa de Lauderdale, y los santos se escandalizaron. Sabemos tambien que Cromwell recitaba largas preces con mistriss Lambert. Muchos bastardos que se han gloriado tal vez falsamente de su nacimiento, han probado que el rígido Cromwell, severo enemigo del desenfreno y de la licencia, profeta que comunicaba directamente con Dios, habia caido en una debilidad comun casi á todos los grandes hombres, tanto mas tentados y frágiles, cuanto mas llenos de gloria.

Todos los monarcas habian renunciado á divertir su orgullo con el espectáculo de la degradacion humana, porque quizá estaban heridos aun de algunas verdades ocultas en bajas bufonerías, y no tenian en sus córtes á esos miserables llamados *locos*. Cromwell tenia cuatro; bien sea que este matador de reyes gustase rodearse de todo aquello que los habia degradado, regicida aun contra su memoria; bien sea que no osando llevar su cetro, afectaba imitar sus costumbres; ó en fin, que encontrase en su inclinacion natural á las escenas grotescas una simpatía con sus alegrías reales. Pero todos los bufones del mundo no hubiesen podido alejar del corazon de Cromwell la tristeza que se habia introducido en él. Su córte, ó por mejor de-

cir su casa, era una especie de caserna, y un seminario, en donde algunas pompas estrepitosas venian dos ó tres veces al año á desarrugar la frente de los predicantes y viejos soldados. Despues de la publicacion del folleto *Killing no murder*, jamás se sonrió Cromwell, y se sentia abandonado por el espíritu de revolucion, del cual habia provenido su grandeza. Esta revolucion, que lo habia tomado por guia, no lo queria por señor; estaba cumplida su mision: su nacion y su siglo no necesitaban de su apoyo: el tiempo no se detiene para admirar la gloria, se sirve de ella, y pasa mas allá (1).

Este grande renegado de la independencia tenia sospecha de sus mismos guardias, que hacia relevar tres ó cuatro veces cada dia, y cuyas conversaciones espiaba disfrazándose. Pasaba su vida oyendo las nuevas de sus numerosos espías, y no osaba mostrarse en público sino revestido de una coraza oculta bajo el vestido, miserable cilicio del miedo. Llevaba en sus faltriqueras pistolas cargadas, y un dia que probaba un tiro de caballos frisones, cayó, y se disparó una de sus pistolas. Viajaba con una rapidez estraordinaria: solamente se sabia que habia pasado por un lugar, cuando ya no estaba en él. En el palacio de Whitehall, testigo de la mas grande inmolacion, Cromwell iba errante de noche como un espectro perseguido por otro espectro: jamás se acostaba dos veces seguidas en la misma cama, y se veia atormentado en esta mansion por sus remordimientos, como la viuda de Cárlos lo estuvo despues por sus recuerdos.

La muerte de lady Claypole vino á aumentar la

(1) Esta última frase se encuentra en mi discurso no pronunciado sobre la libertad de la prensa: yo la habia quitado de este pasage de los *Cuatro Estuardos*; pero la pongo aqui en su lugar primitivo.

negra melancolía de Cromwell: esta muger, jóven todavía, consumida por una dolorosa enfermedad en Hamptoncourt, sucumbió llenando á su padre de improperios, y llamándolo, por decirlo de esta manera, tras sí.

No tardó en seguirla: hacia algun tiempo que padecia un humor en la pierna: la fiebre le acometió en el mismo lugar en que su hija habia exhalado el último suspiro, y fué trasladado á Lóndres. Fiel á su carácter, Cromwell declaró que habia tenido revelaciones, y que curaria para poder ser útil á su pais. Los capellanes de Whitehall anunciaron el próximo restablecimiento del profeta; pero, sin embargo, murió. Espiró á los cincuenta y nueve años el 3 de setiembre de 1658, aniversario de las victorias de Dunbar, de Worcester, y de la apertura del primer parlamento protectoral.

Pascal dijo: «Cromwell iba á destruir toda la cristiandad; la familia real estaba perdida, y la suya poderosa. Roma misma iba á sentir su peso, á no contrariarlo un grano de arena que se colocó en su uretra; pero esta piedrecita que era nada en sí, colocada en semejante lugar, causó su muerte, el abatimiento de su familia, y restablecimiento del rey.»

En esta observacion de Pascal solo hay de verdadero la nada de la gloria y de la naturaleza humana. Estalló en la muerte del protector una de aquellas tempestades, que preceden, acompañan ó siguen á los equinoccios: el poeta Waller, que cantaba á todo el mundo, anunció en hermosos versos que los últimos suspiros de Cromwell habian conmovido la isla de los Bretones, que el Océano se habia sublevado al perder á su señor; y que Cromwell, como Rómulo, desapareció en una tormenta. Los hechos se reducen á una fiebre y á un golpe de viento.

Cromwell tuvo algo de semejante con Hildebrand,

con Luis XI y Bonaparte; tuvo cualidades de sacerdote, de tirano y héroe; y su genio reemplazó en su pais á la libertad. Habia demasiado poder en Cromwell para que él pudiese crear otro poder, y asi mató todas las instituciones que encontró ó quiso dar.

La mayor parte de los soberanos de Europa usó el luto para llorar la muerte de un regicida: Luis XIV lo llevó al lado de la viuda de Cárlos I. ¿Una corona usurpada puede absolver del crímen?

Este nombre de Cromwell que producia la cobardía europea, hacia pasar en Inglaterra el poder absoluto á manos del débil Ricardo: ¡tanto poder hay en la gloria! Cromwell dejó á su hijo el imperio; pero esos genios en quienes comienza otro órden de cosas en bien ó en mal, son solitarios; siempre se perpetúan por las obras, jamás por las razas.

El protector vivió la edad de los hombres de su naturaleza: su mas corto reinado es ordinariamente de nueve á diez años, y el mas largo de veinte á veinte y dos. Estos cálculos históricos que en nada parecen desmentidos, reposan sin duda en alguna verdad natural: puede suceder que la fuerza física de un hombre colocado en el mas alto punto de las revoluciones, se encuentre agotada en un período de tres ó cuatro lustros.

Acabemos, anticipando un poco los hechos, todo lo que pertenece á Cromwell.

Thurloe declaraba que Cromwell habia subido al cielo embalsamado con las lágrimas de su pueblo; pero Cromwell, mas franco en el momento en que la gran verdad (la muerte) se presenta á los hombres, habia dicho: «Muchos me han estimado, y otros desean mi muerte: la bajeza de la adulacion que sobrevive al objeto de su culto, es solo la escusa de una conciencia enferma, y un señor que no existe, es exaltado para justificar con la admiracion el pasado servilismo.»

Ricardo ordenó magníficos funerales á su padre: el cuerpo embalsamado del protector fué espuesto por espacio de dos meses en el palacio de Sommerset, en una sala cubierta de terciopelo negro, y se contaban mas de mil hachas. Una figura de cera, vestida de brocado de oro forrado de armiño, con la espada á un lado, el cetro en la mano derecha, y un globo en la izquierda, representaba al protector, y estaba recostada sobre un lecho fúnebre. Un epitafio referia en compendio la historia de Cromwell y de su familia. Decia asi: «Murió con gran seguridad y serenidad de alma en su cama.» Palabras que se aplican mejor á Cárlos I, esceptuando las tres últimas.

La figura de cera se colocó de pie en un estrado; como para anunciar una resurreccion, ó como decian los *independientes* indignados de estas pompas *papistas*, para representar el tránsito de una alma al purgatorio al paraiso. El dia 23 de noviembre la imágen de cera fué recostada de nuevo en un hermoso féretro, que levantaron diez gentiles-hombres para colocarlo en un carro; marchó la pompa fúnebre á Westminster: lord Claypole dirigia el caballo de Cromwell. El féretro fué depositado en la capilla de Enrique VII. Hoy dia no se ve la efigie de Cromwell en Westminster, sino la de Monck, y en vano buscareis las cenizas del protector.

En el momento de la restauracion de Cárlos II se dijo y escribió, que considerando Cromwell los ultrajes que podian recibir sus despojos, habia mandado precipitar su cuerpo en el Támesis, ó que fuese enterrado en el campo de batalla de Naseby, á nueve pies de profundidad: dijeron que Barkstead, regicida, lugar-teniente de la torre, habia obligado á su hijo á ejecutar este mandato. Por fin, se susurraba que los cuerpos de Cárlos I y de Cromwell, cambiados, se habian trasportado de una tumba á otra; de suerte que

Cárlos II en su venganza hubiera colgado el cuerpo de su padre de la horca, en lugar del cuerpo del asesino del rey. Estas negras imaginaciones inglesas desaparecieron á vista de los hechos: si en la pompa fúnebre solo se vió la imágen de cera del protector, es porque el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, obligó á conducir el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública: el entierro precedió á los funerales. El cuerpo de Cárlos I, encontrado en nuestros dias en Windsor, prueba que el asesino no habia ido á dormir en el lecho del asesinado, y que satisfecho con haberle quitado la corona, le dejó su cama mortuoria.

Si fuesen precisos mas testimonios, diríamos que se conserva la placa de cobre dorado que se halló sobre el pecho de Cromwell cuando se abrió su sepulcro en Westminster. Esta placa cerrada en una caja de plomo fué remitida á Norfolk, sargento de armas de la cámara de los comunes. Lleva esta inscripcion:

Oliverius protector republicæ Angliæ, Scotiæ, et Hiberniæ, natus 25° *Aprilis anno* 1599°, *inauguratus* 16° *Decembris* 1653°, *mortuus* 3° *Septembris anno* 1658°, *hic situs est.*

Queda otra prueba de exhumacion: la formidable historia ha guardado en *el tesoro de sus cartas* la carta de pago del albañil que destruyó por un mandato, el sepulcro del protector, recibiendo una suma de 15 chelines por su trabajo. Darcmos esta carta de pago en su lengua original, para que las mismas faltas del obrero ignorante aseguren la autenticidad del documento.

May the 4th day, recd then in full, of the worshipful serjeant Norforke; fiveteen shillinges, for taking up the corpes of Cromell, et Ierton et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

«Mayo dia 4 de 1661, recibió entonces del respetable sargento Norfoke la totalidad de quince chelines para quitar el cuerpo de *Cromell* é *Ierton* y *Brasaw*.

«Rezu par moi JOHN LEWIS.»

Se ve por la data de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis habia hecho un largo crédito al gobierno: los huesos de Cromwell fueron espuestos en Tiburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia guarda tambien algunas cartas de pago de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, los cuales declaran haber recibido 5 francos *por haber trabajado en favor del pueblo*. En una de ellas quedaron vestigios de los dedos sangrientos del firmante.

Véase por último el documento oficial que da cuenta de la exhumacion. Lo traducimos literalmente.

ENERO 30 (1661), viejo estilo.

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton, y J. Bradshaw han sido arrastrados en cañizos hasta Tyburn, y sacados de su caja: allí han sido colgados en los diferentes ángulos de este triple árbol (triple tree) hasta la puesta del sol; despues han sido bajados, decapitados, y sus troncos infectos arrojados en un hoyo profundo bajo del patíbulo. Sus cabezas han sido espuestas sobre estacas en la cumbre de Westminster-Hall.»

Luego es cierto que Olivier muerto fué depositado en Westminster, pero no estuvo largo tiempo. ¿Qué se podia temer de él? ¿Podia su esqueleto llevarse las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Sea lo que fuere, el 30 de enero de 1661, aniversario del regicidio, los restos del protector fueron colgados en la horca.

Cromwell habia visitado á Estuardo en su sepulcro, lo habia tocado con su propia mano, y se habia convencido que la cabeza estaba separada del tronco. Cárlos II vino en su tiempo, y apoyado tambien en una cámara de comunes, volvió á los huesos del protector la visita hecha á los de Cárlos I; venganza mal dirigida, porque si no se puede impedir la vida á lo que es inmortal, tampoco se puede dar la muerte á la muerte.

Los funerales dispendiosos que nada ayudan á la grandeza del hombre, y que no legitiman al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, y se vió obligado á pedir á los comunes un bill suspensivo de las leyes, para no hallarse cortado con las deudas contratadas por la ocasion de los obsequios de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro de aquel á quien habia reconocido por dueño, se ocupó despues de los gastos de inhumacion de un simple ministro de hacienda.

¿En qué paró la familia de Cromwell?

Ricardo tuvo un hijo y dos hijas; el hijo murió. Enrique habitó una pequeña granja, en donde Cárlos II entró un dia por casualidad volviendo de la caza. Posible es que un heredero directo de Olivier Cromwell por Enrique, sea hoy dia algun paisano irlandés católico, que se alimente con patatas en los hornagueros de Ulster, atacando de noche á los jardineros, y luchando contra las leyes atroces del protector. Tambien es posible que ese descendiente desconocido de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin hijos. Tambien sabemos por una mala chanza de un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge estuvo privada de posteridad. Quedan lady Rich, despues lady John Russel y lady Ireton, que casó en segundas nupcias con el general

Fleetwood. Encontramos una mistriss Cook de Newington, en Middlesex, nieta del general Fleetwood, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, biógrafo del protector.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell: la perfeccion de la administracion civil no permitia esta desaparicion. Por lo demas, bajo este aspecto, estos dos hombres en nada se parecen en su posicion y destino.

El protector jamás salió de su isla: las turbulencias de 1640 comenzaron y acabaron en la Gran Bretaña. Nuestras discordias se mezclaron con las del mundo entero, destruyeron las naciones, y abatieron los tronos. Lo que distingue los últimos movimientos políticos de la Francia de todos los demas conocidos, es que fueron á un mismo tiempo una emancipacion para nosotros, y una esclavitud para nuestros vecinos, una revolucion y una conquista. Preguntad á los árabes de la Libia y del mar Muerto, y á los nababs de las Indias, el nombre Cromwell; lo ignoran: preguntad el nombre de Napoleon, y os lo repetirán con el de Alejandro.

Cromwell sacrificó á Cárlos I, y ocupó su puesto: Bonaparte, volviendo diez siglos atras, solo se apoderó de la corona de Carlo-Magno: hizo y deshizo reyes, pero no los asesinó.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bourchier, y tuvo por principal yerno á un procurador: todos los hijos de Isabel Bourchier cayeron en el estado oscuro de su madre cuando su famoso padre desapareció.

Bonaparte casó con la hija de los Césares, casó sus hermanas con soberanos que él habia nombrado, y sus hermanos con princesas cuya raza habia protegido. Jamás perteneció á ninguna asamblea legislativa; jamás fué como Cromwell, un tribuno popular; menos

culpable en cuanto á la libertad, porque tenia menos compromisos con ella, se creyó autorizado para escribir su nombre con su espada en la genealogía de los reyes: los siglos venideros se han encargado de darle sus títulos de nobleza.



RICARDO CROMWELL.

De 1658 á 1660.

Ricardo, llegando á la dignidad de protector, no pasaba de un hombre comun, y no supo qué hacer de la gloria y de los crímenes de su padre. Domada la armada despues de mucho tiempo por su gefe, recobró el imperio. El tio de Ricardo, Desborough, y su cuñado Fleetwood, se pusieron con el general Lambert al frente de los oficiales, y forzaron al débil protector á disolver el parlamento que él solo sostenia.

Cada dia presentaba un nuevo embarazo, una nueva pena. Ricardo, que olvidaba y era olvidado; que detestaba el yugo militar, y no tenia fuerza para romperlo; qué ni era republicano ni realista; que no se cuidaba de cosa alguna; que dejaba que los guardias le quitasen la comida, y que la Inglaterra marchase sola, Ricardo abdicó el protectorado (22 de abril de 1659).

De todos los desvelos del trono, fué para él el mas grave salir de Whitehall, no por dejar el palacio, sino porque era preciso hacer un movimiento para salir. Solo se llevó dos grandes maletas cargadas de *cumplimientos* y *congratulaciones* que le habian presentado durante su corto reinado: en estas felicitaciones se decia, segun la gloria de los poderosos y uso de los

hombres serviles, *que Dios habia dado á Ricardo la autoridad para fortuna de los tres reinos*. Algunos amigos le preguntaron qué preciosidades contenian las maletas, y respondió sonriéndose: «La dicha del pueblo inglés.» Mucho tiempo despues, retirado á la campiña despues de beber, se divertia leyendo á sus vecinos algunas piezas de estos archivos de la bajeza humana, y de los caprichos de la fortuna. Esta bufonada filosófica no le hacia hijo digno de su padre, pero lo consolaba. Su hermano Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda proyectó poner esta isla en poder del rey; pero aunque mas firme de carácter, y mas diestro que Ricardo, cedió al torrente que arrastraba á su familia, volvió á Lóndres, y cayó en la oscuridad como Ricardo.

El consejo de oficiales, quedando como dueño, llamó bajo la presidencia del republicano Lenthal al parlamento *rump*, y en el embolismo de los partidos, los principales del *rump* se llamaron *la buena causa antigua*. Solo se hallaron cuarenta diputados en la primera reunion, y fué aun preciso sacar de la cárcel dos de estos legisladores detenidos por deudas. Esta momia estropeada arrancada de su tumba, creyó un momento que era poderosa, porque se acordaba que habia sujetado al rey á juicio. Resucitando apenas, atacó á la autoridad militar que le habia dado la vida; pero el *rump* estaba sin fuerza, porque se habia colocado entre los realistas unidos á los presbiterianos, que querian la restauracion de la monarquía legítima, y entre los oficiales indóciles al yugo de la autoridad civil.

Habiendo marchado el general Lambert contra un partido realista que se habia levantado demasiado pronto, lo dispersó. Lambert, cobarde regicida, cortesano desgraciado de Cromwell, que se habia gloriado de heredar un poder escesivo para sus fuerzas, todo

lo osó despues de esta miserable victoria. Hizo presentar al *rump* una de esas humildes peticiones hinchadas de amenazas, cuyo uso la revolucion habia introducido. El *rump* se incomodó, destituyó á Lambert y Desborough, y abolió el generalato. Lambert, segun el uso de la *buena causa antigua*, bloqueó tan estrechamente á Westminster con sus satélites, que un solo miembro del pretendido parlamento, Pedro Wentworth, pudo entrar. En estas circunstancias Bradshaw, famoso presidente de la comision que juzgó á Cárlos, acabó sus dias. Monck, que gobernaba la Escocia, y que, sin comunicarlo á persona, meditaba el restablecimiento de la monarquía, entró en Inglaterra con doce mil soldados veteranos, y avanzó hácia Lóndres.

El comité de oficiales se dirige á él, y el parlamento, que no tenia sesiones, lo solicita. Monck se declara republicano y enemigo de Estuardo, cuando venia á ponerle la corona en las sienes. Toma partido contra los oficiales por la causa constitucional, instala el *rump* de nuevo, pero al mismo tiempo hace entrar en él los miembros presbiterianos, escluidos con violencia antes de la muerte de Cárlos I; y de este único hecho resulta el triunfo cierto de los realistas. El largo parlamento, despues de haber ordenado elecciones generales, pronunció su disolucion, y puso él mismo un término á su larguísima existencia, en la cual se notaba el vacío de los años del protectorado.

El pueblo quemó en su alegría en las plazas públicas pedazos de rabadillas de diferentes animales. Algunos verdaderos republicanos, como Vane y Ludlow, huyeron, y otros estaban destituidos, no por el hecho de Monck, sino por las proscripciones con que se habian herido los unos á los otros. El regimiento de Haslerig fué entregado por Monck á lord Falconbridge, que aunque yerno de Cromwell, servia á

Cárlos II. El coronel Hutchinson, cuya esposa nos ha dejado memorias llenas de interes, se retiró á una provincia. Lambert, en la restauracion, se confesó culpable, obtuvo perdon de la vida, y vivió treinta años confinado á la isla de Guernesey, y con el doble peso del regicidio y del desprecio.

El nuevo parlamento, dividido segun la antigua forma en dos cámaras, se reunió el 25 de abril de 1660: los comunes, bajo la presidencia de Harbotele-Green-Stone, antiguo miembro escluido del largo parlamento por haber denunciado la ambicion de Cromwell; la cámara de los pares, bajo la presidencia de lord Manchester, que en otro tiempo habia hecho la guerra á Cárlos I.

Un comisario de Cárlos II, Grenville, se habia convenido con Monck. De vuelta de los Paises Bajos, Grenville presentó la declaracion de Cárlos: ella no prometia nada; no era una *carta*. Cárlos no cedia parte á las conquistas del tiempo, ni las concesiones necesarias á las costumbres, á las ideas, á la posesion y á los derechos adquiridos: de consiguiente era inevitable una segunda revolucion, y el príncipe legatario desheredaba á su familia. Se echó en cara á Monck no haber obtenido garantía alguna en favor de la monarquía constitucional; y un realista de la cámara de los comunes fué el que reclamó del inmortal honor de los realistas las libertades de la nacion: este fué sir Mathew Hale, juez tan íntegro y estimado, que habia sido empleado por Cromwell, á pesar de la conocida decision de Hale por sus legítimos soberanos. Monck respondió, que si se deliberaba, no respondia de la paz de Inglaterra. «¿Qué temeis? dijo: el rey no tiene oro para compraros, ni armada para conquistaros.»

No se escuchó ninguna representacion, porque habia sed de reposo despues de tan largas turbulencias. Los comisarios del parlamento partieron para poner á

los pies del soberano, en Breda, los votos y regalos del pueblo de los tres reinos. Cárlos II se embarcó en un navío de la flota inglesa en la Haya, desembarcó en Douvres el 26 de mayo de 1660, y abrazó á Monck, que le esperaba en la ribera: viendo una inmensa multitud entusiasmada de alegría, dijo con gracia: «¿En dónde están, pues, mis enemigos?» Monck hacia entonces un gran papel: ¡qué pequeño personage es hoy dia ese Monck al lado de Cromwell, aunque su figura en cera á lo *Curtius* esté en un armario en Westminster!

El hijo de Cárlos I hizo su entrada en Lóndres el 29 de mayo, aniversario de su nacimiento, lo que pareció de buen agüero. Cumplia sus treinta años, y era jóven, espiritual, afable; volvia á visitar un pais en donde no habia encontrado en otro tiempo mas abrigo que las ramas de una encina: era rey, y habia sido infeliz, por eso fué adorado. ¿Quién lo creyera? ¡El pueblo de *la buena causa antigua* era el que lanzaba gritos de alegría en esta bajada de enanos á la isla de los Gigantes!

Los cuerpos políticos comienzan las revoluciones, y ellos mismos las terminan: una asamblea deliberante, frecuentemente siendo ilegal, y sin derechos verdaderos, tiene mas poder para llamar un soberano al trono que un ejército. Sin un decreto del parlamento de la liga, que declara la corona de Francia incomunicable á todo otro príncipe que al francés, Enrique IV jamás hubiese reinado. En la ley hay una fuerza invencible, y de ella deben sacar los monarcas su verdadero poder.

CARLOS II.

De 1660 á 1685.

Si fuese posible suponer que la corrupcion de costumbres repartida por Cárlos II en Inglaterra, fué un cálculo de su política, era preciso colocar á este príncipe en el número de los mas abominables monarcas; pero es probable que solo siguió la fuerza de sus inclinaciones y ligereza de su carácter. Frecuentemente se forman los hombres un plan de virtud, y rara vez un sistema de vicio: la debilidad toma un apoyo para marchar firme, y no tiene necesidad de socorro para ayudarla á caer. Entre su padre decapitado, y su hermano que debia perder la corona, Cárlos jamas se juzgó bastante asegurado en el poder. Al menos queria acabar en los placeres una vida comenzada con sufrimientos.

Pasadas las fiestas de la restauracion, y apagadas las iluminaciones, vinieron los suplicios. Cárlos habia descargado sobre el parlamento toda responsabilidad de esta naturaleza, y este no escaseó las reacciones y venganzas. Cromwell fué exhumado: Ricardo su hijo emigró al continente, y á la verdad huia menos de su rey que de sus acreedores. Se dirigió á un punto, en donde se espuso á los insultos del príncipe de Conti, que no conociéndolo, le preguntó si sabia en qué habia parado el *estúpido y poltron Ricardo.*

Hoy dia hay memoria de que existió un Tomás Cromwell, conde de Essex, que siendo favorito de Enrique VIII, fué decapitado por un placer de su tirano señor. Olivier Cromwell mata su nombre entre los hombres que le precedieron, y le da perpétua vida entre los que le han seguido y seguirán: una gloria estraordinaria oscurece lo pasado é ilumina lo futuro.

Se reunió una comision de treinta y cuatro miembros el 9 de octubre de 1660 en Hicks's-hall, para principiar el proceso de los regicidas, y el gran jurado se compuso de veinte y un individuos. En la lista de los jueces se ven muchos fautores de la revolucion, entre otros Monck, que habiendo sido humilde siervo del regicida Cromwell, se veia condecorado con la dignidad de caballero de la Jarretierra y duque de Albemarle. Cuando en la grande lotería de las revoluciones, cada uno abre su billete, se ve una amarga é irónica distribucion de los dones de la fortuna: el uno se cubre de honores y de cordones, y el otro sube al patíbulo; los dos han hecho lo mismo, y han arriesgado las mismas prendas. Pedro abunda en riquezas, y era un enemigo; Pablo está miserable, y era un amigo. El uno es recompensado por su traicion, el otro castigado por su fidelidad.

El pobre Harrison, presentado delánte de los jueces, les dijo: «Muchos de vosotros, jueces mios, trabajásteis conmigo en las cosas que han pasado en Inglaterra. Lo que se hizo fué por órden del parlamento, que entonces era la suprema autoridad.» La escusa era de buena fé, pero mala. Entonces bastaria que un poder legal nos mandase una accion injusta, para que nos viésemos obligados á cometerla. La ley moral se sobrepone en muchos casos á la ley política; de otro modo podia suponerse una sociedad constituida de tal suerte, que el crímen fuese en ella el derecho comun.

En una palabra, el *rump* no era el verdadero parlamento *legal*.

Harrison era sencillo de corazon y de espíritu, y un loco fanático de la quinta monarquía; se habia separado de Cromwell, opresor de la libertad. A propósito de Harrison, aplicó un juez al pueblo de Inglaterra el bello apólogo del niño que quedó mudo, y recobró la palabra viendo al asesino de su padre (1). Por criminal que fuese Harrison, era mas apreciable que otros muchos: pero hay fatalidades en la vida: alguno que posee un carácter noble y puro, cae en un error imperdonable; todos le persiguen: y otro que es vil y corrompido por naturaleza, se sostiene y es buscado. El uno es condenado en el tribunal de los hombres, el otro en el tribunal de Dios.

Se descubria en el proceso de los jueces de Cárlos I, que los dos verdugos enmascarados eran Walker y Hulet, los dos militares: Hulet era capitan. Garlland, que ocupaba el sillon en el *mitting* regicida, fué acusado por un testigo de haber escupido al rey en la cara: Axtell, mónstruo de crueldad, que mataba, dice el proceso, á los irlandeses como *insectos*; Axtell, anabaptista y agitador, fué convencido de haber obligado á los soldados á gritar: ¡*Justicia*! ¡*ejecucion*! De haberlos obligado á disparar contra la tribuna de lady Fairfax, y quemar pólvora delante del augusto prisionero. Todos estos hombres sostuvieron que su causa era *la de Dios*. Tomás Scott manifestó mas firmeza. Habia declarado en el parlamento, «que jamás se arrepentiria de haber juzgado al rey, y que queria que se grabase en su sepulcro: *Aquí yace Tomás Scott, que condenó al difunto rey á muerte*.» No desmintió este lenguage en los mas crueles suplicios. La sentencia pro-

(1) He citado este pasage del proceso de Harrison en las *Reflexiones políticas*.

nunciada contra todos estaba concebida en estos términos:

«Vos sereis arrastrado sobre un cañizo al lugar de la ejecucion; allí sereis colgado, y estando aun en vida se os romperá la cuerda. Sereis mutilado (*your privy member to be cut off*), os arrancarán las entrañas en vida, y serán quemadas delante de vuestros ojos. Vuestra cabeza será cortada, vuestros miembros divididos en cuatro partes. Vuestra cabeza y miembros estarán á la disposicion del rey, y Dios tenga piedad de vuestra alma.»

De ochenta regicidas que quedaban en Inglaterra en el momento de la restauracion, cincuenta y uno se presentaron en la proclamacion del rey, se reconocieron culpables, y gozaron de amnistía: veinte y nueve fueron puestos en juicio, y diez sostuvieron que no eran criminales, y volaron mártires al suplicio. El predicador Hugh Peters participó de su suerte. John Jones, en el patíbulo, declaró al rey inocente de su muerte, porque segun su conciencia, Cárlos II cumplia los deberes de un buen hijo para con su padre.

Asi es como las exhumaciones y ejecuciones abrieron un reinado, que debian cerrar los patíbulos. Veinte y dos años de desarreglo pasaron por debajo de los aparatos patibularios, últimos años de alegría, al estilo de los Estuardos, y que tenian el aire de una orgía fúnebre.

En los primeros dias de la restauracion se buscaba el modo de ser bastante esclavo para espiar el crímen de independencia: era una emulacion doméstica que desembarazaba al señor de los actos de rigor: el clero y el parlamento se encargaban de todo. Los comunes pasaron un acta á fin de establecer ó restablecer la doctrina de la obediencia pasiva. El bill de convocaciones trienales fué abolido, y una especie de largo parlamento real duró diez y siete años, por medio

de la corrupcion, impiedad y esclavitud, como el largo parlamento republicano habia existido veinte años por medio del rigorismo, fanatismo y libertad. Todo tomó el carácter de una monarquía absoluta en una monarquía representativa: copióse la córte de Luis XIV, pero sin grandeza; hubo cábalas é intrigas para alcanzar el ministerio; hubo influencias de queridas en Windsor como en Versalles; se trataban los intereses públicos como los particulares, y no fueron las revoluciones, sino las intrigas las que levantaron cadalsos.

La peste, y un vasto incendio, no turbaron la vida voluptuosa de Cárlos. A instigacion de Francia, y por seduccion de Enriqueta, duquesa de Orleans, hizo la guerra á Holanda, con el único objeto de convertir en provecho de sus placeres los subsidios del parlamento.

Los desdichados *caballeros*, esos realistas que todo lo habian sacrificado á la causa de los Estuardos, olvidados enteramente, languidecieron en la miseria; *las cabezas redondas* gozaban de los bienes y de los honores que habian adquirido armándose contra la familia real legítima. Waller, conspirador poltron, en el largo parlamento poeta adulador de la feliz usurpacion, formaba las delicias de la legitimidad restaurada, mientras que el fiel y esforzado Butler moria de hambre. Cárlos sabia de memoria los versos de *Hudibras*, y se complacia en declamarlos. Esta sátira llena de entusiasmo contra los personages de la revolucion, encantaba á una córte en donde brillaba el desenfreno de Rochester y la gracia de Grammont; y el ridículo era una especie de venganza que estaba á la órden del dia de los cortesanos. ¿Las repúblicas son acaso mas reconocidas que las monarquías? ¿Ha olvidado Cárlos á sus amigos mas que otros reyes? Hay enfermedades que pertenecen á las coronas, sean por otra parte cua-

les sean las cualidades y defectos de las testas coronadas. La ingeniosa duquesa de Rohan dijo en su apología irónica: «Entrad en el patio de palacio (de Enrique IV), y oireis que gritan los oficiales: *Hace treinta ó veinte y cinco años que sirvo al rey, sin recibir las pagas de mi salario, y otro que le hacia la guerra, hace tres dias que recibió una gratificacion.* Subid los escalones, y entrad hasta la antecámara, y oireis á los gentiles-hombres que dicen: *¿Qué esperanza hay en servir á este príncipe? He espuesto mi vida tantas veces por su servicio, he estado herido, prisionero, he perdido á mi hijo, á mi hermano y á mi pariente, y á pesar de esto no me conoce, y me trata con aspereza si le pido la mas mínima recompensa.* «Muy bien, señores, ¿habreis dicho mucho? Escuchadme un poco; sabed que este príncipe está dotado de virtudes sobrenaturales, y dice en buen lenguage: *Amigos mios, ofendedme y os amaré; servidme, y os aborreceré....* ¡Oh valeroso príncipe y generoso esfuerzo, que solo se rinde á los generosos, que no se deja forzar sino por la fuerza misma!»

Algunos recuerdos, algunas ambiciones privadas, algunos sueños peculiares á espíritus falsos que se imaginan poder hacer servir lo pasado, fermentaron en un rincon, bajo la proteccion de Jacobo, entonces duque de Yorck y católico de religion. Estas ambiciones, estos sueños y recuerdos tomados en mala parte por una opinion posible y aplicable, dieron á la nacion el recelo de un reinado opuesto al culto establecido, y la libertad de los pueblos. La correspondencia diplomática nos enseña el papel odioso que representó Luis XIV entonces, y la funesta influencia que ejerció sobre el destino de Cárlos y Jacobo: al mismo tiempo que alentaba al soberano á la arbitrariedad, movia los vasallos á la independencia, con el objeto mezquino de embrollarlo todo, y hacer impo-

tente á la Inglaterra esteriormente. Los ministros de Cárlos, y los miembros mas notables de la oposicion del parlamento, eran pensionarios del gran rey.

La iglesia episcopal se mezclaba en todas las transacciones: proscrita en las últimas revueltas por hombres fanáticos, el interés y la venganza la habian convertido en fanática á su vez. Poseido del espíritu de reaccion queria el parlamento la uniformidad del culto, y perseguia igualmente á los católicos y á los presbiterianos; bien que un número considerable de individuos de este parlamento no tenia creencia alguna. Bajo el reinado de Cárlos I, la religion habia sido el instrumento de la política. Los príncipes habian cambiado de lugar, y por el modo con que se habian coordinado, conducian mas directamente á la libertad civil, oprimiendo la libertad de conciencia. Los independientes habian desaparecido : la córte era deista ó ateista.

En 1673 el parlamento pasó el acta de prueba (1); precaucion tomada para lo futuro contra el duque de Yorck, como papista. ¡Efecto milagroso y siempre natural de la marcha de los siglos! Este famoso acto, que sirvió para precipitar á los Estuardos, y que fué la salvaguardia de una nueva dinastía, se abolió en el mismo momento en que escribo estas palabras. La abolicion no es aun completa y entera, pero no puede tardar mucho en serlo. Si la raza de los Estuardos no se hubiese acabado, no encontraria en su religion obstáculo para subir al trono. ¿Lo encontraria en la política? Hoy dia todo está cifrado en ella para los pueblos y los reyes.

Una pretendida conspiracion descubierta por el infame Titus Oates comprometió á la reina, cuyo des-

(1) Acto por el cual se niega la transustanciacion y el culto á la Vírgen y los santos. (*Ed. E.*)

tierro llegó á pedir el parlamento, y envió al cadalso algunos jesuitas. Shaftesbury, adulador de Cromwell, é instrumento de la restauracion, hombre de un espíritu, de un carácter y talento que le asemejaban al cardenal de Retz, Shaftesbury, padre de un hijo célebre, pasaba de una intriga á otra. Un bill, obra mas de su apatía que de su conviccion, fué presentado á la cámara de los comunes para escluir al duque de Yorck de la sucesion á la corona; la cámara de los pares rechazó el bill. Los comunes se indignaron, Cárlos anuló el parlamento, y convocó otro en Oxford; y este, mas sedicioso que el primero, representó el bill desechado. Cárlos disuelve de nuevo el parlamento, despoja á Lóndres y á algunas ciudades municipales de sus *cartas*, reina como dueño hasta su muerte, y por los consejos de su hermano se hace cruel y perseguidor.

De aqui las conspiraciones opuestas y mal concebidas de Monmouth, bastardo de Cárlos, de los lores Shaftesbury, Essex, Grey, Russel, de Sidney y de Hampden, nieto del famoso parlamentario. Estos tres últimos son célebres: lord Russel es la única víctima de esta época que ha merecido el aprecio total de la posteridad. Hampden fué miserable en el proceso; tuvo de menos lo que su abuelo tenia en demasía. Por lo que toca al republicano Sidney, él recibia dinero de Luis XIV, vivia cómodamente con el despotismo, y se habia dispuesto á morir noblemente por la libertad.

La inquietud creciente del reino futuro, las pretensiones de María, hija del duque de York y muger del príncipe de Orange, la profunda y fria ambicion del yerno de Jacobo, á cuyo lado los descontentos de todos los partidos comenzaban á unirse, emponzoñaron los últimos dias de una córte frívola. Cárlos murió de repente el 16 de febrero de 1685 de una apo-

plegía, consecuencia bastante comun del desenfreno en el paso de la edad madura á la vejez. Los placeres de este príncipe le rindieron el último servicio, lo libraron de una nueva revolucion, ó mas bien del último acto de la revolucion, porque los Estuardos no habian querido representar por sí mismos este último acto, y tomar en provecho suyo lo que Guillermo supo recoger. Los unos han creido que Cárlos II habia sido envenenado; mas cierto es que murió católico, si suponia alguna cosa en religion.

Este hijo de Cárlos I fué uno de aquellos hombres ligeros, espirituales, díscolos y egoistas, sin afeccion de corazon, sin conviccion de espíritu, que se colocan algunas veces entre dos periodos históricos, para concluir el uno y comenzar el otro, para amortecer los resentimientos, sin fuerza para ahogar los principios; uno de aquellos príncipes cuyo reinado sirve como de pasage ó transicion á los grandes cambios de instituciones, de costumbres y de ideas en los pueblos; en fin, uno de aquellos príncipes formados para llenar los espacios vacíos, que en el órden político separan la causa del efecto.

La inteligencia humana habia marchado en razon del progreso de la ciencia social. La poesía brilló con sus galas. Esta es la época de Milton, de Waller, de Dryden, de Butler, de Cowley, de Otway, de Davenant, los unos admiradores, los otros despreciadores del genio de Cromwell, y todos mas ó menos sometidos á Cárlos. «Nutrida en las facciones, trabajada por todos los fanatismos de la religion, de la libertad y de la poesía, esta alma tempestuosa y sublime (Milton), perdiendo el espectáculo del mundo, debia encontrar un dia en sus recuerdos el modelo de las pasiones del infierno, y producir del fondo de sus sueños, que la realidad no interrumpia, dos creaciones igualmente ideales, igualmente inesperadas en este

siglo feroz, la felicidad del cielo y la inocencia de la tierra.» Hemos tomado esta pintura admirable de la historia de Cromwell por Villemain.

Tillotson, Burnet, Shaftesbury, Hobbes, Locke y Newton habian aparecido, ó comenzaban á aparecer: las ciencias, segun los tiempos, son hijas ó madres de la libertad.

JACOBO II.

De 1685 á 1688.

Cuando las revoluciones deben cumplirse, se ven nacer ó mantenerse en los negocios hombres que por sus virtudes ó crímenes, su fuerza ó su debilidad, conducen estas revoluciones á su término; y al mismo tiempo mueren ó se alejan hombres que pudieran detener la marcha de los acontecimientos. Cárlos I era el tercer hijo de Jacob I, y si hubiesen vivido sus hermanos, no hubiese ceñido la corona: su padre lo destinaba á la iglesia, y se hubiese sentado pacíficamente en el trono arzobispal de Cantorbery, en lugar de subir al patíbulo. Toda la série de los acontecimientos hubiese sido mudada por la influencia personal de los monarcas que hubiesen reinado en lugar de Cárlos I y de sus dos hijos: tal vez los Estuardos gobernarian aun la Gran Bretaña.

Jacobo II, hombre duro y débil, caprichoso y fanático, no tenia, cuando tomó las riendas del mando de los tres reinos, la menor idea de la revolucion cumplida en los espíritus, y se habia quedado distante de sus contemporáneos mas de un siglo. Quiso probar en favor de la iglesia romana lo que su padre no habia podido alcanzar en favor del obispado: se creia árbitro y señor de obrar un cambio en la religion del es-

tado, tan fácilmente como Enrique VIII; pero el pueblo inglés no era el pueblo de Tudor, y aun cuando Jacobo hubiese distribuido á sus súbditos todos los bienes del clero anglicano, no hubiese convertido uno solo en católico. Su error mas grande fué jurar en su advenimiento al trono lo que no tenia intencion de cumplir: la fé guardada no ha salvado siempre á los imperios; la fé mentida los ha perdido con frecuencia.

Jacobo desde luego tuvo resentimientos en su corazon por la desatinada rebelion del duque de Monmouth, que se reprimió con facilidad. Monmouth, batido en Segmore, prisionero en el combate al esconderse entre matorrales, conducido á Lóndres, y presentado á Jacobo, no pudo salvar su vida con las humildes sumisiones que Jacobo, desterrado, refirió con gusto, creyendo escusar sus flaquezas publicando las agenas. La certidumbre de la muerte volvió todo el valor á Monmouth: se mostró valiente y ligero, como Cárlos II su padre; tenia todas las gracias de su madre cortesana, y jugó con el hacha, la cual tuvo que dar cinco golpes para cortar su hermosa cabeza. Han querido convertir á Monmouth en *máscara de hierro*; pero eso es una novela.

Siendo Jacobo naturalmente cruel, halló un verdugo: Jeffries habia comenzado sus obras hácia el fin del reinado de Cárlos II en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. Este hombre, que despues de la invasion de Monmouth hizo ejecutar en el Oeste de Inglaterra mas de doscientas cincuenta personas, no dejaba de tener cierto espíritu de justicia: una virtud que no se descubre en un hombre de bien, se hace notar cuando está colocada entre vicios.

Llevado de su celo religioso, el monarca solo escuchaba los consejos de su confesor, el jesuita Peters, á quien queria hacer cardenal. Misionero en su propia córte, Jacobo habia convertido á su ministro

Sunderland, que no era mas fiel á su nuevo Dios que á su rey. El nuncio del papa hizo una entrada pública en Windsor con hábitos pontificales: estas cosas, que en el espíritu tolerante ó indiferente de este siglo, serian hoy dia muy inocentes, eran muy criminales á los ojos de un pueblo que miraba la comunion romana como enemiga de las libertades públicas.

No pudiendo el rey cumplir directamente sus miras, quiso dirigirlas por un camino oblícuo: se hizo protector de los cuákeros, y pidió la libertad de conciencia para todos sus vasallos: Cromwell habia tambien buscado esta libertad para defenderse, pero no para atacar como Jacobo. Las intrigas del rey salieron vanas para obtener en este particular la mayoría del parlamento. Habiendo salido mal este empeño, publicó por su propia autoridad una declaracion de libertad de conciencia. Siete obispos se negaron á leerla en sus iglesias: conducidos á la Torre, y absueltos despues en juicio, su cautividad y libertad fueron un triunfo popular. Jacobo habia formado un campamento á distancia de algunas millas de Lóndres; pero halló los soldados tan opuestos á la libertad de conciencia como los obispos.

De este modo acabó Jacobo de descontentar á la nacion por un acto justo y generoso en principios. Fácilmente se halla la doble razon de esta suerte de iniquidad de hechos; por un lado se hallaba el fanatismo protestante, por otro se conocia que la tolerancia real no era sincera, y que solo pedia una libertad particular para destruir otra general.

Difícil es esplicar la conducta del rey. En el reinado mismo de su hermano habia visto proponer un bill de incapacidad á la posesion de la corona; incapacidad fundada sobre profesion de toda religion que no fuese la del estado: estas disposiciones hostiles podian haber irritado secretamente á Jacobo el católico;

pero ¿cómo no comprendió que para conservar la corona en semejante pueblo era preciso no herir la parte delicada? Lejos de esto, en lugar de moderarse al llegar al supremo poder, abundó en medidas propias para quedarse sin él.

La Holanda era ya mucho tiempo la fragua de las intrigas de los diferentes partidos ingleses: los emisarios de estos partidos se reunian bajo la proteccion de María, hija primera de Jacobo, esposa del príncipe de Orange, hombre que no inspiró admiracion alguna, y que sin embargo hizo cosas admirables. Avisado frecuentemente por Luis XIV, no quiso Jacobo creer nada: le fué precisa la evidencia, y una noticia del marqués de Abbeville, embajador de la Gran Bretaña en la Haya, descubrió á sus ojos todo el plan de invasion. Abbeville sabia todos estos pormenores del gran pensionario Fagel, y el conde de Avaux habia sabido antes todo este plan. Se habia preparado una flota en Texel, que debia dirigirse contra Inglaterra, adonde el príncipe de Orange decia que era llamado por la nobleza y el clero.

Luis XIV, cuya política habia sido desastrosa y miserable hasta el desenlace, encontró su grandeza en la catástrofe; hizo magíficos ofrecimientos, y los hubiese cumplido; pero cometió al mismo tiempo una falta irreparable: en lugar de atacar los Paises Bajos, lo cual hubiese detenido al príncipe de Orange, llevó la guerra á otra parte. La flota se hizo á la vela, y Guillermo desembarcó con trece mil hombres en Broxholme, en Torbay.

Con grande admiracion no encontró persona alguna, y esperó en vano diez dias. ¿Qué hizo Jacobo en estos diez dias? Nada. Tenia una armada de veinte mil hombres, que se hubiese batido en seguida, pero no tomó ninguna resolucion. Sunderland, su ministro, lo vendia: el príncipe Jorge de Dinamarca, su yerno,

y Ana, su hija favorita, lo abandonaban del mismo modo que su hija María y su otro yerno Guillermo. Comenzaba á crecer la soledad alrededor del monarca aislado de la opinion nacional: pidió consejos al conde de Berford, padre de lord Russel, decapitado en el reinado precedente á la persecucion de Jacobo. «Yo tenia un hijo, respondió el anciano, que hubiese podido socorreros.»

Jacobo en este momento crítico solo mostró fortaleza por su religion; ella habia absorvido en su provecho el valor natural del príncipe. Jacobo renovó las medidas favorables á los católicos, y arrostrando el odio público, hizo bautizar á su hijo en la comunion romana: el papa fué declarado padrino de este jóven rey, que no habia de ceñir la corona. La conciencia era la virtud de Jacobo II; pero solo la aplicaba á un objeto, y esta viva luz se le convertia en tinieblas cuando heria otra cosa que no fuese el altar.

Avanzaba hácia Lóndres con lentitud el príncipe de Orange, y en la capital la sola presencia de Jacobo combatia al usurpador. Poco á poco entró la defeccion en la tropa inglesa. El Lilli-Ballero, especie de himno revolucionario, fué cantado entre los desertores. Jacobo dijo: «Que les den pasaporte en nombre mio para unirse al príncipe de Orange, y asi los libraré del deshonor de hacerme traicion.»

Sin embargo, el rey tomaba la mas fatal resolucion, que era abandonar á Lóndres. Desde luego hizo partir á la reina y á su jóven hijo, acompañado de Lanzun, favorito de la fortuna, asi como sus suplicantes eran el juguete de ella. El mismo Jacobo se embarcó en el Támesis, y arrojó en él el sello del estado, ó mas bien su corona, que las olas jamás le devolvieron. Detenido por casualidad en Feversham, volvió á Lóndres, en donde fué saludado por el pueblo con las mas vivas aclamaciones: esta inconstancia popular

pensó en destruir la obra de la sufrida y culpable ambicion del príncipe de Orange. Ese duque de Yorck, tan valiente en su juventud bajo las banderas de Turena y de Condé, almirante tan diligente y hábil en las flotas de su hermano Cárlos II; ese duque de Yorck no encontraba como rey su antiguo ardimiento: ahora solo se trataba de que permaneciese mirando la faz de su yerno y de su hija. Guillermo le dió órden de retirarse al castillo de Ham: el monarca, en lugar de indignarse contra semejante órden, solicitó humildemente el permiso de retirarse á Rochester. El príncipe de Orange adivinó que su suegro, acercándose al mar, tenia la intencion de huir del reino, y esto era lo que deseaba el usurpador. Por tanto acordó prontamente el permiso. Jacobo ganó furtivamente la ribera, y se embarcó en un buque que le esperaba.

El austero católico que sacrificaba un reino á su fe, iba acompañado de su hijo natural, el duque de Berwick, que habia tenido de Arabela Churchill, hermana del duque de Malborough. Este debia su fortuna á Jacobo, y abandonó á su bienhechor desgraciado, para entregarse á un criminal afortunado. Berwick y Malborough, el uno bastardo y el otro traidor, habian de ser dos capitanes célebres: Malborough sacudió el imperio de Luis XIV; Berwick aseguró la España al nieto de ese gran rey, y no pudo entregar la Inglaterra á su padre Jacobo II. Berwick tuvo la gloria de morir de un cañonazo en Philipsbourg por la Francia (12 de junio de 1734), y de merecer los elogios de Montesquieu.

Jacobo abordó los campos del eterno destierro el 2 de enero de 1689 (nuevo estilo), mes funesto. Desembarcó en Ambletusa, en Picardía. Solo habia necesitado cuatro años el último hijo de Cárlos I para perder un reino.

Una asamblea nacional convocada en Westminster

con el nombre de *convencion*, declaró el 23 de febrero de 1689, que Jacobo, segundo del nombre, dejando la Inglaterra, habia abdicado; que su hijo el príncipe de Gales era un hijo supuesto (impudente mentira); que María hija de Jacobo, princesa de Orange, era de derecho heredera del trono abandonado: asi se estableció la usurpacion, fingiendo legitimidad.

El príncipe de Orange y su esposa María aceptaron la sucesion real no vacante, con condiciones que formaron la constitucion escrita en la Gran Bretaña: tal fué el último acto y desenlace de la revolucion de 1640: asi se colocaron despues de siglos de discordias los límites que separan hoy dia en Inglaterra el justo poder de la corona de las libertades legales del pueblo.

Por fin, ni Jacobo ni los ingleses se honraron con este suceso memorable: dejaron que lo hiciese todo Guillermo con una débil armada de trece mil hombres, en la cual se contaban mil y doscientos ó mil y cuatrocientos soldados y oficiales franceses protestantes: estos, arrojados de Francia por la revocacion del edicto de Nantes, fueron á Inglaterra á destronar un príncipe católico, aliado de Luis XIV: tal es el encadenamiento de las cosas humanas. Una guardia holandesa desempeñó la policía en Lóndres, y relevó las tropas de Whitehall. Los historiadores de la Gran Bretaña llaman la revolucion de 1688 *la gloriosa* revolucion; debian contentarse con llamarla *útil*: los hechos dejan el provecho, pero niegan la gloria á la Inglaterra. El mas ligero estímulo de fortaleza en el rey Jacobo hubiese bastado para detener al príncipe Guillermo, y casi ninguno en el primer momento se declaró en su favor.

En suma, esta revolucion que hubiese podido ser retardada, no era menos inevitable, porque habia obrado en el espíritu de la nacion. Si Jacobo apareció herido del vértigo en el momento decisivo; si duran-

te su reinado solo se ocupó en procurarse seguridad en Inglaterra, ó un medio de fuga á Francia; si dejó que le hiciesen traicion por todas partes, sin aprovecharse de los avisos y ofrecimientos de Luis XIV, es porque tenia el convencimiento de que sus destinos se habian cumplido. La libertad, desconocida en tiempo de Jacobo I, deshonrada en el de Cárlos II, y atacada en el de Jacobo II, se habia conservado en las formas constitucionales, y estas formas la trasmitieron á la nacion, que continuó fecundando el suelo natal despues de la espulsion de los Estuardos.

Estos príncipes no pudieron jamás perdonar al pueblo inglés los males que les habia causado, y el pueblo inglés no pudo jamás olvidar que estos príncipes habian ensayado despojarlo de sus derechos: por una y otra parte habia justos resentimientos y ofensas. Estando destruida toda confianza recíproca, se miraron en silencio durante algunos años. Las generaciones que habian sufrido juntas, igualmente fatigadas, consintieron en acabar sus dias juntamente; pero las generaciones nuevas, que no sentian esta laxitud, que no nutriendo enemistades, no tenian necesidad de entrar en los compromisos de la desdicha; estas generaciones revengaron los frutos de sangre y lágrimas de sus padres: fué preciso despedirse de lo pasado. En la revolucion de 1688 no quedaban en los dos partidos sino algunos testigos de la catástrofe de 1649: el mismo Jacobo, que fué á morir en el destierro, y el viejo regicida Ludlow, que volvió de él para tener el placer de ver la espulsion de un rey, cuyo padre habia condenado. Ludlow se encontró como un estraño en Lóndres con sus principios republicanos, tan estraño como Jacobo con sus máximas de poder absoluto.

Pero nos engañamos en esta relacion; otro personage asistió aun al advenimiento de Guillermo. Uno llamado Clark, del condado de Erford, habia tenido

un proceso con sus hijas. Despues de la muerte de su hijo único vino á litigar á Lóndres, y quiso asistir á una sesion de la cámara alta. Preguntóle un hombre si habia visto jamás una cosa semejante. «No, respondió Clark, despues que he cesado de sentarme en esa silla.» Mostraba el trono: era Ricardo Cromwell.

¿Los Estuardos hubiesen podido reinar despues de la restauracion? Muy fácilmente, haciendo lo que hizo Guillermo en Inglaterra y Luis XVIII en Francia, dando una carta, aceptando de la revolucion lo que tenia de bueno y de invencible, lo que estaba cumplido en los espíritus y en el siglo, y determinado en las costumbres, lo que no podia nadie ensayar destruir, sin remontar violentamente á las edades, sin imprimir en la sociedad un movimiento retrógrado, sin trastornar de nuevo la nacion. Las revoluciones que acontecen en los pueblos en el sentido natural, esto es, en el sentido de la marcha progresiva del tiempo, pueden ser terribles, pero son duraderas; las que se ensayan en sentido contrario, esto es, oponiéndose al curso de las cosas, no son menos sangrientas, pero como azote de un momento, no fundan ni establecen; lo que pueden hacer es esterminar.

Han pasado los Estuardos, y los Borbones quedarán, porque prestándonos su gloria, han adoptado las libertades recientes, dolorosamente nacidas de nuestros males. Cárlos II desembarcó en Douvres con las manos vacias; y en su equipage solo tenia venganzas y poder absoluto: Luis XVIII se presentó en Calais, teniendo en una mano la antigua ley, y en otra la nueva, con el olvido de las injurias y el poder constitucional: á un mismo tiempo era Cárlos II y Guillermo III, y la legitimidad desheredaba á la usurpacion. El leal Cárlos X, imitando á su augusto hermano, no quiso cambiar el culto nacional, ni destruir lo que habia jurado mantener. En tal punto terminó el drama

de la revolucion, la Francia entera reposó con alegría, amor y reconocimiento, bajo la proteccion de sus antiguos monarcas. Todo fué destruido por la tempestad alrededor del trono de San Luis; pero este trono permaneció en pie, como aquellas antiguas y venerables obras de la patria, como los viejos monumentos de los siglos, que dominan á los edificios modernos, y al pie de los cuales viene á regocijarse la jóven posteridad.

Volvamos al rey Jacobo: ¿qué se hizo de él?—«Al dia siguiente que llegó el rey de Inglaterra, fué el rey á esperarlo en San German, en el apartamiento de la reina. S. M. estuvo una media hora ó tres cuartos antes que llegase, y estando en el vivar de conejos, se dió aviso á S. M. y otro segundo aviso cuando llegó al palacio. Entonces S. M. dejó á la reina de Inglaterra, y salió al encuentro á la puerta de la sala. Abrazáronse los dos reyes tiernamente, con esta diferencia, que el rey de Inglaterra, conservando la humildad de una persona infeliz, se bajó casi hasta las rodillas del rey. Despues de este primer abrazo en medio del salon de guardias, volvieron á abrazarse amigablemente, y asidos de la mano se dirigieron á la reina, que estaba en su cama. El rey de Inglaterra no abrazó á su esposa aparentemente por respeto.

«Despues de haber durado la conversacion un cuarto de hora, el rey condujo al de Inglaterra al apartamiento del príncipe de Gales. La figura del rey de Inglaterra no habia impuesto á los cortesanos, y sus discursos hicieron menos efecto que su figura. Contó al rey en la sala del príncipe de Gales, en donde habia algunos cortesanos, la mayor parte de las cosas que le habian sucedido, y lo hizo tan mal, que los palaciegos no quisieron acordarse de que era inglés, y que por consiguiente era disimulable su poca habilidad en la lengua francesa, á mas de que tartamu-

deaba un poco, y que estaba fatigado, y que no es estraordinario que una desdicha tan grande disminuyese una elocuencia mas perfecta que la suya.»

Luis XIV dió una flota al rey Jacobo, y lo envió á Irlanda. Perdió la batalla de la Boyne (junio de 1690) y se volvió á San German. Un partido numeroso queria llamarlo otra vez al trono, y todo lo negociaba y embrollaba con sus pretensiones. Bossuet se mostraba menos exigente que él, y sostenia que un rey católico podia tolerar la preeminencia de la religion protestante en sus estados. Muchas veces Bossuet dejaba ver, avanzando este principio, un oculto pensamiento poco digno de su genio y virtud.

Desde el cabo de la Hogue vió Jacobo la destruccion de la segunda flota que lo habia de conducir segunda vez á los tres reinos. «Mi mala estrella, escribia á Luis XIV, ha hecho sentir su influencia á las armas de V. M., siempre victoriosas, hasta que han combatido en favor mio: os suplico, pues, que no os intereseis por un príncipe tan infeliz.»

Luis XIV conoció el valor de estas palabras, y redobló su celo por su augusto cliente: aun dispuso fuerzas en 1696 en apoyo de su partido. Jacobo se negó á todo complot de asesinato contra Guillermo: tampoco quiso subir al trono de Polonia, que su huésped real se encargaba de alcanzarle. En la época del tratado de Ryswick, Luis XIV, que iba á verse forzado á reconocer á Guillermo por rey de Inglaterra, propuso á Guillermo que reconociese á su vez al jóven hijo de Jacobo por su heredero. El príncipe de Orange, que carecia de hijos, consintió; pero Jacobo se negó absolutamente. «Yo me resigno, dijo, á la usurpacion del príncipe de Orange; pero mi hijo solo puede recibir la corona de mi mano, y la usurpacion jamás puede darle un título legítimo.» En todo este proceder se ve grandeza, y una política negativa magnánima. Jacobo

destronado, y siendo solamente un simple cristiano, dejaba de ser un hombre vulgar. Aquel á quien solamente causen impresion las devociones de este príncipe con los jesuitas, tomará la burla por la historia.

Jacobo tuvo el consuelo y el dolor de ver algunas veces en su retiro á los vasallos fieles á su mala fortuna: Dalrymple dice: «Ellos se formaron en una compañía de soldados al servicio de la Francia, y les pasó revista el rey (Jacobo) en Saint-Germain-en-Laye. El rey, quitándose el sombrero, saludó al cuerpo con una inclinacion. Volvió á pasar, se inclinó de nuevo, y derramó lágrimas. Los soldados se pusieron de rodillas, bajaron la cabeza al suelo, y levantándose á la vez, le hicieron el saludo militar. Eran los primeros en el ataque, y los últimos en la retirada. Muchas veces les faltaba lo necesario para la vida, pero jamás se quejaron sino de los sufrimientos de aquel á quien miraban como á su soberano.»

Hay un hecho poco conocido: María Estuardo habia deseado que la compañía escocesa al servicio de Francia fuese mandada por uno de los hijos del rey de Escocia, y en efecto, sabemos que Cárlos I y Jacobo II fueron á su vez capitanes de esta compañía. Los jacobitas, que tomaron muchas veces las armas ó por Jacobo ó por el pretendiente hijo suyo, marcaron con un carácter patético una vieja sociedad espirante. Guillermo habia arrojado á Jacobo de Inglaterra al son de un canto revolucionario: se cree que el famoso *God save the king*, cuyo aire es de orígen francés, es un himno religioso entonado por los jacobitas al marchar al combate. La lealtad, la legitimidad y la religion católica de la antigua Inglaterra, han legado una cancion á la libertad, á la usurpacion y á la comunion protestante de la Nueva Inglaterra.

Para castigar á los montañeses de Escocia que se

sublevaron por el hijo de su antiguo señor, el gobierno inglés no vió medio mas seguro que obligarles á dejar el vestido y los usos de sus padres, su pequeño zagalejo y su gaita. Despojándolos de su antiguo trage, se esperaba quitarles su antigua virtud.

Jacobo pasó el tiempo de su destierro en escribir las memorias de su vida: la piedad suplia en él el lugar del poder: retirado en su conciencia, de cuyo imperio nadie le podia desposeer, sus recuerdos le hacian vivir en lo pasado, su religion en lo futuro. De su propia mano habia escrito esta corta súplica: «Os doy gracias, mi Dios, por haberme quitado tres reinos, para que asi fuese yo mejor.» Murió en San German el 16 de setiembre de 1701.

El príncipe de Gales, su hijo, que usó en algun tiempo del nombre de Jacobo III, y que murió el 2 de enero de 1766 (siempre el mes de enero), tuvo dos hijos: Cárlos Eduardo, el pretendiente, y Enrique Benoict, cardenal de Yorck. El príncipe Eduardo tenia calidades de héroe; pero no vivia en el siglo de Ricardo Corazon de Leon, en el cual un caballero solo conquistaba un reino. El pretendiente llegó á Escocia en el mes de agosto de 1745: un pedazo de tafetan traido de Francia le sirvió de bandera, bajo de la cual reunió diez mil montañeses, se apoderó de Edimburgo, pasó sobre los cuerpos de cuatro mil ingleses en Preston, y avanzó hasta catorce leguas de Lóndres. Si hubiese tomado la resolucion de avanzar mas, no sabemos lo que hubiese acaecido.

Obligado á hacer un movimiento retrógrado delante del duque de Cumberland, el pretendiente ganó al menos la batalla de Falkirk, pero sufrió completa derrota en Culloden. Errante en los bosques, cubierto de harapos, estenuado de fatiga y muerto de hambre, el soberano de derecho de los tres reinos, vió renovadas en él las aventuras de su tio Cárlos II; pero no

hubo restauracion para Eduardo, y solo dejó cadalsos á sus amigos.

Volviendo á Francia, fué arrojado de ella por el tratado de Aix la Chapelle (1748). Arrestado en el teatro, y conducido á Vincennes casi encadenado, se retiró á Bouillon, y despues á Roma. Luis XIV no reinaba ya. El papa Gregorio el Grande enviaba como misioneros á la isla de los Bretones, jóvenes esclavos bretones bautizados: diez siglos despues la Gran Bretaña enviaba á su vez á los soberanos pontífices reyes bretones confesores de la fé.

El ilustre proscripto se unió á una princesa, cuya generosa nombradía ha continuado Alfieri. Eduardo probó lo que prueban los grandes caidos en la desgracia: se vió abandonado. Tenia su buen derecho, pero la infelicidad prescribe contra la legitimidad. Los nietos de Luis XV debian ir errantes por Europa, como el pretendiente, y en Alemania habian de leer en los postes esta órden: «Se prohibe á todo mendigo, vagabundo y *emigrado* detenerse aqui mas de veinte y cuatro horas.»

Eduardo jamás perdonó al gobierno francés su cobardía. Hácia el fin de su vida se abandonó á la pasion del vino, pasion indecorosa, pero con la cual podia volver á los hombres olvido por olvido. Murió en Florencia en 31 de enero de 1788 (siempre este mes de enero), un poco antes del principio de la revolucion francesa. Nosotros hemos visto morir á su hermano el cardenal de Yorck, el último de los Estuardos, en la capital del mundo cristiano. Los dos hermanos tienen un mismo mausoleo: Roma les debia un lugar en el polvo de sus grandezas disipadas.

Cuando la casa de María de Escocia faltó, el ataud del desterrado de 1688 fué hallado en Francia casi en el mismo momento en que se hallaba en Inglaterra el de la víctima de 1649. Si hubiesen dicho á Luis XIV:

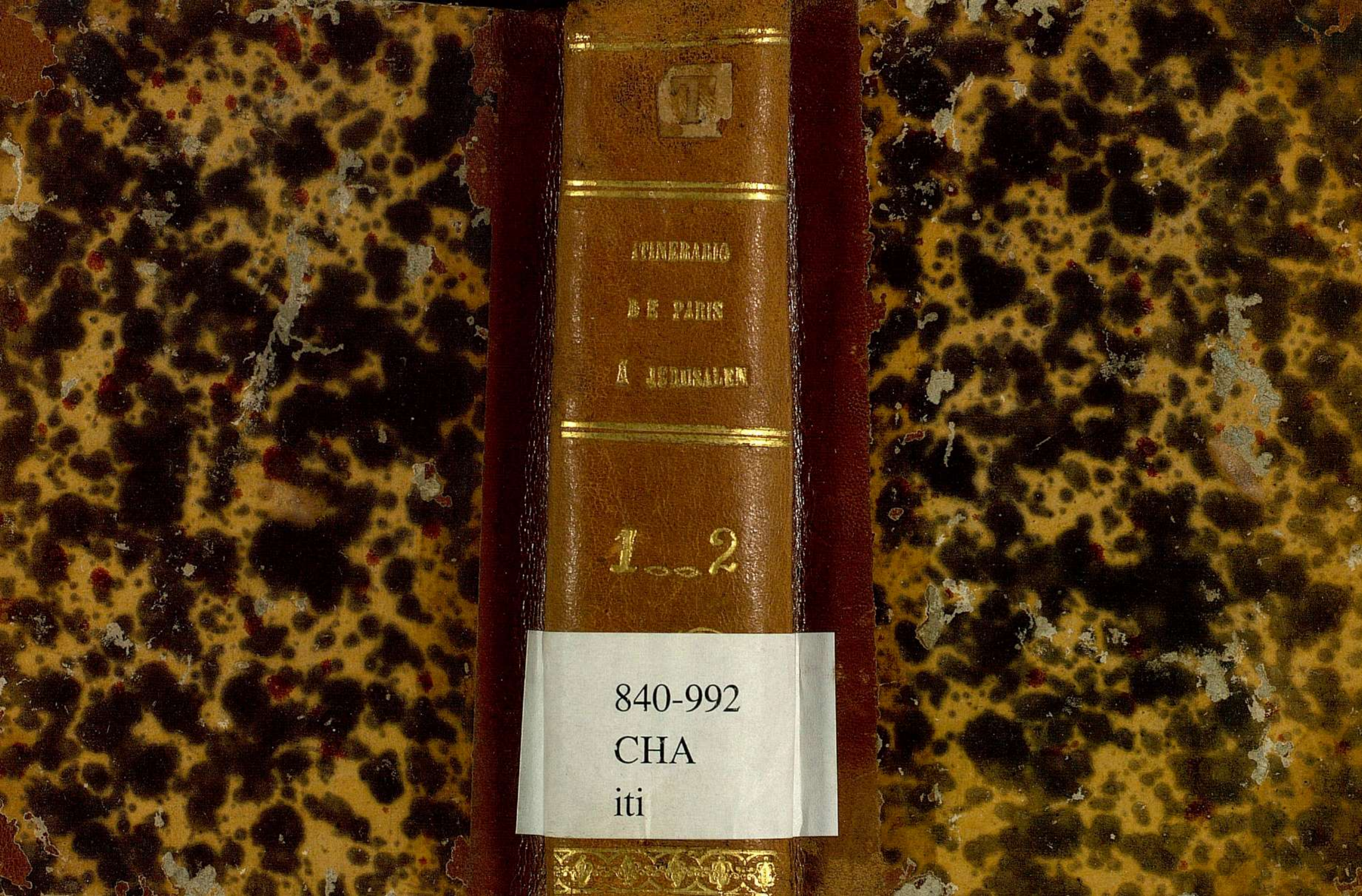
«En menos de un siglo habrán desaparecido vuestros despojos mortales, y los del príncipe vuestro real huésped serán todo lo que quedará de vos en el palacio en que le recibisteis.....» ¿qué hubiese pensado Luis el Grande?

Por la voluntad de Dios las cenizas del monarca estrangero reclaman vanamente hoy dia entre nosotros las cenizas de los reyes de la patria. La antigua abadía de Dagoberto ha guardado mal sus tesoros; Jacobo II, dispertándose en San German, solo ha visto en San Dionisio á Luis XVI. La tumba del hijo de Cárlos I se eleva sobre nuestras ruinas, triste testigo de dos revoluciones, prueba estraordinaria de la contagiosa fatalidad unida á la raza de los Estuardos.

FIN DE LOS CUATRO ESTUARDOS.

INDICE.




ITINERARIO
DE PARIS
Á JERUSALEN
1...2